

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 03
Octubre-Diciembre 2006

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

"Para escribir hay que dejar de ser escritor, porque una cosa es querer ser escritor o pensar que se es escritor, y otra muy distinta es escribir."

Enrique Vila-Matas. Entrevista publicada en *Babab*, núm 6, enero 2001

• **Ensayo:**

«Imágenes de Vania» de Juan García Ponce, por Magda Díaz y Morales
Reconocimiento de las causas del malentendido y representación de los sujetos en el texto, por Ángel Díaz

• **Relato:**

La amante de Hamlet, por José María Latorre
Serafín, por Adriana Serlik
La rebeca azul, por Carmen Fernández Etreros
De la tragicómica historia de cómo Tote pierde el tiempo, por Emilio Gil
Sueño con mariposas, por Jorge Gómez Jiménez
El beso de la luna, por Pablo Lores Canto
¿Quién eres?, por Julio Salinas Lombard
Los últimos días de la poesía, por Mauricio Salvador
Mercado de caricias, por Luis Martínez
A la espera de Carlomagno, por Ignacio Mondaca
Conductor, por Rolando Revagliatti
Espejos, por Salvador Alario
Tabahíta, no podía ser de otra manera, por Felipe Londoño
Breves lecciones de lepidopterología, por Efrén Ortiz Domínguez
Monólogo del vencido, por Víctor Coral
Discontinuidad en el vacío, por Hernán Tenorio
El autobús, por Luisa Miñana
Peregrina, por Moisés Sandoval
Caballitos del diablo, por Ángel Olgoso
La vida criminal de Adolfo Mirabén, por Antón Castro

• **Narradores:**

Cristina Rivera Garza

• **Novedades editoriales**

• Reseñas

• Noticias

Editores: Carlos Manzano – Magda Díaz y Morales

Colaboradores: Salvador Alario - Antón Castro - Víctor Coral - Ángel Díaz - Carmen Fernández Etreros - Emilio Gil - Jorge Gómez Jiménez - José María Latorre - Felipe Londoño - Pablo Lores Canto - Luis Martínez - José Luis Martínez Suárez - Emiliano Molina - Ignacio Mondaca - Luisa Miñana - Miguel Ángel Muñoz - Ángel Olgoso - Efrén Ortiz Domínguez - Rolando Revagliatti - Cristina Rivera Garza - Julio Salinas Lombard - Mauricio Salvador - Moisés Sandoval - Adriana Serlik - Hernán Tenorio

<http://www.revistanarrativas.com> – narrativas@hotmail.com

Presentación

Estamos tan sólo en el tercer número, pero parece que lleváramos ya años en marcha, tal es la intensidad con que vivimos cada nuevo número de **Narrativas**. Por primera vez hemos superado las cien páginas, lo que nos ha sugerido que tal vez debiéramos plantearnos dónde situar el límite, cuál debería ser el máximo de páginas. No obstante, dado que **Narrativas** es una publicación digital, creemos que el límite ha de estar en el tamaño del archivo resultante, no en su extensión. Así que todavía nos queda un cierto margen para futuros números. **Narrativas** aún no ha alcanzado su techo. Todavía hay espacio para un mayor número de colaboraciones.

En unos momentos en que desde algunos medios se plantean ciertas dudas acerca de las aciagas perspectivas que parecen cernirse sobre la imprescindible figura del autor a resultas de la nueva realidad digital que, nos guste o no, ya se ha instalado en nuestras vidas, desde **Narrativas** queremos expresar nuestro convencimiento de que, lejos de implicar su superación o su negación, la era digital puede servir por el contrario para aproximar de una manera más sencilla y directa a los autores con sus lectores, al mismo tiempo que posibilita la emergencia de nuevos escritores que, fuera del restringido y cada vez más mediatizado marco mercantil, tienen ahora un campo inmenso en el que dejar constancia de su quehacer literario y su talento. Y eso, no nos cabe duda, redundará en beneficio de la literatura y de cualquier otra forma de expresión cultural y artística.

SUMARIO - núm 3

"Imágenes de Vanía" de Juan García Ponce, por Magda Díaz y Morales	3	Tababúta, no podía ser de otra manera, por Felipe Londoño	65
Reconocimiento de las causas del malentendido y representación de los sujetos en el texto, por Ángel Díaz	17	Breves lecciones de lepidopterología, por Efrén Ortiz Domínguez	70
La amante de Hamlet, por José María Latorre	24	Monólogo del vencido, por Víctor Coral	72
Serafín, por Adriana Serlik	38	Discontinuidad en el vacío, por Hernán Tenorio	74
La rebecca azul, por Carmen Fernández Etreros	40	El autobús, por Luisa Miñana	77
De la trágica historia de cómo Tote pierde el tiempo, por Emilio Jio Gil	42	Peregrina, por Moisés Sandoval.....	79
Sueño con mariposas, por Jorge Gómez Jiménez	44	Caballitos del diablo, por Ángel Olgoso.....	84
El beso de la luna, por Pablo Lores Canto	46	La vida criminal de Adolfo Mirabén, por Antón Castro	87
¿Quién eres?, por Julio Salinas Lombard	48	Narradores: Cristina Rivera Garza	90
Los últimos días de la poesía, por Mauricio Salvador	50	Novedades editoriales	96
Mercado de caricias, por Luis Martínez	58	Reseñas	100
A la espera de Carlomagno, por Ignacio Mondaca ...	59	Tiras insulsas	108
Conductor, por Rolando Revagliatti	62	Noticias	109
Espejos, por Salvador Alario	63		

El material contenido en este número está debidamente protegido conforme la legislación internacional y no puede reproducirse sin permiso expreso de los autores.

“IMÁGENES DE VANYA”, DE JUAN GARCÍA PONCE

por Magda Díaz y Morales

«El relato –escribe Genette¹ es una secuencia dos veces temporal...: hay el tiempo de la cosa contada y el tiempo del relato (tiempo del significado y tiempo del significante)»; es decir, la temporalidad de los acontecimientos relatados y la del acto mismo de contar. Cuando al inicio de «Imágenes de Vanya» de Juan García Ponce,² leemos: «La imagen primera de Vanya para Jorge fue producto de una casualidad. Era un mediodía soleado y alegre», de inmediato «era un mediodía» nos sitúa en el pasado, en un tiempo que «fue producto de la casualidad» y que en el momento de la historia en que nos encontramos sólo se ve como un acontecimiento lejano. Justamente este momento es el instante a partir del cual el relato se organiza y nos hace desplazarnos en el tiempo, su referencia rememora un hecho que ha sucedido anteriormente, lleva a cabo una retrospectiva o analepsis.

LAS ANALEPSIS

No todas las retrospectivas tienen el mismo resultado, algunas nos envían al punto de partida de la historia y otras más allá, nuestro relato inicia de la siguiente manera:

La imagen primera de Vanya para Jorge fue producto de una casualidad. Era un mediodía soleado y alegre. Las hojas de los fresnos en la orilla de la banqueta brillaban y daban la sensación de bienestar reflejada sobre ellas tal vez por los que se acogían a su sombra. Resultaba mejor ir a pie, a ser uno de los que sufrían el calor en la hilera de automóviles. Al dar la vuelta en una esquina cuando paseaba sin ningún propósito determinado después de tomarse un café, Jorge se encontró con un amigo acompañado por Vanya. Todos iban vestidos con discretas ropas de verano. El amigo, como es natural, le presentó a Vanya. Se veía muy guapa. Tenía el pelo corto rubio, ojos claros, nariz respingada y un cuerpo no alto pero sí bien formado. Jorge reparó en todo esto. A pesar de ser extranjera como lo demostraba tanto su aspecto general como el nombre y apellido dados por el amigo de Jorge al presentársela, el español de Vanya era perfecto, sólo el tono de su voz resultaba un tanto inexpresivo.

El primer componente narrativo señalado por el narrador es *la casualidad*, el segundo es su derivación: *el encuentro de Jorge y Vanya* y el tercero es *la imagen primera de Vanya en el recuerdo de Jorge*; acto seguido, nos entrega *la descripción de Vanya*: causa de la imagen de Vanya en el recuerdo de Jorge y por último, *la nacionalidad extranjera de Vanya*: eje de la descripción de Vanya. La totalidad de estos cinco elementos son todos retrospectivos relacionados con el *grado cero* del relato, ese momento de total coincidencia temporal entre el relato y la historia. Esta analepsis nos remite a ese momento que tuvo lugar «un medio día soleado y alegre», cumpliendo la función de contar cómo fue la primera imagen que se tuvo de Vanya y, conjuntamente, nos detalla cómo se conocieron los protagonistas. Varias son las retrospectivas en el cuento que remiten a elipsis iterativas, segmentos considerados semejantes y en cierto sentido repetitivos, como el que se encuentra al final del relato cuando el narrador se refiere, de forma resumida, al último de varios encuentros entre Jorge y Vanya: «Jorge volvió a verla a solas una tarde de sábado al salir del departamento de Alfonso», este «volvió a verla» llena toda una analepsis iterativa muy importante en el texto, su función, en relación con la organización global del relato, es la de permitirnos conocer las otras imágenes de Vanya anunciadas en su título:

Jorge volvió a verla a solas una tarde de sábado al salir del departamento de Alfonso. El último amante de Vanya, por lo visto, era fotógrafo.

¹ En *Figuras III* (Barcelona: Lumen, 1989). En el análisis de este cuento todas las citas referentes a Genette corresponden a esta edición.

² En *Cinco mujeres* (México: conaculta/Del Equilibrista), 1995.

—A ti sí puedo enseñarte, Jorge, las fotografías que me tomó, a ti sí —dijo Vanya.

Sacó de un sobre amarillo unas fotografías ampliadas de ella invariablemente desnuda. Jorge las repasó fingiendo atención. Vanya le regaló tres, dos de frente en una de las cuales estaba acostada a todo lo largo de la cama, en la otra estaba medio incorporada contra la pared. En la primera sus brazos estaban bajo su cabeza; en la segunda los brazos estaban a lo largo de su cuerpo; en la tercera su cabeza y sus brazos extendidos usaban la cama, su cuerpo estaba en el piso. Vanya seguía sin rasurarse el coño. Sin ningún motivo preciso, Jorge guardó las fotografías en uno de los cajones de su cómoda. Conservaba pues unas últimas imágenes de Vanya.

En un instante la retrospectiva nos entrega todos los antecedentes de estas imágenes: cómo y por quién fueron creadas; sin embargo, no nos dice cuándo fueron realizadas, ¿hace unos días? ¿unos meses? o ¿tal vez años?

LAS PROLEPSIS

La presentación de un acontecimiento antes de que se manifieste en el cuento, infiere que el narrador sabe lo que va a ocurrir puesto que anticipa el futuro. Las anticipaciones o prolepsis temporales son casi nulas en este cuento, más bien diría que todo él es una gran analepsis; no obstante, hay una anticipación inaugural que alude a lo que va a suceder posteriormente: «La imagen primera de Vanya para Jorge fue producto de la casualidad». La frase «Imagen primera»³ inaugura la serie de imágenes por venir, nos revela por adelantado que habrá más imágenes de Vanya, hecho que ciertamente al final comprobamos cuando Jorge vuelve a ver a Vanya «una tarde de sábado» y ella le regala sus fotografías, esas «últimas imágenes de Vanya».

EL SUMARIO

«Jorge ya conocía su incapacidad para conversar a pesar de ese acento. Había otras muchas gentes en la fiesta. ¿Por qué insistía en estar con Vanya? La respuesta podía ser tan explicable como la calidad del español de Vanya». En esta cita las acciones no se extienden, más bien se extractan en frases apreciativas como «ya conocía su incapacidad para conversar», a esta velocidad se le ha denominado *sumario* o resumen, puesto que condensa períodos largos en una frase. Reparemos en otro ejemplo:

*Jorge se encontró recordando mentalmente un bolero de su juventud: De noche y de día /como melodía /si aspiro un perfume /si beso otras bocas /si tengo tristeza /si tengo alegría /me acuerdo de ti. ¿Por qué recordaba de pronto esa canción? Ni siquiera estaba seguro de la exactitud de los versos. Estaba seguro de su autor: Gonzalo Curiel. Así procede la memoria: de una manera inesperada y gratuita, se dijo Jorge, con una originalidad digna de Vanya.*⁴

La importancia del sumario es destacada: enlaza escenas y da soporte y persistencia a la historia, circunstancia que la elipsis, por ejemplo, no consigue puesto que su excedencia termina por ocultar la historia. Con todo, resulta interesante cuando encontramos al sumario y a la elipsis reunidos:

Jorge conoció a una muchacha [...] de Sinaloa. Al cabo de muchos esfuerzos logró llevarla a su departamento una noche. Su carácter independiente era mucho más satisfactorio. Dio pruebas de su firmeza diciéndole a Jorge:

³ La expresión 'imagen primera' tiene una clara función intratextual en el relato dada su relación con *Imagen primera* (e "Imagen primera" cuento dentro *Imagen primera*), uno de los primeros libros de relatos de Juan García Ponce.

⁴ Un par de renglones más adelante el narrador añade: "Seguía repitiendo mentalmente la canción de Gonzalo Curiel: "De noche y de día. *Night and day* era otra canción americana". La alusión en este segmento a la música, a la memoria, a la noche y el día, me parecen significativas referencias a la idea de la evolución del arte basada en la lucha entre lo "apolíneo" y lo "dionisiaco". En la mitología griega Apolo es identificado como el dios de las artes plásticas, de la sabiduría y simboliza al sol, el día. Apolo tuvo como compañeras a las nueve musas del olimpo, hijas de Zeus y Mnemosine, la diosa de la memoria. Por su parte, Dionisos es el dios de la oscuridad, de la noche, de la fecundidad, simboliza el desenfreno, la liberación, es un dios identificado con la música. Una fuerte crítica al orden establecido se percibe en la Tragedia, véase *El origen de la tragedia* y *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (este último redactado en 1873 pero que no vio la luz hasta después de la muerte de su autor, se publicó en 1903) de F. Nietzsche.

–Hueles a haberte acostado con alguien.

Jorge tuvo que admitirlo. Había visto a Vanya esa tarde y desnudándola en su coche con ella tapándose con su abrigo, para el disgusto de Jorge, cada vez que pasaba junto a un autobús. La llevó a su departamento después de lo cual Vanya sin brasier se fue sola al ballet. Nada de esto se lo contó Jorge a la muchacha; sólo confesó haber llevado a una antigua amante a su departamento. La muchacha le prohibió volver a hacerlo y Jorge obedeció sumisamente. Acompañado por esa muchacha y sin decirle quien era Vanya, la vio en muchas fiestas, siempre con una nueva pareja. Por lo visto Vanya persistía en su propósito de casarse. Jorge volvió a verla a solas una tarde de sábado al salir del departamento de Alfonso (el énfasis es mío).

Este segmento aprovecha las capacidades del resumen, pero en la penúltima línea se beneficia de la elipsis para dar un efecto de contraste, con un sencillo «volvió a verla» el narrador se traslada de una escena a otra.

LA PAUSA

La velocidad de una historia puede desplazarse de una falta de acción (detención de la acción o de la historia para dar paso a descripciones), a un salto apresurado de la acción (salto de fragmentos de la historia). Cuando el tiempo de la fábula (los acontecimientos ordenados de acuerdo a una lógica cronológico-temporo-causal),⁵ es mucho menor que el tiempo de la historia (los acontecimientos tal como se nos presentan en el relato), estamos en presencia de una pausa. Una muestra de este tipo de representación es la llamada descripción, por ejemplo:

La blancura de todo su cuerpo como la de sus brazos y piernas era agradable, tenía pechos pequeños, los pezones muy rosados, la cintura estaba resaltada por las caderas de un modo sutil, su ombligo era pequeño y profundo, su estómago muy plano. La única particularidad se encontraba en el coño. Era rubio y Vanya lo hacía corto rasurándose el final.

Observamos que la acción se detiene, no sucede nada, el narrador describe detalladamente a un personaje pero la historia no se mueve. Las pausas en «Imágenes de Vanya» son frecuentes, se presentan a través de la creación de atmósferas realizadas por el narrador y lo hace con tal maestría que logra hacernos olvidar que la acción se ha detenido:

Jorge se echó sobre la cama mirando a Vanya con las manos bajo la cabeza. Ella de pie, sin acercarse mucho a la cama, dejó caer su abrigo al suelo. Jorge no hizo ningún movimiento. Vanya se desabrochó todos los botones de su vestido azul pálido y se lo quitó. Traía medio fondo blanco y su brasier era blanco también. Se quitó los zapatos sin inclinarse, desprendiéndolos de sus pies con la ayuda del pie contrario. Se quitó el medio fondo, el brasier y los calzones blancos también. Jorge sin moverse pudo verla desnuda con los brazos caídos a lo largo de su cuerpo.

Parece que el narrador no sólo nos permite ver lo que él mira, también quiere que nos sentemos a su lado, como lo está el taxista o la señora Caso, y que miremos por nuestra cuenta:

Cuando iban en taxi, Jorge empezaba a meterle mano a Vanya desde la calle, lo seguía haciendo en el taxi, besándola en los pechos muchas veces y Vanya trataba de no dejar ver nada al chofer cuya mirada casi no se apartaba del espejo retrovisor. Los dos fingían: Jorge al pretender ignorar las miradas del taxista; Vanya al pretender tener éxito en sus intentos de ocultamiento ante Jorge y ante el taxista.

Jorge observó un momento a Vanya dedicada a sus tareas de «corte y confección». Ella llevaba un sueter sin mangas y con cuello de tortuga amarillo pálido y una ceñida falda azul. La señora Caso podía hacer las veces de la mirada de cualquier taxista observando a la pareja en el asiento posterior de su automóvil. Jorge se colocó detrás de Vanya, sus manos entraron bajo el sueter y le

⁵ La fábula sería la siguiente: Jorge es historiador, se casa, tiene dos hijos, se divorcia, conoce a Vanya, una extranjera llegada de Los Ángeles, que se casa, se va a vivir a la ciudad de Monterrey, tiene tres hijos, se divorcia y se traslada a la ciudad de México. Jorge y Vanya inician una relación, Jorge se cansa de ella, inicia una relación con otra mujer, Vanya conoce a un fotógrafo, inicia una relación con él. Al pasar el tiempo Jorge y Vanya se encuentran a solas un día y Vanya le regala a Jorge tres fotografías en las que está desnuda.

desabrocharon el brasier. Esas mismas manos procedieron luego a acariciarle los pechos. Los ojos de la señora Caso los observaban tan atentamente como cualquier taxista.

LA ELIPSIS

Cuando Jorge despertó vio automáticamente el reloj en su mesa de noche. Era más de medio día. Vanya no usaba perfume, pero la cama y el cuerpo de Jorge conservaban su olor. El olor de su cuerpo, el olor de Vanya. Era agradable y era agradable recordar sus gestos y hasta su inexplicable risa. No era agradable su propósito de hacer menos altos los pelos de su coño rubio. Si volvía a verla Jorge debía decírselo. Fue al departamento de Vanya dos noches después. Al tocar el timbre contestó por el interfón una criada. Jorge preguntó si la señora podía recibirlo y dio su nombre. Poco después contestó la voz de Vanya.

Observemos que entre la séptima y la octava línea de esta cita el discurso omite parte de la historia, se suprimen las acciones que tienen lugar entre el departamento de Jorge y la visita de éste al departamento de Vanya «dos noches después». Así es la elipsis, ninguna correspondencia del tiempo discursivo corresponde al tiempo real, es un salto en la secuencia de acciones. Se pueden omitir años o siglos pero también meses, días, horas o minutos. Las elipsis u omisiones pueden hacer patente el tiempo que suprimen, esto las asemeja a «sumarios» muy rápidos del tipo «pasaron los años», «dos años después» o «pasaron algunos años de felicidad»; pero también pueden no estar declaradas en el texto y en este caso solamente podemos deducirlas ya sea por algún descuido cronológico o indagando en los subterfugios narrativos. Por ejemplo, casi al final del cuento leemos: «Incapaz de ir a ningún lado público con Vanya sin aburrirse y avergonzarse mortalmente, sin verla más que a solas o en la casa de ella con más gente, Jorge terminó por cansarse [...] Jorge conoció a una muchacha blanca de pelo largo, negro de Sinaloa [...] Jorge volvió a verla a solas una tarde de sábado al salir del departamento de Alfonso». ¿Qué sucede entre el momento en que Jorge y Vanya terminan su relación y al pasar del tiempo se encuentran «una tarde de sábado al salir del departamento de Alfonso»?., solamente nos enteramos de que el último amante de Vanya es fotógrafo, es la continuidad narrativa la que nos ayuda a inferir que ha pasado el tiempo, pero no sabemos cuanto ni qué ha sucedido entre tanto.

Mieke Bal⁶ considera que hay ciertas razones por las cuales se explican estas omisiones:

Lo que se ha omitido –el contenido de la elipsis– no tiene por qué carecer de importancia, al contrario. El acontecimiento sobre el que nada se ha dicho puede ser tan doloroso que esa sea precisamente la razón de que se elida. O el acontecimiento es tan difícil de expresar verbalmente, que es preferible mantener en total silencio sobre él. Otra posibilidad es la situación en la cual, aunque el acontecimiento ha tenido lugar, el actor quiere negar el hecho. Acallándolo intenta que deje de existir. Así la elipsis se usa con propósitos mágicos, como exorcismo.

LA ESCENA

En la escena (muchas veces asociada con el diálogo), la duración del relato y la historia son aproximadamente iguales. La escena es la velocidad mayormente usada en este cuento, desde un tiempo y un sitio fijo los personajes conversan, razonan, actúan, de un modo directo:

–Adiós Jorge. Espero volverte a ver. Nunca sé por qué hago las cosas. Ésta me gustó mucho.

–A mí también –dijo Jorge sin moverse.

Vanya se acercó antes de salir y lo besó en la boca.

–No hables más –dijo.

Si nos damos cuenta, la duración de esta escena puede ser medida cronológicamente, hay continuidad entre tiempo y espacio. Por otro lado, dentro de esta gama de procedimientos narrativos encontramos escenas en las que el diálogo está ausente:

⁶ En *Teoría narrativa. Una introducción a la narratología* (Madrid: Cátedra, 1985).

En el tocadiscos sonaba La traviata de Verdi, por las ventanas podían verse los fresnos iluminados por los faroles, la conversación era debidamente intelectual, la señora Caso no bebía, esta abstención era suplida con creces por Alfonso y Jorge. Éste salió de la casa tarde, pero dejando ahí a la señora Caso, quien siempre se quedaba más tiempo para acompañar a Alfonso, cuyo terror a la soledad y la noche todos conocían.

Las escenas, básicamente, dan unidad y cadencia (ritmo) a la historia.

LA FRECUENCIA

La *frecuencia* es uno de los aspectos fundamentales de la temporalidad narrativa, es la relación que existe entre el número de veces que se presenta un acontecimiento en el relato y el número de veces que ocurre en la historia o diégesis. Para hacerlo más claro veamos su despliegue en «Imágenes de Vanya»:

Relato singulativo: una vez lo que ha ocurrido una vez:

Otro sábado, Jorge los conoció al fin cuando se dirigían con Vanya a una tienda, le explicó ella, para comprar ropa. Eran tres niños guapos y acostumbrados, por lo visto, a la conducta de Vanya, preocupada tanto por asuntos ajenos a la maternidad. No se asombraron cuando Vanya les pidió comprarse solos la ropa y se fue con Jorge.

Sólo una vez el narrador nos cuenta acerca del día en que el protagonista, Jorge, conoce a los hijos de Vanya, hecho que también nada más ocurre una vez.

Relato repetitivo: n veces lo que ha ocurrido una vez:

Este tipo de relato llamado *repetitivo* es de destacada importancia en la narrativa de García Ponce, se presenta normalmente en dos aspectos: en la reiteración de escenas eróticas y/o contemplativas y en la tenaz referencia al arte pictórico y literario. Tenemos varios ejemplos, señalaré algunos:

–El amigo, como es natural, le presentó a Vanya. Se veía muy guapa. Tenía el pelo corto, rubio, ojos claros, nariz respingada y un cuerpo no alto pero sí bien formado.

–Era guapa, sin duda.

–Sin duda, era atractiva. Su nariz respingada, el pelo rubio.

–El pelo rubio de Vanya, su cara agradable y atractiva con los ojos claros, la nariz respingada.

–Era atractiva sin duda alguna; era tonta muy probablemente Y ahí terminaban sus sagaces conclusiones, ni siquiera podía imaginársela sin blusa.

–La belleza de Vanya no estaba mal; pero ella exageraba en su tontería.

–Guapa, tonta y la supongo disponible.

–¿Sería Vanya tan puta como tonta?

–Vanya era tan puta como tonta.

–Con toda seguridad Vanya sabría inglés, sabría ruso, era idiota y se había salido del departamento de Jorge.

–A Jorge le interesaba tanto como esa belleza la sumisión mostrada por Vanya al presentársela Raúl.

–El acento de Vanya podía ser impecable, tan impecable como su cuerpo, como su cara, como su sumisión.

–El propósito de los dos era el mismo en su disparidad: Jorge ponía a prueba la sumisión de Vanya.

Relato iterativo: contar una sola vez (o, mejor, en una sola vez) lo que ha sucedido n veces:

–Acompañado por esa muchacha y sin decirle quién era Vanya, la vio en muchas fiestas, siempre con una nueva pareja.

—A veces Jorge traía automóvil, a veces no. Vanya se vestía antes de salir y en el elevador seguía besando a Jorge. En varias ocasiones estos besos se prolongaban en el taxi pues a pesar de vivir Jorge relativamente cerca del edificio el deseo de los dos no estaba para cubrir esa larga distancia a pie.

—Pero ese camino podía no tener fin en tanto se conservaba secreto para los dos y aumentaba el deseo de ambos, sólo físico pensaba Jorge: físico y mental había decidido Vanya. Ya no se rasuraba el coño. Éste se mostraba para Jorge en todo su rubio esplendor. Eso lo supieron los dos y ninguno lo comentó.

Tenemos aquí varios acontecimientos idénticos que se presentan una sola vez: «la vio en muchas fiestas, siempre con una nueva pareja», «En varias ocasiones estos besos se prolongaban en el taxi» y «Eso lo supieron los dos y ninguno lo comentó».

Las frecuencias singulativa e iterativa actúan en ocasiones de manera consecutiva, tal como puede verse en el siguiente ejemplo adonde la primera oración es singulativa y la segunda iterativa:

Los «miércoles» en casa de Vanya se hicieron famosos. A ellos fue varias veces un profesor de historia: Máximo Aguirre.

Hasta aquí se ha vislumbrado la organización temporal de los acontecimientos de la historia; no obstante, con respecto a la protagonista lo desconocemos casi todo y, por si fuera poco, siempre es a través de lo que opina el narrador o Jorge, el personaje masculino. Quizá lo que falta es adentrarse todavía más en el cuento, solamente así tendremos la posibilidad de conocer esas imágenes de Vanya que Jorge guardó en «uno de los cajones de su cómoda».

LA LECTURA ISOTÓPICA

Cuando queremos iniciar el análisis semántico de un relato sólo contamos con los sememas (unidades contextualizadas de sentido) que lo conforman. Tomado separadamente cada semema no nos sirve mucho, pero dos sememas colindantes en un contexto discursivo ya es otra cosa. Así, *resultaba* y *tonta* abarcan cada uno un determinado número de significados que los caracterizan; son, por lo tanto, de naturaleza *polisémica*. Si tomamos estos sememas y los integramos en un discurso, por ejemplo: «Por el tono que tenía su risa *resultaba tonta*», se origina un fenómeno llamado *isotopía* porque se crea una especie de alianza entre los dos, coalición que se construye sobre un sema (o unidad mínima de significación) en común, aquí el de /individualidad/. *Resultaba* se caracteriza por varios rasgos: /consecuencia/ + /conclusión/ + /reflejo/ + /temporal/, etc., y *tonta* se asocia a /temporal/, porque en un determinado momento la risa resultaba *tonta*. Es la posición de *resultaba* y de *tonta* lo que lleva a seleccionar un común denominador que el lector reconocerá de inmediato con el rasgo /individualidad/: sólo pertenece a una persona. Así, la isotopía se basa en la repetición o redundancia de elementos similares o relacionados, es una propiedad semántica del texto que nos permite destacar los componentes semejantes de significación en la obra y que evidentemente tienen un fin determinado. En el haz de sentidos que emergen de «Imágenes de Vanya», predominan las siguientes isotopías:

1. LA ISOTOPÍA ESTÉTICA, conformada por los siguientes sememas: *belleza, imagen, figura, fotografía, contemplación (ver, observar)*, cuyos rasgos en común son: /perfección/, /dotada de hermosura/, /particularidad/, /modelo/, /representación/, /apariencia/, en:

«La imagen primera de Vanya para Jorge fue producto de una casualidad».

«Jorge guardó las fotografías en uno de los cajones de su cómoda. Conservaba pues unas últimas imágenes de Vanya».

«El amigo, como es natural, le presentó a Vanya. Se veía muy guapa Tenía el pelo corto rubio, ojos claros, nariz respingada y un cuerpo no alto pero sí bien formado».

«Era guapa, sin duda. Otra muchacha guapa. Había las suficientes. Ser guapa no era una excepción tan rara a esa edad».

«Pensó en Vanya como amante de su amigo, sintió una cierta admiración, una cierta envidia, después de todo la belleza siempre era belleza».

«Podía considerarse como principal atractivo de Vanya el carácter exótico de su belleza».

«Jorge la siguió con la vista».

«Desde lejos siguió observando a Vanya».

«Sin duda era atractiva. Su nariz respingada, el pelo rubio».

«Una reunión heterogénea a pesar de la cercanía en las distintas profesiones y en medio de ella seguía provocando a Jorge la figura Vanya».

«Era atractiva sin duda alguna».

«Ella es guapa. ¿No te parece?».

«La belleza de Vanya no estaba mal».

«El pelo rubio de Vanya, su cara agradable y atractiva con los ojos claros, la nariz respingada».

«A Jorge siempre le habían interesado gentes con el tipo y la figura de Vanya, aunque su ex-mujer no tuviese ese tipo. Tal vez por eso fuese su ex-mujer».

«Jorge se echó sobre la cama mirando a Vanya».

«En cambio tenía muy presente el recuerdo de la figura de Vanya».

«Él no presentó a Vanya, pero advirtió la admiración tanto de las mujeres como de los hombres ante la belleza de ella».

«Vanya se quedó en la cama ofreciéndose a la contemplación no sólo de Jorge».

«Alabó la belleza de Vanya».

«Vanya iba a todas las exposiciones, al teatro, al ballet».

2. LA ISOTOPÍA ERÓTICA, conformada por los siguientes sememas: *amante, desnudez, cuerpo, relaciones sexuales, mirón (un tercero)*, cuyos rasgos en común son: /carnal/, /sensualidad/, /concupiscencia/, /deseo/, /voluptuosidad/, /exhibición/, en:

«Jorge pensó en Vanya como amante de su amigo».

«Debía ser la amante de su amigo o su pareja ocasional».

«Jorge no se preguntó si ya era amante de Vanya».

«Vanya quería conservar a Jorge como amante».

«Vanya mantenía a Jorge como amante y hasta aumentaba su deseo en los momentos en que sólo era su amante y la tontería de Vanya quedaba olvidada en nombre de sus atractivos físicos».

«Podía gozar de Vanya como amante».

«—Quítate la blusa —propuso Jorge».

«Se veía muy blanca y el vestido se cerraba hasta el cuello pero dejaba a la vista o seguía las líneas de su cuerpo».

«Ella de pie, sin acercarse mucho a la cama, dejó caer el abrigo al suelo. Jorge no hizo ningún movimiento. Vanya se desabrochó todos los botones de su vestido azul pálido y se lo quitó. Traía medio fondo blanco y su brasier era blanco también. Se quitó los zapatos sin inclinarse, desprendiéndolos de sus pies con la ayuda del pie contrario. Se quitó el medio fondo, el brasier y los calzones blancos también. Jorge sin moverse pudo verla desnuda con los brazos caídos a lo largo de su cuerpo».

«—¿Te gusto Jorge? —preguntó Vanya levantando su brazo y poniendo su mano en el hombro contrario, de manera que le tapaba una parte del pequeño pecho».

«La blancura de todo su cuerpo como la de sus brazos y piernas era agradable, tenía pechos pequeños, los pezones muy rosados, la cintura estaba resaltada por las caderas de un modo sutil, su ombligo era pequeño y profundo, su estómago muy plano. La única particularidad se encontraba en el coño. Este era rubio y Vanya lo hacía más corto rasurándose el final».

«Desde la cama podía admirar nuevamente el cuerpo desnudo. Siguió cada uno de sus movimientos mientras Vanya se vestía».

«Vanya no usaba perfume, pero la cama y el cuerpo de Jorge conservaban su olor. El olor de su cuerpo, el olor de Vanya. Era agradable y era agradable recordar sus gestos y hasta su inexplicable risa. No era agradable su propósito de hacer menos altos los pelos de su coño rubio».

«Tan impecable como su cuerpo, como su cara».

«Vanya se vestía antes de salir y en el elevador seguía besando a Jorge. En varias ocasiones estos besos se prolongaban en el taxi pues a pesar de vivir Jorge relativamente cerca del edificio el deseo

de los dos no estaba para cubrir esa larga distancia a pie. El de Jorge se había iniciado desde su decisión de ir a buscar a Vanya [...]. El de Vanya tal vez era permanente».

«Cuando iban en taxi Jorge empezaba a meterle mano a Vanya desde la calle, lo seguía haciendo en el taxi, besándola en los pechos muchas veces y Vanya trataba de no dejar ver nada al chofer cuya mirada casi no se apartaba del espejo retrovisor. Los dos fingían: Jorge al pretender ignorar las miradas del taxista; Vanya al pretender tener éxito en sus intentos de ocultamiento ante Jorge y ante el taxista».

«Pero ese camino no podía tener fin en tanto se conservaba secreto para los dos y aumentaba el deseo de ambos, sólo físico pensaba Jorge: físico y mental había decidido Vanya. Ya no se rasuraba el coño. Este se mostraba para Jorge en todo su rubio esplendor. Eso lo supieron los dos y ninguno lo comentó».

«La señora Caso podía hacer las veces de la mirada de cualquier taxista observando a la pareja en el asiento posterior de su automóvil».

«Jorge se colocó detrás de Vanya, sus manos entraron bajo el suéter y desabrocharon el brasier. Esas mismas manos procedieron luego a acariciarle los pechos. Los ojos de la señora Caso los observaban tan atentamente como cualquier taxista. Vanya se volvió para besar a Jorge en la boca y llevarlo tomado de la mano al cuarto».

«Sintiendo el cuerpo de Vanya pegado al suyo».

«Después de quedar satisfecha sexualmente y satisfacer con su sensualidad sin límites a Jorge».

«Éste dedujo la necesidad de Vanya de ese cuerpo».

«[...] se bañaron. Al cambiar la regadera del agua caliente a la pura agua fría de acuerdo con las costumbres de Jorge, Vanya dio unos grititos de sorpresa sin intentar salirse y se cubrió los pechos con las manos».

«—¡Ay Jorge, mira, mira, nos están viendo, nos están viendo! —dijo cubriéndose otra vez sólo los pechos al señalar poco antes el edificio frente al de Jorge».

«Aceptó sin ningún comentario la proposición de no ponerse brasier. Y apenas estuvieron juntos de nuevo comentó: —¡Ay Jorge, me fui a pie hasta mi casa, muchos notaron que no llevaba brasier y me gustó pensar que lo hacía por ti y busqué sus miradas pero no hablé con nadie! —Mmm —dijo Jorge y la desvistió como si sus palabras lo excitaran».

«Se desvistió ayudada por Jorge, apenas estuvieron en el edificio y esa noche él probó otra vez a Vanya: se acostaron en el piso de mosaicos antes de entrar al departamento».

«Había visto a Vanya esa tarde y desnudándola en su coche [...]».

3. LA ISOTOPÍA PUBESCENTE, conformada por los siguientes sememas: tontería, sumisión, risa, incapaz de conversar, no hablaba, blanco (color), pequeños, cuyos rasgos en común son: /inocencia/, /actitud-comportamiento/, /irresponsabilidad/, /ingenuidad/, /credulidad/, /obediencia/, /dependencia/, /manejabilidad/, /docilidad/, /acatamiento/, en:

« [Vanya] No bebía, casi no hablaba, examinaba a todos y Jorge la examinaba a ella. Con mucha frecuencia se llevaba cacahuates o pistaches a la boca. Era obvio su desconocimiento de la historia como tema de conversación».

«Se reía sin motivo. Su risa, en su tono y su manera resultaba tonta, sin embargo».

«Vanya casi no hablaba, su risa era frecuente y siempre carente de motivo».

«Ella exageraba en su tontería».

«A Jorge le interesaba tanto como esa belleza la sumisión mostrada por Vanya».

«¿Estaba dispuesto a ignorar su tontería?».

«—Gracias Jorge —dijo Vanya al tenderle la mano y se rió sin motivo» .«Jorge ya conocía su incapacidad para conversar».

«¿Sería Vanya tan puta como tonta? Jorge se propuso saberlo inmediatamente proponiéndole ir a su departamento. Vanya era tan puta como tonta. Aceptó también de inmediato».

«Con toda seguridad Vanya sabría inglés, sabría ruso, era idiota y se había salido del departamento de Jorge».

«Tenía pequeños pechos».

«Tenía medio fondo blanco y su brasier era blanco también [...] Se quitó el medio fondo, el brasier y los calzones blancos también».

«Era agradable y era agradable recordar sus gestos y hasta su inexplicable risa».

«La voz sonaba tonta hasta por interfon».

«Tan impecable como su cuerpo, como su cara, como su sumisión» .

«Tenía muy presente el recuerdo de la figura de Vanya en la cama y su adecuado silencio al hacer el amor».

«Jorge ponía a prueba la sumisión de Vanya».

«Acostumbrados, por lo visto, a la conducta de Vanya, preocupada tanto por asuntos ajenos a la maternidad».

«Vanya dio unos grititos de sorpresa sin intentar salirse y se cubrió los pechos con las manos. –¡Ay Jorge, ay Jorge! –exclamó».

«El gesto de cubrirse los pechos con las manos debía ser el gesto instintivo de Vanya ante cualquier suceso inesperado cuando estaba desnuda».

«–dijo cubriéndose otra vez sólo los pechos».

«Ella aceptaba todo tan naturalmente...».

«Obedecido religiosamente sin ninguna protesta por Vanya».

«Le pedía a Vanya hacerse vestidos cada día más atrevidos y transparentes, le pedía no usar brasier en ninguno de los lugares a los que iba y quitarse siempre el abrigo apenas entraba. Ya sabía los comentarios posteriores de ella: –¡Ay Jorge, todos me miraron!»

4. LA ISOTOPÍA ONÍRICA, conformada por los siguientes sememas: *somníferos, dormir, sopor*, cuyos rasgos en común son: /abandono/, /soñolencia/, /adormilamiento/, /reposo/, en:

«Era muy tarde. Fueron a un restaurant de esos que están abiertos siempre, de noche y de día».

«Ante la sonrisa en Jorge por la constatación de seguir repitiendo mentalmente la canción de Gonzalo Curiel: De noche y de día. Night and day era otra canción americana».

«Dormían en las dos habitaciones y Vanya en el sofá de la sala».

«Dormía en camión, cuando lograba dormir estando sola en el sofá. En ese sofá se quedaba el camión al recibir ella a Jorge».

«El de Vanya era permanente pero se concretaba al escuchar en medio del sopor al que debería conducirla los *somníferos*, los esfuerzos de Jorge por abrir la puerta».

«Sintiendo el cuerpo de Vanya pegado al suyo Jorge no se explicaba por qué olía tanto a *somníferos* cuando iba a buscarla».

5. LA ISOTOPÍA ESPACIO-TEMPORAL, conformada por los siguientes sememas: *extranjera, historia, memoria, departamento, sofá*, cuyos rasgos en común son: /nacionalidad/, /foránea/, /viajera/, /lejana/, /localización/, /lugar/, en:

«A pesar de ser extranjera como lo demostraba tanto su aspecto general como el nombre y apellido dados por el amigo de Jorge al presentársela, el español de Vanya era perfecto, sólo el tono de su voz resultaba un tanto inexpresivo».

«Cada quien hablaba de temas generales de actualidad o del oficio de la mayor parte de los asistentes: la historia».

«Vanya procedía de Los Ángeles, Alfonso no sabía cómo había llegado a Los Ángeles y posteriormente a Monterrey y a la ciudad después de su divorcio».

«En esos tiempos no había ninguna posibilidad de acercarse a Vanya bailando».

«La respuesta podía ser tan explicable como la calidad del español de Vanya».

«Así procede la memoria: de una manera inesperada y gratuita, se dijo Jorge, con una originalidad digna de Vanya».

«Esto, no el tono de la voz ni sus preguntas ocupaban esa memoria mientras subía por el elevador».

«Llévame a tu departamento Jorge».

«Jorge supo entonces cómo estaba repartido el departamento: los tres hijos dormían en las dos habitaciones y Vanya en el sofá de la sala».

«También supo la irregular eficacia de la llave del departamento; debido a su dificultad para entrar Vanya oía el ruido de la llave desde antes».

«En ese sofá se quedaba el camisón».

«La siguiente vez que estuvieron en el departamento hasta la mañana Vanya cuya blusa era delgada aceptó sin ningún comentario la proposición».

«Es una idea antigua: el fin justifica los medios».

«La llevó a su departamento después de lo cual Vanya sin brasier se fue sola al ballet».

«Sólo confesó haber llevado a una antigua amante a su departamento».

La reconstrucción de la red de relaciones recorridas permite proyectar una estructura subyacente en el relato gracias a las cinco isotopías propuestas: la estética, la erótica, la pubescente, la onírica y la espacio-temporal. Se advierte que el cuento inicia y termina hablando de las imágenes de Vanya: una extranjera de excepcional y exótica belleza, habitualmente callada y soñolienta, con un anhelo de inanidad constante (que abarca su aspecto físico) que la hace parecer tonta o prostituta ante los ojos de quienes la rodean y no van más allá de la mera apariencia. Su nombre es ruso e incluso «sabría inglés, sabría ruso», nos informa el narrador. En uno de sus relevantes ensayos, Juan García Ponce nos detalla este modelo de niñas-adolescentes-mujeres:

En actitudes de abandono y reposo, con las ropas en desorden, dos o tres botones desabrochados, dejando algunas veces los hombros desnudos y permitiendo entrever el nacimiento de los pechos que luego se abomban bajo la tela que los oculta, con las piernas encogidas y un pie descalzo apoyado al borde del curvado y cómodo pero estrecho sillón en el que se olvidan de sí mismas, permitiendo que la frágil tela de sus faldas de algodón resbale por sus largos muslos para que pueda revelarse por completo el trazo perfecto de sus piernas, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás apoyada en el respaldo o semidesnudas con sólo algunos fragmentos del vestido que acaban de quitarse cubriéndolas en el lugar apropiado o desnudas, entregando a la mirada su cuerpo y su rostro de niñas apenas, de púberes inciertas, de mujeres sin edad, tienen, con mucha frecuencia, los ojos cerrados. Sin embargo, tal vez no duermen exactamente. Sus párpados parecen haber caído pesadamente sobre esos ojos, como si una fuerza invencible los guiara obligándolas a tender un velo que permita suponer la existencia de un olvido tras el cual se ocultan cuando toda su figura se abre a la revelación.⁷

¿Se está describiendo a Vanya? Exactamente así pareciera, pero ella está dentro de una historia de ficción, es la protagonista de un relato y, en cambio, el escritor mexicano está hablando en este ensayo de las niñas, las adolescentes, las mujeres que el notable pintor Balthus⁸ «dibuja en actitud de abandono y reposo»:

En sus labios carnosos, en sus narices infantiles, en sus frentes culpables sobre las que a veces cae un mechón del pelo en desorden hay un gesto de malhumor casi, tal vez de desdén o de molestia [...] En su presencia se muestra esa imposible y eterna infancia, que consiste en un abandono, una autenticidad natural, un estar inmerso en el mundo sin advertirlo siquiera, como parte del mundo, siendo mundo: el paraíso inevitablemente perdido de cuya nostalgia nos hablan Baudelaire, Proust, quizás en algún momento todos los grandes artistas.⁹

Volvamos a recorrer algunas partes del relato para presenciar el porqué de estas semejanzas:¹⁰

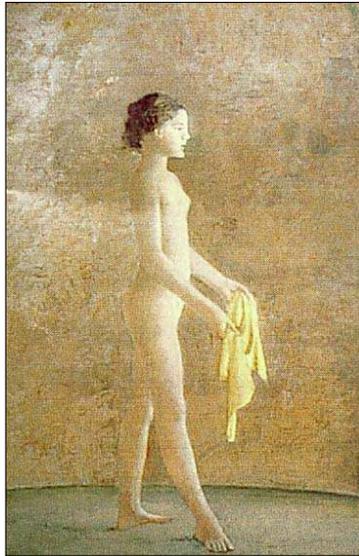
⁷ "Balthus: el sueño y el crimen", Las huellas de la voz, Imágenes plásticas, Vol. 1, (México: Mortiz/Planeta, 2000), p. 27.

⁸ Llamado muchas veces "el pintor del silencio", el Conde Balthazar Klossowski de Rola nace en Francia en 1908 y muere en su casa de Rossinière, en el cantón Suizo de Vaud, en 2001. Era hermano del escritor Pierre Klossowski e hijo de nobles polacos exilados. El nombre de Balthus, con el que fue conocido en el mundo del arte, le fue elegido por Rainer Maria Rilke. Este pintor tuvo una marcada predilección por pintar la pubescencia femenina, niñas-mujeres en actitudes atrevidas que oscilaban entre la ingenuidad y la perspicacia. Entre la obra de Balthus se encuentra un óleo titulado Inmaculada (que forma parte de la serie de seis cuadros que se titula El sueño), realizado en 1955. A mi juicio, la novela de García Ponce Inmaculada o los placeres de la inocencia (1989) debe su nombre a esta pintura del autor galo; de igual forma, en la portada de su libro Catálogo razonado (1982) observamos una pintura de Balthus, Resting Nude. Para un conocimiento profundo sobre este extraordinario pintor, véase el texto de García Ponce: Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus (1987).

⁹ "Balthus: el sueño y el crimen", op.cit., p. 34.

¹⁰ Fue a partir del sentido del texto, y desde mi punto de vista sobre este sentido, que consideré la elección de los referentes plásticos. Todos los cuadros expuestos en el análisis de este cuento, "Imágenes de Vanya", son obra de Balthus. El énfasis en las citas del relato es mío.

Jorge se echó sobre la cama mirando a Vanya con las manos bajo la cabeza. Ella de pie, sin acercarse mucho a la cama, dejó caer el abrigo al suelo. Jorge no hizo ningún movimiento. Vanya se desabrochó todos los botones de su vestido azul pálido y se lo quitó [...]. Jorge sin moverse pudo verla desnuda con los brazos caídos a lo largo de su cuerpo:

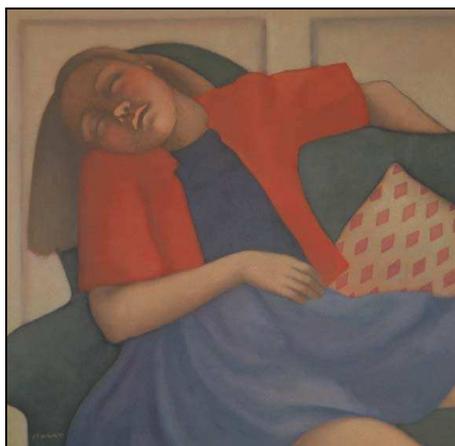


Nudo, 1973

Como Jorge se presentaba siempre muy tarde, Vanya le dio la llave del edificio y de su departamento. Jorge supo entonces cómo estaba repartido el departamento: los tres hijos dormían en las dos habitaciones y Vanya en el sofá de la sala:

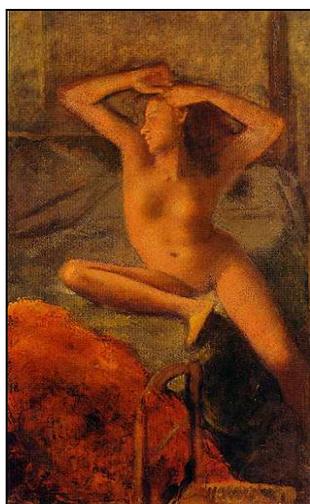


Étude pour le Rêve I, 1954-1955.



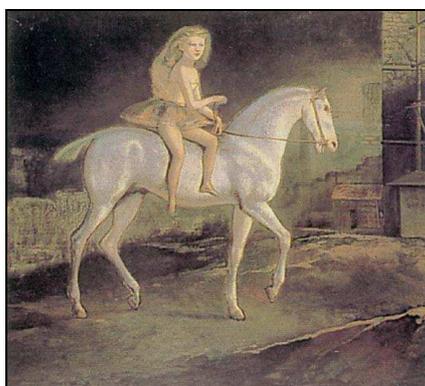
The drawing-room, 1942

Jorge no cerró la cortina cuando terminaron de acostarse y Vanya se quedó en la cama ofreciéndose a la contemplación:



Nude with Arms Raised, 1951.

El grupo estaba formado tanto por Jorge y Raúl como por Alfonso, la señora Caso y algunos invitados diferentes más, Vanya le enseñó a Jorge el caballo de bronce traído de regalo para ella desde Nueva York por Raúl:



Il cavallo bianco, 1941

–Gracias, Jorge –dijo Vanya al tenderle la mano y se rió sin motivo. Después ya había cerrado la puerta de su edificio y Jorge estaba solo en la calle. Consideró y descartó la posibilidad de regresar a la casa de Alfonso. Se dirigió caminando a su modesto departamento de recién divorciado:



Le passage du commerce Saint-Andre, 1952-54

Se acostaron en el piso de mosaicos antes de entrar al departamento. –¡Ay Jorge, el piso está frío – fue el único comentario de Vanya cuando Jorge la acostó sobre ese piso:

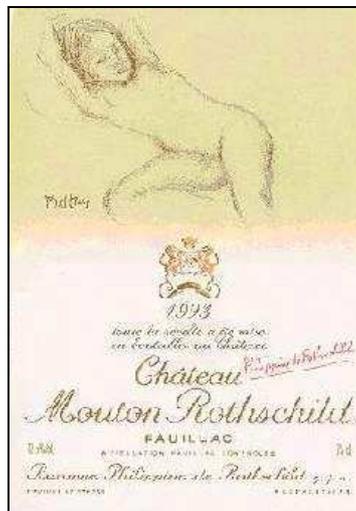


La víctima

Incapaz de ir a ningún lado público con Vanya sin aburrirse, y avergonzarse mortalmente, sin verla más que a solas o en casa de ella con más gente, Jorge terminó por cansarse [...] Jorge volvió a verla a solas una tarde de sábado al salir del departamento de Alfonso. El último amante de Vanya, por lo visto, era fotógrafo.

–A ti sí puedo enseñarte, Jorge, las fotografías que me tomó, a ti sí –dijo Vanya.

Sacó de un sobre amarillo unas fotografías ampliadas de ella invariablemente desnuda. Jorge las repasó fingiendo atención. Vanya le regaló tres, dos de frente en una de las cuales estaba acostada a todo lo largo de la cama, en la otra estaba medio incorporada contra la pared. En la primera sus brazos estaban bajo su cabeza:

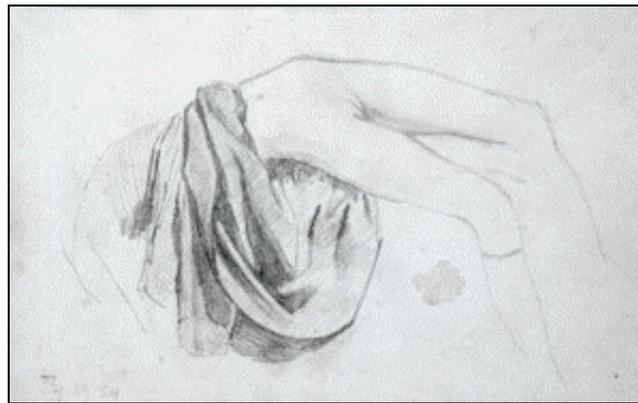


en la segunda los brazos estaban a lo largo de su cuerpo:



Bambina seduta, 1966

en la tercera su cabeza y sus brazos extendidos usaban la cama, su cuerpo estaba en el piso:



Estudio para la lección de guitarra, 1934

Las cinco isotopías propuestas hacen palpable la relación vida-arte que recorre el relato, subrayando el significado de lo efímero de la vida y lo imperecedero del arte: éste es inmortal, la vida no; la realidad es abatida por el tiempo mientras que el arte se mantiene inalterable. De ahí que en este cuento lo perdurable es la belleza, el arte mismo que se impone por sobre el mero sexo-lascivo.

«Un bosque es –manifiesta Umberto Eco– para usar una metáfora de Borges, un jardín cuyas sendas se bifurcan. Incluso cuando en un bosque no hay sendas abiertas, todos podemos trazar nuestro propio recorrido decidiendo ir a la izquierda o a la derecha de un cierto árbol y proceder de este modo, haciendo una elección ante cada árbol que encontremos». El relato me ha alentado a moverme en su espacio narrativo como si fuera mi propio jardín privado, hasta me permití hurgar en los cajones de la cómoda de Jorge, el personaje del relato, para conocer y mostrar las últimas imágenes de Vanya.

© Magda Díaz y Morales

La autora:

Magda Díaz y Morales. Doctora en Literatura. Página personal "Apostillas literarias": <http://apostillasnotas.blogspot.com>

RECONOCIMIENTO DE LAS CAUSAS DEL MALENTENDIDO Y REPRESENTACIÓN DE LOS SUJETOS EN EL TEXTO

“Shakespeare en la Selva” de Laura Bohannan¹

por Ángel Díaz

El malentendido se concretiza en la frase citada en clase de semiótica y cita de la escritora: "El destinatario no siempre puede, ni está dispuesto a hacer con el mensaje, aquello que el emisor pretende (...) Uno puede fácilmente mal interpretar lo universal, cuando no ha entendido lo particular".

A partir un estudio de semiología realizado para la maestría en comunicación periodística, institucional y empresarial, en la Universidad Complutense de Madrid, exactamente para el módulo de semiótica y comunicación de masas dictado por el Dr. D Wesceslao Castañares, a continuación se analizan –con detenimiento– las causas de los malentendidos y la representación de los sujetos en el texto de *Shakespeare en la selva* de Laura Bohannan.

* * *

Debido a la importancia para el docente de sembrar una correcta visión de los modelos semióticos informacional y enunciacional, reproduciremos y comentaremos ejemplos, los cuales se producen cuando la antropóloga trata de contar la historia de *Hamlet* a unos indígenas africanos. De ésta manera, luego de leer el texto original de *Hamlet*, ver la película y, teniendo la oportunidad de haber visto versiones teatrales de la pieza de *Hamlet* por grupos afamados como Rajatabla –colectivo venezolano–, pienso que cada director de cine o teatro, lector o audiencia le otorga interpretaciones personales porque «después de todo, era un poeta muy inglés, y uno puede fácilmente mal interpretar lo universal cuando no ha entendido lo particular», como dice Bohannan al inicio del texto de *Shakespeare en la selva*.

En la historia *Shakespeare en la selva* hay dos factores importantes que trazan el curso de los acontecimientos. En primer, lugar la antropóloga al comenzar el relato advierte al lector que para ella misma descifrar la obra de Shakespeare representa todo un misterio y que –a pesar de haberla leído–, nunca ha llegado a entenderlo del todo. Me queda una reflexión al respecto: ¿Cómo puede un emisor desarrollar y sustentar un mensaje, si no conoce el discurso o no tiene las bases para hacerlo?

Por otra parte, el receptor(es) dentro de esta historia debe(n) dotar de contenido el mensaje para de esta manera descodificar la información, pero las grandes diferencias culturales y sociales de conductas, lengua, costumbres, ceremonias, estereotipos, prejuicios, ritos y/o de idiosincrasia que existe entre una tribu oriunda de África y el pensamiento occidental, son distantes.

Para muestra llaman la atención los siguientes patrones socio-culturales de la tribu africana, extraídos de la lectura. Algunos de estos dan pie a los malentendidos que se generan en la historia:

- Tribu de ciento cincuenta personas, todos parientes próximos.
- En las ceremonias participan los hombres más viejos del poblado.
- No se discuten asuntos serios cuando hay cerveza y la gente importante se sirve a sí misma la bebida.
- Los tipos de papeles que conocía la tribu tienen otras connotaciones a la visión de la protagonista.

¹ Laura Bohannan, “Shakespeare in the Bush”, en James Spradley y David W. McCurdy (comp.), *Conformity and Conflict: Readings in Cultural Anthropology*, Pearson Education (12ª edición, 2005)

- Se requiere de habilidades comunicacionales verbales y no verbales para contar historias en la tribu.
- Asimismo, a los significados de palabras tales como brujería y presagios, la tribu les da otra interpretación. (Ejemplo: ¡Los presagios no hablan!, citado en el texto).
- Este tipo de tribus no cree en la supervivencia de ningún aspecto individualizado de la personalidad después de la muerte.
- Lo que significa labrar los campos es importante al momento de analizar la historia.
- Un gran jefe debe tener muchas esposas dice el texto.
- Los muertos para la tribu no tienen sombra, se señala también.
- Un hombre nunca debe reprender a su madre en esta cultura africana.
- El agua por sí misma no hace ningún daño.

Por ello, el mensaje emitido puede generar una respuesta de incompreensión –en sus diversas modalidades– o rechazo por parte del receptor o receptores, o viceversa. Alcanzan a producirse entonces, «faltas de coincidencia» en ese proceso de descodificación, dando lugar a interpretaciones con diversos significados. Aquí interviene también subcódigos donde una misma expresión puede significar denotativamente ideas diferentes. Todo esto es producto de la traducción entre culturas y de la visión de mundo. Al respecto, los subcódigos para los cuales una misma expresión –comprendida por todos en su aspecto denotativo–, puede connotar cosas diferentes dependiendo de los individuos, en la obra queda representado, por ejemplo, cuando los indígenas comparan la pelea con machetes, o la brujería.

El problema de los códigos genera un ruido importante toda vez que emisor y receptor manejan un lenguaje distinto. Para la antropóloga parecía difícil alcanzar un entendimiento con sus receptores quizás, por la falta de palabras claves, lo que ocasionó en más de una oportunidad que el mensaje llegara incompleto o distorsionado.

Los diferentes contextos socio-culturales como los señalados anteriormente, generaron también un choque entre códigos y establecieron reglas de correlación diferentes, produciendo una falta de coincidencia entre palabras que dieron lugar que un mismo significante fuera interpretado con diversos significados.

Durante la obra, en un esfuerzo por explicar Hamlet, la narradora sufre una serie de problemas propios de la comunicación. El malentendido –uno de ellos–, la lleva incluso a ceder su papel de emisora para convertirse, al final del cuento, en una receptora casi pasiva, consciente de que la comunicación no puede ser establecida como un proceso lineal y simétrico, sino más bien negociador.

Las barreras propias de la diferencia de edad, experiencia y conocimientos de parte de los líderes de la tribu abren una brecha entre la antropóloga y sus interlocutores, que si bien inician el cuento como receptores, a medida que se desarrolla el relato van cobrando terreno como emisores. He allí el proceso negociador que subyace en el proceso comunicativo. Se establece un intercambio que da origen a una ley bivalente donde todo trasmisor puede ser receptor y todo receptor puede ser trasmisor, como un proceso continuo que relaciona a los sujetos y que les pone a debatir.

Y aunque entre ambos se establece una suerte de empatía al principio, pues cada cual cree como certera su idea y no acepta la opinión del contrario –como ocurre cuando dos bandos políticos discuten sus propuestas–, una vez que el proceso de comunicación se desarrolla, la discusión de ideas y el intercambio logran entre los personajes de la historia un relativo acuerdo.

En el cuento, los protagonistas de la obra literaria sufren modificaciones conceptuales durante la traducción, hecho que explica el fenómeno del malentendido entre la tribu y la narradora. Aunque el final reafirma la tesis que subraya que a pesar de las distancias territoriales, socioculturales, educativas y religiosas, la historia de Hamlet puede ser entendida aquí y en cualquier otra parte del mundo como toda obra de literatura universal. Contradictoriamente, esto último es un hecho para reflexionar. También subyace en esta historia de Bohannan una interpretación del texto como veremos en los ejemplos.

En resumidas, ésta es mi versión de los malentendidos que comento a partir de los diálogos extraídos del texto:

1.- " — (...) *sino hace mucho tiempo, ocurrió una cosa. Una noche tres hombres estaban de vigías en las afueras del poblado del gran jefe, cuando de repente vieron que se les acercaba el que había sido su anterior jefe.*

—¿Por qué no era ya su jefe?

—*Había muerto, expliqué, es por eso por lo que se asustaron y se preocuparon al verle.*

—*Imposible, comenzó uno de los ancianos, pasando la pipa a su vecino, quien le interrumpió. Por supuesto que no era el jefe muerto. Era un presagio enviado por un brujo. Continúa".*

Incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales y por disparidad de códigos. Lo de interferencias circunstanciales es debido a que estas tribus no creen en la supervivencia de ningún aspecto individualizado de la personalidad después de la muerte, tal y como aparece en el texto. La tribu desconoce el código del emisor y lo interpreta como un jefe muerto. En respuesta al emisor, el anciano lo interpreta desde sus propios intereses como un presagio enviado por un brujo. Es interesante la utilización por parte del emisor de la palabra «cosa», expresión que para la tribu tiene otra acepción (como dice el segundo ejemplo) y por tanto también hay disparidad de códigos.

2.- "*Ligeramente importunada, continué. Uno de esos tres era un hombre que sabía cosas –la traducción más cercana a estudioso, pero por desgracia también significaba brujo. El segundo anciano miró al primero con cara de triunfo. De modo que habló al jefe muerto, diciéndole: Cuéntanos qué debemos hacer para que puedas descansar en tu tumba, pero el jefe muerto no respondió. Se esfumó y ya no lo pudieron ver más. Entonces el hombre que sabía cosas –su nombre era Horacio– dijo que aquello era asunto para el hijo del jefe muerto. Hamlet.*

—*Hubo un sacudir de cabezas general dentro del corro. ¿El jefe muerto no tenía hermanos vivos? ¿O es que el hijo era jefe?*

—*No, repliqué. Esto es, tenía un hermano vivo que se convirtió en jefe cuando el hermano mayor murió".*

Incomprensión del mensaje por disparidad de códigos. El receptor (segundo anciano) conoce mal el código del emisor (palabra «cosas») y le atribuye otro significado (brujo). Al decir que el segundo anciano miró al primero con cara de triunfo se produce la incomprensión no verbal (gesto de triunfo). Continúa la incomprensión por códigos producto de la visión de la tribu con respecto a la muerte lo cual lleva a la duda producto del malentendido y por ende a la pregunta: ¿El jefe muerto no tenía hermanos vivos? ¿O es que el hijo era jefe?.

3.- "*No, repliqué. Esto es, tenía a un hermano vivo que se convirtió en jefe cuando el hermano mayor murió.*

Los ancianos murmuraron entre dientes: tales presagios son asunto para jefes y ancianos, no para jóvenes; ningún bien puede venir de hacer las cosas a espaldas del jefe; evidentemente. Horacio no era un hombre que supiera cosas".

Incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales y rechazo del mensaje. Los receptores (los ancianos) interpretan de forma no deseada el mensaje por parte de quien cuenta la historia de Hamlet. Hay de por medio un interés vivencial y conductual de los jefes y los jóvenes en las tribus africanas, producto –quizás–, de jerarquías. Se produce en este proceso comunicativo un rechazo del mensaje por la poca credibilidad que ven los ancianos en lo dicho por la antropóloga.

4.- " (...) *Ahora bien, si tu tío, casado con tu madre viuda, es plenamente el hermano de tu padre, entonces también será un verdadero padre para ti. ¿Tenían el padre y el tío de Hamlet la misma madre?*

Esta pregunta no penetró apenas en mi mente; estaba demasiado contrariada por haber dejado a uno de los elementos más importantes de Hamlet fuera de combate. Sin demasiada convicción dije que creía que tenían la misma madre, pero que no estaba segura —la historia no lo decía. El anciano me replicó con severidad que esos detalles genealógicos cambian mucho las cosas y que cuando volviese a casa debía de consultar sobre ello a mis mayores ''.

Incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales. El receptor de este ejemplo (protagonista de la historia) interpreta de forma no deseada el mensaje (pregunta) producto de la contrariedad y al verse como sujeto dotada de un saber que de antemano era la lectura y mostrar una gran inquietud a partir de la historia original de Hamlet. Luego, el anciano descodifica el mensaje también a partir de su visión de vida en tribu. Como hecho importante existe una carencia de códigos de la antropóloga para expresarse y por ende ella, como sujeto dotada de una enciclopedia (de un saber) se ve a veces limitada a dotar de sentido el texto de Hamlet cuando dice: «Sin demasiada convicción dije que creía que tenían la misma madre, pero que no estaba segura —la historia no lo decía». Esto de alguna manera pone en entredicho la historia original.

5.- *"Determinada a salvar lo que pudiera del tema de la madre, respiré profundo y empecé de nuevo. El hijo Hamlet estaba muy triste de que su madre se hubiera vuelto a casar tan pronto. Ella no tenía necesidad de hacerlo y es nuestra costumbre que una viuda no tome nuevo marido hasta después de dos años de duelo.*

—Dos años es demasiado, objetó la mujer que acababa de hacer aparición con la desgastada bolsa de piel de cabra. ¿Quién labrará tus campos mientras estés sin marido?

—Hamlet, repliqué sin pensarlo, era lo bastante mayor como para labrar las tierras de su madre por sí mismo. Ella no precisaba volverse a casar. Nadie parecía convencido y renuncié''.

Incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales. La mujer interpreta de forma no deseada el mensaje (años de duelo) porque no comprende del todo el mensaje —por su llegada tarde a la escena—, y le da una respuesta propia de la cultura de esa tribu, haciendo una pregunta. Esto producto de su visión de mundo en tribu.

6.- *"Hice una pausa, perpleja ante cómo presentar el disgustado soliloquio de Hamlet a una audiencia que se hallaba convencida de que Claudio y Gertrudis habían actuado de la mejor manera posible. Entonces uno de los más jóvenes me preguntó quién se había casado con las restantes esposas del jefe muerto.*

—No tenía más esposas, le contesté.

—¿Pero un gran jefe debe tener muchas esposas! ¿Cómo podría si no servir cerveza y preparar comida para todos sus invitados?

Respondí con firmeza que en nuestro país hasta los jefes tienen una sola mujer, que tienen criados que les hacen el trabajo y que pagan a éstos con el dinero de los impuestos.

De nuevo replicaron que para un jefe es mejor tener muchas esposas e hijos que le ayuden a labrar sus campos y alimentar a su gente; así, todos aman a aquel jefe que da mucho y no toma nada — los impuestos son mala cosa''.

Incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales. El joven y la tribu interpretan de forma no deseada el mensaje de las esposas porque en su vida cotidiana un gran jefe debe tener muchas.

7.- *"(...) Esa noche Hamlet se quedó vigilando junto a los tres que habían visto a su difunto padre. El jefe muerto apareció de nuevo, y aunque los demás tuvieron miedo, Hamlet le siguió a un lugar aparte. Cuando estuvieron solos, el padre muerto habló.*

—¡Los presagios no hablan! El anciano era tajante.

El difunto padre de Hamlet no era un presagio. Al verlo podría parecer que era un presagio, pero no lo era. Mi audiencia parecía estar tan confusa como lo estaba yo. Era de verdad el padre muerto de

Hamlet, lo que nosotros llamamos un fantasma. Tuve que usar la palabra inglesa, puesto que estas gentes, a diferencia de muchas de las tribus vecinas, no creían en la supervivencia de ningún aspecto individualizado de la personalidad después de la muerte.

–¿Qué es un fantasma? ¿Un presagio?

–No, un fantasma es alguien que ha muerto, pero que anda vagando y es capaz de hablar, y la gente lo puede ver y oír, aunque no tocarlo.

Ellos replicaron. A los zombis se les puede tocar.

–No, no! No se trataba de un cadáver que los brujos hubieran animado para sacrificarlo y comérselo. Al padre muerto de Hamlet no lo hacía andar nadie. Andaba por sí mismo.

–Los muertos no andan, protestó mi audiencia como un solo hombre.

Yo trataba de llegar a un compromiso. Un fantasma es la sombra del muerto. Pero de nuevo objetaron. Los muertos no tienen sombra.

–En mi país sí que la tienen, espeté".

Incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales y por disparidad de códigos. Lo de interferencias circunstanciales es debido a que estas tribus no creen en la supervivencia de ningún aspecto individualizado de la personalidad después de la muerte, tal y como aparece en el texto. Pero la tribu desconoce el código del emisor (por disparidad de códigos) y lo interpreta como presagio y luego como zombi. La incomprensión continúa ya que al expresarse la protagonista de la historia enrolla más los hechos al usar la palabra: fantasma. El receptor conoce mal el código de emisor y le atribuye otros significados: zombis, presagio, esto por la diferencia cultural de ceremonias, sacrificios y otras manera de ver la vida de estas tribus. Por ejemplo, para ellos los muertos no tienen sombra, ni hablan, como citan. «Los muertos no andan», ello por ejemplo, forma parte de la incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales. Pareciera que en la última parte de este ejemplo hay también un **rechazo del mensaje** ya que a pesar de la insistencia, ellos se niegan a creerle. Lo mismo se sustrae en la frase: «Pero de nuevo objetaron. Los muertos no tienen sombran».

8.- *"(...) Se llamaba Polonio. Hamlet cortejaba a su hija, pero el padre y el hermano de ella...(aquí busqué precipitadamente alguna analogía tribal) le advirtieron que no permitiera a Hamlet visitarla cuando estaba sola en casa, puesto que él había de llegar a ser un gran jefe y por tanto no podría casarse con ella.*

–¿Por qué no?, preguntó la esposa, que se había acomodado junto al sillón del anciano. Él la miró con gesto de desaprobación por hacer preguntas tontas y gruñó. Vivían en el mismo poblado.

–No era esa la razón, les informé. Polonio era un extranjero que vivía en el poblado porque ayudaba al jefe, no porque fuera su pariente".

Incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales. Los receptores (la esposa y su anciano) interpretan de forma no deseada el mensaje porque lo ven desde su propio estilo de vida y, como se sabe, la historia reafirma que la colina pertenecía a un anciano venerable, cabeza de una explotación doméstica de unas 140 personas, todos ellos parientes próximos de él, o bien mujeres e hijos suyos. Estos datos son parte de la vida cotidiana y la traducción entre culturas.

9.- *"Quieres decir exclamó, que en realidad era un presagio y que él sabía que a veces los brujos envían falsos presagios. Hamlet fue tonto por no acudir antes que nada alguien versado en leer presagios y adivinar la verdad. Un hombre que ve la verdad le podría haber dicho cómo murió su madre, si realmente había sido envenenado y si hubo en ello brujería o no la hubo; luego podría haber evocado a los ancianos para tomar una determinación (...)*

Sí, dije, dejando de lado fantasmas y demonios: tendría por fuerza que ser un presagio enviado por un brujo (...)"

Incomprensión del mensaje por disparidad de códigos. Continúa la creencia de los brujos y presagios por parte de la tribu, aunque no se puede negar que existe en este mensaje una fuerza argumentativa e interpretativa. Ella da por válido el mensaje, lo cuál desde mi visión del texto de

Hamlet, pone más aún en entredicho lo de «universalmente comprensible».

10.- *"Ella gritó asustada y Polonio se movió tras la tela. Hamlet exclamó: ¡Una rata! Y tomando su machete dio un tajo que la atravesó. (...)*

Los ancianos se miraron unos a los otros con supremo disgusto. ¡Ese Polonio era realmente un necio y un ignorante! Hasta a un niño se le había ocurrido decir: ¡Soy yo! Con repentino dolor, recordé que estas gentes son ardientes cazadores, siempre armados de arco, flechas y machete; al primer movimiento entre la maleza hay ya una flecha lista apuntando y el cazador grita ¡Va! Si no contesta voz humana inmediatamente la flecha sigue su camino. Como cualquier buen cazador Hamlet había gritado ¡Una rata!"

Incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales. Los ancianos interpretan de forma no deseada el mensaje (al mirarse los unos a los otros con supremo disgusto) y lo interpretan desde sus expectativas e intereses culturales. La antropóloga da respuesta a ello cuando comenta lo de su actitud hacia la caza. Aquí también están implícitos **disparidad de códigos**.

11.- *"Mordisqueando perpleja mi pedazo de nuez de cola, señalé que, después de todo, era quien había matado al padre de Hamlet.*

–No, sentenció el anciano, hablando menos para mí que para los jóvenes allí sentados entre los mayores. Si el hermano de tu padre ha matado a tu padre, debes recurrir a los compañeros de edad de tu padre; son ellos quiénes pueden vengarlo. Nadie puede usar la violencia contra parientes de más edad (...)".

Rechazo del mensaje por deslegitimación del emisor. El destinatario (el anciano) por su ideología de la violencia contra parientes de mayor edad en la tribu, rechaza rotundamente el mensaje.

12.- *"Pero Hamlet cambió lo que estaba escrito en las cartas, deforma que en su lugar mataron a éstos. Encontré una mirada llena de reproche por parte de uno de los hombres a quienes yo había dicho que una falsificación indetectable de la escritura no sólo era inmortal, sino que estaba más allá de la habilidad humana. Miré hacia otro lado.*

–Antes de que Hamlet pudiera regresar, Alertes volvió para el funeral de su padre. El gran jefe le contó que Hamlet había matado a Polonio. Alertes juró matar a Hamlet por esto, y porque su hermana Ofelia, al saber que su padre había sido muerto por el hombre a quien amaba, se volvió loca y se ahorcó en el río.

–¿Ya te has olvidado de lo que te hemos dicho?, me echó en cara el anciano. No se puede tomar venganza de un loco; Hamlet mató a Polonio en su locura. Y en cuanto a la chica, no es que simplemente se volviera loca, sino que se ahogó. Sólo la brujería puede hacer que la gente se ahogue. El agua por sí misma no hace ningún daño, es sencillamente algo que se bebe o en donde uno se baña. Empecé a enfadarme. Si no te gusta la historia, no sigo (...)".

Rechazo del mensaje por deslegitimación del emisor y receptor y incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales. Los ancianos continúan sin creer en el mensaje del emisor. Hay al principio un rechazo no verbal (mirada de reproche) y luego verbal con la pregunta del anciano. Luego, hay una incomprensión del mensaje por interferencias circunstanciales, desde el punto de vista de lo que dice la historia original de Hamlet, cuando el anciano señala que la brujería ahogó a Ofelia. Para estas tribus el agua es un bien natural y no hace daño. Esto es interesante porque se interpreta el texto de Hamlet. Luego hay otro rechazo del mensaje por deslegitimación del receptor.

13.- *"(...) Por eso Laertes tuvo que seguir el segundo camino; matar por brujería a su hermana, ahogándola, para poder vender su cuerpo en secreto a los brujos. Opuse una objeción. Su cuerpo fue encontrado y enterrado(...)"*

Incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales. Continúa el concepto de

brujería creando incomprensión del mensaje. También hay presencia de un **rechazo del mensaje por deslegitimación del emisor** –la antropóloga hace de receptor en este apartado–, cuando dice: «Opuse una objeción. Su cuerpo fue encontrado y enterrado. De hecho, Laertes saltó a la fosa para ver a su hermana por última vez. Por tanto, como ves, el cuerpo realmente estaba allí. Hamlet, que acababa de llegar saltó también detrás de él».

14.- "Tiene que haber tenido más; esto es algo que también debes preguntarle a tus mayores cuando vuelvas a tu país. Por lo que nos cuentas y dado que Polonio estaba muerto, debe haber sido Laertes quien mató a Ofelia, aunque no veo la razón ".

Incomprensión del mensaje a causa de interferencias circunstanciales. El receptor (anciano) interpreta de forma no deseada el mensaje al decir que Alertes mató a Ofelia, aunque con lo que dice a continuación queda dudoso de sus palabras.

Sobre cómo se presentan en el texto los sujetos de la comunicación:

A partir del modelo de G. Manetti (1995) denominado semiótico-enunciacional, a continuación expongo mi versión de la representación de los sujetos en el texto de *Shakespeare en la selva*. Como se sabe en este texto interactúan agentes comunicativos que desarrollan estrategias con el fin de negociar el sentido producido. Allí encontramos representados sujetos, cada uno de ellos con determinadas acciones, que los convierten en sujetos textuales.

Estos sujetos textuales son, en este caso, toda la tribu y la que cuenta la historia (la antropóloga) porque son estos quienes dentro del mismo se comunican, reflejan una realidad y hasta –como es el caso del personaje que cuenta la historia– interpretan otros textos (la historia original de Hamlet).

Ahora la respuesta de algunos de los estudiantes del módulo de «semiótica y comunicación de masas» estuvo centrada en sugerir algo incierto para el docente de la cátedra. Y fue pensar que «el sujeto empírico real que es la encargada de producir el texto como tal, es Laura Bohannon, quien se representa a sí misma como sujeto de una acción». Para el docente dicho sujeto no existe en el caso expuesto porque está fuera del texto. Aunque se sabe que las acciones de la historia tienen como principal interés estudiar a Hamlet en la selva africana con el fin de alcanzar una interpretación correcta. Bohannon se compromete con conocimientos previos para tal fin y al dirigirse a su destinatario (el lector de la historia) lo ve y por ende me ve, como sujeto dotado de una enciclopedia (de un saber), que en mi caso me permite dotar de sentido el relato de nos cuenta.

Entonces, sería errado pensar lo que paso a explicar: Que existen dos visiones del modelo semiótico-enunciacional. Una primera que sugiere que el enunciator empírico está fuera del texto (y que en este caso no sería Laura Bohannon), antropóloga crea el artículo *Shakespeare en la selva*, y otro desde adentro del texto (antropóloga que cuenta la historia e interactúa con los personajes). Estas dos visiones del asunto están dirigidas –por supuesto–, a dos enunciatarios distintos: el lector real empírico (desde afuera) y la tribu africana (desde adentro del texto). Según nos manifestó el docente el sujeto empírico siempre está afuera. Y como se sabe los sujetos empíricos son diferentes a los sujetos representados.

© Ángel Díaz

El autor:

Ángel Díaz. Nacido en el Estado Miranda, Venezuela; es comunicador social y locutor, egresado de la Universidad Central de Venezuela (2000, Caracas). Cuenta con estudios de postgrado (maestría) en Comunicación Periodística, Institucional y Empresarial en la Universidad Complutense de Madrid (2002-2004, España). Ha colaborado como periodista free-lance para medios de comunicación como los diarios venezolanos: El Universal, El Mundo, Diario VEA, Diario Millenium; Revistas: Producto, Quién es quién, Supermercado, Magazine del Pan, Contacto con el Cliente; además de Páginas Web como: www.gestiopolis.com; además de www.letralia.com. Ha ejercido como docente en cátedras sobre publicidad y mercadeo para institutos de educación superior. Ha trabajado como periodista en la administración pública en la imagen corporativa e identidad institucional de instituciones de renombre.

LA AMANTE DE HAMLET

por José María Latorre

*Las copas falsas, el veneno
y la calavera de los teatros.*

Federico García Lorca

La primera vez que hablé con Giacomo Casanova fue en el transcurso de una representación de «Romeo y Julieta» en el Teatro de Kent. Más tarde lamenté no haberle conocido antes. Había llegado a Londres precedido por su fama de consumado amante y hombre culto, experto conocedor de la alquimia y de las artes, pero aquel hombre enjuto y de nariz ganchuda, que miraba las cosas que le rodeaban con tal intensidad que parecía como si deseara apoderarse de ellas con la intención de incorporarlas a su propio ser, como parte de su sangre, me impresionó más de lo que yo había imaginado. Siendo yo, como era, varón y poco sensible a la belleza femenina, nada me interesaba la primera de sus presuntas habilidades, mas la segunda despertaba mi curiosidad y suponía para mí un reto, pues me consideraban uno de los londinenses más cultos e inquietos y sabía que tarde o temprano debería medir mis conocimientos con los suyos. En el fondo me negaba a admitir la posibilidad de que el caballero veneciano tuviera una mente además de un miembro, al parecer, tan activo.

Recuerdo bien su entrada en mi palco. Aquella noche me acompañaban el embajador de Francia y el anciano duque de Norfolk, con sus respectivas esposas, y mi joven sobrina Margaret. Casanova llegó, requerido por un billete que le había hecho llegar la duquesa, y, cuando lo vi aparecer, el recuerdo de la fama de amante que le había precedido me hizo pensar en la conveniencia de proteger a Margaret del más que probable asedio al que sería sometida por el extranjero. Al principio no me impresionó demasiado: encontré su rostro vulgar y sus gestos en exceso amanerados; pero, una vez cumplidos los rituales impuestos por la cortesía, su inquieta mirada barrió el palco, recorriendo uno por uno a sus ocupantes, y valoró los hermosos cortinajes y los candelabros de oro que nos rodeaban; a continuación, el dueño de aquellos ojos lanzó un suspiro posándolos sobre el escenario, donde Romeo avanzaba por el jardín de la familia Capuleto en busca del balcón de Julieta.

–Es la primera vez desde mi llegada a Londres que no añoro Venecia y sus teatros ni los versos de Ariosto. Éste es uno de los teatros más bellos que he visto en mi vida y la obra que se representa es realmente conmovedora –dijo en francés, lo que me hizo sospechar que no sabía ni una palabra de inglés.

–¿Acaso entendéis lo que recitan los actores? –le pregunté asimismo en francés, quizá con un exceso de ironía, lo que me valió una mirada de reproche por parte de Margaret.

–Mi querido amigo, para un artista, y me tengo por tal, el idioma con que se representa una obra no significa nada. Las palabras no son más que palabras en boca de un actor... Hay otra forma de ver y entender el arte escénico, que nada tiene que ver con las formas tradicionales de apreciarlo. Cada obra posee su propia sustancia, su música, su alma, y el artista sensible entra en comunión espiritual con ella una vez que la detecta.

–¿Y vos creéis que la habéis detectado? –insistí.

–Reconozco que las primeras escenas me han desconcertado. A menudo sucede. Pero siempre llega ese instante mágico en el que la obra representada desnuda su alma ante los ojos despiertos. Me ha sucedido cuando, durante la fiesta, Romeo le habla a Julieta con el lenguaje de la pasión. No es necesario saber el idioma inglés para entenderlo. Un artista comprende el lenguaje de otro artista, por encima del idioma en que éste se exprese.

–No pretenderéis hacerme creer que eso os basta para entender una obra compleja. Esta que estamos

viendo tiene ricos matices que si no conocéis bien el idioma os pasarán inadvertidos.

Detecté en los ojos de Casanova un brillo desafiante, casi burlón.

–Apuesto cien guineas a que cuando la representación acabe soy capaz de hacer un resumen y explicar los matices que existen en ella. Conste que parto con desventaja, pues nuestra conversación, tan grata por otro lado, ha hecho que me pierda una parte.

–Pero tío..., eso sería jugar con ventaja –protestó Margaret.

Casanova le agradeció su gesto con una inclinación de cabeza.

–No temáis por mí; quiero que sepáis que no tengo dificultad para ganar la apuesta –dijo, petulante.

Desentendidos de lo que acontecía en el escenario, el embajador, el duque y sus esposas seguían con perplejidad nuestra charla en el idioma de Molière.

–¡Es lo más excitante que he visto en un teatro desde hace tiempo! –dijo el duque de Norfolk. Probablemente debía de ser cierto: el teatro le aburría y su edad le impedía, igual que a su esposa, participar en los juegos amorosos que se desarrollaban en los palcos. Eso me hizo recordar que un amigo mío daba al Teatro de Kent el nombre de Gran Prostíbulo de Kent: el lugar no puede ser más adecuado para Casanova, pensé, predispuesto contra el veneciano.

«–Apuesto cien guineas a que cuando la representación acabe soy capaz de hacer un resumen y explicar los matices que existen en ella. Conste que parto con desventaja, pues nuestra conversación, tan grata por otro lado, ha hecho que me pierda una parte.»

Aquella noche no era una excepción. Los propietarios del teatro, sabedores del uso que el público hacía de él, habían ordenado que se perfumara de vez en cuando con el humo de unas hierbas traídas de Oriente, cuyas propiedades, se decía, resultaban excitantes para los sentidos e incitaban al amor; creo que lo que realmente se proponían era acabar con el tufo a semen y a otros fluidos corporales que desprendían los hombres y las mujeres congregados con una sola idea en su cabeza: el juego de la carne. Del palco que se hallaba situado a la izquierda nos llegaban jadeos y suspiros, y la voz de una dama solicitando que su compañero hiciera todo

lo que fuera posible por conservar el miembro erguido; del palco que teníamos a nuestra derecha surgió el sonido del líquido al ser escanciado en vasos, al que siguió un eructo tan estrepitoso que hizo enmudecer en el escenario a Julieta cuando declamaba su despedida en el balcón del jardín. ¡Así se trata el arte en los escenarios londinenses!

Ninguno de mis acompañantes daba muestra alguna de sentirse perturbado por el soez espectáculo, pero yo, aun acostumbrado como estaba a las veladas teatrales de mis conciudadanos, sentí un profundo malestar. En la mayor parte de los palcos, las cabezas de los espectadores habían desaparecido, engullidas por la oscuridad; debajo de nosotros, las manos de quienes seguían de pie la función se ocupaban en tantear el cuerpo de sus vecinos; se comía y se bebía; los eructos, ya fuesen débiles o sonoros, invadían el ambiente y, llegado cierto momento, el aromático humo no bastaba para aliviar el hedor de la atmósfera. Si los actores y la obra no eran merecedores de semejante público, tampoco la sala, decorada con una elegancia digna de ser admirada por mejores ojos: incluso los cortinajes, de hermoso terciopelo escarlata, eran utilizados como pañuelo para sonarse la nariz o para limpiar miembros y entrepiernas. Incluso en la penumbra del palco yo era capaz de percibir el sonrojo que cubría las mejillas de Margaret y notaba su respiración voluptuosa.

Sin embargo, ante mi sorpresa, Giacomo Casanova permanecía indiferente a lo que estaba aconteciendo en el teatro, como si aquel desenfreno carnal fuera ajeno a él, como si se tratara de un monje que hubiera regresado al mundo tras un retiro de décadas. Su rostro era la representación de la inocencia. Sus ojos, fulgentes en la oscuridad como los de un gato, no se apartaban del escenario; y su rostro acusaba el efecto de la obra que estaba viendo –o tal vez de la obra que estaba imaginando–, y yo, de reojo, le veía emocionarse, conmovirse, fruncir el ceño, mover la boca como si declamara, pasarse la lengua por los labios. No había nada que le distrajera, y yo habría estado dispuesto a jurar que, al llegar la escena de la doble muerte en la cripta de los Capuleto, sus ojos se anegaron de lágrimas. Una mano desconocida prendió el pabilo de las velas del palco y ello me permitió verificar

que, en efecto, el veneciano tenía turbia la mirada. «¿Cómo es posible que una persona pueda invocar en este sepulcro de la belleza el favor de las musas del arte? –pensé–. ¿Es posible que la emoción encuentre aquí un lugar para manifestarse, y más aún tratándose de un hombre que no entiende el idioma inglés?».

El duque y la duquesa, el embajador y su esposa, y mi sobrina Margaret se habían levantado de las sillas que yo había ordenado instalar en el palco para disfrutar de mayor comodidad y, dando muestras de impaciencia, esperaban a que el caballero veneciano y yo hiciéramos lo mismo.

–Espero que seguiréis aceptando la apuesta –comentó Casanova sin darse la vuelta para mirarme.

–Sólo tengo una palabra.

–Pues bien, estoy preparado –afirmó, volviéndose hacia mí: tenía los ojos brillantes. El duque de Norfolk movió la cabeza con escepticismo.

–No me gusta jugar con ventaja y por ello no he querido unirme a la apuesta contra vos –dijo sonriendo al veneciano–. Incluso yo mismo, inglés, tengo alguna dificultad para entender toda la sustancia de la obra.

–Sólo los artistas son capaces de hablar y entender el lenguaje del arte –repuso Casanova con un desdén que no me pasó inadvertido–. Por cierto, no creáis

que por haber seguido la representación no he percibido el perfume; se trata de una planta hindú, rara de encontrar por estas latitudes, que lleva el nombre de *maghari*. Paracelso la utilizó en una de sus fórmulas.

«La calle estaba invadida por una niebla que hedía a coles podridas y ayudaba a convertir la noche en escenario de huidas furtivas hacia la oscuridad. Se oían risotadas, el frufrú de los vestidos de las damas y, todavía, algunos eructos.»

Para entonces ya estaba de pie. Se volvió a mirar al escenario y nos reunimos con mis acompañantes, que nos esperaban ya fuera del palco. Debo confesar que ese hombre arrogante me intrigaba.

–Si aceptáis mi invitación –le dije escrutando su rostro con la esperanza de detectar en él un titubeo–, os ruego que me acompañéis a mi residencia; es mucho lo que tenemos que hablar a propósito de este «Romeo y Julieta» y me gustaría no esperar hasta mañana. Consideraos mi invitado por esta noche, me daríais una satisfacción.

El veneciano hizo una reverencia y se despidió del embajador y de su esposa y de los duques de Norfolk, quienes se alejaron de nosotros tras guiñarme un ojo con complicidad: mi triunfo estaba seguro y dentro de un rato mi fortuna se vería incrementada con cien guineas que para nada necesitaba pero cuya posesión anhelaba. Margaret miraba con admiración a Casanova, atraída por su aplomo. Nos abrimos paso entre el gentío que abandonaba el teatro dando muestras de contento, no por la representación sino por las satisfacciones sensuales que se habían deparado durante ella. A nuestro alrededor, hombres y mujeres desprendían el ácido olor del sexo; algunas damas tenían las mejillas arreboladas y se retocaban el peinado y el vestido.

La calle estaba invadida por una niebla que hedía a coles podridas y ayudaba a convertir la noche en escenario de huidas furtivas hacia la oscuridad. Se oían risotadas, el frufrú de los vestidos de las damas y, todavía, algunos eructos. Cerca de allí, dándonos la espalda, un hombre con casaca roja orinaba contra la pared. Mi carruaje esperaba en la primera esquina, con el fiel Thomas en el pescante. Aunque no haga al caso, diré que mi cochero era uno de los pocos que no dedicaba el tiempo de la función a emborracharse en las tabernas de los alrededores de Buckingham House esperando la salida de sus señores: más de un caballero ha padecido accidentes por confiar en un cochero ebrio. En cuanto nos vio llegar, Thomas bajó para encender los farolillos de las puertas. La niebla sesgada por las oscilantes luces de las carrozas siempre me parecía un grato espectáculo como final de una velada, mas reconozco que esa noche sentía mayor atracción por la figura de mi invitado. Margaret fue la primera en subir, ayudada por el veneciano, y yo dejé pasar a éste delante.

Me equivoqué al imaginar que Casanova aprovecharía el trayecto para guardar silencio y reflexionar sobre las explicaciones que debería darme en torno a la pieza representada. Expresándose siempre en francés, idioma que hablaba con afectación, como si declamara, conversó animadamente e instó a

Margaret a que visitara Venecia en tiempo de Carnaval –«un espectáculo incomparable en toda Europa», dijo. Mi sobrina sonreía complacida. Yo mismo tuve que admitir en mi fuero interno que Casanova estaba dotado para la oratoria: su descripción de calles y plazas convertidas en un apretado desfile de máscaras multicolores, de los callejones iluminados con oscilantes velas, de las góndolas engalanadas, de las cornisas y balcones de los palacios ornados con festones, del aire transformado en seda, de la música elevándose sobre la cúpula de San Marcos mezclada con los suspiros de los amantes, de los mil y un disfraces que éstos adoptaban para vivir noches de pasión, de la lucha entre día y noche como oposición de luz y tiniebla, del orden social derrotado por el desorden amoroso, de cómo los amaneceres plateados sorprendían la vigilia carnal de la ciudad incorporándole una pincelada de severidad monástica, resultaban tan reales que creía estar viéndolos ante mí.

–Por supuesto os hago extensiva la recomendación –concluyó mirándome a los ojos sin parpadear los suyos.

Cuando las verjas del palacio se cerraron tras la carroza, Casanova calló, quizá consciente de que había llegado la hora de afrontar el desafío, y observé que, al bajar, su nariz se dilataba como si tratara de percibir a la vez todos los olores del jardín en un gesto que definí en mi interior como «ansia de vida». La niebla humedecía con su abrazo pegajoso las hojas de árboles y los setos; el rumor de las fuentes ponía en el ambiente un fondo de música dulce. Nada pasaba inadvertido a la mirada del veneciano. A pesar de sus protestas, Margaret tuvo que retirarse a su habitación, y Casanova y yo quedamos solos, por fin, frente a frente. Su fácil verbo y su brillantez descriptiva me habían cautivado, y, en un rasgo de indulgencia, considerando que la noche estaba avanzada, le ofrecí que pospusiera para el día siguiente sus explicaciones sobre ese «Romeo y Julieta» que acababa de ver, sin entender. Pero él rechazó la sugerencia, afirmando que en aquel momento era la última cosa que estaba dispuesto a hacer. Así pues, le conduje a la biblioteca –que examinó, como había hecho en el jardín y en el palco del teatro, con mirada posesiva–, le ofrecí que se acomodara y llamé a un criado para que nos sirviera una copa de ginebra. Empezó a hablar antes de beber. Si su oratoria me había

«Cuando las verjas del palacio se cerraron tras la carroza, Casanova calló, quizá consciente de que había llegado la hora de afrontar el desafío, y observé que, al bajar, su nariz se dilataba como si tratara de percibir a la vez todos los olores del jardín en un gesto que definí en mi interior como "ansia de vida".»

parecido brillante, su entendimiento de la pieza teatral me dejó literalmente mudo. Dudo que, aparte de mí mismo –aunque expresado de esta forma pueda parecer inmodestia– hubiera un inglés capaz de comprender con tal sensibilidad la odisea de los desdichados amantes veroneses, sus ricos y delicados matices, al tiempo que lo grosero de algunas alusiones, el enfrentamiento de las casas paternas, la impulsiva juventud de los personajes, el azar, la fatalidad, el odio, el veneno, el calor del amor enfrentado al frío del sepulcro..., la sensación de que al término del juego del amor espera la muerte.

En vano me esforcé por conseguir que me explicara cómo había entendido tanto sin comprender el inglés; lo único que pude extraer de él fue algo similar a lo que le había comentado al duque de Norfolk:

–Los artistas tenemos un don especial para entender el arte.

–Aun estando de acuerdo con eso, pienso que en algún caso puede existir la casualidad –dije un tanto picado–. Me gustaría repetir con vos la experiencia aplicándola a una obra diferente: en otro teatro representan «Hamlet», una pieza que a mi entender ofrece mayores dificultades. Os reto a que apliquéis a ella vuestro don –para tentarle añadí–; si lo hacéis, podréis conocer también a una actriz maravillosa, Elizabeth Garrick.

–Acepto con gran placer –repuso el veneciano sonriendo de tal forma que parecía dar a entender que se había dado cuenta de que me servía de la actriz como cebo.

Quedamos de acuerdo en ir al teatro el viernes siguiente. Como el amanecer ya asomaba tímidamente su rostro a través de las cortinas, tiñendo la estancia de una blancura lechosa, artificial, cada uno se retiró a su dormitorio después de que yo ordenara a un criado que acompañase al señor Casanova. Realmente es un hombre extraordinario, me dije, y la fama que le precede hace justicia a sus conocimientos. Aquella noche me dormí pensando que me habría gustado tener con frecuencia a ese

hombre a mi lado para hablar con él de arte, pues ninguno de mis amigos era capaz de mantener una conversación inteligente sobre ese tema.

Naturalmente, esperé con impaciencia la llegada del viernes. Para entonces había tomado la decisión de no llevar conmigo a nadie que no fuera Casanova: no quería que nada ni nadie interrumpiera el espectáculo de su concentración. El teatro era el de Drury Lane. Pero estaba escrito que esa noche no iba a poder disfrutar con la meditación artística de mi invitado: unos trajes y unas pelucas que no llegaron a tiempo impedían la representación de «Hamlet», y un voceador casi tan viejo como la propia pieza anunció que ésta había sido sustituida por «Volpone». El aviso del cambio no fue bien recibido por el público, que reaccionó lanzando al escenario todo tipo de objetos mientras expresaba su indignación ruidosamente, incluso con eructos y ventosidades. La conducta de mis compatriotas hizo que me avergonzara ante Casanova, que contemplaba la escena con semblante divertido. Con el paso del tiempo la situación no se calmó; al contrario, arrecieron los silbidos, los abucheos y las manifestaciones fisiológicas. El principal actor masculino, George Pembroke, salió al escenario para solicitar tranquilidad al público y anunciar el inicio de la representación, pero tuvo que retirarse seguido por una lluvia de frutas. Un frasco de vino fue a estrellarse contra la tarima, sembrándola de cristales.

—Ignoraba que los isleños tenían un carácter tan rudo —comentó Casanova con ironía.

«Realmente es un hombre extraordinario, me dije, y la fama que le precede hace justicia a sus conocimientos.»

El teatro no tardó en convertirse en un campo de batalla. Los partidarios de la representación, fuera cual fuese, se enfrentaron con quienes no admitían que ésta tuviera lugar si se trataba de «Volpone», y los golpes y destrozos fueron en aumento hasta tal punto que creí conveniente dar la espalda a aquella locura y le dije a Casanova que estaría bien marcharnos de allí.

—¡Sálvese quien pueda! —gritó una voz.

El público se dividió en otros dos grupos: uno estaba formado por quienes, como Casanova y yo mismo, tratábamos de ganar la salida, y otro por aquellos que veían en la sustitución de la obra un pretexto para dar suelta a sus instintos brutales. Protegiéndonos con nuestras capas, conseguimos alcanzar la calle sin sufrir ningún golpe mientras a nuestra espalda arremetían los golpes, los gritos y los insultos.

—Hace tres años sucedió algo parecido —dije mostrándome indignado—; el Drury Lane tuvo que ser reconstruido después de que el público lo destrozara negándose a aceptar un cambio de programa.

—Ha sido una experiencia... —repuso Casanova—. Lo que lamento es no haber podido admirar la obra..., ni a esa Elizabeth Garrick —concluyó con intención; su referencia hizo que me sonrojara.

—No tardaremos en tener otra ocasión —dije, convencido—. Se representa a menudo. Otro día os hablaré más de la actriz: ama tanto «Hamlet» que ha llegado a manifestar su intención de no interpretar nunca ninguna otra obra. Ha hecho prácticamente todos los papeles que hay en ella, incluidos los de varón.

En efecto, la ocasión no tardó demasiado en surgir. No fue en el Drury Lane, que aquella noche quedó completamente destruido, a excepción de los muros, sino en el mismo teatro donde yo había visto por primera vez a Casanova, el de Kent, lo cual me agradaba más porque así podía disponer de mi propio palco. De nuevo invité al veneciano a que me acompañara. Aunque me resistía a apostar otra vez, mi acompañante pidió que lo hiciéramos, manifestando que prefería «llevar el dinero hasta el territorio del arte». Esa vez tuvimos suerte: el diálogo entre oficial y soldado ante el castillo del asesinado rey de Dinamarca abrió la representación, que Casanova siguió con interés. No sólo él: también una parte del público, lo cual no había sucedido con el «Romeo y Julieta». Sin embargo, el silencio era el gran ausente en el teatro: me atrevería a decir que el veneciano y yo éramos los únicos que callábamos y atendíamos el recitado de los actores, pues a menudo las frases eran coreadas, replicadas o aplaudidas por el gentío que llenaba el Kent. Aun así, Casanova no apartaba su mirada del escenario. A su lado, yo notaba que todo su cuerpo estaba en actividad, y no sólo su mente: se removía inquieto en la silla y, a veces, sus manos gesticulaban como si quisiera reforzar el sentido de algunas réplicas o dar su aquiescencia o su rechazo a otras.

Pero todo cambió cuando, llegada la escena tercera del primer acto, Ofelia apareció ante nuestros ojos. Es decir, cuando apareció Elizabeth Garrick, con su hermosa cabellera de oro y su vestido de terciopelo color azul celeste con incrustaciones de pedrería. Su frase «mi buen hermano, no hagas como esos predicadores inexorables que enseñan el áspero y espinoso camino del cielo, mientras ellos, como jactanciosos y procaces libertinos, pisan la senda florida de los placeres y no se preocupan de su propia doctrina» hizo abrir los ojos a Casanova, quien a partir de ese momento pareció un hombre transfigurado. Chistaba para hacer callar al público cuando le impedía seguir las palabras de la actriz y era él mismo quien expresaba su queja cuando ésta no intervenía en la obra. Una nube de lágrimas se formó en sus ojos al percibirse de la locura de Ofelia y las lágrimas se deslizaron abiertamente por sus mejillas con motivo de su muerte. El público, que había empezado aplaudiendo, se cansó de seguir la obra y se entregó una vez más a la práctica de ejercicios amorosos. Antes de la conclusión, el teatro hedía a la habitual mezcla de aroma hindú, semen y fluidos. No obstante, el público aplaudió con cortesía al final, aunque lejos del entusiasmo que habían mostrado: pocos la habían seguido con atención de principio a fin.

–Excelencia, me temo que tendré que pagaros cien guineas –dijo Casanova ya en la calle, a donde yo había tenido que llevarle casi a la fuerza, pues no había manera de que se levantara del sillón–. Me siento incapaz de daros una explicación convincente.

–Sin embargo os he visto conmovido... –dije, no sin sentir una punzada de decepción.

–Y habéis visto bien, pero debo confesar que ha sido a causa de la actriz, de esa Elizabeth Garrick de la que me habíais hablado. No he tenido ojos más que para ella y su ausencia de escena me hacía esperar con ansiedad su retorno. Excelencia, las cien guineas os pertenecen; es la suma que me ha costado saber que las musas del arte se han encarnado en una mujer.

Se volvió bruscamente hacia mí; en sus ojos había una mirada desesperada.

«Pero todo cambió cuando, llegada la escena tercera del primer acto, Ofelia apareció ante nuestros ojos. Es decir, cuando apareció Elizabeth Garrick, con su hermosa cabellera de oro y su vestido de terciopelo color azul celeste con incrustaciones de pedrería.»

–Nada tiene importancia si no consigo el amor de esa dama... –añadió–. Oh, me temo que el cálido aliento del dios del sueño va a tornarse frío para mí desde esta noche... ¡Estrellas, cesad con vuestros parpadeos en tanto Giacomo Casanova sea tan desgraciado!

–Si tanto os urge, intentaré prepararos un encuentro; me será fácil, porque Elizabeth Garrick suele acudir a las fiestas de los duques de Northumberland. La próxima se celebrará pasado mañana.

–Eterna es la noche, y el mañana un infinito. No, no puedo esperar dos días. Os ruego que no lo interpretéis como una descortesía..., voy a dejaros ahora mismo, debo ver ya a esa mujer. No me interesa ningún lugar que no pueda encontrar en ella misma. Me entendéis, ¿no?

Se despidió de mí con exagerada cortesía, sin duda tratando de contrarrestar el mal efecto que pudiera haberme producido su actitud, y me dejó solo ante la puerta del Teatro de Kent, sumido en un mar de confusiones y sentimientos contradictorios. Debí de permanecer allí bastante tiempo, pues cuando volví a la realidad me di cuenta de que no había nadie a mi alrededor y de que mi cuerpo estaba siendo estrechamente abrazado por la niebla. Hasta mí llegaban lejanos cánticos de borrachos. Quizá extrañado por mi tardanza, Thomas situó la carroza ante el teatro y tosió desde el pescante para llamar mi atención. Le pedí que me llevara a casa sin necesidad de prender los farolillos: la oscuridad es la mejor aliada para la reflexión.

Por extraño que parezca, tardé más de dos años en ver de nuevo a Casanova. Durante ese tiempo oí hablar de él alguna vez, pero no hice preguntas a nadie porque me sentía molesto por su largo silencio. En las fiestas se aseguraba que el veneciano vivía un apasionado amor con Elizabeth Garrick, retirados ambos del mundo, en la casa que la actriz poseía en Essex. Otras veces decían que se habían trasladado a Bohemia, invitados por un aristócrata amigo de Casanova. Y había quienes mantenían que el escenario de su romance era Madrid. Como quiera que fuese, ni Casanova ni la Garrick se dejaron ver durante todo un año por los salones londinenses: los amantes del teatro perdimos a una gran actriz. Yo podía entender el arrebatado amoroso del veneciano, pero me molestaba

el profundo vacío que, por culpa de su aventura, Elizabeth Garrick había dejado en los escenarios. Un vacío destinado a ser eterno, pues en los días de Navidad una noticia se expandió por la ciudad como las aguas de un río desbordado: la actriz había fallecido a causa de unas raras fiebres que la mantuvieron postrada en el lecho durante un mes. Ninguno de mis amigos asistió al entierro, porque el óbito había tenido lugar lejos de Inglaterra. Nadie sabía dónde había sido enterrada. Y, ocupados en loar el arte de la extinta actriz, nadie, tampoco, se permitió comentar nada sobre Casanova, como si éste hubiera muerto a la vez que ella. Incluso mi sobrina Margaret parecía haberlo olvidado. Yo no: aún guardaba en una cartera de tafete las cien guineas que le había ganado con motivo de la representación de «Hamlet».

Aparte de la emoción que me produjo la noticia de la muerte de Elizabeth Garrick, ésta había supuesto para mí algo así como el broche final que cerraba un capítulo de mi pasado, hasta el extremo de que estuve a punto de sacar las monedas de la cartera y olvidar mi breve amistad con el veneciano. Pero cada vez que me disponía a hacerlo, algo en mi interior me pedía que no lo hiciera, y mis manos volvían a dejar las monedas allí, como uno de esos recuerdos que guardamos en los desvanes de nuestra casa o de nuestra memoria y que sólo son extraídos de ellos con motivo de nuestra muerte, cuando ya no significan nada para quienes nos suceden en el tránsito por el camino de la vida o dejan de existir a la vez que nosotros.

Habrían transcurrido trece meses desde la noticia de la muerte de la Garrick cuando, una noche en la que me disponía a asistir a una recepción en casa de los duques de Norfolk, estalló una tormenta tan impetuosa que se convirtió en mi inesperada carcelera. La fuerte lluvia, los rayos y los truenos me impedían salir de mi residencia, y el jardín se había transformado en un lago por el que nadie se habría atrevido a moverse sin protección. Resignado a pasar a solas la velada –no lo he dicho, pero entre tanto mi sobrina Margaret había contraído matrimonio–, me refugié en la biblioteca para dedicarme a leer las «Sátiras» de Juvenal, y de vez en cuando me asomaba por el ventanal para mirar hacia el jardín, no porque la lectura me fatigara o aburriera sino porque en verdad me sentía enjaulado. Una de esas veces, ante mi sorpresa, vi cómo una carroza, negra como la noche, rasgaba el velo de lluvia, levantando nubes de agua con las ruedas, y se detenía ante la puerta de la casa. Una figura embozada saltó ágilmente desde el interior y se precipitó al porche. Enseguida apareció uno de mis criados para decirme que el caballero Giacomo Casanova solicitaba ser recibido. No lo dudé ni un instante: comprobé mi aspecto en un espejo, precisamente veneciano, y di orden de que lo condujeran a la biblioteca.

«Por extraño que parezca, tardé más de dos años en ver de nuevo a Casanova. Durante ese tiempo oí hablar de él alguna vez, pero no hice preguntas a nadie porque me sentía molesto por su largo silencio.»

El hombre que apareció ante mí no parecía el mismo que yo conocía. Había adelgazado, su rostro era más pálido y aparentaba ser más viejo. Por supuesto, todos envejecemos y tampoco yo era el que había sido dos años atrás, pero en Casanova esos dos años habían dejado la huella de veinte, como si el tiempo hubiera transcurrido con dos medidas, una exclusiva para el veneciano y otra para el resto de los mortales. Me saludó con una sonrisa que se asemejaba a un rictus y se desprendió de la capa empapada de lluvia para ofrecérsela al criado. Miró el libro que yo tenía en las manos e hizo una mueca cuyo significado no entendí.

–He estado dudando mucho antes de haceros esta visita –dijo, sentándose en uno de los sillones que le ofrecí–. Y me temo que, cuando por fin me he decidido, no he sabido elegir la mejor noche.

–Gracias a ella me habéis encontrado en casa –confesé.

–Pero hace tiempo que todas las noches son iguales para mí –prosiguió sin hacerme caso–. O, por expresarlo de otra forma, diré que hace tiempo que vivo en una noche eterna... Os supongo enterado de la muerte de Elizabeth.

Asentí en silencio.

–Con ella viví el mejor año de mi vida, y sin ella el peor... Creo que os debo explicaciones por mi desaparición y sobre todo por mi silencio. No tengo por costumbre comportarme así, pero os aseguro

que no pude hacer otra cosa. Y ahora sentaos, os lo ruego, me resulta violento hablar con alguien que está de pie.

Aceptó una copa de ginebra y, acomodado en el sillón y fijando la mirada en el techo, empezó a hablar:

–Recuerdo que las últimas palabras que crucé con vos fueron a propósito de Elizabeth: debía conocerla, amarla aquella noche... No voy a contar cómo lo conseguí, pero la luz del amanecer cayó sobre su lecho compartido tras una noche de amor que debería figurar con letras de oro entre mis recuerdos si alguna vez me decidiera a ordenarlos. La sabiduría, la sensibilidad y los dones artísticos de aquella mujer se desvanecían al lado de su capacidad amorosa, que te hacía sentir como si fueras un elegido por los dioses. Pasado y presente se desvanecieron para mí, y no me fijé otro objetivo que disfrutar, en tanto pudiera, de aquel cuerpo creado para el doble placer del teatro y de la carne. Vivimos unos meses juntos en su residencia de Essex y luego viajamos por Europa: París, Barcelona, Madrid, Dresde, Berna... Durante ese tiempo llegué a conocer tan bien su cuerpo como su mente, lo cual significa tanto como decir que conocí su alma, y no tuve necesidad de asistir a fiestas ni a teatros, pues cuando yo sentía apetencia de una tenía ante mí la plenitud de la fiesta de la carne, y cuando me asaltaba la necesidad de otros, ella representaba ante mí escenas..., y hasta obras enteras. Así me enteré del gran amor que sentía por la obra con la cual había irrumpido en mi vida. Una noche me confesó que, cuando llegara el momento de volver a la escena, se dedicaría a interpretar ésa exclusivamente. Y no sólo el papel de Ofelia, sino también el de Gertrudis, el de Hamlet, el de Polonio, el de Laertes, el de Claudio..., todos, disfrazándose y maquillándose para poder hacerlo.

–Ya lo había hecho –le interrumpí–. Y os lo dije. Unos meses antes la vi interpretar el papel de Gertrudis, bien avejentada con afeites, y sé que antes se había vestido de hombre para encarnar a Hamlet. En Londres empezaba a ser conocida con el apodo de Elizabeth Hamlet... Un curioso fenómeno de amor por una obra. No debe de haber precedentes en la historia del arte escénico.

«Inútilmente le ofrecí alojamiento esa noche alegando lo tardío de la hora y la tormenta que azotaba Londres. Pidió su capa mojada, que le fue devuelta por el criado, y desapareció por segunda vez de mi vida sin darme otra explicación.»

–Tendríais que haberla escuchado... Describía el ambiente y el decorado tan bien como conocía los diálogos. Se extasiaba con ellos, creaba la impresión de que vivía dentro de la obra. No me habría extrañado despertar un día y verme dentro del palacio de los reyes daneses. Si grande era el amor que Elizabeth sentía por mí, mayor era el que profesaba por «Hamlet», o mejor dicho, por todos y cada uno de los personajes de «Hamlet». Yo no había visto nunca nada así. En esas circunstancias, cualquier otra mujer habría resultado abominable a la larga, pero ella aumentaba su encanto. Un día le pregunté al respecto y dijo, turbios los

ojos de teatro, que, ante la tesitura de elegir entre «Hamlet» y yo, se quedaría, aun con dolor, con la obra: «querría vivir siempre en ella», dijo. Fue entonces cuando su carne empezó a apagarse y, poco después, murió. En los ratos que no era presa del delirio, hablaba del teatro; sus palabras, dichas en mi lengua, la cual dominaba casi como un literato, me hacían daño y a veces resultaban incomprensibles. Hablaba del teatro como si fuese un organismo vivo: sobre su misterio, sobre su cielo y su infierno, sobre su veneno... Oh, mi corazón está todavía en llamas.

Una vez dicho esto, Casanova se levantó del sillón y, mirándome fijamente a los ojos, añadió:

–Pese a todo, sobreviví... He querido que lo supierais esta noche. Ahora, si me lo permitís, voy a marcharme, pero volveréis a tener noticias mías.

–No me habéis dicho dónde murió ni dónde está enterrada.

–No voy a ocultarlo: yace en el cementerio de una casa de campo cerca de Berna.

Inútilmente le ofrecí alojamiento esa noche alegando lo tardío de la hora y la tormenta que azotaba Londres. Pidió su capa mojada, que le fue devuelta por el criado, y desapareció por segunda vez de mi vida sin darme otra explicación. No pude reprimir mi deseo de asomarme por el ventanal; la carroza esperaba afuera, como una sombra más espesa que la noche, y, no sé por qué, la visión me hizo pensar en un cuadro fantástico: como si Caronte hubiera sustituido su barca por la carroza para el tránsito de

los muertos y Casanova fuera uno de éstos a quien le hubiese sido permitido un último paseo por el mundo antes de perderse entre la negrura de las alas de los cuervos. El sonido de la carroza al marcharse fue ahogado por la lluvia y los truenos. La desconcertante visita del veneciano me dejó de un humor más lúgubre que sombrío, del que no me recuperaré en lo que restaba de noche. Me acosté pronto, con el propósito de serenarme, pero mi sueño se pobló de pesadillas.

Tardé pocos días en olvidarme de lo sucedido, diciéndome a mí mismo que Elizabeth Garrick formaba parte de mi pasado, igual que el propio Casanova, y que la existencia que éstos habían llevado nada tenía que ver con la mía. Lo conseguí, en parte gracias a mi intensa vida social –aunque dejé de frecuentar teatros, tal vez impresionado todavía por la desaparición de la actriz–, pero mi triunfo duró poco tiempo.

Uno de mis amigos, el doctor Barrett, me aconsejó un viaje por Europa con objeto de combatir una molesta dolencia que había surgido repentinamente en mí y que no era sino un aviso de la llegada de la vejez. Siempre en busca del sol y cargado con la invisible compañía de la muerte, que esperaba su turno en mi vida, fui atravesando el continente de ciudad en ciudad y de hotel en hotel. Mi último recorrido antes de regresar a Londres me llevó de Dresde a Berna. Juro que no fue el recuerdo de lo que me contara Giacomo Casanova lo que me arrastró hasta cerca del lugar donde yacía enterrada Elizabeth Garrick, pero lo cierto es que desde mi llegada a la ciudad tuve presente al veneciano y a la que fuera su amante, ahora muerta, y poco a poco sentí que la amargura volvía a instalarse en mí, y mis pies no me llevaron en pos de las bellezas de Berna, sino hasta sus rincones más lóbregos y oscuros. Era una tarde triste, herida de soledad, sin música en el aire; las nubes colgaban como hilachos suspendidos del cielo, haciéndome pensar en un sudario que amortajara a la ciudad, y las calles olían fuertemente a bosta de caballo. Camino del hotel tomé la decisión, me parece que sabía, de abandonar a la mañana siguiente una ciudad en la que yo alejaba mi cuerpo pero no mi mente. Fue entonces cuando oí a mi espalda una voz conocida:

–Mis espías han dicho la verdad. Habéis tenido a bien visitar la ciudad que posee la hermosura más secreta de toda Europa...

Era Casanova. Apenas había cambiado desde que aquella noche se presentara de improviso en mi residencia; acaso parecía haber envejecido unos años en pocos meses. A pesar de su tono, su rostro no expresaba alegría. Era evidente que le satisfacía verme, pero una especie de tormento íntimo, manifiesto en su mirada, en el rictus de su boca, en la palidez de su rostro y en el tinte violáceo de sus labios, impedía que yo pudiera sentirlo como una expresión auténtica. Había un velo interpuesto entre él y yo, que no habría podido ser penetrado ni por la luz de mil lámparas. Rechazó mi invitación a cenar, diciendo que esa noche tenía algo importante por resolver. Su expresión se hizo más luminosa cuando me ofreció que le acompañara.

–No conozco a nadie en esta ciudad –me negué–, no puedo presentarme en un lugar donde no he sido invitado.

–Sois mi amigo y eso basta –dijo–. Pero no se trata de una reunión como esas a las que estáis acostumbrado..., es algo *diferente*.

Su forma de pronunciar la palabra diferente me provocó un escalofrío, mas no supe encontrar una excusa para evadirme.

–Entre mis muchos conocimientos figuran, sin duda lo sabéis, la alquimia y el ocultismo. Hace cuatro días, unos amigos, miembros de un círculo ocultista de Berna, prepararon una velada espiritista en mi honor, y lo que me espera esta noche es consecuencia de lo que sucedió aquélla. Estuve en contacto con los muertos; entré en contacto con el espíritu de Elizabeth, e incluso hablé con ella.

–¿Decís que hablasteis con Elizabeth! Esa afirmación me parece indigna de un hombre inteligente como vos; los muertos están muertos.

–No es la primera vez que lo consigo –aseguró Casanova con severidad–. Una vez establecí coloquio con Dante. ¿Recordáis lo que os dije en el teatro la primera noche? Es algo parecido: cuestión de sensibilidad, de temperamento, de saber entender el lenguaje con que nos hablan, y, en el nombre de Ariosto, ya que no se me ocurre acudir a otro que me infunda mayor respeto, os digo y os repito que

hablé con mi Elizabeth.

–Bien, ¿y se puede saber que os dijo? –le pregunté, burlón.

–De ninguna manera puedo contarle..., al menos todavía. Pero os pido que me acompañéis esta noche. Dadme el nombre del hotel donde estáis alojado y pasaré yo mismo a recogeros con una carroza.

Al oír el nombre Hotel de Inglaterra sus labios se abrieron en un simulacro de sonrisa y dijo que mi elección denotaba un gusto excelente, pues se trataba del más elegante de Berna. Reconozco que sus palabras me intrigaron, y en mi interior se libró una batalla: una parte de mí me animaba a desprenderme del compromiso y preparar esa noche el equipaje para mi regreso a Londres con algo del ansia con que el otoño se precipita en brazos del invierno; pero otra parte –quizá mi zona oscura– me inclinaba a aceptar la invitación. Creo que si venció esta última fue a causa de la amistad que me había unido al veneciano, quien, evidentemente satisfecho por su victoria, fijó la hora de las nueve para pasar a recogerme.

«–De ninguna manera puedo contarle..., al menos todavía. Pero os pido que me acompañéis esta noche. Dadme el nombre del hotel donde estáis alojado y pasaré yo mismo a recogeros con una carroza.»

Empezó a llover apenas llegué al hotel. Vista a través de la ventana, por cuyo cristal la lluvia resbalaba en zigzag, la calle ofrecía un aspecto aún más triste que por la tarde. Algunos embozados caminaban apresuradamente, con aspecto de siniestras aves de presa, y las baldosas y adoquines tenían un brillo extraño, como si hubiesen sido untados de aceite. Mientras esperaba la hora de mi cita con Casanova me dediqué a pensar en lo que éste había dicho. No era la única persona aficionada al ocultismo entre las que yo conocía –sólo en Londres mi memoria alcanzaba a contar a más de una

docena–, pero ninguna de ellas había afirmado con tanta seriedad haber estado en coloquio con los muertos. La afirmación me parecía insostenible, toda vez que yo mantenía con firmeza la idea de que tras la muerte sólo espera la nada. Sin embargo, la afirmación del veneciano había logrado turbarme, y aunque dijo que no podía contarme nada al respecto, yo tenía la vaga sospecha de que esa expedición nocturna podría arrojar luz sobre su conducta. Sólo la lluvia suponía un impedimento, más aún teniendo en cuenta mi enfermedad, pero por fortuna cesó tan bruscamente como había comenzado, dejando las calles revestidas de una humedad en la que se reflejaban las casas como un duplicado del mundo.

Casanova apareció completamente vestido de negro, de tal forma que, en la oscuridad de la calle, su pálido rostro parecía suspendido en el aire, como si no perteneciera a cuerpo alguno. Más que andar, parecía deslizarse entre las sombras. El coche de caballos esperaba en la esquina, y hacia él nos dirigimos sin intercambiar ni una palabra. Al subir, me sorprendió encontrar una pala dentro del carruaje: era un rústico utensilio que jamás se me habría ocurrido asociar con el elegante veneciano.

–¿Puedo saber adónde vamos? –pregunté.

–Cada cosa a su tiempo –repuso Casanova–. Entre tanto, permitidme que os cuente cómo fue mi contacto con Elizabeth y por qué me decidí a hacerlo –hizo una larga pausa y profirió un suspiro–. Pensaréis que fue el dolor de la ausencia, el recuerdo del amor muerto, lo que me condujo a esa reunión, y no os equivocaríaís... Pero hay más. Yo había pasado un día de humor sombrío. Y pese a que, lo confieso, desde la muerte de Elizabeth no me habían faltado las relaciones, añoraba desesperadamente a mi amada. Después de estar leyendo a Torcuato Tasso y a Ariosto me sentí tocado por la inspiración y me senté a escribir unos versos con los que di salida a mi dolor. El tiempo pasó, la noche cayó sobre mi residencia que, esto lo ignoráis, se encuentra rodeada de un parque con cipreses en el que cada atardecer se reúnen todos los pájaros de Berna. Atraído por un ruido proveniente del balcón, me acerqué a la cristalera y, ante mi sorpresa, vi un pájaro de una especie para mí desconocida que me observaba con una mirada diría que humana. Era un pájaro de gran tamaño y plumaje tan negro como la ropa que visto esta noche; golpeaba con su pico en el cristal, como si tratara de llamarme, sus ojillos se clavaban en mí y abrió su pico igual que los humanos abrimos nuestra boca para hablar. Un frío súbito me tocó el alma. No me atrevía a hacer ni un gesto por temor a que el pájaro emprendiera el vuelo: la humanidad de su mirada me conmovía. Pero cuanto más lo miraba, tanto más clavaba en mí sus ojos suplicantes, hasta que no lo pude resistir más: abrí el balcón

para acercarme a él, y en ese momento huyó, dejando caer pluma al suelo como recuerdo de su paso. Inmediatamente supe que el pájaro, si no era la propia Elizabeth, y aquí aprovecho para deciros que creo en la reencarnación, había sido enviado por ella. El resto vino por sí solo. Me acerqué al círculo de ocultistas, les conté mi experiencia y me animaron a estar presente en una de sus sesiones, dedicada a Elizabeth y a mí. Fue una noche grandiosa y terrible: las llamas de los candelabros de la sala donde nos encontrábamos se apagaron al unísono al final de nuestro conjuro y enseguida pudimos oír un susurro que parecía llegar de un mundo remoto, así como un aleteo por encima de nuestras cabezas; mi cuerpo, antes bañado de sudor, conoció un frío de tumba y al rato percibí con total claridad las palabras de Elizabeth. «Ayuda... necesito ayuda». Era su voz, yo la recordaba bien: habría podido reconocerla entre mil.

Aunque atendía cortésmente el relato de Casanova, el vaivén del carruaje me estaba provocando una plácida somnolencia, que se disipó del todo cuando el veneciano repitió, con voz grave, las palabras atribuidas a la difunta Elizabeth.

–Necesito ayuda...

–¿Y cuál es esa ayuda? –me interesé.

–Lo sabréis cuando debáis saberlo –repuso dando una palmada en la pala que nos acompañaba en el viaje.

–Por lo menos podré saber adónde vamos –insistí.

–A mi casa –contestó Casanova con sencillez–. De todos mis amigos, vais a ser el primero en ver la tumba de Elizabeth Garrick.

No quiero atribuirme una perspicacia especial: viendo la pala y la expresión de Casanova, cualquiera en mi situación habría sospechado sin esfuerzo alguno los propósitos que le animaban.

–No iréis a decirme que vais a desenterrar el cadáver... –balbucí; la mirada del veneciano me confirmó que no estaba equivocado–. ¡Es una locura en la que no quiero entrar! Ordenad a vuestro cochero que detenga inmediatamente el carruaje, regreso a la ciudad.

–Ya es demasiado tarde: tenéis más camino por detrás que por delante. De hecho, ya hemos llegado –dijo abriendo la portezuela.

El coche de caballos se había detenido en el claro de un parque dominado por una estatua cubierta de musgo. Hasta nosotros llegaba el murmullo de una fuente. A izquierda y a derecha se abría un camino flanqueado de cipreses y pinos. Casanova se dirigió hacia el cochero y le entregó la pala.

–Os ruego que me acompañéis en esta tarea –dijo volviéndose hacia mí–. Necesito un amigo y eso no puedo lograr sólo con el pago de unas monedas. Pensad que lo peor de la vida es no poder conseguir que retorne lo vivido...

Me dejé llevar con pasividad. Formábamos un raro cortejo de tres que, visto a través de los ojos de un extraño, debía de tener más de irreal que de real. Yo mismo no lograba entender cómo me había dejado arrastrar a tan macabra expedición nocturna. Casanova caminaba en silencio, fija la mirada en el suelo embarrado, seguido por mí y por el cochero cargado con la pala y el farol. El camino se fue estrechando hasta que los cipreses y pinos de un lado chocaron con los del otro, formando una tupida red vegetal por encima de nosotros. Un viento frío sacudía las puntas de los árboles y el ambiente olía a humedad y a pino. La ausencia de luna ennegrecía más aún el paisaje, en el que yo veía una prolongación física de mis pensamientos. Todo parecía dispuesto para recibir la aparición de un hada maligna. Sin embargo, igual que me había sucedido a la hora de aceptar la invitación de Giacomo Casanova, una parte de mí se sentía morbosamente atraída por la situación. Me dije que lo que antes o después iba a tener ante mis ojos no sería un cadáver exhumado que causaría horror físico por la podredumbre, sino una avanzadilla del reino de la Nada, capaz de producir un horror moral. El sendero tomó de pronto una forma circular y allí mismo, en el centro, divisé una tumba dominada por la cruz cristiana y por un ramo de rosas rojas. Sólo al acercarme distinguí un mechón de cabellos rubios prendido a unos pétalos. No fue necesario que preguntara para saber que había pertenecido a Elizabeth Garrick. El cochero dejó el farol en el suelo removido por la lluvia y, a una señal de

«–No iréis a decirme que vais a desenterrar el cadáver... –balbucí; la mirada del veneciano me confirmó que no estaba equivocado–.»

Casanova, se sirvió de la pala para excavar la tierra utilizada para ocultar en su seno los restos de la mujer amada por el veneciano y admirada en los escenarios londinenses. La llama del farol oscilaba, como si los cristales no bastaran para resguardarla del viento, cuyo silbido, que parecía provocado con flautas de hueso, se mezclaba con los jadeos del cochero y con la agitada respiración de Casanova. A veces, el canto de un búho parecía querer advertir, desde la negra frondosidad del parque, sobre la conveniencia de renunciar a la exhumación, pero el veneciano estaba firmemente decidido. Yo conocía bien su expresión: era la misma que había visto dibujada en él cuando irrumpió en mi palco, y la misma, también, con la que, años atrás –una eternidad, diríase– me había anunciado su propósito de obtener el amor de la actriz.

«El cochero dejó el farol en el suelo removido por la lluvia y, a una señal de Casanova, se sirvió de la pala para excavar la tierra utilizada para ocultar en su seno los restos de la mujer amada por el veneciano y admirada en los escenarios londinenses.»

La tierra que extraía la pala era de color negruzco, brillaba de humedad y por ella se arrastraban blancas lombrices; un contraste cromático nada hermoso, que incitaba al rechazo antes que a la contemplación. Al cabo de un rato, un pedazo de tela color barro despuntó de entre la tierra removida, haciéndonos entender que allí había algo más que gusanos, y Casanova le pidió al cochero que fuera con cuidado de no golpear el cuerpo con la pala. Sin duda aquella tela debió de ser alguna vez una sábana blanca, usada como sudario, pero su

color primitivo habíase transferido al rostro del veneciano, que parecía a punto de sufrir un desvanecimiento. Cuando los huesos asomaron entre los pliegues de la mortaja, miré a Casanova, cuyos ojos se habían empequeñecido hasta casi hundirse en las cuencas: no parpadeaba. Con sequedad, le ordenó al cochero que cesara de cavar y se agachó para observar el cuerpo que acababa de ser extraído de la tierra; se arrodilló ante él, ajeno al deslizamiento de las larvas y al barro que se adhería a los bajos de sus ropas. Casanova estuvo así un largo rato, sin mirarnos, como si rezara o estuviese sumido en profunda meditación, y, con suma delicadeza, fue dejando al descubierto los huesos envueltos por la sucia tela. Una calavera recubierta de barro por la que correteaban gusanos y hormigas que jamás conocieron la luz del día, fijó en nosotros su mirada ciega. Cerré los ojos ante unas cuencas vacías sucias de barro que habían contenido la mirada más azul del mundo. Al volver a abrirlos observé que a su lado había, juro que la vi, una pluma negra que parecía recién desprendida del cuerpo de un pájaro; una pluma limpia en la que no pude apreciar ni una sola mancha de barro. Eso me hizo recordar lo que me había contado el veneciano durante el viaje; mi frente se perló de sudor y un escalofrío me recorrió la espalda. No estoy afirmando que aquello me hizo creer en la existencia de vida después de la muerte, ni tampoco en la reencarnación de las almas: me limito a contar lo que vi.

–Ahora, dejadme solo... El cochero os llevará a la ciudad –dijo el veneciano con un soplo de voz que parecía surgir de un lugar remoto.

Yo me resistía a dejarle abandonado al cultivo de su obsesión, pero se negó a aceptar mi compañía.

–Tened la seguridad de que cuando lo estime necesario sabré recurrir a vos. Ha llegado la hora del retorno... Todo espera, incluso los muertos.

El cochero me indicó con un gesto que le siguiera. Lo último que vi y oí antes de alejarme fue la figura de Casanova inclinada sobre los huesos manchados de barro y unas palabras en italiano que sonaron como una extraña premonición: *Io non mori, e non rimasi vivo* (*no morí y no permanecí vivo*).

En tales circunstancias, se entenderá que deseara alejarme pronto de allí y, por supuesto, volver a Londres lo antes posible. Para entonces ya sabía que no había medicina ni sol que pudieran poner remedio a mi dolencia y que debía resignarme a cargar con ella hasta la llegada del fin. Viví como una pesadilla el regreso a Berna y el viaje a Londres, sin poder apartar de mi mente la imagen del caballero veneciano arrodillado, en actitud de adoración, ante el cúmulo de huesos que un día fue Elizabeth Garrick, ni la idea de la carne disuelta entre el barro por efecto de la podredumbre: ¡el más allá destinado a los humanos, el fin de la belleza, del arte, del amor y de los sueños de gloria! Me alegré de no haber consagrado mi vida en el altar de la carne.

Estuve recluido en mi residencia más de tres meses, viviendo en solitario, sin acudir a fiestas, a teatros ni a conciertos. El afán de mundanidad me repelía, la música me parecía estúpida y sin sentido, y el teatro no era para mí más que una feria de vanidades. En una ocasión vinieron a verme unos amigos, pero mi recibimiento fue tan frío que no volvieron a hacerlo. Me había autocondenado a la soledad, convertido en espectador de mi decadencia y de la muerte de mi propio tiempo. Por uno de mis criados me enteré de que mi casa era llamada «Soledumbre». Busqué refugio en la lectura, y la biblioteca era, por lo tanto, mi lugar preferido. Leía a Dante, a Homero, a Juvenal, a Tasso, a Séneca, a Ariosto, y me sentía en la mejor compañía de todas las posibles; los días tenían para mí la forma de la letra escrita: apenas comía y no podía soportar la presencia de seres humanos. La biblioteca fue, precisamente, el lugar donde había tenido las primeras noticias de Giacomo Casanova después de la muerte de Elizabeth Garrick y fue, también, el marco donde recibí las nuevas del veneciano tras la exhumación del cadáver de la actriz.

Un criado entró para entregarme una carta que, según dijo, acababa de traer un caballero extranjero, quien se había marchado nada más dejarla, sin esperar respuesta. Desinteresado de su contenido, la deposité en un mueble, junto a la cartera de tafilete en la cual aún conservaba las cien guineas ganadas a Casanova en nuestra primera apuesta, y allí permaneció hasta que, entrada la noche, me

«El afán de mundanidad me repelía, la música me parecía estúpida y sin sentido, y el teatro no era para mí más que una feria de vanidades.»

levanté para cenar un tazón de caldo caliente. La blancura de la misiva reclamó mi atención, como si refulgiera en la penumbra de la biblioteca. Mi nombre estaba escrito con letra educada, de rasgos artísticos, y, aunque no esperaba ninguna noticia que pudiera extraerme de mi estado de indiferencia, me decidí a leerla. Era de Casanova, y en ella me rogaba encarecidamente que asistiera a la representación de «Hamlet» que tendría lugar el próximo sábado en el Teatro de Kent. Una posdata me suplicaba, en el nombre de nuestra antigua amistad, que no faltara.

El nombre de Casanova, el recuerdo del teatro de Kent y el título de la obra me causaron profundo dolor: no sólo por la sombra de la muerte que desde hacía tiempo se cernía sobre mí y por la terrible noche vivida en las afueras de Berna, sino también porque, a mi pesar, me hicieron recordar la época en la que yo había sido razonablemente feliz, sin sentirme amenazado aún por la enfermedad. Volví a leer la invitación del veneciano: la reflexión en la que caía tras cada lectura me había acostumbrado a saber leer entre líneas, y en aquella misiva creí detectar una angustia y, a la vez, un deseo de paz y de serenidad que me inclinaron inmediatamente a aceptarla.

Llegado el día fijado para ir al teatro, me vestí como si me preparase para un ritual: recurrí a mis mejores ropas, extrayéndolas del armario donde dormían un sueño del que había creído que ya no despertarían, y ordené a Thomas que limpiara cuidadosamente mi coche de caballos. Me sentía enfermo y al mismo tiempo rejuvenecido, como si mi cuerpo estuviera formado por dos seres diferentes e irreconciliables. Durante toda la tarde mantuve abierto el balcón; me agradaba que el interior de la casa se impregnara de los olores del jardín y escuchaba complacido el murmullo del agua al surgir y correr en las fuentes. A eso del atardecer, el cielo se cubrió de negros nubarrones, mas no vi en ello un mal presagio.

Llovía cuando subí al carruaje, primero unas gotas finas que apenas dejaban huella en los suelos, y poco después tan gruesas que limpiaron de presencia humana las calles de la ciudad. Al entrar en el teatro y acomodarme en el palco con la sola compañía del polvo acumulado durante mi ausencia, vi que había tanto público como en los viejos tiempos, y eso me hizo sentir una punzada de dolor. «La vida ha seguido sin mí y seguirá también sin mí cuando yo no esté», me dije, melancólico.

La función comenzó. Eran actores desconocidos. ¿Tanto había cambiado el paisaje escénico desde que yo tomara la decisión de no volver más al teatro? La actriz que interpretaba a Ofelia era, desde luego, muy inferior a la Garrick, y lo mismo se podría decir de quienes se hacían cargo de los otros personajes; la verdad era que Hamlet expresaba cualquier cosa menos angustia, que Polonio parecía un saltimbanqui en busca de ocupación, y que los reyes de Dinamarca podrían haber sido contratados entre los borrachos de una taberna sin que se notara la diferencia. Pero todo cambió después de la muerte de Ofelia, incluso el ambiente del teatro, en el que hasta entonces no había advertido ninguna

diferencia. Como he dicho, me encontraba solo en mi palco, pues en ningún momento me había movido la intención de convertir mi regreso a la sociedad en una especie de espectáculo. Cuando la reina Gertrudis le notifica a Laertes que Ofelia ha muerto ahogada, los escasos candelabros y velas dispersos por la sala se apagaron al unísono dejándola sumida en la oscuridad, lo que dio lugar a unos pocos murmullos y silbidos. Las palabras de la reina a Laertes («...adornada con caprichosas guirnaldas de ranúnculos, ortigas, velloritas y esas largas flores purpúreas a las cuales nuestros licenciosos pastores dan un nombre grosero, pero que nuestras castas doncellas llaman dedos de difunto...») se deslizaron, etéreas, por el decorado, y un silencio insólito se instaló en el Teatro de Kent. Desde donde yo estaba sentado, los negros palcos se asemejaban a bocas de caverna. Un olor a incienso se adueñó del aire, en el que había algo fantástico, indefinible, como si todo se preparara para la manifestación de un portento. A cada instante yo esperaba ver entrar a Giacomo Casanova en mi palco, pero seguía estando solo por más que alguna vez tuviera la incómoda sensación de que alguien estaba respirando a mi lado.

«Lloraba, pero tenía fuego en los ojos. Y pese a los afeites humedecidos por las lágrimas que conferían a su rostro un aspecto de payaso, nunca me había parecido tan humano y conmovedor.»

Hamlet y Horacio aparecieron en el cementerio. A diferencia de lo que yo había visto en otras representaciones, Horacio portaba un candelabro y las llamas iluminaban el rostro de Hamlet. Ante mi sorpresa descubrí que el actor no era el mismo que había interpretado hasta esa escena el papel del príncipe, y sus rasgos me resultaron vagamente familiares. Supe quién era cuando cogió la calavera que el enterrador había extraído de una tumba y, con voz gutural, un tanto engolada, le oí declamar en torpe inglés, casi incomprensible,

las frases que Hamlet dedica a los cráneos desenterrados. Era Casanova. La verdad fue abriéndose paso entre mi perplejidad. Abandoné mi palco y me dirigí hacia el escenario, sin que me importara el público, y subí a él como si fuera un actor más, pues sabía que me asistía ese derecho después de aquella noche vivida en las afueras de Berna. Había visto una sola vez la calavera que el veneciano tenía entre las manos, pero pude reconocerla como la misma que fue desenterrada ante mí en el parque de los cipreses y pinos. Casanova se volvió a mirarme, desentendiéndose del papel que simulaba interpretar (no sé cómo lograría convencer a los actores de que le permitieran hacerlo; quizá con dinero, al que los cómicos siempre miran con buenos ojos), sin hacer caso tampoco a las protestas ni a los objetos que empezaban a llover sobre el escenario, y dijo en voz baja:

–Elizabeth..., es una forma de vivir en el teatro después de la muerte, como deseabas..., he cumplido la promesa que hice y vos sois testigo... Era un papel que te faltaba... *Io non mori, e non rimasi vivo.*

Lloraba, pero tenía fuego en los ojos. Y pese a los afeites humedecidos por las lágrimas que conferían a su rostro un aspecto de payaso, nunca me había parecido tan humano y conmovedor. Aferraba con tal fuerza la calavera que sus nudillos, a punto de reventar la piel, estaban tan blancos como los huesos que tenía entre las manos, y por un momento temí que éstos se quebraran y se convirtiesen en polvo.

© José María Latorre

El autor:

José María Latorre (Zaragoza, España, 1945). Coordinador general de la revista "Dirigido" desde 1982 y director de la colección de libros "Programa Doble". Miembro del Consejo Editorial de la revista "La Mosca". Es autor de más de una treintena de libros, entre novela, cuento y ensayo. Gran parte de su obra gira en torno a la narrativa fantástica y a la literatura juvenil, así como a la crítica cinematográfica. Entre su abundante producción literaria se encuentran las novelas *Osario* (Finalista Premio Literatura Joven Ciudad de Toledo 1980), *Sangre es el nombre del amor* (Montesinos, 1986), *Palacio de sombras* (Mira Editores, 1994), *El hombre de las leyendas* (Premio Ciudad de Barbastro 1996), *La sonrisa de Piedra* (Alba, 1997), *Una sombra blanca* (Editorial Bruño, 1997), *La mirada de la noche* (Premio Gran Angular 2002), *El Silencio* (Huerga y Fierro, 2002), *El palacio de la noche eterna* (Alfaguara, 2004) y *La isla del resucitado* (Edebé, 2005), y los libros de relatos *Fiesta perpetua* (Olifante, 1991), *Relatos desde la muerte* (Epígono-De Cervantes, 1999) o *La noche de Caligostro y otros relatos* (Valdemar, 2006). Ha participado en diversas obras colectivas, como la antología *Cien Años de Cuentos en España* (Alfaguara, 1998) y *La maldición de la momia* (Valdemar, 2006). Página personal: <http://www.jmlatorre.com>

SERAFÍN

por Adriana Serlik

Marisol se detuvo frente a la higuera, le habían dicho que a cincuenta pasos estaba la gran puerta. Se acercó a la entrada y dejó el ramo de margaritas y rosas junto al muro; la cancela estaba cerrada.

Regresó pensativa por el mismo camino. Las piedritas se colaban en las sandalias obligándole a mover los pies para que cayeran de nuevo al camino del que formaban parte. Había llovido y mientras esquivaba los charcos con pequeños saltos imaginaba a su madre, pequeña, corriendo y saltando por el mismo camino. No se sentía cómoda. Una sensación de inquietud le había acompañado hasta la gran puerta de metal que custodiaba la entrada del cementerio. Cumplir aquella promesa no le molestó, pero el desconocimiento, el no saber por qué se había hecho, le producía una sensación de inquietud que no podía disimular.

Recorrió la calle Mayor hasta llegar al hotel. Antes de pedir las llaves de la habitación tomó una bebida fría. Minutos más tarde subió a ducharse. Lanzó las sandalias al aire, se desnudó y corrió al baño para quedarse largo rato bajo el agua tibia de la ducha.

Una promesa siempre debe cumplirse, le había dicho su madre mirándola a los ojos.

El teléfono sonaba insistente, una y otra vez, pero Marisol no se levantó, sabía que era ella la que insistía al otro lado de la línea. No tenía ganas de hablar. Se vistió y salió a la calle. Se sentó en una horchatería, al aire libre, bajo uno de los toldos naranjas.

Había llegado la mañana del día anterior al hotel, su madre había reservado la habitación hacía dos meses porque quería asegurarse de que su hija iría.

No era su intención llegar al pueblo, debía dar una conferencia en la Universidad Popular y luego quería tomar sol y bañarse en la playa, pero ahora estaba a 30 Km. de la Universidad y de la playa.

Observó las caras de la gente que estaba sentada y los que paseaban. Alguno de ellos sería un pariente, si conociera todos sus apellidos quizá podría buscar en alguna guía telefónica los posibles primos. Al irse del pueblo su madre rompió con todo su pasado y sólo le contó que los parientes, al estar su padre en la cárcel, desaparecieron de su entorno. Sus abuelos nada le habían contado sobre su familia.

«Una promesa siempre debe cumplirse, le había dicho su madre mirándola a los ojos.»

Resu, la madre de Marisol, dejó de insistir y colgó el teléfono. Su hija estaría paseando o tomando algo fresco después de visitar el cementerio. Se acomodó en el sillón que con los años había tomado la forma de su cuerpo e intentó recordar. No lo hacía con claridad, como si todo lo sucedido hubiese barrido los recuerdos de su infancia y su juventud, sólo recordaba el papel en su mano mientras gritaba por la calle.

Se había enamorado a los quince años de Carles, tenía diez años más que ella, una gran fuerza y una enorme sonrisa. Visitaba con frecuencia a su padre, Alfonso le prestaba libros y le recomendaba lecturas. Carles, de familia modesta, sólo había podido asistir a los cursos para aprender a leer, escribir y moverse sin dificultad en las cuentas. Ayudaba a su padre en los arrozales, ocho fanegas en total que tenían que dar de comer a una familia de siete hijos, Carles era el mayor y sobre él recaían demasiadas responsabilidades.

En cada visita Carles traía en una cesta una calabaza, algunas cebollas, algún tomate, varias naranjas o cualquier otra cosa de la huerta familiar que su madre preparaba con esmero como agradecimiento al aporte en conocimiento y al préstamo de los libros. Alfonso sólo contaba con su sueldo de maestro y un pequeño arrozal y cada cesta era recibida con enorme alegría ya que en esos años 40, donde no existía casi el dinero y los productos de la tierra eran un lujo, la cesta de Carles representaba la comida

de media semana de la pequeña familia. Su arrozal de tres fanegas, lo llevaba el muchacho con su padre, ya que limitaba con los suyos.

En 1945 Carles pidió permiso a Alfonso para acompañar a Resu los domingos a misa y dos años más tarde se casaron.

Carles mudó sus pertenencias a la casa del suegro y siguieron discutiendo de libros hasta que en 1949 la Guardia Civil fue a buscarlo una noche. Un vecino, obligado por sus deudas con uno de los grandes, tuvo que delatar a alguno de los rojos del pueblo y nombró a Carles.

Resu había tenido a Serafín hacía seis meses. Se acercó al cuartelillo por la mañana temprano con el niño en brazos, le explicaron que había sido enviado a la Cárcel Modelo de Valencia y que al día siguiente le indicarían el tiempo que permanecería preso, fueron dos años y tres meses porque el vecino se retractó de la denuncia y desapareció del pueblo.

Serafín tenía un año y era un niño tan alegre como su padre, cuidado por su madre y sus abuelos.

Sus suegros traían la cesta pero la falta del trabajo de Carles había mermado sus ingresos y no podían entregarle ni una peseta. Había intentado buscar algún trabajo pero con la etiqueta de rojo de su marido era imposible encontrar algo. Vivían con el sueldo de Alfonso que apenas llegaba para comer.

Serafín una mañana despertó con mucha fiebre, el pequeño tenía dificultades para respirar y el médico diagnosticó una pulmonía que sólo podía curarse con el nuevo y milagroso medicamento: la penicilina. Resu corrió a comprarla a la botica y le indicaron que el tratamiento costaba 30 pesetas y debía pagarlo en efectivo cuando se lo entregaran.

En su monedero sólo tenía las siete pesetas ahorradas durante mucho tiempo, sus padres no podrían darle más que cinco y sus suegros dos o tres. Visitó a sus tíos y primos y logró juntar otras tres pesetas. No tenía suficiente. Su padre le entregó la escritura del arrozal para que lo hipotecara por la suma que faltaba.

Sabía que los ricos aceptaban las escrituras haciendo una hipoteca por la cantidad necesitada a devolver en un año o año medio. Y fue ofreciéndola a gritos por la calle, como había visto hacerlo a otras mujeres pero nadie salió a la calle, no se abrió ninguna puerta.

Serafín murió a la semana siguiente. Lo enterraron en el viejo cementerio y Resu decidió irse de ese pueblo y no volver jamás.

Viajó a Valencia y trabajó de interna hasta que Carles salió de la cárcel. Fueron a vivir a Madrid y con grandes dificultades emprendieron otra vida. Resu y Carles nunca volvieron.

Cuando Marisol contó a su madre que debía dar una conferencia en Gandía, ésta le hizo prometer que dejaría un ramo de flores a la entrada del cementerio recordando a su querido Serafín. Resu nunca le había hablado a su hija del pequeño Serafín. Marisol no sabía que tuvo un hermano, que aquel ramo de flores era para él.

© Adriana Serlik

La autora:

Adriana Serlik nació en 1945 en Avellaneda (Rca. Argentina). Estudió música, magisterio y bibliotecología. Ha publicado *Improntus 6* (Buenos Aires, 1968), *Los espejos* (Buenos Aires, 1972), *Desde nosotros, los niños* (Madrid, 1978), *La Silla de paja* (Madrid, 1984), *Poemas del amor y la soledad* (Madrid, 1996), *Andaremos, amor andaremos* (Pontevedra, 2005) y *El gran devorador y otros relatos* (Pontevedra, 2006), *La esfera dorada (en impresión, sale en junio)*. Ha organizado varias bibliotecas en Buenos Aires entre 1968 y 1972, ha escrito artículos para diversos medios de Buenos Aires, Asunción y Madrid, ha producido programas de radio en español para la R.A.I. y ha trabajado como correctora y traductora para diversas editoriales españolas. En 2001 crea la web "La lectora impaciente" de literatura y arte (www.lalectoraimpaciente.com) y convoca anualmente Certámenes Internacionales de Poesía y Relato Breve, cuyos trabajos premiados publica en libros en formato electrónico. Nacionalizada española desde 1985, actualmente reside en Gandía (Valencia).

LA REBECA AZUL

por Carmen Fernández Etreros

Como todas las mañanas él llegó al parque con su perra Volga. Como todas las mañanas él esperó en el banco leyendo el periódico hasta que ella llegó. El país como siempre estaba fatal. Ochenta años viviendo en él y las cosas no cambiaban. Ella apareció como siempre, de repente, con su rebeca azul en la mano. Cogidos de la mano ellos bajaron como siempre las escaleras de duro cemento mientras que Volga intentaba meterse entre sus piernas y se hacía un nudo con la correa. Se sentaron en el banco de «la sombra», como ellos un día lo bautizaron y durante horas recordaron los tiempos pasados, las anécdotas, los viajes, los hijos,... Ambos reconocían que habían tenido suerte: La vida les había mantenido juntos durante muchísimos años y ahora les seguía invitando cada mañana a pasear, a caminar, a sonreír, a recordar,... Pero también lloraban amargamente todas las semanas por aquel hijo que el destino les arrancó y que ninguno de los dos había logrado encontrar. Un día salió de casa para «dar la vuelta al mundo» con destino a uno de esos super viajes en tren, avión y barco agotadores y no volvieron a saber de él más que por frías llamadas de teléfono durante veinte años en las que entre su castellano se mezclaban algunas palabras desconocidas y abruptas que Antonio decía que era alemán. Un buen día el teléfono ya no sonó y desde entonces ellos se referían a su hijo como el desaparecido Juan. Pero esta mañana el sol brillaba con el fulgor y la pasión de la primavera y ella se puso en plan confidencial.

–Oye, Antonio, ahora que somos mayores y que no debemos tener secretos el uno con el otro. A ti nunca te gustó nadie más que yo, ¿verdad? –Preguntó María al aire mientras agarraba con una mano el dobladillo de su eterna rebeca azul de punto mirando hacia él horizonte.

–Por supuesto que no, María. ¡Qué ideas se te ocurren! ¡Tienes unas cosas! ¡Yo siempre he sido un caballero! – contestó tranquilamente regañándola con su tono enfadado de siempre-. Aunque ahora que lo dices me acuerdo de aquella muchachita de la segunda fila del colegio. ¿Cómo se llamaba? Paula, Virginia,... No me acuerdo. ¡Qué memoria la mía! Y ese estúpido médico dice que no tengo nada. La edad, la edad, la maldita edad. ¡Qué malo es esto de hacerse viejo!

–Calla tonto. No me hagas rabiar. Ya sé cariño que tú sólo me has querido a mí, pero era por hablar de algo.

Y mientras soltaba el dobladillo de su rebeca azul María sonrió al aire y respiró tranquila.

Pero él cuando se marchó esa mañana del parque no logró apartar sus pensamientos de aquella mirada limpia y verde que se cruzó en su vida en aquel viaje para dar una conferencia sobre La Celestina en Florencia. El caso es que él no tenía nada de lo que arrepentirse ya que como él siempre se defendía a sí mismo «el agua nunca llegó al río». Su culpabilidad radicaba en que nunca había olvidado aquellos ojos. Durante cuarenta años no había una mañana de su larga vida en que no se hubiera despertado con los ojos de Laura mirándole fijamente, mientras él le decía que volviera con su marido. La recordaba en las calles de Florencia llorando desconsoladamente mientras él la pasaba un brazo por el hombro. Pero tuvo que abandonar estos pensamientos porque Volga le estaba mordiendo en este momento el pantalón nuevo. Era un cachorro de cinco meses y después del parque necesitaba comer mucho pienso y no pararse durante cinco minutos tontos en el semáforo de la esquina.

Al día siguiente no pudo ir al parque. Pensó que María adivinaría que habría venido Martita con los gemelos y que le habían obligado a ir al Retiro a ver la Feria del Libro. Subieron por la Cuesta de Claudio Moyano y él cerró los ojos para no sucumbir a la tentación de pararse ante los innumerables

puestos de libros y cogió de cada una de las manos a Martita II y a Antoñito para que ninguno de los dos se enfadase. Luego vieron las ardillas del parque que tanto molestaban a Pío Baroja y él repitió su sentencia de que «si este hombre levantara la cabeza» mientras que los niños se reían. Cuando llegaron a la Feria, él ya estaba cansado, y los cuatro tuvieron que sentarse en un quiosco en el que pidieron cuatro magníficos helados de cucurucho como los de antes. Prosiguieron la marcha y mientras los niños y su madre su metieron en una carpa donde se prometían todas las maravillas de la informática del futuro, él se acercó a saludar a los compañeros de la editorial. Luego fue mirando libros, uno a uno, con calma, en diferentes puestos, disfrutando como sólo lo hacía desde que era profesor numerario y sólo tenía que dirigir de vez en cuando alguna tesis de nada. Se acercó a un puesto que exhibía un ejemplar de la última edición comentada de La Celestina y fiel a su ansia de coleccionista preguntó su precio. Unos ojos limpios y verdes se le clavaron en sus gafas. Estaba seguro. Era ella. Tenía el pelo blanco y las manos le temblaban, pero sus ojos más chiquitos si, eran los mismos. Treinta años había estado esperándola, treinta años obsesionado con unos ojos y ahora los tenía enfrente de nuevo.

Intentó respirar porque se ahogaba de la emoción y el corazón le dolía al latir fuertemente contra sus paredes. Para calmarse miró a lo lejos. Y al entornar los ojos vio a su ángel. María con su eterna rebeca azul paseaba entre los árboles cogiendo flores y soñando como siempre. Inmortal y etérea le guiñaba un ojo a lo lejos.

–Dos mil quinientas noventa y nueve pesetas, señor. Menos el diez por ciento que hacemos en la Feria dos mil trescientas cincuenta. ¿Se lo lleva? –Dijo una Laura sesentona con ganas de irse a comer sin inmutarse ante la cara de otro futuro comprador despistado.

–Si claro, me lo llevo –Y sacó el dinero del bolsillo del abrigo donde se mezclaban los billetes con las galletas del perro y se alejó poco a poco con su libro metido en una bolsa de plástico sin sucumbir a la tentación de mirar atrás.

«Intentó respirar porque se ahogaba de la emoción y el corazón le dolía al latir fuertemente contra sus paredes. Para calmarse miró a lo lejos. Y al entornar los ojos vio a su ángel. María con su eterna rebeca azul paseaba entre los árboles cogiendo flores y soñando como siempre.»

Caminó lentamente hasta los árboles que se encontraban detrás de los puestos de la Feria y tocó a María en el hombro.

–María, María,... –Dijo mientras movía la cabeza en señal de desaprobación-. ¿Cómo sabías que hoy iba estar aquí? ¿Es que eres adivina?

–Pero, ¿no te acuerdas Antonio? Hoy hace sesenta años que nos conocimos y como siempre he venido a recordártelo. ¿No te has acordado, verdad? ¡Menuda

cabeza tienes! ¡Menudo viejo te estás volviendo! Menos mal que me tienes a mí para recordártelo todo. Bueno, date prisa que tengo que contarte muchas cosas. No te lo vas a creer. Ayer vi a Juan, ¿sabes? Nuestro hijo Juan. Mira qué casualidad. Paseaba por aquí, por el Retiro de la mano de una rubia muy alta. Anda, vuelve pronto con Martita y los niños que al mediodía nos vemos en el parque y te lo cuento todo.

Y María se alejó sigilosa entre los árboles del Retiro con su eterna chaquetita azul de siempre y Antonio la siguió con la mirada embobado durante unos minutos.

© Carmen Fernández Etreros

La autora:

Carmen Fernández Etreros (Madrid, España, 1969). Licenciada en Periodismo por la UCM y doctoranda en el programa "Lengua y literatura aplicada a los medios de comunicación". Como redactora ha trabajado en diversos medios de comunicación como el Diario ABC e Informativos Telecinco, así como en numerosas revistas como Gaceta Complutense, Actualidad Económica o la Revista Babar. También ha trabajado como profesora de Secundaria y Ciclos Formativos y en el sector editorial. En la actualidad se ha especializado en Literatura Infantil y Juvenil y coordina la Revista *online* Tucán de LIJ: <http://www.revistatucan.org>.

DE LA TRAGICÓMICA HISTORIA DE CÓMO TOTE PIERDE EL TIEMPO¹

por Emilio *Jio* Gil

Tote volvía a necesitar escribir algo. No sabía el qué. Pero así empezó hace tiempo y ahora no podía detener lo que salía de su particular caja de pandora.

Recordaba la magia de sus primeras palabras con las que había descubierto una parte del mundo que le rodeaba.

Unas líneas narrativas para una revista de narrativa, claro, ¿y qué más?

Ya no temía a la cuartilla en blanco. Ahora lo que temía era lo que podía absorberle. Temía a su recién adquirida máscara. Aquello que no era él.

Aunque bueno, él ya no era él en términos relativos. Había pasado ya un tiempo desde que decidiera abandonar el taller del curro de su viejo plantándole un envite al la vida. Ahora era vendedor en un gran centro comercial dedicado a los libros y a los discos, a los coleccionistas, a los raros, a los ignorantes que buscaban regalar un libro a su novi@ y le encargaban a él la decisión del regalo.

–No sé, mi amigo es gay y no tengo ni idea de los libros que les gustan a los gais.

Y por supuesto Tote nunca se atrevía a responder en su solícito puesto de comercial que era lo que le pagaba las facturas en plan.

–Mira gilipollas, no sé cómo ese tío es amigo tuyo, pero hace falta ser imbécil para creer que los gais pueden tener gustos literarios distintos a los demás, o de música, o de ensalada o de colores. ¡Imbécil! No, sabe que no puede denunciar la xenofobia así. Tote laboralmente tenía que ser políticamente correcto.

Otro día le preguntaron por un libro que había oído que estaba muy bien pero que sólo recordaba que tenía las tapas rosas. Tote le llevó a la sección infantil, claro.

Y Tote atesoraba su libro en su esquinita que no recomendaba a nadie. Esa era parte de su historia narrativa. Consiguió publicar gracias a ese primer cuento destapando la caja de los truenos, pero él mismo no se lo vendía, no acudía a su presentación ni se relacionaba con absolutamente nada que le hiciera implicarse un poquito más que no fuera su vida en sus palabras. Tote no lo tenía claro en su cabeza y prefería las migajas literarias de la recomendación de libros a amistades ignorantes y que a partir de los 25 años se han dado cuenta que queda «superfashion» hablar de libros y de música. Cuando por parte de ellos sólo piensan en cerveza y tetas y ellas piensan en ropa y lugares exóticos de comidas o vacaciones.

No, Tote. Amargado por las palabras, por el criticismo y por haberse ido del taller de su viejo donde ahora ve que tenía fácil el cambiar las ruedas a los coches. Y se iba a fumar sus canutos al «Buenasombra».

Tote encontró el amor por la manipulación de las palabras, era fácil tener sexo con ellas en el tercer cubata donde todo se mezclaba. Y así cuando bebía solo en la gran ciudad le gustaba sentirse como Humphrey mientras tiraba el cigarrillo con violencia contra el suelo.

Tote tenía ese cuento, lo iba a publicar otra vez, siempre con la misma historia, no hay más ni tampoco se veía en la necesidad de contar nada más. Internet saciaba sus ratos de comunicación. La tienda le pagaba las facturas. Y las palabras le proporcionaban su rancia satisfacción.

Sin embargo Tote añoraba los cuentos con pianos nuevamente. Eso quería. La magia de la música, del timbre, del sonido, de la melodía. Quería volver a cocinar pianos en la realidad. Que el mundo se volviera a doblar a sus pies. Que la gran avenida se convirtiera en un gran musical como veía en las pelis de hollywood.

¹ 1ª parte en: <http://www.agrifonte.com/sonrisa/tote-escribe-un-cuento/#more-264>

A la mañana siguiente Tote fue a la tienda como cualquier otro día. Saludó a Pili, su portera.

—¿Cómo vas Pili?

—¡Ay, hijo mío! Los achaques de siempre, estos riñones, y la gente que es muy guarra, y los chicos que entran después de beber en la calle como delincuentes...

Se despidió con la mano y cogió el metro. Próxima estación: esperanza. Claro, como en la canción de Manu Chao. ¡Y una mierda! Así explotará el mundo mientras leía los titulares por encima del hombro del que tenía sentado al lado. Seguro que en todo el periódico no salían las palabras «uranio empobrecido». Ni una sola vez. Se podría jugar el sueldo del mes. Pero bueno, él no era jugador. No era una de sus emociones.

Tote llegó a la tienda a las 8:00 am., puntual como casi nunca. Saludó al guardia Julián en la puerta. Saludó a Isa la de la tienda. Saluda a María la de la caja. Besito a María detrás de las cajas.

El día sin incidentes. Su cuento esperando a ser escrito.

Empieza la jornada laboral de Tote, el resto del día, incluyendo el café, su escena es la realidad.

[Se empiezan a turnar en mi cabeza.

Un@ detrás de otr@ por favor, si aquel de allí, no se cuele, enseguida le llegará su turno...

Y cuando la fila se acaba, empieza nuevamente, aunque esta vez no necesita orden. Dentro de su nueva alteración se traza una nueva combinación.

—Si, por favor, otra vez su atención. Pues ahora no me apetece. Pierde turno, gana oportunidad. Usted repite. Gimnasia potasia. Ya, claro, me hago cargo, me hago cargo... Y un@ más. Y circunvala la curva, más para abajo, por raro...

Y los papeles se vuelven a desordenar en una entropía hiriente de un nuevo desorden.

—Por favor, a la fila, a la fila... que luego vienen las protestas por partes ajenas y así no descansa la cabeza.

Pim, pam, pum. Empieza de nuevo, el hilo y la línea no tienen pérdida].

¿Euh? No, el pobre Tote sufría un extraño proceso de quijotización, y así como el pobre Augusto Pérez se sentía escapado, en su caso, de una mala novela de la vida. Su pobre y refugiada vida.

Hora del almuerzo. Media hora de color rosa fucsia. Media hora para ver a María. Algún día se lo diría. Pero hoy tampoco.

Tote cierra la jornada, cuadra la caja y charla con la encargada.

—Tote hoy hiciste muy bien día, mañana no viene Luis, el de los discos, si te importa pasarte mañana de vez en cuando a echar un ojo por esa sección mañana....

—Claro —respondía Tote con una sonrisa por ver a María.

Tote hoy come de camino a casa, se para en una terraza con intención de escribir y anotar algunas líneas en su libreta, alguna idea narrativa. Un cuento. Una buena historia. Algo. Una sola nota musical.

Un día Tote le dice a su amigo Jio.

—Jio, ¡qué jodido va el mundo! decía con una sonrisa. Mañana empezaré a escribir un libro que empiece con esta tontería y desde aquí.

Y al momento veo como se ríe Tote en el sillón de al lado.

Y el principio será...

El momento temporal siempre es decepcionante.

© Emilio Jio Gil

El autor:

Emilio Gil: <http://www.agrifonte.com/sonrisa/quien-es-el-jio>

SUEÑO CON MARIPOSAS

por Jorge Gómez Jiménez

A punto ya de dormirme escucho que a la puerta tocan repetidas veces. Con pereza, pero con curiosidad, me incorporo y abro. La noche solitaria me golpea en el rostro y recuerdo historias de miedo en las que nunca creí.

Vuelvo al lecho, mas sólo un insomnio sin sosiego me acomete. Saco de la almohada recuerdos que no me ayudan a dormir; decido tomar un baño. Al ponerme en pie una presencia desmiente la soledad de la habitación y en la oscuridad giro para toparme con una mirada que taladra mi mente. Digo: Imposible, impensable. De mil maneras imagino cómo pueden esos ojos revolotear ante mí como oscuras e inquietas mariposas.

Enciendo la luz: nadie.

«Vuelvo al lecho, mas sólo un insomnio sin sosiego me acomete. Saco de la almohada recuerdos que no me ayudan a dormir; decido tomar un baño. Al ponerme en pie una presencia desmiente la soledad de la habitación y en la oscuridad giro para toparme con una mirada que taladra mi mente.»

Regreso del baño. Olor. Humedad y olor después del baño tocan fibras de mí que no domino. No son mi humedad y mi olor; hay alguien allí. La piel húmeda se eriza con facilidad. Mi piel erizada es alcanzada levemente por el rumor de una piel que no es mi piel; es la piel de alguien más que está y no está, es la piel de una mujer que en silencio me mira con sus ojos abiertos como dos mariposas en la oscuridad.

Un gemido inquieta el oído, pero la piel erizada de una mujer ya es algo que habla directo al tacto. Un cuerpo de mujer acompaña mi lecho. Su piel es una bandera de poros que erizados ondea lentamente a mi alrededor como una tortura. Le pregunto: ¿Quién eres? No me responde, salvo con una sonrisa silente en forma de enigma.

Tal erizada bandera tiembla al más mínimo roce. Pero es casi una imagen, casi inmóvil, sólo desplaza algunos poros que me hacen imaginarme arándola y embarazando sus labios.

Ella ha visto quizás mis pensamientos, pues alza su cuerpo sobre el mío y acaricia mi rostro mientras mi piel erizada hierva hasta fundirse con su piel imposible. Cuando su mano pasa cerca de mis ojos veo que tiene grabada una mariposa oscura que revolotea enloqueciendo lo poco sensato que queda en mis sentidos.

No te detengas, no te detengas. Así piensa mi mente absorta temiendo volver a una realidad aburrida de insomnios y noches solitarias. Su mente razona como la mía y sin hablar me ordena: Sumerge tu piel al centro de esta bandera. Rodearé con mi cuerpo tu tembloroso arsenal de poros erguidos.

Podría estar así durante horas y sólo pensar: Más, más, más. Escucho así un gemido y no sé si es de ella o mío; sólo entonces me percató de que mi cuerpo ha horadado su cuerpo palpando así dentro de ella un maremoto hirviente que una, y otra, y otra vez, se nutre de mis sudores.

«No te detengas, no te detengas. Así piensa mi mente absorta temiendo volver a una realidad aburrida de insomnios y noches solitarias.»

Plena de mí, fuera de sí misma, sudando gemidos desde el centro de ese volcán que a tientas franqueo, ella sonrío y piensa: Más, más, más. Escucho sus palabras que no son pronunciadas y lamo con mis

poros el jugo agridulce que mana de sus heridas. Sus montes floridos se debaten en cataclismo mortal entre mis dientes y un néctar dulce, muy dulce, me hace un animal goloso.

Planeando sobre el lecho nuestros labios devoran en tumulto las francas delicias que se orientan a puntos cardinales opuestos. Sacerdotisa de mí, rinde el tributo debido al dios de piel y sangre que quiere a través de su garganta poseerla toda. Su sonrisa tortura el arma enhiesta que una y otra vez palpita insistiendo en estallar entre sus labios.

Mi lengua batalla con la suya hasta que en silencio ruega por un espacio para respirar. Es inútil, pues el aire somos ambos y sólo sofoca los sentidos. Mi cuerpo es una serpiente que furiosa palpita frenética en el interior de ese abismo rosado que la engulle enloquecido. Su mirada se convierte en un delirio intolerable que ruega a mis manos, en trémula emoción, que se paseen por su geografía. Mis manos obedientes escarban gozosas las zonas que a ser exploradas ofrece.

Caricias lentas, explosiones.

«Planeando sobre el lecho nuestros labios devoran en tumulto las francas delicias que se orientan a puntos cardinales opuestos. Sacerdotisa de mí, rinde el tributo debido al dios de piel y sangre que quiere a través de su garganta poseerla toda.»

Mi cuerpo es ahora un pegaso que cabalga al fondo de su abismo, provocando espasmódicos estallidos de divina furia que la transfiguran en una bestia de lujuria. Ya su mente no piensa, ni la mía. Sus ojos sudan entreabiertos, mirando absortos cómo devoro ávido, nunca satisfecho, las pequeñas frutas trémulas bajo su rostro, mientras sus garras rasgan mi piel al intentar aferrarse a algo cuando un volcán, dos volcanes, estallan impregnando las pieles con magma hirviente.

Ya no hay oscuridad, ni luz.

Hago maromas que me garantizan sus rincones, y la siento gemir en silencio. ¿Hace frío o es otra sensación la que hace que tiemble su piel toda? El cuerpo de este fantasma de fuego se ofrece sin embargo con perfecta complacencia a los manejos de mi arma enhiesta que ahora es canalla viciosa de sus humedades.

El ejército de mis yemas se introduce entre sus labios. Como fauno retozo dentro de tal oscura cueva que bajo su espalda se oculta. Su mente profiere palabras inconexas para bendecir el triunfo de mi arma enhiesta, que palpita. Senos erguidos como morros, vientre contraído, ojos sedientos. Sus manos juguetean con sustancias que brotan de su centro y las mías rasgan su piel en violentas sacudidas. Pequeños maremotos preceden a sus gruñidos entrecortados, que marcan la rendición de su cuerpo a mis ataques, y la certeza de una próxima explosión me hace perder la conciencia hundiendo mis labios en su castaño cabello.

«Despierto en la mañana solitario y sin sosiego. Marcas en mi piel me hacen dudar de mi cordura. Una pequeña mariposa oscura ha quedado grabada en una de mis manos.»

Despierto en la mañana solitario y sin sosiego. Marcas en mi piel me hacen dudar de mi cordura. Una pequeña mariposa oscura ha quedado grabada en una de mis manos.

© Jorge Gómez Jiménez

El autor:

Jorge Gómez Jiménez. Escritor venezolano (Cagua, Aragua, 1971). Desde 1996 edita en Internet la revista literaria *Letralia*: <http://www.letralia.com>, la primera publicación cultural venezolana en la red. Ha publicado, entre otros títulos, el libro de cuentos *Dios y otros mitos* (Senderos Literarios, 1993) y la novela corta *Los títeres* (Baile del Sol, Tenerife, 1999).

EL BESO DE LA LUNA

por Pablo Lores Canto

No puedo ver sufrir a la gente. El dolor ajeno me perturba y me conmueve. Y más si las lágrimas provienen de una mujer. Por eso, su pedido no me pareció descabellado. Raro, extraño, disparatado sí, pero descabellado no. Ocurrió durante el almuerzo, en el restaurante que está al frente de la oficina.

–Hola –me dijo– ¿sabes quién soy?

–La chica de archivo –respondí sin quitar la vista de la carta del menú. Ella sonrió.

–Caray, pensé que no te habías fijado en mi, que no existía para ti.

–¿Por qué lo dices?

–Porque soy fea, muy fea. Demasiado fea.

Ella interpretó mi silencio como una reafirmación del pobre concepto que ella tenía de sí misma. Algo que no pude rebatir porque era cierto. Era ella un poema a la redondez, una esfera, una Luna con gafas, espinillas y frenillos en los dientes. La capa de grasa en la que estaba envuelta mantenía tersa su piel y no aparentaba los recién cumplidos treinta y tres años.

–¿Me puedo sentar?

–¡Por supuesto! –respondí con lerda cortesía.

–Vaya, qué gentil eres –lo dijo con sorna.

Dispuesto a lavar esa descortesía, decidí invitarla.

–¿Almorzamos?

–¡Ya que insistes! –se alegró.

–¿Qué te apetece?

Ella me miró con mucho aplomo y respondió.

–¡Tu semen!

Me han pedido muchas cosas los amigos e incluso los extraños: el préstamo de un libro, dinero, una corbata, mi coche, pagar una ronda de cerveza, ser testigo de un matrimonio o padrino de un bautismo, pero que me pidan semen, ¡nunca!

–¿Estas bromeando? –le dije.

–De ninguna manera –respondió ella– Yo no juego con la gente.

–¿Para qué quieres mi semen?

–Para hacer yogurt, no.

De pronto se apareció el mozo. Ella pidió un Lomo Saltado y yo Mondonguito a la Italiana. De entrada Papa a la Huancaína y Cebiche además de dos Cristal bien heladas.

–Mira –me dijo la encargada del Archivo– el próximo año cumplo treinta y cuatro. Eso quiere decir que me estoy haciendo irremediablemente vieja. Vieja y fea. Y cada año seré más vieja y más fea. Ya estoy resignada a mi suerte. A estas alturas ya no creo que un Príncipe Azul venga y me toque la puerta para probar si soy la Cenicienta del zapatito de cristal.

Llenó su vaso de cerveza y también el mío.

«Me han pedido muchas cosas los amigos e incluso los extraños: el préstamo de un libro, dinero, una corbata, mi coche, pagar una ronda de cerveza, ser testigo de un matrimonio o padrino de un bautismo, pero que me pidan semen, ¡nunca!»

–¡Salud! –brindó la encargada de Archivo, chocamos los vasos y continuó con su perorata– Hace diez años entré en la empresa y desde la primera vez que te vi, me dije, este hombre tiene que ser mío. Pero, claro, nunca te fijaste en mí. ¡Soy tan fea!... Enamorabas a todas las chicas menos a mí. ¡Oh, Dios, no sabes lo que me has hecho, ni el dolor que me has causado! Sólo verte en manos de otra, en los labios de otra e imaginarte en la cama de otra. No sabes cuánto lloré el día que te casaste y la borrachera que me metí la noche de tu luna de miel. Si alguien te ha amado con toda el alma esa, esa he sido yo. Y sólo ahora he reunido un poco de valor para decirte que te amo y que si no puedo tenerte, por lo menos quisiera tener un hijo tuyo. Y para eso necesito tu semen.

–¿Estas loca? –atiné en decir.

–Pero de amor –respondió ella y se echó a llorar con mucha baba y moco. Y por supuesto, yo no puedo ver llorar a una mujer.

Ablandados por la cerveza dejamos el restaurante. Tomé la tarde libre y ella, premeditadamente, había pedido permiso con varios días de antelación. Abordamos un taxi y nos dirigimos hacia su casa. En el camino me prometió que nunca me haría problema. Nada de juicios de paternidad, de alimentos ni otros reproches semejantes.

Vivía sola en un callejón de La Victoria, muy cerca de la Plaza Manco Capac, en la última puerta al final del corredor. Llegamos a ella después de sortear un montón de niños rapaces y eludir otro montón de ropa tendida en unas cuerdas.

Era una vivienda compuesta por tres habitaciones: sala-comedor, cocina y dormitorio. Un cuadro, con la pintura de un Cristo agónico con las manos abiertas y el corazón inflamado, dominaba la sala. Fue al refrigerador y destapó una cerveza. Para relajarnos, me dijo. Luego se metió en su habitación y al rato volvió con varios pomos, tubos de ensayos, corchos y otros recipientes de vidrio. Ella estaba muy excitada y por supuesto, radiaba de dicha. Hasta me pareció oírla silbar la Macarena de lo alegre que estaba. La única condición que puse fue que no haríamos el amor. Y por supuesto que retirara la pintura de Cristo de la pared.

«Ablandados por la cerveza dejamos el restaurante. Tomé la tarde libre y ella, premeditadamente, había pedido permiso con varios días de antelación. Abordamos un taxi y nos dirigimos hacia su casa. En el camino me prometió que nunca me haría problema. Nada de juicios de paternidad, de alimentos ni otros reproches semejantes.»

–Una amiga médico de la Facultad de Medicina de San Fernando ya me dio todas las instrucciones del caso. Tú –me dijo ella– estate quieto y relajado.

–¿Cómo lo vas a hacer? –le pregunté.

–Como lo hacen los choferes que se quedan sin gasolina en la carretera. ¿No meten una manguera en el tanque y succionan y succionan hasta que fluye la gasolina? Bueno, algo parecido es lo que haremos si me lo permites. ¿Te lo puedes sacar? Si te da vergüenza, cierro los ojos.

Yo me lo saqué y se lo di, y ella lo tomó entre sus manos con mucha ternura. Fue tan fácil y tan tierno que le dije a ella al concluir que había sido como recibir un beso de la Luna.

De aquello ha pasado ya diecinueve años. No tengo idea si salió embarazada. Tampoco me inquieta averiguarlo. Sólo sé que cuando hay noche de Luna pienso en ella. Y esta noche hay luna llena.

© Pablo Lores Canto

El autor:

Pablo Lores Canto. Peruano, periodista, reside en Japón desde 1990. Sus cuentos han aparecido en periódicos y en portales literarios como *Ficticia* y *Los Noveles* y también en un libro de autores latino americanos en Japón llamado *Encuentro*, 1997. Es autor de los blogs "Escritos de un Murcielagato": <http://www.lacoctelera.com/murcielagatos/> y "Hojas Sueltas": <http://www.hojasueltas.blogspot.com/>

¿QUIÉN ERES?

por Julio Salinas Lombard

Digo tu nombre con todo el silencio

Jaime Sabines

Te metiste en la tienda de animales, al fondo del callejón, visiblemente agitada. Cuando llegué a la vitrina estabas dando la espalda a la entrada. Te entretenías mirando la jaula de los perros. Me pareció también que tenías miedo y que no querías mirar hacia atrás, donde yo aguardaba tu saludo. Al poco rato decidiste salir. Yo ya me había ido a sentar a una banca más o menos alejada de la tienda, desde la cual pude seguir tus movimientos sin que lo notaras. Dudaste entre seguir caminando o pedir un taxi. Te decidiste por caminar, quizá porque te hacía bien o porque así, en medio de tanta gente, te sentías más segura. Me contuve de alcanzarte para no hacerte sentir incómoda. Temía que al notarme tu rostro se descompusiera y comenzaras a interrogarme, a recriminarme. Entonces pasarías otra vez por el mismo ridículo que en otras ocasiones te ha hecho sentir tan mal en tu trabajo, en casa de tus papás y cuando estás con tu novio. En las noches le confiesas a dios y al demonio, por igual, que estarías dispuesta a cualquier cosa con tal de librarte de mí. Entonces yo, aunque no lo parezca, entristezco. Me da un poco de rabia saberme tan repudiado, pero sobre todo tristeza. Me repongo de inmediato cuando descubro que puedo hacer mucho por ti. Por ejemplo, mientras caminabas entre tanta gente, sintiéndote dizque protegida, logré ahuyentar a dos asaltantes que ya le habían puesto un ojo a tu bolsa. Me hiciste sentir útil. Luego distraje a un automovilista que por poco te atropella. Estas dos intervenciones se sumaron a una lista descomunal que tú ignoras e ignorarás. ¿Tú sabes cuántos milagros secretos se han producido en el mundo? Ha habido gente que ha padecido cáncer sin saberlo, y sin saberlo se cura. Nunca se lo cuestionan. Así ocurre entre tú y yo. Y yo estoy contento por ello. No espero que me lo agradezcas.

A unos pasos de tu departamento comenzó a llover. Entonces caminaste más rápido. La calle estaba sola, por supuesto. La lluvia es muy mal recibida en temporadas de frío. Conforme te acercabas a la puerta de hierro te fuiste poniendo incontrolablemente nerviosa. Miraste a tus espaldas con insistencia, como si alguien te estuviera acosando. Estoy seguro de que me intuiste. Me detuve en seco cuando giraste retadoramente. En ese momento creí que al fin me verías. Escrutaste el fondo de la calle, el rincón de cada lado, el tambo de basura... sin notar que yo estaba a unos centímetros de tu nariz. Tus ojos vidriosos se entrecerraron, giraste bruscamente y entraste a tu departamento.

«A unos pasos de tu departamento comenzó a llover. Entonces caminaste más rápido. La calle estaba sola, por supuesto. La lluvia es muy mal recibida en temporadas de frío.»

Bebiste agua y marcaste el teléfono de tu novio, con quien charlaste por media hora. La lluvia te inspiró a tomar un baño caliente. Te seguí. Abriste las dos llaves, la fría y la caliente, para llenar la tina, mientras fuiste por una copa de vino blanco. Regresaste desnuda, encendiendo en mí un apetito insumiso. Tu piel era una ola de agua; tus senos simétricos y abombados me hicieron lamentar no ser de carne y hueso, no tener boca

ni manos ni dientes. Tu vientre plano aventuraba mi imaginación por los rincones indecibles del deseo. Tus nalgas generosas, tus piernas esmeradas fueron una tortura para quien, como yo, estaba incapacitado a sentir, a palpar, a besar, a poseer.

El vapor del agua caliente elevó tu imagen a rango divino. Sobrevolé tu cuerpo, deteniéndome en tus labios entreabiertos, en tus fosas nasales. Me sumergí en el agua para deleitarme con tu ombligo, con tu sexo rosa. Los dedos de tu mano derecha entraron a escena ocupando los recovecos de tu pubis e

iniciando una lenta, arrulladora danza sobre tu clítoris acompañada por pequeños, casi imperceptibles estremecimientos que fueron espaciándose cada vez menos. Salí del agua y miré tus ojos entrecerrados y la manera como mordisqueabas tus labios y emitías sonidos profundos, breves; con la mano izquierda abrazaste tus pechos y pellizcaste tus pezones para cerciorarte de que aquello era un placer genuino; en tu rostro comenzaron a aparecer relámpagos y temblores, tu cuello parecía cobrar vida autónoma y vibraba rudamente. Tu cuerpo entero entró en un trance de revoluciones explosivas que desmoronaban el agua de la tina, la misma de la que surgía el vapor que opacaba al baño y lo envolvía con un perfume intensamente tuyo.

Merodeaba por tu cuerpo y salía y entraba excitado de la tina, estudiando todos tus movimientos y contemplándote jubilosamente, cuando de pronto asumí una inexplicable, espontánea y efímera corporeidad que me hizo caer y producir un ruido que no estaba escrito que ocurriera. Experimenté por primera vez la sensación de dolor, dolor santo, dolor sensual. Dolor que se consumió en un parpadeo cuando el ruido que jamás debió existir viajó irreverentemente a tus oídos y te hizo despertar súbitamente del éxtasis. Primero no supiste si en verdad habías escuchado algo o no; luego te envolviste en la toalla y saliste de la tina.

«El vapor del agua caliente elevó tu imagen a rango divino. Sobrevolé tu cuerpo, deteniéndome en tus labios entreabiertos, en tus fosas nasales. Me sumergí en el agua para deleitarme con tu ombligo, con tu sexo rosa.»

Tu rostro había empalidecido. Preguntaste ¿quién anda ahí? y yo quise responderte pero no pude. Entonces tu mente enhebró suposiciones miles y a todas les concediste el privilegio de la duda. Te dirigiste al espejo. Estaba empañado. Lo limpiaste con tu mano desnuda, la misma que instantes previos había estado interpretando una sinfonía relumbrante. Te viste en el espejo y tu rostro empalideció aún más. Pudiste haberte desmayado, caído, lastimado. No sé qué fue lo que te impresionó tanto. Ojalá lo supiera. Miraste el espejo como si miraras a un intruso. ¿Quién eres? Preguntaste. Lo primero que pensé, no sin celebrarlo, es que yo al fin me había materializado. Sin embargo, no era así. Volviste a preguntar o preguntarme: ¿quién eres? Quise responderte que el mismo de siempre, el que te acompañaba desde niña y que sabía todos tus secretos. Pero no pude. Un par de lágrimas heladas recorrieron tu mejilla cuando volviste a preguntar, sin quitarle la mirada al espejo: ¿quién eres?

¿Quién soy? Me pregunté. Que pregunta tan estúpida: soy dios, soy demonio, soy nada y todo, soy el aire y el agua y el sonido y el tiempo y las sombras. Soy la excepción y la regla y toda altura y todo desasosiego. Soy anhelo puro y accidente y color y montaña y saliva y palpitación. Soy puerta y uña y neumático y nube y monólogo y sangre y letras. Soy una duda perpetua, pensé inconsolable; te miré y me enterneció tu seriedad fúnebre, tu expresión fiscalizadora. Entonces descubrí la respuesta acertada, la que tú debías conocer al fin. Me acerqué a tu cuerpecito trémulo y sobrecogido, aún húmedo. Toqué tu piel elástica y suave. Recorrí tus venas y tus nervios, me instalé en tus huesos y en tu corazón. Vi por tus ojos y me vi. Tú seguías ahí, impávida, aterrada, inflamable.

¿Quién eres? Preguntaste desesperada. Tomé tu lengua, tu garganta, tus pulmones, tu diafragma, tus gestos, tus facciones. Apropiándome de tu boca, frente al espejo que nos reproducía como yo siempre había deseado, como una sola persona, sellé por siempre nuestra unión respondiendo con tu voz: soy yo.

© Julio Salinas Lombard

El autor:

Julio Salinas Lombard (Aguascalientes, México, 1972). Se ha dedicado al periodismo, al cine, a la academia y actualmente labora como comunicólogo en el sector empresarial. Ha formado parte de los Consejos Editoriales de Grupo Reforma y Grupo Editorial Expansión. Cursa la Maestría en Humanidades en la Universidad de Monterrey.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA POESÍA

por Mauricio Salvador

Un día, de repente, me asaltó la necesidad espiritual de convertirme en poeta. No sabía nada al respecto; no era un gran lector ni había estrechado nunca la mano de un verdadero poeta, quiero decir un poeta de carne y hueso que cada tarde escribiría poemas inmortales, tal y como yo pensaba hacer. Sentía que un mundo insospechado.

¿Cómo iban a ser esos libros, de qué iban a tratar, o cuándo los iba a escribir? eran preguntas que nunca me hice. Y sin embargo, los títulos de mis poemas me encantaban: «El Marciano y la Sombra», «Los Héroe No Volverán Más», etcétera, y me proporcionaban una suerte de confianza ciega para bogar por el mar algo embravecido de la poesía, un *mare oscuro* del que pocos pueden salir librados.

Quiero decir que no me importaba leer nada ni saber nada excepto de ellos mismos, mis poemas. Por supuesto estaba al tanto de la docena de grandes maestros que me predecía. En mis ensoñaciones los veía como una docena de globos flotando a través del éter, en alturas que yo mismo deseaba alcanzar y en las que una vez arriba deseaba explotar y dejar que mi halo los envolviera a todos, absolutamente a todos.

«Para transcribir los poemas usaba una Olivetti pasada de moda, de carcasa plástica color beige y funda gris perla que guardaba bajo la cama y sólo sacaba por las noches, cuando creía más llevadero el ritual de transcribirlos al papel.»

Sin embargo, reconocía que la condición de poeta no era una condición que pudiera durar toda la vida. Era una fuerza enorme pero limitada, y aún antes de comenzar a escribir experimenté la curiosa sensación del silencio, el miedo anticipado de un día no poder escribir más. ¿No tenía a Rimbaud a mis espaldas, el tipo loco que un día lo dejó todo, incluso la poesía?

Por esa razón, supongo, fue que me puse a escribir noche y día, durante las clases, durante el trabajo, mientras comía. Y con escribir me refiero a una escritura de

carácter más bien mental, pues solía esperar hasta el último momento para transcribir mis versos al papel, asegurándome de esa manera, que el papel sólo recibiría pepitas de oro.

Para transcribir los poemas usaba una Olivetti pasada de moda, de carcasa plástica color beige y funda gris perla que guardaba bajo la cama y sólo sacaba por las noches, cuando creía más llevadero el ritual de transcribirlos al papel. Imagino que cada noche mi padre escuchaba el golpeteo de la máquina mientras se sentaba en el sofá a pasar los canales de televisión. En realidad nunca sabía lo que podía estar haciendo mi padre y, al revés, una de sus preocupaciones frecuentes consistía en averiguar qué es lo que estaría haciendo yo ahí arriba, entre montones de papeles, escribiendo sin cesar. Vivía de mal humor, de la mañana a la noche y la única cosa que le proporcionaba un poco de satisfacción era su gato siamés. Aunque lo maltrataba y le decía palabrotas, disfrutaba la sensación de sentirse responsable de al menos algo en la vida. Nuestras conversaciones se reducían a lo mismo, e iban más o menos así:

—Tienes que estudiar.

—¿Estudiar qué, papá?

—Eso es lo que quiero saber.

—No hay estudios para lo que quiero hacer.

—No hay estudios. ¡Já! ¿Quién te crees? ¿Un genio?

—No.

—Sí que lo crees. Tú y tus amigos. Todos ustedes son unos genios.

–Por favor, papá.

–Todos. Incluso la bola de retrasados mentales con los que trabajas. Incluso ellos.

No existía motivo para querer combatir el pesimismo de mi padre. Si lo que deseaba era desahogarse conmigo se lo permitía, pero lo que de verdad me sacaba de mis casillas era la pura mención de que perdía mi tiempo aporreando estúpidamente la máquina de escribir.

–Papá, en serio no creo que seas capaz de comprender –decía yo, tras una de sus andanadas contra mi oficio.

–El que no comprende eres tú, bobo –contestaba él, acariciando el lomo del gato–. Ya verás que la vida es más dura de lo que crees.

–Por dios.

–Búrlate. Ya me darás la razón. Ya me la darás.

Una tarde de esas sucedió algo terrible. A la medianoche escuchamos un alboroto enorme de perros y luego unos chillidos desahogados. Mi padre salió de su habitación en calzoncillos y con el cinturón en la mano corrió a la calle donde los perros, en un arranque de locura que nadie pudo explicar, o que por el contrario resultaba bastante obvio, habían herido a Tito de una manera por demás cruel. Mi padre lo arropó con los brazos y de nada sirvió que lo llevara al veterinario. Cuando desde la ventana lo vi regresar con las manos vacías, quise bajar y decirle que lo sentía, que fui yo el que había dejado la puerta abierta para que Tito escapara. Me dolía muchísimo su muerte y sabía que a mi padre también le dolía. Bajé para recibirlo pero apenas cruzó la puerta subió la escalera y comenzó a recorrer la casa, incluida mi habitación.

–Mierda, mierda –decía.

Dio un par de vueltas como hacía siempre que se sentía nervioso y quizá habría quedado en eso de no ser porque su zapato chocó con mi olivetti, llamando su atención.

–¿Qué hace esto aquí?

–Es mi máquina de escribir –dije.

–¿Pero qué hace aquí?

–La estaba reparando; el rodillo no corre.

–¿Sabes lo que pienso de tu máquina?

–Papá.

–Ya verás.

Salió de la habitación, bajó a la cocina y volvió con un martillo. Luego sacó la máquina de su estuche y comenzó a aporrearla con el martillo una y otra vez hasta que las piezas volaron en una onda expansiva cubriendo toda la habitación. Contempló su obra sin remordimiento, quizá con curiosidad. Parecía haberlo calmado.

Los siguientes días ambos experimentamos cambios. Él dejó su actitud negativa y rencorosa, y comenzó a portarse más amable lo que me habría gustado. No intentaba hacer las paces, simplemente algo se había operado en su interior, como se operó en el mío, pues a partir de entonces la confianza que me era necesaria para seguir escribiendo se esfumó. Las noches que dediqué a escribir se transformaron en una pesadilla y en vez de experimentar placer, como era usual, sentí que cada palabra que escribía era algo vacío y sin valor.

Bajé la guardia durante un tiempo y comencé a estar menos tiempo en casa y más con Samuel, mi mejor amigo, que era como otro padre, pero el padre buena onda que uno desearía tener. Había sido mi amigo por diez años y todavía recordaba que fue en una fiesta infantil donde nos habíamos conocido, cuando lo dejaron a cargo del montón de niños que poblaban la fiesta. Le conté de mi padre y él me escuchó tranquilo mientras se escarbaba los dientes, y lo que me dijo fue que mi padre era un bueno para nada. Aunque estaba de acuerdo con eso, no me gustó que él lo hubiera dicho, porque no podía

«Bajé la guardia durante un tiempo y comencé a estar menos tiempo en casa y más con Samuel, mi mejor amigo, que era como otro padre, pero el padre buena onda que uno desearía tener.»

evitar el sentimiento de traición y la certeza de que un día, no sabía cuándo, me obligarían a pagar por ello.

Los fines de semana trabajábamos juntos en un salón de fiestas donde él tocaba la batería junto a un grupo de retrasados mentales. Mi tarea consistía en atender tres o cuatro mesas esperando que al final la propina fuera generosa o lo suficiente para permitirnos andar por ahí aquella noche, y la siguiente, comiendo en fondas de 24 horas y dándonos el lujo de visitar a las putas y hacerles proposiciones aunque nunca llegáramos a nada. Nos gustaba ver a las tipas en minifalda o mostrando medio busto, y por lo general ellas sonreían al ver nuestros uniformes blancos de salón de fiesta, y nos ofrecían una sonrisa candorosa antes de subir al auto de un mejor postor. Hubiéramos dado todo el dinero que llevábamos encima sólo por una gota de la emoción que nos embargaba al pasar por aquellas calles, sintiendo las miradas fijas de las tipas mientras pasábamos frente a ellas, mirándoles las piernas y los pechos.

Aquel salón de fiestas tenía más maniáticos de lo normal. No sólo era la banda, con sus popurrís estrambóticos interpretados de una manera que solía asustar a la gente, sino la caterva que ocupaba la cocina y la barra. Los del salón habían contratado gente así por un sentido extraño de la responsabilidad, y eso hería mi amor propio más de lo que quería aceptar.

Tengo muy presente la noche en que intenté explicarle a mi padre la situación. Él quería que yo trabajara y cuando conseguí el empleo para mesero pareció complacido, como si ello fuera suficiente para enderezar una vida que supuestamente se había torcido.

–Son retrasados mentales –dije–. No quiero trabajar ahí.

–Es mejor que ser un vago –dijo él.

–No entiendes.

–Aunque te creas un genio, no eres mejor que ellos –dijo, y su gesto fue tan despreciativo que me quedé plantado en mi lugar, sin atreverme a apartar la mirada aunque sabiendo que ya no lo miraba a él, a mi padre, sino que miraba a un ser extraño que había llegado de otro planeta, un hombre que no podía ser mi padre, sino todo lo contrario.

«Los fines de semana trabajábamos juntos en un salón de fiestas donde él tocaba la batería junto a un grupo de retrasados mentales.»

La barra del salón de fiestas, especialmente, me hería en lo vivo. Eran dos chicas gordas que servían bebidas embutidas en vestidos escotados que dejaban ver la mitad de sus gordos pechos adolescentes. La gente se acercaba, pedía una copa, y tardaban cinco minutos enteros en retirarse sólo por el espectáculo de ver a las tipas trabajando a todo vapor, moviendo sus rollizos cuerpos entre las botellas y las copas

y a veces hasta haciendo algún truco al preparar las bebidas. La mayor era mamá de una niña y esa era la razón por la que sólo trabajaba media noche. La otra debía tener quince o dieciséis años y se llamaba Laura. Era linda, de tez pálida, con el cabello corto y lacio y las cejas bien delineadas, y sólo hasta que uno la veía fuera de la barra comprendía que algo malo sucedía en su cuerpo. Sin embargo, lo que provocaba fascinación era la agilidad con que lo llevaba, y los movimientos que con sus brazos gordos podía llevar a cabo y sobre todo la sensación de que su rostro, tan fino y lindo, no podía formar parte de aquel cuerpo inmenso moviéndose con agilidad. Como fuera, a ella no parecía importarles e incluso lograba conseguir novios de una noche, tipos que le metían mano entre los pechos y le apretaban la carne aquí y allá, casi siempre en la cocina, cuando parecía que nadie les ponía atención porque los cocineros y los meseros bailaban la conga con soperas envueltas en llamas, en medio del estupor general. Era un milagro que ninguno de aquellos chicos derramara nunca la sopa entera en el regazo de algún cliente. No me gustaba formar parte de ello, y cuando bailaban la conga me ocultaba en la cocina, esperando a que la humillación pasara lo más pronto posible.

Una noche que el trabajo terminó temprano, nos fuimos los tres a casa de Samuel con dos cajas de cerveza tomadas de la cocina. Esperábamos emborracharnos y luego esperar a que sucediera lo que tuviera que suceder. No me gustaba la idea de ir con Laura, pero Samuel insistió tanto que al final robamos las cajas y las llevamos por turnos hasta la casa.

Samuel sirvió tres vasos hasta el borde como si se tratara de un sacerdote oficiando un antiguo rito. Intercambiamos y comenzamos a beber, mirándonos unos a otros para ver cómo lo hacían. Ahora sólo era asunto de dejar que las horas pasaran y que la sensación de bienestar que nos envolvía se prolongara hasta el amanecer.

Eché a funcionar un viejo tocadiscos, uno de esos aparatos con bocina en forma de lirio, y la música recorrió la habitación de la misma manera que lo hacía el humo de los cigarrillos de Samuel. Laura hizo esfuerzos por mantenerse activa con el vaso de cerveza. Fingía que le gustaba pero era claro que la cerveza no era de su agrado. Sin respiro bebimos la primera caja de cervezas.

Samuel estaba tirado en el piso, observando el techo.

–¿Cómo me llamo? –preguntó.

–No lo sé –dijo Laura–. ¿Cómo?

–Increíble. He olvidado mi nombre.

Todos nos reímos.

Cuando acabó la segunda caja fui al baño y me miré en el espejo. Recargué la cabeza contra la pared y permanecí en aquel estado otra hora quizá, cabeceando, queriendo vomitar sin poder hacerlo. Al final me lavé la cara y volví a la sala, donde Laura y Samuel me recibieron con una sonrisa. Mi mochila estaba entre los dos, abierta.

–No sabía que eras poeta –dijo Laura. Tenía una hoja en las manos y yo la reconocí como el poema que había estado escribiendo. Lo llevaba a todos lados.

Samuel le quitó la hoja y leyó en voz alta, con una sonrisa tímida, que ocultaba añadiendo otra sonrisa.

–Nunca había leído algo así –dijo.

–Debes odiar mucho a tu padre para escribir esto –dijo Laura.

Todos estábamos medio adormilados y asqueados por las cervezas que nos habíamos tomado, así que lo que decíamos era confuso y tardábamos una eternidad en comprender lo que se había dicho.

–No odio a nadie –dije. Tomé el papel y lo guardé en mi bolsillo. No me encontraba lo suficientemente sobrio como para sentirme avergonzado, ni ellos como para burlarse de mí. Abrimos la última cerveza y la compartimos, con evidente asco.

–Como sea –dijo Laura–, me gustó tu poema.

Samuel eructó.

–Yo pienso que no tiene ritmo –dijo.

Di un trago a la cerveza, mirándolo directo a los ojos.

–¿Cómo que no tiene ritmo? ¿Qué sabes tú de poesía?

Estiró hacia atrás las comisuras de los labios, a la defensiva.

–Sé más de lo que te imaginas –dijo–. Y sé que el poema no tiene ritmo. No suena a nada.

–Para que la poesía arda –dije, sin saber que sonaba artificial–, tiene que ser seca, como un leño.

–Estupideces. La poesía tiene que tener ritmo. Y por las metáforas, creo que ninguna funciona. No sirven.

Eso era demasiado, pero me contuve y bebí otro sorbo. Él también bebió.

–Supongo que puedes escribir algo mejor que eso –dije.

Asintió lentamente.

–No te lo había dicho –dijo, con suficiencia que en apariencia buscaba ocultar–, pero algunas canciones de la banda, ya sabes.

«Una noche que el trabajo terminó temprano, nos fuimos los tres a casa de Samuel con dos cajas de cerveza tomadas de la cocina. Esperábamos emborracharnos y luego esperar a que sucediera lo que tuviera que suceder.»

–Saber qué, huevón.

–Yo las escribo. Son mis letras.

–¿Canciones?

–No de amor –dijo, inspeccionándose la barbilla con dos dedos–. Canciones sobre la ciudad, la vida.

Guardé silencio, intencionalmente, porque Samuel había llegado a un punto que en otras circunstancias no habría alcanzado. Me pregunté por qué nunca me había dicho aquello, y era como preguntarme lo mismo, preguntar por qué le había ocultado mi secreta y sagrada profesión de poeta.

–Canciones –repetí.

–Sí, canciones.

–No son poesía. La poesía es otra cosa.

–¿Y qué? Son letras.

–La poesía «es una forma superior del arte». No creo que sepas nada de eso –dije.

–¿Tú crees que es fácil escribir una canción? No son solamente palabras. Está la música y todo lo demás.

Le ofrecí el gesto más displicente que me era posible, y dije:

–No eres Pablo Neruda, te lo aseguro.

Asintió varias veces con la cabeza pero de tal forma que cada uno de sus movimientos era también una negación, aunque la cabeza se moviera arriba abajo.

–Okey okey, yo no sé nada, yo no soy Pablo Neruda. Pero ¿tú? –dijo, golpeándose el pecho con el índice–. ¿Tú quién eres? No sabes nada de la vida.

–Soy poeta –murmuré.

–Eres un mamón.

Laura nos observaba dibujando una sonrisa tranquila, como para comunicarnos que albergaba una visión más amplia de la que cualquiera de nosotros dos pudiera tener. Me sentí molesto porque aquella era nuestra primera pelea y la presencia de Laura cohibía cualquier intento de reconciliación. Tomé otro sorbo de cerveza y guardé silencio. Samuel también guardó silencio.

–Bueno, ¿y qué saben los dos? –dijo de pronto.

Samuel y yo nos miramos.

–No saben nada de nada –dijo ella; sus ojos brillaban y se adormecían por momentos.

–Estás borracha.

–No estoy borracha –dijo.

Y enseguida, sin aviso de ningún tipo, se levantó y comenzó a quitarse la ropa. Sólo se dejó las bragas.

Al principio sentimos vergüenza al ver lo que ocurría, pero al final Samuel hacía una mueca para ocultar su sonrisa y volteaba hacia mí para ver si yo veía a Laura, que seguía en medio de la sala, desnuda.

–Apuesto a que nunca habían visto a una mujer desnuda –y dicho esto se dejó caer en el sofá.

Samuel y yo intercambiamos otra mirada.

En ese momento un coche de la policía pasó por delante de la casa con las luces de la torreta dando vueltas. Imaginé que los polis entraban con sus linternas y nos llevaban a todos por ser menores de edad y haber robado el alcohol propiedad del salón de fiestas. Pero el coche siguió su camino y no regresó. Después de lavarse la cara, Samuel aprovechó para improvisarse una cama sobre el sofá y se echó a dormir. Laura y yo seguimos en la misma pose, un poco adormilados. Continuamos bebiendo

sin hacer caso el uno del otro.

–¿Sabes guardar secretos? –escuché de pronto. Alcé los ojos y vi su silueta borrosa. Era como despertarse a medianoche y encontrar a Buda a los pies de tu cama, sólo que Laura tenía mucho pelo y cuando alzaba los brazos para amarrarse el cabello sentía una arcada sólo de ver los vellos negros y gruesos que le crecían en la axila.

–¿Tienes un secreto? –pregunté.

–Es más que un secreto.

–Entonces no me lo digas –dije–. Mantenlo así.

–Tengo que decírselo a alguien.

–Bueno. ¿Dime, de qué es tu secreto?

–Estamos entre los elegidos –dijo ella–. Mi familia y yo.

Por el sueño y por la cerveza me costaba articular las frases, así que debía pensarlas con el tiempo suficiente y luego, ya articuladas, dejar que mi lengua se las arreglara sola. Tampoco podía estar seguro de comprender todo lo que me decían.

–¿Quieres decir que tú y tu familia ganaron algún premio? ¿Algún viaje?

–No exactamente –dijo.

–Felicidades.

Ella se impacientó.

–Mira, tonto, cuando te digo que estamos entre los elegidos quiero decir que Dios nos ha elegido.

–Oh.

–Sabía que no lo ibas a entender.

–Lo entiendo.

–No, no lo entiendes. Necesitas una prueba.

–No necesito pruebas, te creo.

–Para que lo sepas, son muchos los elegidos. Gente que no creerías. Y todos esperan la señal.

–No lo sabía –dije.

–Eres la única persona a quien se lo he dicho. Probablemente porque estoy borracha –hizo una pausa, para tragar saliva, y continuó–: ¿Y tú? ¿Tienes algún secreto?

–Ninguno –dije, automáticamente ocultando la verdad. Mi secreto era que odiaba a mi padre y algunas noches soñaba que lo veía golpeado y derrotado, obligado a acudir a mí para salvarse. Deseaba encontrar la manera de humillarlo y hacerle ver que no se podía comportar conmigo de esa manera. Ese fue mi secreto durante mucho tiempo, pero no pensaba decírselo a ella ni a nadie.

–Apuesto a que tienes uno –dijo.

–¿Para cuándo esperas la señal? –pregunté, para cambiar de tema.

–¿Tú crees que una señal así va a aparecer en lo cielos como si se tratara de Batman? ¡Es una señal divina! Y la espera un montón de gente. Bill Clinton, Jacobo Zabłudovsky, Fidel Castro, Kurt Kobain. Incluso tú podrías ser un elegido, aunque lo dudo mucho.

Pensé mucho en estas últimas palabras, pero al final dije:

–Supongo que no.

–Lo que te digo es que la señal está cerca. No sabemos qué señal, pero todos la reconoceremos.

«Laura nos observaba dibujando una sonrisa tranquila, como para comunicarnos que albergaba una visión más amplia de la que cualquiera de nosotros dos pudiera tener. Me sentí molesto porque aquella era nuestra primera pelea y la presencia de Laura cohibía cualquier intento de reconciliación.»

–¿Y entonces?

–Ya no estaremos aquí.

En ese momento tuve ganas de ir al baño. Pero me contuve.

–Ya sé lo que estás pensando –continuó ella–. Pero no es nada de eso.

–No pensaba en nada –dije.

–¿Estás muy borracho?

–¿Qué parece?

–Parece que ustedes dos no van a ningún lado.

–No acostumbro beber –dije, cerrando los ojos con fuerza, y luego los abrí y sacudí la cabeza–. Mi padre juró que no iba a beber por cinco años. Lleva tres años sin beber una sola gota de alcohol.

–¿Por qué juró? –preguntó ella, de inmediato, con una curiosidad que me molestó. Desprecié la pregunta y miré hacia la ventana, donde se reflejó una vez más la luz roja y azul de la policía. No sé por qué de pronto me dieron muchas ganas de hablar de mi padre, incluso de Tito, el gato, pero no podía dejar que el sentimentalismo me venciera. Así que guardé silencio y recorrí con la mirada la habitación en busca de un lugar para dormir. Escuché que Laura se movía y cuando alcé la cara estaba frente a mí, desnuda y todo. Por un momento pensé que me obligaría a tocarla, y que yo lo haría, por la curiosidad. En vez de eso me agitó en la cara un juego de llaves.

–Tómalas –dijo–. Cuando nos hayamos ido puedes ir a casa y quedarte con todo. Es tuyo.

Tomé las llaves.

–No sé qué decir.

–Haz de cuenta que no te he dicho nada.

«Escuché que Laura se movía y cuando alcé la cara estaba frente a mí, desnuda y todo. Por un momento pensé que me obligaría a tocarla, y que yo lo haría, por la curiosidad. En vez de eso me agitó en la cara un juego de llaves.»

Me tomó de la cabeza y me ayudó a recostarme. Cuando desperté, casi al amanecer, Laura no estaba por ningún lado. Me olí el aliento y casi vomité del asco que me dio. Mi ropa de mesero olía incluso peor, a lo que sólo la ropa barata puede oler después de una borrachera estúpida. Fui a la cocina y bebí un enorme vaso de agua. Eso me desempastó la boca y me dio algo de claridad mental. Las botellas de cerveza cubrían la alfombra.

Tomé mis cosas para marcharme y justo cuando abría la puerta Samuel alzó la cabeza.

–¿Te la cogiste? –preguntó.

–¿Qué?

–Que si te la cogiste.

–No.

–Vale –dijo, y volvió a dormir.

Abandoné la casa sintiendo dolor en las piernas y en las sienas. A cada paso me prometía que no iba a volver hacerlo. Atravesé el parque y vi el coche de la policía estacionado junto a la puerta de salida. El cielo se nubló y al cabo de diez minutos corría un aire frío y caía una llovizna leve, de rocío.

Pensé entonces en Laura, y en sus tetas y en lo que me había dicho. Rodeé el parque hasta alcanzar una esquina y perderme de los polis. Una camioneta me rebasó e hizo alto. Un hombre salió y comenzó a bajar montones de periódicos. Cuando me acerqué me observó de arriba abajo.

–¿Estás bien?

–¿Qué hora es? –pregunté.

Miró su reloj pero no me dio la hora.

–Caramba, no había visto a nadie tan borracho, créeme. ¿Cuántos años tienes?

–¿Me regala un periódico?

Tomó uno de la pila y me lo estiró.

–Deja el trago, chaval.

Me alejé de ahí, con dirección a casa, y mientras hojeaba el periódico reconocí el rostro de Kurt Kobain en un recuadro, con la leyenda: MUERE KURT KOBAIN.

–Mierda, mierda, mierda –repetí, mirando a mi alrededor en busca de señales–. Mierda, ya comenzó.

Eché a correr hacia casa de Samuel y lo encontré tal y como lo había dejado, excepto quizá por la mancha de vómito que le cubría los pantalones. Lo agité con fuerza.

–Despierta, mamón.

Sólo abrió los ojos un momento para reconocermé y volvió a caer dormido. Lo dejé ahí y comencé a recorrer la casa abriendo cajones y armarios, sacando las cosas y aventándolas al suelo. No estaba seguro de lo que buscaba pero cada vez que miraba el periódico y la cara de Kobain me enfurecía y seguía buscando. Al cabo encontré una máquina de escribir vieja y pesada y no sé por qué me pareció que era eso lo que buscaba. La cargué y salí a la calle, totalmente desesperado, pensando en lo que me había dicho Laura acerca de los elegidos y en lo que yo mismo había llegado a leer acerca del día final.

Cuando llegué a casa me sentía eufórico. Me eché la máquina sobre un hombro y subí las escaleras. Abrí la puerta de la habitación de papá con un puntapié y con todas las fuerzas que me fueron posibles lancé la máquina hacia el lugar donde se suponía debía estar su cabeza. La máquina rebotó y cayó en el piso, rompiéndose y dispersando piezas por todo el piso. Sólo hasta ese momento me di cuenta de lo que había hecho y la ofuscación se esfumó y me quedé ahí en medio de la habitación, contemplando aquel desastre. Escuché una voz a mis espaldas y luego vi la cara estupefacta de mi padre, que me miraba y miraba la máquina destrozada.

–¿Pero qué...?

Ni siquiera se dio tiempo de pensar. Me lanzó un golpe a la cabeza con la mano abierta tirándome de espaldas en la cama. Todavía tuve tiempo de llevarme la mano a la oreja y de esquivar su segundo golpe, que me rozó el hombro. Se quedó en esa posición, recuperando el aliento, probablemente sin saber si lo que quería era seguir golpeándome o si se arrepentía de haberlo hecho.

Salió de la habitación y yo me sentí terrible, con ganas de haber dejado caer la máquina sobre mi cabeza para así acabar con todo. Me levanté con esfuerzos, me quité la ropa, la guardé en una bolsa y entré al baño. El primer chorro sólo sirvió para hacer más agudo el dolor de cabeza. El cuerpo no se me relajó sino que se entumió y las arcadas volvieron a atacarme, obligándome a vomitar sobre el piso de la regadera. Cuando fui a mi habitación me asustaron los truenos que se escucharon a lo lejos. La llovizna que había persistido se convirtió en lluvia y el viento hizo zumbir los árboles. Escuché que mi padre subía la escalera. Vi su sombra bajo la puerta.

Deseé con todas mis fuerzas que aquel día fuera el juicio final y yo un elegido. Iría con mi padre y le diría: «Papá, he intentado matarte. Quiero que me perdones. Toma esto.» Y le daría el pase para que se fuera al cielo en mi lugar. Luego me conseguiría un arma y me atrincheraría. Esperaría a que los malos tiempos pasaran y comenzaría de nuevo.

© Mauricio Salvador

El autor:

Mauricio Salvador. Página personal "The art of fiction": <http://trapoviejo.blogspot.com>

MERCADO DE CARICIAS

por Luis Martínez

Soy recibido como de costumbre, con grandes aspavientos y señales de gusto. El cancerbero del mercado de caricias no duda ni un segundo en dirigirme con sus refinados siervos a la mesita del frente, finamente tallada en madera de una sola pieza, soporte de mis tragos amargos de cada miércoles, jueves y viernes. Sin lugar a dudas un lugar exquisito a los ojos de aquellos clientes primerizos, en mi caso no lo es, tengo el olfato impregnado de ese maldito perfume, mismo que han de adquirir en cantidades industriales para ocultar el hedor de las colillas apagadas en la alfombra de un pisotón, los ácaros de las pieles talladas, los tragos vertidos y evaporados, eructos de cebada, uva y agave. Las niñas bailan sobre la superficie de cristal templado de buen grosor, un detalle delicado a considerar si se comparan las tarimas de otros burdeles, los estobos bajo el cristal animan a las acróbatas del cetro a abrir las piernas y sorprender, sin pelos ni pudores, los rostros de aquellos ermitaños que apenas han conseguido unos pesos para un trago y beberse la fibra de las carnes en la plancha transparente. Una y otra, y luego otra más, delgadas, morenas, de grandes pechos, de culo fastuoso, rubias, de ojos bonitos sólo una, van desfilando a la pista, primero música fuerte, ágil, techno, rock, trance, hip hop, cualquier estridencia y la pieza de danza es igual de estrambótica; después, música de dieta, melosa, de susurros y uh's prolongados, los movimientos son iguales, ligeros, lentos, de cadencia descarada e incitadora. Los clientes, embelesados con esas bellezas que nunca tendrán cada noche en su cama, les compran tragos, bebidas exóticas de grandes copas con muchos hielos, ellas argumentan una disculpa por la sed y lo tragan con la solemnidad del dromedario antes de cruzar el Sahara, antes del último sorbo piden una copa más que abandonan sobre la mesa al largarse para atender a un frustrado que ya pagó su boleto a la puerta del paraíso, a la puerta solamente: lo que dure una canción y el frotar de las curvas desnudas contra la ropa del tipo lo habrá hecho extasiarse y reconfirmar su virilidad. Pido otro áspero trago, agua quina con hielo, el mesero me atiende con prestancia a pesar de que jamás dejo propinas superiores, las chicas no se acercan, sólo ven a un hombre misterioso que nunca falta para ver a Brittany. El animador del lugar anuncia la salida magna de la noche, la estrella subterránea, es ella, semejante dama, la causa para venir a este congal sopa de frustración, hipocresía y ambición. Las luces se apagan, un proyector le crea una gemela negra sobre la pared, aplausos, gritos, comienza la música y el baile, es una diosa, vuelan sus piernas, menean las nalgas ataviada de un disfraz de alta ejecutiva: medias caladas, falda corta, blusa de fuerza al parecer por los senos casi asfixiados en lucha saltarina por ser liberados, negra lencería asoma de vez en vez a la par de su rutina, peinado de salón, lentes claros. Un sorbo a mi trago, la tristeza me invade, miro al público en turgencia visible, algunos se manosean en su silla, ya hay interesados en el baile privado con la diosa, veo a la boletera comerciar con caricias que no son las tuyas, me duele, yo no puedo pagarla. La segunda pieza descubre su cuerpo infinito, la lencería descansa y se apesta en el piso, ella se arrastra cual gata en celo, luego se tira boca arriba y sus senos le abarcan el pecho planchado, apunta sus rodillas al cielo multicolor, flash, mi corazón se apretuja y ella, como todas, ha abierto los perniles y asoma esos labios sin voz. De nuevo gatea, se acerca a mi mesa y como cada noche, me roba el alma con su mirada, ya lo había dicho, es la única de ojos bonitos, la música acaba y vienen los aplausos, la ovación general, el maestro de ceremonias la despide e invita a aquellos pudientes a pagar un trato especial en privado, cielo mío, no puedo pagarte, me reclamo. El resto de las niñas es igual, no en virtud, sino en defecto, por lo cual no vale la pena quedarse, así que pago el consumo y dejo la raquílica propina, el cancerbero me despide con la misma emoción con la que me recibió. Unos pocos pasos y llego a mi taxi, me encierro con un cigarro, lloro, y no lo hago por ser empleado y verme, además, obligado a trabajar de chofer por las noches, lloro porque la amo. Dos horas después Brittany toca el cristal de la ventanilla, le abro la puerta y entra conmigo, un silencio muestra la tristeza a brote pero también un alivio sin límites. Le pregunté cuántos privados hizo, siete fue su respuesta antes de romper a llorar, y yo, destruido, lloré con ella.

© Luis Martínez

El autor:

Luis Martínez. Nace en Zamora, Michoacán. Autor de los poemarios inéditos "Poemario Imposible" y "Poemas en Tupperware®" además de la novela también inédita "México Central", misma que concursó sin pena ni gloria en el Alfaguara de 2004. Publica en una bitácora electrónica, "Monosofía": <http://monosofia.blogspot.com>, que la UNESCO ha reconocido dentro de su directorio mundial de poesía, ha hecho algunas colaboraciones en revistas digitales y fanzines.

A LA ESPERA DE CARLOMAGNO

por Ignacio Mondaca

Muchas veces la espera es un fin en sí mismo

Plauto

I

El 16 de febrero de 1812, las noticias del avance napoleónico en Ausbaheim se negaban a llegar a Róterdam. La inminente campaña contra el imperio ruso engendraba pesimismo y el futuro oscilaba en una cuerda floja. Hace tres semanas que no circulan los periódicos, la crisis del papel en Inglaterra tiene varada la imprenta de Soreinberg, la comunicación terrestre se encuentra interrumpida y la escasa información llega al puerto en forma de rumores, creíbles apenas, desde lugares tan apartados como Lisboa y Marsella.

En la taberna de Leseken, los marineros esperan la llegada del ballenero Carlomagno. La nave genovesa ha permanecido en Ámsterdam desde mediados de diciembre ante el peligro de sabotaje, ahora es esperada con apremio. Ajenos a los pormenores de la guerra, aquella veintena de pescadores aguarda zarpar en busca de los grandes cetáceos y de las jugosas ganancias del bacalao. Olaf Guntersöhn, sentado al fondo de la taberna, observa en sus camaradas el gesto descompuesto de la necesidad. Detrás de la barra tatuada por la navaja del ocio, unos permanecen arrinconados, otros, desperdigados por las mesas maltrechas del tugurio, gastan en una cerveza el último latido de su bolsillo apostándolo todo a la llegada del Carlomagno.

Como un ejército diezmado, el pulgar y el índice se tocan entre sí; Guntersöhn observa de reojo su mano izquierda antes de esconderla bajo la mesa. Lo hace involuntariamente, un dolor íntimo lo obliga a ocultarse a sí mismo. La diestra empina el tarro metálico hasta la última gota. Momentáneamente detiene el timón de aquella tarde. Cómo pudo una exitosa jornada en alta mar convertirse en un ataúd inesperado. Se salvó, sí, pero incompleto. Imposible olvidar el latigazo que le arrebató la integridad. ¿Cómo logró maniatar el pilote móvil a la peonza de ojales pese a los borbotones de sangre? No lo sabe, sólo sabe que sus dedos desaparecieron junto con dos de sus más fieles marinos.

«En la taberna de Leseken, los marineros esperan la llegada del ballenero Carlomagno. La nave genovesa ha permanecido en Ámsterdam desde mediados de diciembre ante el peligro de sabotaje, ahora es esperada con apremio.»

Cuando Guntersöhn mira los dedos cercenados, su ceño se transforma, sus ojos parecen detenerse en un espejo y en su rostro se enciende la luz mortecina de la rabia. ¡Pobre de aquél que se atreva a desafiar al Mar del Norte en una noche de tormenta!

II

Junto al Palacio del Príncipe, en el centro de la plaza y escoltada por banderas marchitas, una fila sinuosa aguarda turno. El marino deja la gorra en una percha y dice adiós de madrugada; se desprende de sus arreos enmohecidos y tira los dados en un albur de supervivencia. Por veinte coronas rompe una promesa y cambia de uniforme si es preciso.

«¡Olaf Guntersöhn!»

Un paso al frente. El frío castiga los músculos y obliga a apretar las mandíbulas. El guante negro relleno de aserrín disfraza la ausencia dactilar.

«¡Sí, Señor!»

Pequeñas plumas tiñen de nieve la explanada, se escuchan bufidos de caballos inquietos, alguna gaviota rompe la oscuridad del cielo descompuesto. El teniente observa con recelo a aquellos hombres, serán útiles aunque no sepan empuñar la espada o el fusil. Ahora hay que marchar hasta el Mosa y de ahí embarcarse al Rin y luego incorporarse al frente de batalla. Veinte coronas, una lista de soldados rancios de salitre y el Carlomagno dando tregua a las ballenas.

Es la leva. Aguarda Napoleón refuerzos para emprender el asalto final contra el invierno, su imperio es invencible.

«Olaf Guntersöhn!»

«¡Soy yo, Señor!»

«Sobre estribor, la silueta de Guntersöhn se desdibuja entre la bruma como en otros tiempos. Los marineros empuñan sus fusiles y lo miran de soslayo con respeto.»

Sargento y marinero. El guante negro apenas disfraza el infortunio, pero dos dedos y una palma firme bastan para sostener el mango de un mosquete.

«¡A la orden, Señor!»

«¡Mantenga el rumbo!»

«¡Sí, señor!»

De cualquier modo la diestra jalará el gatillo y no será más complicado meterle un tiro a un ruso que luchar con una ballena. El sargento huye al camarote del frío insoportable. Qué va a saber el sargento de peligros, lleva su cara la cicatriz de la idiotez; pobre ignorante, qué va a saber del miedo. Oficial francés tenía que ser, huele mal y brillan los botones dorados en el peto de su abrigo salpicado de manteca... seguro es un pusilánime que llora en el regazo de las putas que conocen su eyaculación temprana.

Sobre estribor, la silueta de Guntersöhn se desdibuja entre la bruma como en otros tiempos. Los marineros empuñan sus fusiles y lo miran de soslayo con respeto. No imaginan el fin de la jornada y prefieren el silencio; son taciturnos porque el frío del norte no sabe de amistades. Veinte coronas holandesas. Habrá que comer en casa el resto del invierno. Sus fosas nasales atrapan un aire congelado y nebuloso, el humo del cigarrillo disuade a los fantasmas. El bacalao es buena guarnición después de todo. Ahí están, se contorsionan y se anegan, suplican sus aletas volver a las profundidades, pero un garfio aborta el intestino y el ojo se abre como luna, salpicando de sangre la cubierta. Luego vendrá la sal y la conserva. Después la paga mineral llegando al puerto.

III

Aquel día, zarparon de madrugada. A media mañana, cuando se arrojaban al mar largas piolas cargadas de anzuelos y calamares, comenzó a soplar un viento inquieto. El cielo se precipitó y fuertes ventiscas comenzaron a azotar la eslora del «Witchliebe», las olas crecerán presagiando lo impensable.

Fue violento e inesperado. Olaf Guntersöhn se aferró al timón como una ostra en la roca milenaria. En el clímax de la tormenta comenzó a gritar a sus marinos, su voz se extraviaba, las bodegas se anegaban y los esfuerzos por mantener a flote al pesquero parecían inútiles. En las aguas del Norte el diluvio no es un pasaje bíblico. La embarcación era una pluma en el océano y el ruido ensordecedor una

naturaleza funeraria. Las olas azotaban con furia inaudita la embarcación como una profecía puntual. La muerte era el semblante de la tripulación; bufidos malignos y rayos maléficos iluminaban la nave que se debatía contra el gigante enloquecido. Ahí se perdieron sus dedos y sus marinos.

IV

Antes de que el Emperador aceptara su destino, el ejército había probado ya el rancio sabor de la calamidad. Olaf Guntersöhn había visto morir a la mayoría de sus camaradas en el frente. Vio a Napoleón una mañana transparente y quieta, cuando el militar pasó revista a las líneas maltrechas de su batallón. También el sargento había muerto. Dos años de derrota son demasiado para cualquier soldado y ahora falta el regreso a Bélgica donde naufragarán los sueños imperiales.

Movido por la compasión, el teniente Blaison decidió otorgar licencia a Guntersöhn cuando vio los dedos cercenados del marinero. No dudó en pensar que aquello era el mal recuerdo de un combate. Y lo era, uno contra Neptuno y Eolo.

Era la primavera de 1814, Guntersöhn llegó un mediodía cargando auestas las grietas agravadas de su rostro y un racimo de canas en las sienes. Róterdam parecía haber envejecido también. No había banderas ni pañuelos blancos

para un soldado que regresa. Cerca del muelle, atravesó el mercado de mariscos y respiró profundamente cuando percibió el persistente olor del bacalao salado y el amoníaco de los tiburones. Avanzó por el barrio pobre de los artesanos y se dirigió hasta la vieja taberna de Leseken. Al entrar, levantó su mano izquierda en forma de pistola, el viejo tabernero eludió la barra y lo abrazó con una botella de ginebra en la mano. De pie, algunos marineros fueron comparsa del íntimo homenaje.

«El forzado marinero apretaba sus dedos, lo que quedaba de ellos, sobre las pestañas del timón. Pensaba en su esposa consiguiendo clientes en los tugurios negros del puerto y en sus hijos andrajosos robando pan en el mercado.»

V

A fines de ese año, Guntersöhn observaba desde la cubierta del Carlomagno las costas de Córcega y de Elba. Respiraba con tranquilidad el aire salobre del Mediterráneo sin imaginar que Napoleón se encontraba recluido ahí desde el 4 de mayo.

El forzado marinero apretaba sus dedos, lo que quedaba de ellos, sobre las pestañas del timón. Pensaba en su esposa consiguiendo clientes en los tugurios negros del puerto y en sus hijos andrajosos robando pan en el mercado. Durante la guerra, la supervivencia toma caminos inesperados y la ausencia de tres dedos puede devolver a casa a los héroes. El destino es impredecible.

Ahora todo vuelve a la normalidad, es una fortuna estar vivo y el Carlomagno es un buque muy joven.

© Ignacio Mondaca

El autor:

Ignacio Mondaca Romero. Autor de *Relatos de ocio*, ganador del Concurso del libro sonoreño 2004 género cuento. Escribe también ensayo y crónica. Es colaborador de la revista *Perfiles* y ha publicado en diversas publicaciones del noroeste. Vive en Hermosillo, Sonora. Es autor del blog "Humphrey Bloggart": <http://humphreybloggart.blogspot.com>

CONDUCTOR

por Rolando Revagliatti

En la vereda de un cine céntrico, después de descubriarnos cuando abandonábamos la sala, Adriana se apresuró a notificarme que estaba separada y que compartía con tres gatos un departamento. Nos conocíamos de cuando su marido y yo correteábamos chacinados para la misma empresa. La voz ronca, hablaba y fumaba mucho. Como ya era habitual, yo hablaba y fumaba con moderación. En un café me contó que andaba a la caza de chofer para su Ami: no sabía manejar y se negaba a aprender. Vendía a farmacias sacarina y bicarbonato. Mostré interés por la vacante, aunque por esas cosas (y bolas sin manija), casi no había estado ante un volante tras mi oprobiosa obtención de la licencia profesional. (Clases y más clases de conducción de automotores en academias de Parque Centenario. En una, dos series de diez clases. En otra, una de diez y otra de cinco. En otra, una de cinco. En otra, una de diez. En el examen, pretendiendo estacionar, volteé un caballete. Pero había estado magnífico en el teórico: que dónde quedaba el Hospital Pirovano, que cuál era la continuación de San Pedrito. Tomé más clases en otras academias. Por fin, en un examen en el que también volteé un maldito caballete, me aprobaron [apalabrado influyente en la Dirección de Tránsito].) Fue así que combine con Adriana horarios de trabajo y pago. Practiqué durante una mañana y a la siguiente, después de sacar el Ami del garaje, la pasé a buscar en plan laboral. Una noche me pidió que subiera a su departamento dos pesadas cajas. Jugué con los micifuces. Acepté pan con manteca espolvoreado con azúcar mientras salíamos al balcón. Como por inercia me insinué físicamente. Me eludió preservando acaso el incipiente vínculo empleadora-empleado. Procuró al rato retenerme, pero acaso preservando el incipiente vínculo empleado-empleadora, me fui. A las cuatro semanas, en una esquina de Villa Pueyrredón, por embatamiento mío, choqué a un taxi. ¿La piña?: importante. Adriana no me saluda desde entonces.

«Me siento culpable como si hubiese sucedido ayer. No digo que soy piloto de fórmula uno, pero ahora manejo bien. Guío un camión (Scania) con acoplado en el tramo Zapala-Buenos Aires. También, Patquía-Rosario. Y antes conduje micros de la Chevallier. Cuando el martes me crucé con Adriana por el obelisco, dio vuelta la cara. Parece mentira. Lo que es el rencor.»

Me siento culpable como si hubiese sucedido ayer. No digo que soy piloto de fórmula uno, pero ahora manejo bien. Guío un camión (Scania) con acoplado en el tramo Zapala-Buenos Aires. También, Patquía-Rosario. Y antes conduje micros de la Chevallier. Cuando el martes me crucé con Adriana por el obelisco, dio vuelta la cara. Parece mentira. Lo que es el rencor. En la actualidad tengo la edad que entonces ella tendría. Y está apetecible. Más que antes, *qué diablos*, sin duda. Y sin duda, Adriana, aunque reniegue, Adriana, me debe un romance.

© Rolando Revagliatti

El autor:

Rolando Revagliatti (Buenos Aires, Argentina, 1945). Ha publicado dos volúmenes con cuentos y relatos, uno con su dramaturgia y quince poemarios, además de *El revagliastés*, antología poética personal. Ediciones electrónicas de sus libros se hallan disponibles, por ejemplo, en <http://www.revagliatti.com.ar>

ESPEJOS

por Salvador Alario Bataller

Entré en el bar y pedí ensaladilla rusa y un doble de cerveza. Eran las nueve y cuarto. Había algunas parejas cenando, gente de edad mediana o avanzada. Los más jóvenes estarían reunidos ante un televisor viendo los mundiales; por eso las calles se veían vacías, como hornos irremediables pese a la noche, a causa de aquel calor pegajoso e insufrible. Cada vez el clima estaba más insoportable, el cambio climático hacia la desertización se acusaba año a año. En poco tiempo el levante pasaría a ser una tierra de ratas y alacranes. Pero allí dentro se estaba bien con el frescor del aire acondicionado.

El lugar era grande, bien iluminado y bastante lujoso.

No tenía hambre, mi cena se reduciría a la tapa y a la cerveza. Siempre me sucedía lo mismo antes del trabajo, se me cerraba el estómago, me sentía paradójicamente vigoroso, como si me sobrasen las fuerzas y los redaños para acometer la faena. Decidí esperar un poco más e irme. Fumaría un pitillo mientras tanto. Tenía que hacer tiempo, no deseaba mantener ninguna conversación con él, tener que mirarle a la cara antes de matarle. Prefería entrar y acabar rápido.

A las diez salí a la calle. Conocía perfectamente sus costumbres, habíamos compartido piso durante los últimos siete años, y también recuerdos y experiencias, penas y odios. Podía afirmar, con poco margen de error, que era lo más parecido a un amigo con que me había tropezado en toda mi vida, tal vez un hermano mayor e incluso un padre. Todos estos sentimientos me los fue inspirando poco a poco, a través de nuestra relación profesional, aunque nuestro trabajo ponía un límite para ciertas cosas, una frontera que uno no debía rebasar. Lo único importante era el trabajo en sí y, claro, el dinero.

Seguramente habría cenado en un chino, y ahora estaría ante el televisor viendo el partido del mundial de Alemania. Jugaban el anfitrión e Italia y, como supe después, pese a mis previsiones acabaron ganando los latinos. Yo también lo era, pero me disgustó su victoria, porque siempre había sido un germanófilo convencido. De todas formas los mundiales constituían un gran espectáculo, el evento que me agradaba. Me lo imaginé ante el aparato de televisión, fumando incontables pitillos y bebiendo cerveza.

Me crucé en la calle con una chica muy atractiva, que caminaba con mecimiento de puta redomada. Me volví para mirarla. Me vinieron a la cabeza mil imágenes, una mezcla de sexo y violencia, la única manera con que llegué a relacionarme con las mujeres. La causa era el trabajo, siempre el trabajo, lo más importante.

Mientras me acercaba a la finca, tuve una sensación extraña, la certidumbre de que un ciclo se acababa y comenzaba otro, con lo cual mi vida cambiaría inevitablemente. Fue la misma sensación que tuve hace años cuando comencé a trabajar con Escurra, el jefe supremo. Resultaba evidente dónde me había metido y no había vuelta atrás. Entonces era casi un niño, dieciocho años recién cumplidos. De la mano de Carlos me inicié en el trabajo. Recuerdo que me afeité con esmero, mientras él, perfectamente trajeado, me observaba mientras lo hacía. Podría afirmar que su mirada era amable, casi dulce, pese a ser un tipo grande y bronco, al que todos respetaban y temían. Creo que me tuvo simpatía desde un principio. Me había dejado perilla para endurecer mi cara y el rostro de muchacho agrío que el espejo me devolvió me dio confianza, aunque habrían de ser los actos los que irían maliciando con los años cada uno de mis rasgos. Después, como el maestro que evalúa al discípulo, él me siguió observando de cerca, sin intervenir, como un juez frío y distante, cuando le pegaba aquella paliza soberana a un viejo que casi tenía un pie en la tumba. El motivo era una deuda impagada, una suma ridícula vista objetivamente, pero el jefe, pese a su inconmensurable fortuna y poder, no podía dejar el menor asunto pendiente, aunque se tratase de cien pesetas. Después, claro, vinieron asuntos mayores,

«Yo no nací malo, eso es de cajón. Tampoco tuve una infancia traumática, ni una juventud especialmente desgraciada. Simplemente era un vago y me gustaba demasiado el dinero y lo que proporcionaba.»

de más envergadura, desde el escarmiento al asesinato, pasando por la coacción y la tortura, pero todo lo hice eficientemente. Era mi trabajo, lo único que tenía en la puta vida y con él me fui desprendiendo de tripas, dudas, remordimientos y demás maricadas voladas.

–Esto es como una rueda que no para, al final da igual ocho que ochenta –me dijo Carlos un día–, acabas perdiendo el alma.

Yo no nací malo, eso es de cajón. Tampoco tuve una infancia traumática, ni una juventud especialmente desgraciada. Simplemente era un vago y me gustaba demasiado el dinero y lo que proporcionaba. Comencé jugando a las cartas, haciendo pequeños robos, extorsionando a los débiles y a los viejos del barrio, pero nunca pensé que acabaría en esto. Incluso soy un tío leído y más de una vez he coqueteado con la idea de cursar estudios universitarios, cosa que tal vez haga algún día, pero no soy como los otros, nunca me han importado las demás personas como debieran haberlo hecho. Tampoco soy ningún psicópata ni nada por el estilo, simplemente realizo un trabajo sucio en el contexto de una organización determinada. No es la misma cosa. Se trata de un trabajo y nada más. Llegados aquí diré que mi nombre es Juan Monarca y obviamente soy un asesino.

Lo más fuerte, no obstante, fue cuando tuvimos que eliminar a la familia de Galera, el competidor en el narcotráfico; lo quemamos vivo junto a su mujer y sus tres niños pequeños, un escarmiento brutal, un aviso letal para quienes quisieran enfrentarse a Ecurra. Tras aquel acto atroz, apenas tuve una punzada de dolor, una inane conmoción interna que se asemejase a la culpa. Recuerdo que aquella noche, mientras me aseaba en el lavabo antes de desvanecerme en un sueño habitualmente tranquilo, pude ver por un momento, que mis rasgos parecían desdibujarse en el cristal, que el reflejo vacilaba y se volvía más tenue por instantes.

Muchas cosas habían pasado desde entonces. Ahora tenía que hacer. Abrí el portón principal y me metí en la finca. Pulsé el botón del ascensor. Estaba en el quinto, se había quedado allí cuando Carlos subió a casa, ya que nadie más vivía en la planta.

Esta tarde me llamó Ecurra y, con un tono de voz que no admitía apelación, me dijo lo que tenía que hacer. No sabía el motivo, solamente tenía que cumplir la orden, sin tener en cuenta cuestiones personales o simpatías, y allí estaba, resuelto y sin miedo.

Entré en el piso y me encaminé al salón. Estaba sentado en el sofá, de espaldas a mí, viendo el fútbol. Llevaba una camiseta sport, que dejaba ver que todavía, pese a sus cincuenta años, era un tipo bragado. Se movió y me lanzó una mirada de inteligencia por encima del hombro.

–Hola, hijo –dijo y volvió la vista al televisor.

Disparé. El tiro le atravesó limpiamente el cráneo de parte a parte e hizo añicos el aparato, que se desmoronó con un estrépito de chispas y humo. Apenas se había movido, tenía la barbilla caída sobre el pecho, pero la materia encefálica se desparramaba por el agujero como gelatina. El jefe lo ordenó y yo lo hice, como debía.

Salí y ya en la casa de Ecurra, éste me recibió con una dilatada sonrisa bajo sus ojos zainos. Me pidió que cenase con él.

Llegué a mi apartamento y me acosté. Estaba cansado, pero tranquilo y nada me preocupaba, ni el hecho de que, cinco minutos antes, cuando me cepillé los dientes en el aseo, no se reflejara mi imagen en el azogue.

© Salvador Alario Bataller

El autor:

Salvador Alario Bataller (Valencia, España, 1958). Doctor en psicología, terapeuta cognitivo-conductual y sexólogo, tiene publicados ocho libros a nivel profesional, y más de cuarenta artículos en revistas especializadas, redactor de "Cuadernos de medicina psicosomática y psiquiatría de enlace", quedó entre los diez finalistas en el "Premio Planeta de Novela en 1997", editándose su novela *La conciencia de la bestia*, es coautor de los libros de cuentos *Así escribo mi ciudad* y *32 maneras de escribir un viaje*, y coautor del ensayo *Malditos, la biblioteca olvidada* (de próxima publicación). Página personal "El lobo y la luna": <http://elloboylaluna.blogspot.com/>

TABAHÍTA, NO PODÍA SER DE OTRA MANERA

por Felipe Londoño

La reconstrucción de las historias resulta en ocasiones tarea prolija. Los historiadores tienen las ventajas del precavido poder de acomodar lagunas de la indagación con hipótesis plausibles o de recurrir a discretos silencios que pueden abarcar siglos. Los arqueólogos son maestros de la imaginación y los antropólogos, del descubrimiento de una tumba, realizan los estudios capaces de describir ritos funerarios propios de una cultura desconocida. Pero la labor de los testigos resulta, con mucho, extenuante. Se encuentra, para el cronista, el riesgo de ser desmentido por los personajes. No quiero correr el peligro derivado de la confrontación o asumir las consecuencias de una pública manifestación de inconformidad por parte de las personas ligadas en el testimonio próximo a reunirse. O las múltiples interpretaciones que suelen darse a un hecho por parte de los actores. La gran ventaja, en la presente historia, deriva del inexorable cotejo entre nosotros de cada detalle documentado o cada testimonio revisado, para que la coherencia se ajuste a la realidad de la historia, sin profanar ningún pormenor. Jamás imaginamos la obligación de escribir el suceso.

Al comienzo intercambiamos informaciones, juntamos experiencias y procuramos armar la secuencia. La fuerza imperativa de los hechos nos obligó al registro escrito. La vinculación con el pasado proviene de una circunstancia sencilla: la explosión de un pequeño agujero negro capaz de desencadenar el seguimiento de una cronología. Luego, tras una alusión, nos remontamos por el filo de la historia hasta encontrar su probable cauce y descubrir el nicho ya seco. Un correo me advirtió de forma indirecta sobre la duración del evento sin alentarme ninguna indagación en particular más allá de verificar su presencia: «Terminado lo de la mañana y esperando el almuerzo, que siempre es una sorpresa, Carlos va todos los días a la cantina en el último piso; me dice, ¿te traigo algo? Sí, lo que quieras, le digo, así nunca sé que voy a almorzar. ¿Estarás en el Publix? No me imagino un Publix sin cajeras negras todavía. ¿En qué barrio vives? ¿Cómo es? ¿Habré pasado por tu calle? ¿Haremos hablado con la misma cajera en un Publix?, no olvides traer la sal».

Mi respuesta no se hizo esperar: Sí. La sal, la sal, no me lo recuerdes, la sal, la prioridad de siempre. En cuanto vea una cajera negra lo recordaré. ¿Qué te trajo Carlos para almorzar hoy? Supongo que una torta de espinacas gratinada, un consomé de pollo, una pastel de manzana y un vaso cargado con vino rojo.

«Muy mesurado, muy parco en tus respuestas. ¿Llovía mucho? ¿Cruzaste en luz roja? ¿La cajera te dio a probar chocolate natural?»

No llovía mucho y para ir allí no debo cruzar ningún semáforo. Tampoco me dio a probar chocolate de ninguna naturaleza. No tienen particulares consideraciones con los clientes deseosos de saborear chocolate natural. La insistencia en la cajera negra, antes de salir y al regreso, resultó fatal: como resulta evidente, olvidé, una vez más, comprar la sal.

La cajera negra del Publix, la única, la única cajera negra del Publix en Hammocks, se llama Tabahíta, lo dice su escarapela, lo leí mientras cumplíamos las muy usuales frases rituales: ... noventa y nueve centavos..., un centavo de regreso,... gracias/con gusto... regrese pronto/buenas noches, buenas noches. Son bien capacitadas, recordé, dos horas de curso en la inducción de la compañía para entrenarlas en formas de amabilidad cuyo efecto ha quedado probado en múltiples sondeos de opinión.

Busco antecedentes en Google, está demasiado lento y no parece traer nada interesante. Resulta ser una princesa de Tanzania, registrada a mediados del Siglo XIV, poseía muchos esclavos blancos y los devoró uno a uno, antes de morir de indigestión. Corresponde a las únicas noticias precisas de sus ancestrales preferencias gastronómicas. Transmite la tradición de su pueblo, la tradición oral como

«La cajera negra del Publix, la única, la única cajera negra del Publix en Hammocks, se llama Tabahíta, lo dice su escarapela, lo leí mientras cumplíamos las muy usuales frases rituales.»

corresponde, que Tabahíta cuando engullía un blanco transformaba su natural resplandor a tonalidades de satisfacción propias de una excelente catadora.

«Resulta ser una princesa de Tanzania, registrada a mediados del Siglo XIV, poseía muchos esclavos blancos y los devoró uno a uno, antes de morir de indigestión. Corresponde a las únicas noticias precisas de sus ancestrales preferencias gastronómicas.»

«¡Ahhhhh!, ¡Lo que logra un paseo durante dos horas por el lago! Tuviste tiempo de entender la historia en sus pormenores más delicados. Dime, ¿sólo Tabahíta tenía el privilegio divino de devorar esclavos blancos?». ...Uno de los esclavos, continúa la noticia, se escapó y tras prestarle un servicio a la curandera de la tribu, logró un hechizo para que Tabahíta se reencarnara hasta la eternidad como cajera del Publix. Durante el siglo XIII y posteriores, los blancos fueron al África guiados por un imperativo inconsciente de

regresar a la tierra de donde partieron sus más ancestrales progenitores y antes de volverse blancos por el efecto del frío y la baja luminosidad del sol. La fascinación por las raíces, por el pasado, el más remoto de los pasados de la especie. Ninguno de los exploradores se interesó en rastrear los antecedentes de Tabahíta y su legado.

Esa versión procede de uno de los heterodoxos españoles durante el siglo IX. Lo habían anticipado sin mayores consecuencias. En los laberintos de la Santa Inquisición jamás repararon en el anclaje teológico del apotegma. Los heterodoxos leen la historia antes de suceder y la interpretan de nuevo después de acaecida. Por eso Cortés cuando llegó a la tierra de los Mexicas consideraba que tenía una misión sagrada y que la palabra puede ser un arma. Así propuso cambiar la imposición de una religión por el oro de los nativos. Algún historiador americano de raíces lo anotó de paso y así mismo lo tenía descrito la literatura de los arquetipos y los inconscientes colectivos.

Coinciden en creer que estaba elegida para probar la misericordia de Dios. Un antiguo pergamino egipcio, sin embargo, refiere de Tabahíta y su destino mesiánico para algún pueblo de su elección. Aún no se ha determinado con exactitud el nombre del pueblo favorecido, pero la ciencia pertinaz se encargará algún día de descifrar el nombre y la correcta ubicación del pueblo privilegiado en la geografía del Pacífico Sur.

¿Será auténtico el pergamino o se lo inventó el mercader con la deliberada voluntad de venderlo al Museo Británico? Ya se sabe que los pergaminos antiguos quedaron confeccionados desde tiempos inmemoriales con destino a las salas del Museo Británico. Y también es sabida la profesión de proveedores de los depósitos del museo. Realizaron estudios con carbono 14 y 35 y, después de muchas deliberaciones, llegaron a la conclusión de que el mercader era falso. El experto, primo hermano del pagador del museo y cuñado del heredero del mercader, proviene de Estambul. En un comité, en verdad al servicio de Su Majestad, decidió no deshonorar la reputada honorabilidad inglesa. En definitiva, convinieron, la prueba del carbono era para el papiro y no para el mercader. Ordenaron las libras esterlinas pactadas. Fueron entregadas en el embarcadero de la City. El hombre no dijo nada al recibir el pago ni contó las libras esterlinas, sólo el peso de la bolsa indicó la conformidad con la remuneración acordada. Aceptó saldada la deuda y nadie habló más del asunto. Colocaron el papiro en la sala del primer piso y allí quedó muchos años olvidado como concierne. Un día, durante la segunda guerra mundial, el edificio se incendió hasta el tercer nivel. Se perdieron casi todos los documentos, pero el papiro que informaba la historia de Tabahíta tuvo un destino mucho más seguro.

«Coinciden en creer que estaba elegida para probar la misericordia de Dios. Un antiguo pergamino egipcio, sin embargo, refiere de Tabahíta y su destino mesiánico para algún pueblo de su elección.»

Lo recuperó, o lo salvó, nunca podremos conocer la diferencia, un espía. Lo llevó a Lisboa. El espía cambió el documento por una cierta cantidad de datos útiles para los servicios encargados de negociar la compra de prisioneros vivos de un campo de concentración. Informaciones nada fidedignas establecen el interés particular de un jefe de las SS en leer el papiro. Parece ser que un judío se lo tradujo a cambio de una promesa: un día de esperanza para una prima suya en un campo de

concentración en Polonia. No obstante, los analistas no coinciden en la relación entre el hebreo y los caracteres cuneiformes del manuscrito ni en la dependencia del jefe de las SS, con respecto, a un judío ni siquiera asumen el cumplimiento de la promesa formulada al ansioso semita. Es más, el jefe de las SS pudo sospechar de la traducción porque del hebreo no se deduce el texto del manuscrito. Un agudo observador indicó que el agente y el sefardí eran la ambigua unidad bajo roles diferentes. Despreciado el texto por parte del germano, se lo obsequió a una mujer a cambio de un silencio cualquiera.

Un americano, de Texas, lo compró. La intermediaria despertó la lascivia del tejano mientras brindaba la mercancía. Mientras escuchaba, sin entender, fados salidos de la voz lastimera de una cantante desconocida, pagó un par de kilos de dólares. La transacción, como es de suponer, se hizo en una taberna oculta tras una calle sinuosa de Lisboa. Ocurrió allá por los años cuarenta. La lisboeta regresó a su casa redimida con los dólares y el americano olvidó su nombre al amanecer. Le gustaba el amarillo del papiro, cortaba a la perfección con el color de las cortinas de su amante danesa en Houston. Deseaba ordenar la fabricación de una caperuza para una lámpara de vela, comprada a un marahá de la India. La extensión del papiro era suficiente para tener una caperuza que, iluminada, dejaría traslucir los caracteres cuneiformes.

*«Al Publix regresé caminando.
Tabahíta no estaba cuando fui
hace unas horas, eso explica la
razón por la cual no llevé
dinero para comprar los
cigarrillos. Ahora, con dinero,
Tabahíta me los venderá.»*

Antes de ordenar la confección de la caperuza para la lámpara desaparecida durante alguna noche de fiesta, la donó a la colección de la Universidad de Yale cuando la danesa encontró al tejano demasiado monótono y aburridor para su agitada actividad.

Trabajó en la casa de Madame Edith. La frecuentaban artistas de Hollywood y personajes de la política. Narraba fábulas de las Mil y una Noches con acento vikingo o ejercía

las artes marciales del amor. Un senador descubrió en la liga de sus medias el papiro y se lo cambió por un cargo de pasante en la Casa Blanca.

Aquí, las tradiciones sobre la suerte final del papiro se bifurcaron. Se han preguntado muchas veces en Yale por el papiro regalado pero, sin percatarse de su importancia, no reclamaron la donación. No podrían presumir que de un pozo de petróleo proviniera un papiro con suficiente importancia histórica para el archivo del museo de la universidad, ¡la gran Universidad de Yale!

De inmediato, alarmado escribí la evidencia y los riesgos de una doble suerte para el pergamino.

La historia pierde coherencia, insinué. Alguien interesado en distraer el rastreo del papiro pudo emerger en alguna esquina. De la danesa supimos su caminar de nórdica, con algo de movimientos celtas y una mirada de acantilado atormentado por las olas. Recorre los pasillos de la Casa Blanca. Los nativos americanos jamás terminarían de comprender sus exóticas costumbres poco puritanas para una pasante procedente de Hollywood, previa escala en Texas.

¿Me invitarás a una cena y desentrañamos las diferencias entre las dos versiones?

«Llegaré.»

«El chofer con gorrito te abrirá la puerta de la limusina. Y verás, se llama James.» «Es lo que corresponde, podrías haberlo dicho...». «Sí, sólo James, no se te ocurra decirle Mr. James, (el apellido es Brown, pero no tiene nada que ver con el cantante.)» Si es Brown, James debe ser inglés; de ser Smith el apellido, sería americano, del sur de Carolina y es probable que fuera algo tosco. ¿Y James usa uniforme gris o azul? «Azul oscuro.»

En definitiva es Inglés, de ser originario de Carolina, no usaría guantes. «No habla mucho, sólo sabe dos respuestas para tres preguntas, ¿acertarás tú las preguntas?».

*«Se percibía le tensión entre los
zulúes y la tribu tanzania de
Tabahíta; el asunto parece
agudizarse por la evidencia de
los nexos más que sentimentales
de James con Tabahíta; al punto
que la han retirado de la
atención de la caja No. 1.»*

Ahora que dices inglés, noto el parecido... ha de ser el padre de Tabahíta. «¿Cuál sería tu pregunta?» Sólo puedo hacerte una: ¿James Brown?, tienes que precisarme, tengo dudas: James es inglés o de Dakota, ya descarté los registros de las Carolinas, toma alcohol y está prohibido aún para ellos, son de natural abstemios. De ser inglés en Norteamérica utilizaría uniforme gris. No quería preguntar nada pero ya que insistes, aclaro: estás inmóvil; ¿James? «¿Sabes qué preguntarle?» Intentemos.

–¿Lady Godiva jugaba ajedrez?

–Yes Sir, No Sir.

–Dime, James, ¿Puede existir algo que no figure en Internet?

–Yes Sir, No Sir.

–¿Pitágoras dominaba los cánones del álgebra?

–No Sir, Yes Sir.

Lo del alcohol no es bueno si vas a conducir. ¿Llegaremos al sitio donde espera la cena? «James, no quiero repetirte nada. Conduce la limusina siempre por la derecha, mira para adelante, es tu misión y, en especial, James, cuando deseemos besarnos, observarás para afuera. ¿Ok? James, ¿has entendido?»

Creo que James Brown, el de Dakota del Sur, la ama en secreto. No apuesto más a pensarlo como el padre de Tabahíta. Me lo pareció cuando observé que miraba las innumerables trenzas negras azabaches terminadas en una moña sobre su grande cabeza de reina devoradora de blancos. James tuvo el impacto del amor prendido de los misterios guardados bajo la moña.

«Quedan muchos misterios por resolver. Se me ocurre que la negra hermosa puede haber sido la misma Tabahíta, a la que durante el fin de semana ascendieron a supervisora (eufemismo de soplón) y no la reconociste en su nuevo uniforme, con su nuevo estandarte.»

Al Publix regresé caminando. Tabahíta no estaba cuando fui hace unas horas, eso explica la razón por la cual no llevé dinero para comprar los cigarrillos. Ahora, con dinero, Tabahíta me los venderá. Fui al ritual diario del Publix, busqué en la caja denominada rápida a Tabahíta pero sin toparme con ningún negro por allí. Así que me dediqué a indagar en la atmósfera. Una negra hermosa, deambulaba despreocupada y percibí su parentesco con Tabahíta, deduje que venía en misión especial.

Se percibía le tensión entre los zulúes y la tribu tanzania de Tabahíta; el asunto parece agudizarse por la evidencia de los nexos más que sentimentales de James con Tabahíta; al punto que la han retirado de la atención de la caja N°.1. Todo gira alrededor del papiro; temen que James pueda ser un infiltrado de gorra, uniforme y guantes. Algo deduje de James; realmente no concluí nada, se ve en la disposición nueva de las promociones del Publix; James realmente es O'hara, sus abuelos irlandeses llegaron al puerto de New York y entendieron que la defensa de la estatua requería de la policía, así que se hicieron policías generación tras generación. Salvo James. Adoptó, al obtener la licencia de conducción, el apellido de una vieja maestra de la escuela, a quien admiró por su independencia y buen juicio matemático. Sin complejos pudo romper su sino policial.

Quedan muchos misterios por resolver. Se me ocurre que la negra hermosa puede haber sido la misma Tabahíta, a la que durante el fin de semana ascendieron a supervisora (eufemismo de soplón) y no la reconociste en su nuevo uniforme, con su nuevo estandarte. Parecía deambular despreocupada, pero tomaba nota de todo lo que sucedía a su alrededor. Recuerda algo, un algo relevante. Tabahíta cambia su resplandor cuando degluta un esclavo blanco.

Deplorable noticia, la negra hermosa no tiene las trenzas diminutas que por montones forman una impresionante moña sobre la cabeza de Tabahíta. Tanto me impactó la ausencia de Tabahíta en el Publix, que no compré mantequilla. Y de haber sabido que la hermosa negra era espía ascendida a supervisora, tampoco hubiera podido comprar una coca-cola.

James sigue gravitando en la atmósfera. Saberlo descendiente directo de irlandeses puede involucrarlo por la vía genética con el IRA. El cambio de apellido sería sólo una maniobra ante las autoridades de tránsito para evadir su destino de policía de New Cork; incluso su sed de terrorista de papiros, el papiro, en el romance con Tabahíta, puede terminar en manos inadecuadas so pretexto de leer todo su contenido.

«Saludos a Tabahíta. No seas muy duro con James, bajo el yes sir / no sir corre sangre irlandesa».

Tabahíta en Tanzania jamás imaginó que un fin de semana después del 4 de julio fuese ascendida a supervisora. Algún hilo oscuro en la administración precisaba distraer mi atención.

La centésima octava encarnación de Tabahíta estaba en su puesto, sonriente e ignorando el papel que habría de jugar, cuando un 4 de julio, el destino hizo que se consagrara a la eternidad, como lo tuvo previsto un agorero. Celebra con su familia el día de la independencia y se pregunta cuándo será independiente, pero hicieron el asado tradicional antes de ver los fuegos de artificio frente a la televisión.

¿Cómo llegó Tabahíta aquí? Tiene que haber sido por mar, un largo viaje para cruzar el Atlántico. El día que ella embarcó, James cambió su apellido. Se preparaban para encontrarse en el rumbo del destino. Tabahíta en Tanzania jamás imaginó que un fin de semana, después del 4 de julio, sería designada supervisora.

Era una cruz gótica que no estaba marcada en el papiro y que cambió para siempre el destino de Tabahíta. Tomó unos días de licencia para invocar a los espíritus de su tierra lejana por falta de algo mejor y expolió unos inciensos del Publix antes de irse. Digamos, olvidó pagarlos.

«La centésima octava encarnación de Tabahíta estaba en su puesto, sonriente e ignorando el papel que habría de jugar, cuando un 4 de julio, el destino hizo que se consagrara a la eternidad, como lo tuvo previsto un agorero.»

Pienso que hay un error en tu información. Tratan de sacarte de la historia verdadera: el día que James

reemplazó su apellido, Tabahíta embarcó, con la seguridad que, después de atravesar el Atlántico, tras un largo viaje y al pedirle la licencia en la caja del Publix, sabría que era el mismo James que había soñado en Tanzania. Era Irlandés de origen y que la amaría en un romance apasionado y que jamás sería policía de New York, lo que le daba una gran confianza.

Desconfió de los irlandeses y de la estatua cuando entró al puerto. La libertad estaba en una isla y James jamás se interesaría por los pergaminos; los americanos son prácticos, se dijo, para su propia certeza. Lo que no supo Tabahíta al embarcar era que, el Publix es una cadena de supermercados de la Florida. Imaginó siempre que era un lugar de danzas rituales originarias de Tanzania para pedir la licencia de conducción a hombres como James. Iré al Publix, no olvidaré traer la sal.

Hay pocas cajeras negras, no lo había reparado. El otro día traté de hablarle a una. La justifiqué, carga siglos de resentimientos en los genes y una historia muy reciente en el recuerdo de la sociedad más democrática del mundo entero. La tristeza no proviene de la discriminación, viene de la desesperanza; los unos destilan odio; los otros, nostalgias lejanas. Claro que nos hemos visto en Hammocks, al cruzar la calle rumbo al Publix. Acaso por estar pensando en comprar la sal no reparaste en la moña que asciende como una pirámide sobre la cabeza de Tabahíta. ¿Sabes? Creo que James presume que el papiro llegó a las manos de Tabahíta y quiere recuperarlo por alguna oscura motivación sin respetar que en él se escribió la biografía de la amada.

© Felipe Londoño

El autor:

Felipe Londoño Benaviste. Ceramista colombiano, dedicado desde hace poco tiempo a la literatura, estudió ciencias sociales.

BREVES LECCIONES DE LEPIDOPTEROLOGÍA

por Efrén Ortiz Domínguez

No hay insecto que despierte mayor curiosidad que las mariposas. Se trata de seres especiales; y decir especial en este contexto, es absolutamente intencional. Cualesquier otro adjetivo pudiese resultar de sospechoso juicio. Describirlo como «el más vistoso» pudiese comportar exhibicionismo. Tildarlo como «el más atractivo», además, adelantar juicios que tocan los límites del riesgo. Por ende, vale más ubicarse en una categoría neutra: es especial. He ahí la razón que exige un cursillo, unas breves lecciones que normen nuestro criterio. La superabundancia de tales seres en estas (y otras) latitudes hace necesario reconocerlos y, de acuerdo con los nuevos requerimientos ecológicos, saber tratarlos.

Ante todo, hay que saber distinguir una mariposa de cualquier otro insecto más o menos afín. Una mariposa, individuo del orden de los lepidópteros, posee cuatro alas membranosas y boca chupadora. Las alas adoptan formas y colores diversos, están formadas por diminutas escamas, y se distribuyen por pares: alas interiores, o propias, y alas exteriores, o ajenas. Su uso depende, en gran medida, de la ocasión. Si bien en su vuelo toman como punto de partida las alas interiores, el timón de vuelo está ligado, indudablemente, a las alas exteriores, las cuales se mueven a un ritmo de aproximadamente doce oscilaciones por segundo (número que puede variar, de acuerdo con el grado de excitación que el vuelo inspire).

«La primera etapa de lo que, con el tiempo, será una mariposa, transcurre bajo la modalidad de oruga; sin embargo, si bien en el origen de cualesquier mariposa hay un gusano no se puede asegurar, correlativamente, que delante de todo gusano haya una mariposa.»

Respecto de su boca chupadora, poco podemos decir. Los estudios emprendidos al respecto, aún son insuficientes. De acuerdo con una hipótesis muy extendida, su forma, por vía evolutiva, ha ido sufriendo adaptaciones. Originalmente cubierta por diminutas películas membranosas, a manera de dientes, las ha ido perdiendo hasta configurar un círculo labial, mucho más propio para la succión. El néctar no es, en esencia, su alimento preferente. En este sentido, parecen alternar y multiplicar aficiones

que rayan, en algunos casos, en la extrañeza. Sin embargo, no se puede afirmar que tal conducta sea valedera para todos los casos.

Recientemente, se ha postulado que tal procedimiento posee los rasgos de una adicción perversa, si bien no se han inventariado los comportamientos naturales inherentes a todas las variedades. La insuficiente información se debe, entre otras razones, a que comprenden específicamente la fase adulta, lo que da pie para introducir un nuevo carácter. Se trata de seres que poseen metamorfosis completa. Por metamorfosis entendemos aquí una transformación absoluta, un viraje radical que altera sustancialmente la anatomía, fisiología, etiología, moral e, incluso, la currícula profesional, social o parental.

La primera etapa de lo que, con el tiempo, será una mariposa, transcurre bajo la modalidad de oruga; sin embargo, si bien en el origen de cualesquier mariposa hay un gusano no se puede asegurar, correlativamente, que delante de todo gusano haya una mariposa. La selección natural darviniana tiene mucho que ver en el asunto. Como todo punto de partida, el tamaño, real o presumible, y la forma que toma el gusano es, quizás, lo menos importante. Lo básico es que el crecimiento del gusano está permitido por su configuración a base anillos cilíndricos que se ensanchan progresivamente.

En su gran mayoría, las mariposas han desarrollado aptitudes miméticas, es decir, se igualan con el medio circundante, lo que les permite sobrevivir haciendo pasar desapercibido todo hábito que contravenga la estandarización ambiental. La asociación entre gusanos y mariposas, hasta ahora

considerado como ocasional, registra altos niveles de incidencia estadística, particularmente en la etapa formativa de la oruga. Una vez alcanzada la madurez, el gusano se encierra en un capullo o saco tejido con base en secreciones y se transforma en crisálida (del griego «krisis»: salida) y luego en mariposa (apócope de «mar», «maris» y «posare», según unos; o de «María» y «posar», según otros).

Existen diversos criterios que permiten formular varias taxonomías. De acuerdo con la constitución y finalidad de sus trompas, encontramos tres grandes grupos: lamedoras, picadoras y mixtas. Las últimas, son las más frecuentes. Atendiendo a sus hábitos, de manera artificial se clasifican en diurnas, crepusculares, nocturnas y microlepidópteras. Las mariposas diurnas, quizás las más vistosas y llamativas, son objeto por ello de la depredación y el afán de exterminio. Van de un lugar a otro, aparentemente sin dirección ni otro proyecto trascendente que «gozar la vida como viene» (de allí la metafórica expresión de «mariposear», ir y venir sin sentido ni dirección). Constituyen el género más extendido y, entre sus tipos más conocidos, están la mariposa de la Coli-flor (*Pieris brassicae*), los Sátiros, con manchas oceliformes, las Vanessas, de brillantes colores y movimientos ágiles, y los Apolos, raros y musculosos ejemplares que han llevado a la perfección el mimetismo.

Las mariposas crepusculares poseen antenas prismáticas y sus alas permanecen horizontales durante el reposo, debido a la fatiga. Poseen colores adustos y hábitos más reservados. Proceden de orugas que, imposibilitadas ya para desempeñar la actividad propia de su género, terminan por autogenerar su necesaria metamorfosis. Las mariposas nocturnas, de colores oscuros o pardos, suelen ser siempre nocivas. En la nomenclatura popular son designadas «mariposas de calentura». Sus alas desprenden con facilidad tiñas, que no son otra cosa que escamas sueltas que el insecto arroja en gran cantidad para confundir a sus enemigos. Generalmente, permanecen ocultas durante el día, o desarrollan hábitos miméticos. Por último, en el grupo de los microlepidópteros se sitúan los ejemplares más pequeños e insignificantes pero también los más dañinos, como las polillas. En este sentido, son muy semejantes a los insectos dípteros pues, como ellos, poseen el cuerpo rechoncho y las patas cortas, y les encanta chupar la sangre. La única diferencia entre ambos es que los dípteros comunes poseen solamente dos alas (siempre internas).

«Las mariposas crepusculares poseen antenas prismáticas y sus alas permanecen horizontales durante el reposo, debido a la fatiga. Poseen colores adustos y hábitos más reservados. Proceden de orugas que, imposibilitadas ya para desempeñar la actividad propia de su género, terminan por autogenerar su necesaria metamorfosis.»

En relación con la reproducción, conviene señalar que estos insectos muestran mayor apremio que aves y mamíferos, y que la temperatura juega un papel inusitadamente relevante. La fecundación puede ser interna o externa, y en ambos casos, son ovíparas, es decir, intervienen los huevos; viven y mueren por huevos, si bien algunas variedades practican la partenogénesis. En asunto tan delicado, los expertos no pueden llegar a acuerdo. En términos de observación común, la mariposa se reproduce, aunque sea por obra del huevo. Sin embargo, hay quien opina que, como mariposa, el ser se autoengaña, y que es el gusano que no puede dejar de llevar dentro, lo que verdaderamente impulsa la reproducción. Sea una u otra posibilidad, lo cierto es que hay huevos de por medio, y que éstos son fecundos porque ha habido cópula. Aérea, en reposo, dorsal, intercostal, las variedades son múltiples, con una sola exclusión: aquélla de corte frontal, puesto que lo impiden las alas internas. Ello ha dado pie a versiones oficiosas y a terribles acusaciones de sodomía para estos seres, a quienes su vistosa imagen ha hecho buscar alternativas diferentes de las usuales.

© Efrén Ortiz Domínguez

El autor:

Efrén Ortiz Domínguez. Doctor en Literatura. Director del Instituto de Investigaciones Lingüístico Literarias de la Universidad Veracruzana. Ha publicado varios artículos, capítulos de libro colectivos, y los libros: *Periodismo: escritura y realidad*; *Lecturas y texturas (Ensayos)*; *Crónicas, cuentos y decires de Apazapan*; *La rosa en fuga*; y los libros de texto: *Taller de Lectura y Redacción, I y III*.

MONÓLOGO DEL VENCIDO

por Víctor Coral

Porque no espero que modifique en nada la suerte que debo correr, no voy a referirme a los graves signos atmosféricos que acompañaron aquel invierno impersonal y vacío –por lo demás, los periódicos de entonces dan buena cuenta de ellos–. Tampoco al significado etimológico del nombre de mi hijo (el único, aunque todos digan lo contrario). Pero sí deseo sugerirles, si lo tienen a bien, tomarse el trabajo de realizar estas pesquisas, pues, estoy seguro, ayudarán a la comprensión de lo que mi expediente judicial llama retóricamente «una decisión demencial».

Como dije, a mediados del '87, envuelto en un invierno anémico como son todos los inviernos aquí, me encontraba abocado a la ardua pero apasionante tarea de traducir al castellano, en verso y directamente del sánscrito, el *Mahabharatha*, la más extensa y menos leída epopeya de la literatura hindú. Mi esposa Agatha, que entonces se encontraba en gira por el interior del país dando una serie de conciertos con la orquesta filarmónica, me había dejado trabajando en la casa en compañía de mi hijo Víctor y de una empleada de nombre Blanca. Víctor era un niño blanco y delgado, de seis años de edad y ojos color de piedra. Aparte de sufrir de asma, asunto que en verdad no nos sorprendía mucho, pues tanto la familia de ella como mi propia familia acusaban casos cercanos de esta afección, era un niño físicamente fuerte, aunque algo retraído y lento en sus desplazamientos.

La tercera noche de ausencia de Agatha, una noche, recuerdo, más bien extraña por lo límpida y pura en su mate oscuridad, una llamada telefónica rompió el silencio terso de mi estudio, y también la rima de una de las estrofas finales de la traducción. Era la voz de un amigo portorriqueño que me anunciaba, tal vez con excesiva alegría, que mi antología de nueva poesía hindú, propuesta a una editorial madrileña hacía algún tiempo, había sido aprobada y se encontraba ya en proceso de edición. Decidí celebrar el acontecimiento sólo con un pequeña grupo de amigos, pues Víctor tenía una fuerte infección a la garganta.

Al llegar la medianoche –creo que fue mucho antes, pero algo me lleva a decirlo de esta manera–, sentí unos ruidos extraños en la habitación de mi hijo. Me dirigía hacia ella y descubrí que el niño se hallaba con convulsiones que, para mi mal, interpreté como propias de una crisis asmática. Inmediatamente le administré una cápsula anticonvulsiva y regresé a la sala para terminar con la reunión. Cuando regresaba a la habitación (no me habré demorado ni diez minutos, lo puedo jurar) el alarido agudísimo de Blanca –aún hoy, por las noches, lo suelo escuchar– me anunció lo peor: mi hijo se encontraba tieso y con la columna arqueada hacia atrás, muerto.

El golpe fue durísimo para todos, pero sobremanera para Agatha. Ella, que lo había cuidado tanto desde que se reveló su enfermedad al año de edad, no podía comprender lo sucedido. No decía nada, pero estoy seguro de que creía que yo era el culpable de todo. Y lo peor es que yo también lo creía. Pero, ¿cómo iba a saber que Víctor era alérgico a los antibióticos, si la primera vez que se los aplicaron, con ocasión de una infección intestinal, no experimentó reacción alguna? La verdad es que ningún médico pudo dar una explicación satisfactoria a lo sucedido. El tiempo, ese misterio palpable y soberano, y la ayuda psicológica de un conocido nuestro fue fundamental para su recuperación. En relativamente poco tiempo, tomando en cuenta lo brutal de los sucesos, logré convencer a Agatha de tener otro hijo.

A fines del año 88, luego de un embarazo accidentado y lleno de dudas y remilgos hartos explicables, mi amada Agatha me dio un hermoso y delicado bebé a quien llamamos Renato. Pensamos que todo iba a ser distinto con él, pero pasaron los años y el niño fue creciendo casi sigilosamente. Yo estaba imbuido en proyectos diversos y mi cátedra en dos universidades apenas me dejaba tiempo para estar con la familia. Agatha, por su parte, había dejado la orquesta sinfónica para dedicarse casi exclusivamente al cuidado del pequeño Renato. Todo parecía ir bien, hasta podría decir que era feliz, si creyera en semejante palabra. Pero en cierto momento, el niño empezó a acusar señales que, no sé por qué, sólo yo sabía interpretar. Es lógico que los hermanos se parezcan, me decía, pero que se enfermen de la misma enfermedad (infección intestinal) a la misma edad, ¿no es acaso, por lo menos, una incómoda coincidencia?; además, Renato, como Víctor, había empezado a decir «mamá» antes

que «papá», y hasta su andar ligeramente cansino y lento era exactamente igual al de mi hijo. Agatha, al principio, tomó mis preocupaciones con buen humor y me recomendó, levemente en serio, tomarme unas vacaciones que, por lo demás, bien merecía. Yo no le hice caso. Pero cuando los ojos de Renato – que para entonces ya iba a cumplir seis años– empezaron a cambiar del verde al color piedra, todo ello resultó demasiado para mí. Decidí respirar un poco y viajar fuera del país por unas semanas. Parece que el viaje me hizo mucho bien; según ellos, tenía mejor semblante. Pero sólo yo sabía que había ocupado casi todo el tiempo en cavilar sobre los sucesos y en investigar sobre la historia de este tipo de fenómenos.

Como cuando uno siente que alguien muy cercano está en peligro o que la lluvia, por ejemplo, se aproxima, yo intuía –sigo intuendo– que algo oscuro y tímidamente subrepticio se acercaba. Aquella noche del 18 de octubre, lo recuerdo con especial claridad, me hallaba en el estudio preparando las clases del día siguiente cuando como si se hubiera hecho líquido y hubiera entrado por debajo de la puerta (la imagen no es gratuita, pues aún hoy tengo esa sensación), mi hijo se presentó en la habitación con un frasco de antibióticos en la mano y tal mueca de reproche en el rostro que parecía resumir todo el dolor y la injusticia posibles. Simplemente no lo pude soportar, caí de rodillas frente a él, zarandeándolo e injuriándolo a viva voz por acusarme de su muerte de esa manera. Los gritos y los sollozos formaron una especie de nube vertiginosa que me hizo perder la conciencia por un momento; cuando la recuperé, estaba en medio del estudio, a punto de vomitar ante la horrorizada presencia de Agatha y Renato, arrinconados junto a la puerta. Poco después, Agatha me denigró frente a él como nunca antes, por ningún motivo, lo había hecho, de la manera más infame posible: me trató de loco, de pervertido y anunció que se lo llevaría lejos de mí. Pero lo que me asombraba más, y me llenaba de ira y resentimiento, era la mueca burlona y triunfadora que Víctor –pues estoy seguro que era él– ostentaba; como si lo hubiera maquinado todo. Cuando se encerraron en el cuarto a dormir, yo ya había decidido lo que tenía que hacer.

Fui a la cocina y cogí el cuchillo más delgado y largo que había. En verdad pude tomar cualquiera, uno muy grande y grueso, por ejemplo, el que Agatha utilizaba para cortar carne; pero preferí, tal vez por la naturaleza del acto que iba a cometer, el brillo sigiloso de un acero fino. Al promediar las dos de la mañana –recuerdo la perfecta indiferencia con que el reloj de la sala marcaba su paso– me acerqué a la puerta de la habitación sólo para comprobar que estaban durmiendo y que la puerta estaba cerrada con llave. Luego me dirigí hacia el estudio, saqué del cajón inferior el duplicado de la llave y la metí en mi bolsillo. Recuerdo que el teléfono, la puerta, el escritorio, un hermoso rosario oriental que pendía de un perchero, todas las cosas las veía con mayor nitidez, con esa embriaguez ligerísima y etérea que preside este tipo de acciones. Una vez frente a la puerta, deslicé como un líquido la llave en la ranura y abrí la puerta con cierto ruido de goznes. Me detuve un momento en el umbral, pues todo estaba oscuro adentro. Luego, como en una sala de cine, se fueron recortando las cosas, los cuerpos. Tuve suerte, el niño dormía algo agitado en un lado de la cama, y mi mujer se hallaba del otro lado, mirando hacia la pared. Le tapé el rostro con mi casaca de cuero y la apreté contra su boca mientras el cuchillo entraba casi sin dificultad por debajo de sus costillas. Segundos después pude sentir cómo su corazón explotaba allí adentro; como una mano que se cierra con fuerza sobre la hoja y, repentinamente, se abre exangüe, destrozada.

Recuerdo haber dicho al principio que no espero nada de lo que conocemos como justicia: los hombres tenemos razones inescrutables para matar y para morir. Aunque no sé dónde estoy en realidad, supongo que debe ser un lugar de reclusión. Sólo espero que mi condena no demore más, pues estoy ávido de cumplirla día a día, minuto a minuto, convencido de lo ineluctable y justo –sí, justo– de mi decisión. Pero hay algo que no me deja tranquilo: veo muchos hombres de blanco en este lugar y hay demasiada comprensión y lástima en la mirada de Agatha. Un asesino lúcido y frío como yo no merece tanta consideración.

© Víctor Coral

El autor:

Víctor Coral. Lima, Perú, 1968. Estudió Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y actualmente lleva un diplomado en Análisis Cultural en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya. Ha publicado los poemarios *Luz de Limbo* (Zignos, 2001), *Cielo estrellado* (Santo Oficio, 2004) y la novela *Rito de paso* (Norma, 2006). Poemas, reseñas y ensayos suyos han aparecido en diversas revistas como *Hueso Húmero*, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, *Caretas*, *Letras S5*, entre otros.

DISCONTINUIDAD EN EL VACÍO

por Hernán Tenorio

Siempre que comía pescado le picaban los dedos de las manos y cuando comía sandía dejaba que las moscas le caminaran por la cara; a mí me daba mucho asco, pero no tanto como para odiarla. Porque después de comer me gustaba chuparla toda, le chupaba las manos y el rostro hasta la cavidad de los ojos, y luego, hacíamos el amor y ella se dejaba hacer de todo, hasta se dejaba acabar en la boca.

Había comenzado a sentir el aire enrarecido, como si me faltase. Se condensaba en el ambiente y me provocaba náuseas y los cristales de la cabina se empañaban tanto que no me dejaban ver el camino que debía recorrer. El malestar aumentaba a medida que la cápsula ascendía sin rumbo determinado. Entonces como le sucedía a un tal Hans Pfaall, soñaba yo con lograr la hazaña de poder respirar en el espacio, de romper las barreras de la naturaleza y soportar la presión que ejercería la falta de atmósfera en mi cuerpo. Era verdad que yo no viajaba en un simple globo construido con pedazos de periódicos, pero sucedía algo con mi cápsula espacial que parecía que la cabina estaba a la intemperie, y yo ya nada podía hacer para solucionarlo, porque nunca había aprobado el curso de Física Mecánica que se requería para emprender tan ambiciosa empresa.

De Laura recuerdo su insolente manera de vivir, su parsimonioso andar languidecido, como si vivir le costara un esfuerzo sobrehumano que le impedía ser dinámica. Es por eso que me encantaba hacer el amor con ella, era tan dócil, tan manuable que me excitaba mucho. Ocurría que siempre todo era tan en cámara lenta sin violencia alguna, que me exasperaba por llegar a casa y observarla tirada en la reposera del jardín comiendo sandía furtivamente y dejando que las moscas le invadan el cuerpo, mientras ella se esforzaba (poco) por quitárselas de la cara. Cuando abría la puerta de entrada ya escuchaba el zumbido en el jardín y sabía que ella me esperaba toda pegajosa para que yo le lave el cuerpo con mi saliva y luego ella me preguntaba casi estúpida –¿Por qué suceden las cosas?

«De Laura recuerdo su insolente manera de vivir, su parsimonioso andar languidecido, como si vivir le costara un esfuerzo sobrehumano que le impedía ser dinámica. Es por eso que me encantaba hacer el amor con ella, era tan dócil, tan manuable que me excitaba mucho.»

Yo respiraba profundo y le contestaba con una frase tan estúpida como su pregunta. Para no ahondar en detalles –Porque sí –le decía y ella se conformaba con mi respuesta, y me convidaba un pedazo de sandía para volver a enchastrarnos. Así volvíamos a comenzar, hasta que caía la noche y el cielo se empachaba de estrellas.

Estaba alejándome de la tierra a gran velocidad, podía observar desde aquí, toda la Geografía Terrestre: Los valles se elevaban verdes y las luces de las ciudades se veían como estrellas pegadas en una superficie plana, los océanos despejados como un cielo limpio, donde las

olas furiosas hacían las veces de nubes. En un determinado momento me esforzaba tanto por respirar que sentí el rostro humedecido por algún líquido espeso, las venas de la cabeza parecían reventar, las sentía inflamarse desde los pies hasta la cabeza. Me pasé la mano por la cara y con sorpresa comprobé que me sangraba la nariz y los ojos; todo comenzaba a nublarse, me sentía desvanecer al punto de encontrar una muerte casi placentera. Desde lo profundo de mí ser escuchaba la voz de Laura preguntándome reiteradas veces por qué sucedían las cosas y sobre la voz de Laura otra voz que parecía ser mi conciencia le respondía: En el sentido del caos, sí es que existe, se resuelven las incógnitas del ser. Estaríamos ante una respuesta ontológica, más o menos coherente, pero contradictoria. Las personas se sienten aturcidas ante el caos, y lo que no pueden entender, es que el sentido único de la existencia se encuentra en él. Desde esta óptica, la naturaleza, que es parte fundamental y expresión materializada del caos, se encuentra activa como desatadora de estímulos químicos que producen el equilibrio y la proliferación de acontecimientos reales o verosímiles ante la

mirada sorprendida de los hombres. Por medio de la anulación de estos estímulos, uno se ubica en una zona de neutralidad o paradoja, que suprime todo lazo con aquellos estímulos químicos que modera la naturaleza. La incapacidad para descubrir e interpretar signos en los entes que nos rodean, es la forma más lograda de esa neutralidad que nos ubica en un sin sentido, que en algunas ocasiones se traduce como locura. Partiendo de esta base, si así quisiéramos, podríamos encontrarnos con una anomalía al tratar de encontrar un lugar donde ubicar las pasiones dentro de este gran espectro de acontecimientos que detallan el caos y su funcionamiento, si es que posee uno, al degenerar el equilibrio propuesto por la naturaleza, en cuya incógnita o signo sin significado determinado se produciría un vacío inconsciente. Ahora Laura respondía a mí monólogo: – Discontinuidad –decía una y otra vez– Discontinuidad–. Yo no sabía si estaba muriendo o me estaba volviendo loco, pero lo que sabía con seguridad era que sucedía algo con mi cápsula espacial que parecía que la cabina estaba a la intemperie, y yo ya nada podía hacer para solucionarlo, porque nunca había aprobado el curso de Física Mecánica que se requería para emprender tan ambiciosa empresa.

«A Laura no le gustaba que yo trabajase como astronauta, ella siempre protestaba y se preocupaba demasiado por mi bienestar, yo la quería mucho pero deseaba más que nada en el mundo realizar un viaje, aunque sea de prueba, al espacio.»

A Laura no le gustaba que yo trabajase como astronauta, ella siempre protestaba y se preocupaba demasiado por mi bienestar, yo la quería mucho pero deseaba más que nada en el mundo realizar un viaje, aunque sea de prueba, al espacio. Los primeros años en Zurich nos habían dado paz y tranquilidad, por aquel entonces mi trabajo consistía en el entrenamiento de rutina en el laboratorio. Allí se realizaban pruebas de resistencia, me montaban en un simulador de vuelo, o me encerraban por horas en un cuarto sellado al vacío, sin una gota de oxígeno para comprobar si era capaz de acostumbrarme a llevar el traje espacial con soltura; en ocasiones me daban un simio de compañero, era divertido.

Ella estaba enamorada de sus manos, las observaba sin interrupción durante horas, por eso le molestaba mucho que le piquen los dedos cuando comía pescado, pero resulta que el pescado, especialmente el sushi, era una de sus debilidades gastronómicas. Cuando comía pescado me llamaba por teléfono al laboratorio, porque la única forma que tenía de terminar con su picazón, era que yo le acariciara el cabello mientras la penetraba con dulzura (Le hacía el amor) y le mordía cariñosamente la oreja izquierda.

Los aparatos de medición no funcionaban, todas las agujas se habían detenido, tenía delante de mí un tablero de comandos inservible, yo continuaba sin saber que hacer, por suerte había alcanzado mi traje

«Muchas personas me decían que Laura estaba loca, yo no lo creía, para mí ella era alguien muy especial, alguien que sentía distinto, hubiera jurado mil veces que ella era más feliz que los demás por su particular inocencia. Sus locuras eran divertidas.»

con el que podría respirar durante algunas horas, luego tendría que acostumbrarme a morir. La calma rodeaba la cápsula, el espacio era tan extraño, tan particular, no se oía nada no se sentía nada. Había transcurrido un día desde que perdí la comunicación con la Torre Central, todos los aparatos estaban truncados, yo comenzaba a comprender que no existía una salida, que indefectiblemente moriría abandonado en el espacio. A Laura no le hubiera gustado verme así.

Muchas personas me decían que Laura estaba loca, yo no lo creía, para mí ella era alguien muy especial, alguien que sentía distinto, hubiera jurado mil veces que ella era más feliz que los demás por su particular inocencia. Sus locuras eran divertidas. Recuerdo la vez que llevé a mi compañero de laboratorio a pasar un fin de semana con nosotros: A Boris le gustaban las bananas bien maduras y treparse de los árboles, por eso le encantó nuestro parque, con tantas flores, plantas y árboles por todos lados. Resulta que a Boris se le dio por treparse a un árbol, donde comenzó a masturbarse, entonces a Laura se le ocurrió subir al árbol que estaba frente a Boris e insistió con que nos desnudemos y hagamos el amor

colgados de una rama, así Boris tendría un incentivo para masturbarse. Luego paseamos desnudos por el parque y comimos bananas maduras y sandías toda la tarde.

El frío era intolerable, ya había perdido toda esperanza, la oscuridad se apoderaba de la cápsula, el hambre me estrujaba el estomago haciendo un sonido extraño, la sangre se había secado en mi rostro, todavía tenía las venas hinchadas y los ojos me dolían mucho, no había nada que yo pudiera hacer para escapar de esto, igualmente no tenía miedo, ni estaba triste, en realidad no sentía nada y aceptaba mi destino. Desde mis coordenadas parecía que me encontraba yo sobre uno de los Polos, porque se podía apreciar la Aurora Boreal o Austral, varios círculos concéntricos de meteoros luminosos entrando a la atmósfera y desvaneciéndose al contacto con el aire. No sabía cuál era mi posición actual, estaba recorriendo una órbita sin sentido.

Nunca había estado tan triste como aquella tarde que llegué a nuestra casa, por aquel entonces vivíamos en París. Por suerte desde aquel día llevo siempre conmigo éstas pastillas que me dio Laura, a demás, el Dr. Jonson antes de un viaje nos recetaba una dosis de morfina para utilizar sólo en caso de emergencia, ahora pensaba en un cóctel de calmantes mientras observaba el espectáculo: De la aurora, las estrellas, el infinito, un Agujero Negro. La casa de París era pequeña estaba en el Barrio Montparnesse, Laura extrañaba Zurich. ¿A qué distancia estaría de la Luna? Especialmente el jardín, sus plantas y flores. ¿Por qué sucedían las cosas?

«Todo ocurrió un martes del mes de Abril. ¿Estaba solo en el espacio? Hacía mucho que no teníamos relaciones, Laura empeoraba y yo me la pasaba en la Luna. ¿Qué pensarían de mí mis superiores, al saber que eché a perder la misión, qué les hice perder mucho dinero? Laura estaba desnuda en la bañera.»

Boris murió dos días después de aquella tarde. Sucedió algo con mi cápsula espacial que parecía que la cabina estaba a la intemperie, y yo ya nada podía hacer para solucionarlo, porque nunca había aprobado el curso de Física Mecánica que se requería para emprender tan ambiciosa empresa. Todo ocurrió un martes del mes de Abril. ¿Estaba solo en el espacio? Hacía mucho que no teníamos relaciones, Laura empeoraba y yo me la pasaba en la Luna. ¿Qué pensarían de mí mis superiores, al saber que eché a perder la misión, qué les hice perder mucho dinero? Laura estaba desnuda en la bañera. El reloj de mi equipo marcaba aproximadamente dos horas de oxígeno. Sus ojos fuera de las órbitas, una gota de sangre le surcaba el rostro, pálido y redondo como un plato de porcelana, sus pechos rígidos estaban helados. Debía estar cerca de un satélite, la radio se había encendido de repente, escuchaba una música somnífica, una orquesta, dos violines. Ella dormía como un ángel. Discontinuidad. ¿Proliferación de sonidos en el vacío? Ella estaba lejos y yo estaba solo desde hacía algún tiempo. Detrás de los cristales de la cabina el aire era más espeso. Ella creyó ver algo extraño y se asustó tanto, por una sombra, un reflejo. Sucedió algo con mi cápsula espacial que parecía que la cabina estaba a la intemperie, y yo. Ella estaba desnuda en la bañera. De pronto tenía a la Luna sobre mí. Discontinuidad. Caminar aquí tal vez sería más fácil que en las pruebas que hicimos en tierra. Una gota de sangre le surcaba el rostro. El vehículo de reconocimiento estaba atorado en el trasbordador. Laura no respiraba. Las personas se sienten aturdidas ante el caos. Boris falleció dos días después. Era muy suave (Laura), pero aquí y allí, la comprimía con el Recogedor de Emergencia y la encontraba muy dura (Como muerta). El cristal de la cabina parecía fracturarse y las esquirlas una y otra vez. Laura pasaba mucho tiempo sola. Estar en el espacio era como estar debajo del agua. Discontinuidad. La luz me cegaba, el reloj de mi equipo marcaba aproximadamente: 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1...

© Hernán Tenorio

El autor:

Hernán Fernando Tenorio (Lanús, Argentina, 1978). Ha sido editor de la revista virtual "Diálogos". Organizador del Taller de Poesía Autogestivo en la editorial "Eloisa Cartonera" y del taller de poesía en el Centro Cultural "El Hornero". Colaborador de la Revista virtual "Paradoxas" de Chile. Ha publicado en la revista "Amalgama" de Rota (Cádiz), España, y en Antologías del Centro Poético de Madrid. e-mail: hernantenorio@yahoo.com.ar

EL AUTOBÚS

por Luisa Miñana

Primero le gustó esa voz que armaba las palabras desde adentro y las arrastraba en tonos graves, de color naranja. Cuando lo oyó al llegar a la parada del autobús aquella tarde de pasado ya mediados de septiembre, un zigzaguo paralizador le recorrió la espalda, como un aviso premonitorio. No había demasiado tráfico a esa hora. Era aún temprano para la salida de las oficinas o el cierre de los comercios, y los escolares todavía permanecían de fiesta por las tardes. Un relativo silencio le permitió distinguir que la voz no se expresaba en castellano y, cuando se colocó a su altura debajo de la marquesina de la parada, alcanzó a comprobar que el idioma extranjero era el italiano. Tan dulce y descortés a un tiempo. Por detrás de las gafas de sol, llevó los ojos a un lado y vio un cuerpo agitarse entre risas algo descalabradas, y ese cuerpo también le gustó. Lo mismo que el rostro alargado, moreno estival, medio rasurado en una irregular barba rubia como a matojillos, con unos ojos que igualmente se ocultaban tras unas lentes oscuras y que por tanto no podía ver, sino tan sólo imaginar. Le hizo gracia el pelo anclado en una coleta que le latigueaba la espalda al ritmo endiablado de la conversación y le molestó la algarabía casi estridente con que estallaban las palabras en la boca del chico rubio y en las de sus dos interlocutores. Se sentía casi asediada por la vehemencia con que se robaban la iniciativa uno a otro y por la frescura que alimentaba todas las chanzas. Tanta complicidad la expulsaba de la escena, a pesar de que estuviese físicamente allí mismo compartiendo espacio y un sol abrasador, a escaso medio metro del chico rubio, el más cercano a ella. No podía evitar mirarlos y escuchar. No podía desviar su atención ni dejar de introducirse en el juego de tres que se desarrollaba delante de ella, ajeno a ella, aunque ya se sintiera más parte del juego que meramente observadora. La conversación era bastante banal y eso, no sabía por qué, la irritaba. ¿Qué debería esperar en una tarde bochornosa de final de verano, en una parada de autobús condenada al sol, de tres personas alegres, presumiblemente de paso, quizás incluso de vacaciones, en un país extraño, y aparentemente en momentos de total asueto para ellas? Tenía ganas de recriminarles su desbordada actitud. Sus conocimientos de alumna avanzada de italiano se lo hubieran permitido. Sin embargo se contuvo y aguantó el tirón. El autobús estaría al llegar. Se colocó en un oído un auricular de su reproductor de música e introdujo algo más de distancia respecto a los tres italianos que seguían ignorándola. Lo que realmente le molestaba era la indiferencia del chico rubio. Se apoyó contra el poste de la marquesina, cruzó los pies y taponó el otro oído con el segundo auricular. Fue inútil. Su curiosidad y su ansiedad eran más fuertes que su orgullo. Con un gesto de desagrado, guardó en su bolsa de colores el reproductor de música y entonces percibió un leve giro de cabeza del chico rubio. Creyó ver en sus labios la ráfaga de una sonrisa que no podía ir dirigida a ella, aunque le daba igual. Recompuso su esqueleto ante la llegada del autobús y avanzó, midiendo los pasos, delante del chico rubio y de la pareja que lo acompañaba. Movía sus piernas despacio, procurando que la caída del vestido se pegara a las caderas y el borde de la tela que llegaba a sus tobillos ayudara a remarcar las acompasadas ondulaciones de su breve desfile hasta el interior del autobús. Era consciente de que ese vestido le favorecía. Mientras saltaba a la plataforma del autobús, estirando su cuerpo, dejándolo un segundo como suspendido en la atmósfera, oyó a su espalda la risa de la chica italiana y cómo llamaba por su nombre a uno de los chicos casi gritando. ¡Enzo! Le pidió que pagara el importe de los tres viajes. Ella se quedó al principio del autobús y pudo ver que Enzo era efectivamente el chico rubio. Los tres italianos siguieron hasta la zona media, esa que tienen como en acordeón estos vehículos de doble cuerpo, y se acomodaron allí continuando su buena chachara. Ella los siguió. Frente por frente, miraba a hurtadillas esperando tropezar con los ojos de Enzo, ahora desprovistos de las gafas oscuras. Como para corresponderle, ella también se quitó las suyas y las colgó del escote, acentuando así su pronunciación. El autobús no iba demasiado lleno. No mediaba nadie entre ella y los italianos. Pero, Enzo no la miraba. Ella se impacientaba. Sin saber muy bien qué pretendía hacer, se sacó de la cabeza la ancha diadema que le sujetaba la melena y se la anudó a la muñeca, mientras atizaba ligeramente el pelo y lo colocaba bien sobre los hombros. Enzo no la miraba. Seguía riendo con sus amigos, charlotteando ahora sobre anécdotas y gentes completamente inexistentes para ella. ¡Qué le importaba

todo eso! Enzo tenía los ojos marrones claros, casi amarillos, como el ámbar, y sendos hoyuelos junto a las aletas de la nariz que se le veían sólo cuando sonreía extensamente. Deseaba que por lo menos la mirase una vez. Sólo una, mientras sonreía. Observó un poco el exterior por la ventana, sin levantar del todo, no obstante, la mirada del grupo. No podía dejar de preguntarse cuál era la relación de la chica con cada uno de los dos chicos. En algún momento le parecía que hubiera mayor intimidad y complicidad con el chico que no era Enzo. Sin embargo, pensaba todo el tiempo en la posibilidad de un trío. Incluso en que hubiera habido dos historias sucesivas de la chica con cada uno de los chicos. Empezó a sentir una cierta desazón, un rebullir de celos, que la descolocaban respecto a sí misma, puesto que eran ciertamente inmotivados. Enzo seguía sin mirarla. Cuando menos, no estaba sucediendo ese instante mágico conjurado en que sus miradas tropezasen en medio de la inmensidad del autobús. Ella tenía que bajarse en la Plaza San Francisco. Faltaban dos paradas. La incomodaron bastante unos adolescentes escolares que subieron al autobús como si se encaramaran a un árbol, extendiendo por el suelo sus mochilas y prendas, montando un improvisado campamento. Venían de un entrenamiento. Los italianos les rieron las gracias. A ella casi ya ni le importó. Pero no le gustó que Enzo rompiera la fina tela de araña sobre la que hacía equilibrios desde el momento en que los encontró en la parada del autobús. Enzo seguía sin mirarla, la ignoraba y, sin embargo, había confraternizado automáticamente con los torpes chavales de quince años e incluso ahora les preguntaba en un español raro por el Real Zaragoza, cuyo equipamiento vestía todo el grupo, iniciando sin más una divertida y caótica conversación en enrevesados términos futbolísticos de la que ella estaba definitiva y drásticamente excluida, dados sus nulos conocimientos del tema y su total desinterés por el mismo. Un fallo, se dijo, porque podría haber aprovechado la dicharachera camaradería creada para llamar la atención de Enzo. De todas formas, ya no quería llamar su atención. Quería que él se fijara en ella llevado de un fatal destino y luego despreciarlo. Hubiera querido que él se sintiera perdido en medio del mundo, puesto que ella ya se preparaba para abandonar el autobús y él había sido tan estúpido como para desaprovechar la única ocasión de ser feliz que iba a tener en la vida. Ella lo sabía. Sin embargo él había sido tan tonto como para no verlo. Cualquier gesto llegaría ya tarde. El viaje de ella terminaba, el tiempo disponible tocaba a su fin. Los chavales y los tres italianos intercambiaban gritos y eslóganes deportivos alusivos a los distintos equipos que contaban con sus dispares simpatías. Y reían. Ella les sonrió a todos y cruzó por el medio del recrecido grupo para poder alcanzar la puerta de salida, mientras disponía su bolsa de colores en bandolera, sin dejar de mirar a ninguna parte en realidad, sobrevolándolos. Aterrizó en la plaza. Un estudiante la atropelló sin querer al acelerar para llegar al autobús. Ella se disculpó y atisbó cómo el autobús se llevaba a Enzo. Quería comprar una revista sobre libros, que frecuenta con devoción mensual, así que se acercó al quiosco y husmeó un poco. Pacho, el quiosquero, la conoce bien y le dio un poco de esa buena conversación que administra con sabiduría para sus clientes. No mucha, porque ella andaba todavía como suspendida entre dos dimensiones y no le hizo demasiado caso. No quería terminar de regresar todavía. Las sensaciones que tenía le provocaban una leve y controlable borrachera. Le agradaba. Y caminó despacio, hojeando la revista, sintiendo que sus movimientos desplazaban el aire lo justo y pensando que le iba a ser difícil concentrarse para estudiar. Todavía no había necesidad. Era la primera semana de clase. Lo hacía porque le gustaba preparar los temas con tiempo y leer diversa bibliografía. Sin embargo, había perdido el impulso sesudo que la hizo quedar con Diego, su amigo ahora después de haber sido su amante pasajero. Le invitaría a una cerveza y hablarían un rato. No de lo que acababa de sucederle. Nada, en realidad. Diego estaría ya en la biblioteca, guardándole sitio. Pero, antes de alcanzar la escalinata de la entrada, escuchó con sobresalto los pasos a la carrera que se acercaban a ella y el grito, casi sin aliento, de Enzo y su mano presionándole el brazo para que se volviera hacia él. Y ella se volvió.

© Luisa Miñana

La autora:

Luisa Miñana. Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza y funcionaria del Gobierno de Aragón. Ha desarrollado trabajos de Historia del Arte a lo largo de varios años como integrante de un equipo de investigación dedicado a la escultura aragonesa del siglo XVI, participando en más de una veintena de publicaciones. Es coordinadora de la revista digital "El Cronista de la Red", <http://www.aragonesasi.com/cronista>. Ha escrito la novela *Pan de oro*, publicada por Mira Editores en 2006. Blog personal: <http://pandeoro.blogia.com>

PEREGRINA

por Moisés Sandoval

*Peregrina de ojos claros y divinos
y mejillas encendidas de arrebol;
mujercita de los labios purpurinos
y radiante cabellera como el sol.*

Canción de Luis Rosado Vega y
Ricardo Palmerín

Al Dany lo encontraron ahogado. Su cuerpo flotaba en la resaca, macerándose en salmuera. Parecía un cúmulo de detritos marinos. Para proteger sus redes, dos pescadores de calzones percutidos, pies blanquecinos de humedad, lo sujetaron con una soga. Luego lo jalaron hasta la orilla de la playa. Apenas tocó tierra firme, hubo una vertiginosa pululación de cangrejos.

Los empleados de la funeraria local le ganaron la llegada a los agentes. Ellos fueron los encargados de delimitar el área y de contener a los curiosos. Y no fue sino hasta horas después, luego de las diligencias de rigor, que a una señal del agente del ministerio público se aproximaron al bulto; uno de ellos impulsado por una vieja camilla metálica. Y vieron el cuerpo hinchado sobre el suelo ardiente agrietado de salitre, sus ojos eran dos almejas putrefactas. Vieron los rojizos jirones de lo que fue una camisa, esos botones de plástico en forma de barrilito, pobre imitación de marfil, los trapos de color mostaza que formaron parte de los pantalones y la hebilla del cinturón con la imagen de Malverde, el santo de los desheredados.

El muchacho moreno de camisa rotulada con el logotipo de la compañía funeraria parecía a punto de asfixiarse, estaba en cuclillas, enfundadas las manos en guantes de plástico blanco transparente, buscaba entre los restos los puntos precisos de donde habría que sujetar para levantar el cuerpo sin que se despellejara. El hedor era terrible. De repente, volteó el rostro hacia los curiosos.

–Pendejo –les dijo–, ya nadie se acordaba.

*«Esa noche había soñado
que entraba en una cantina
infinitamente grande. En el
pórtico, un cartel escrito en
letras góticas, indicaba: la
serena o quizá, la sirena»*

Daniel Ruperto de la Salutación, El Dany, su alias de gran fama en los arrabales, que de estibador había ascendido a capitán de navío, para degenerar luego, a causa de su devoción por el alcohol, en crápula, ladrón y sablista. El día en que murió ahogado caminaba por la orilla de la playa, su figura casi disuelta en la niebla baja, andrajoso, el rostro cubierto de mataduras recientes, y una vieja y dura cicatriz en el pómulo izquierdo, recuerdo de una puñalada benévola; transitaba las horas muertas, pálido y sediento, de regreso del muelle a donde acudía diariamente obligado por la sed y el hambre. Siempre en la espera del arribo de los pesqueros; siempre a la caza de algún pescador compadecido, dispuesto a brindarle un trago y un taco a cambio de su oído atento y su trato obsequioso. Pero no, no hubo suerte esta vez. Bajo el influjo del alcohol a duras penas conseguido pepenando metal toda la mañana, vio el horizonte neblinoso, la bruma sobre el mar inmóvil era una sucia sabana amarillenta; vio el agua putrefacta, vio los residuos de grasa y tripas de pescado, una botella de cerveza rota, una tanga manchada de alquitrán; vio flotar en el cielo crepuscular a una bandada de gaviotas, una formación de pelícanos, y más en lo alto, un grupo de alcatraces adormeciéndose sobre un calmo estanque de aire.

Esa noche había soñado que entraba en una cantina infinitamente grande. En el pórtico, un cartel escrito en letras góticas, indicaba: *la serena* o quizá, *la sirena*. Se introdujo buscando algún rostro conocido. No, ningún pescador a la vista. Se sentó en una de las mesas que encontró desocupadas, y se dedicó a beber, extraño, sin preocuparse por la cuenta. Advirtió que frente a él, un par de rostros

vagamente conocidos le sonreían. Algo interesante se traían entre ellos pues constantemente le lanzaban miradas furtivas. Cuchicheaban como dos cómplices, pero no alcanzaba a entenderlos. Luego repetían esa palabra ¿Perdonarse? *Par de jotos* –pensó. Estaba a punto de unirse a ellos, cuando de repente lo atacó una urgencia. Se levantó y corrió al mingitorio, reteniéndose. Abrió de una patada la puerta. Ante él, un atestado vestíbulo, y en su interior una muchedumbre platicaba como preparándose para una fiesta, reían, y a lo lejos, un bullicio le llegaba en oleadas. Desesperado, empujó y rechazó una segunda portezuela de tijera. Ahora estaba sobre un extraño escenario, ante un auditorio estimulado, como a la espera del inicio de alguna obra de teatro. El miedo escénico vino con la punzada en su vejiga y luego esa tibieza entre sus piernas, y a su nariz llegaba ya el dulce olor de la orina. Buscó a los lados entre las candilejas, en el piso, un medio de salir airoso, pero sus pies se hundían lentamente como en hoyos en la arena. De repente se sintió pesado, un leve aflojar de intestinos. Y él no atinaba a encontrar un retrete. En seguida, apareció en escena una mujer desnuda. Vio claramente sus senos pequeños, su cintura estrecha, y por un instante pareció reconocer los rasgos, la sonrisa de su peregrina. Quiso tomarla en sus brazos. Pero sus pies se hundían en una mierda espesa.

–Mierda. Soñé que me hundía en la mierda –murmuró Daniel, apenas abrió los ojos.

–Vas a recibir dinero –dijo alguien–. Cuando uno sueña con mierda es señal de buena fortuna. O de muerte inminente –añadió, convencido.

–Inmi ¿Qué?

Volteó a ver el rostro de la voz y reconoció a Loreto, su compañero de parranda, echado sobre un catre de lona.

–Inminente. Que va a suceder pronto.

–Traigo seco el gznate, y tú con tus pendejadas.

«Dicen que todo tiempo pasado fue mejor. O acaso debido a la distancia magnificamos los momentos buenos y poco a poco vamos borrando los malos. No era ese su caso. Todos sus recuerdos eran malos. Lo más cercano que estuvo de conocer la felicidad fue cuando vivió con Beatriz, su peregrina.»

Daniel acababa de despertar en el cuarto desmantelado. Yacía boca arriba sobre un colchón marcado por quemaduras de cigarros. Se sentía enfebrecido, la voz le temblaba, las manos le temblaban; su cuerpo entero era un tremedal orgánico. El calor empezaba a hacerse sofocante en el cuartucho de lámina negra.

–¿No quedó ni una gota?

La frente bañada en sudor. Blanquecinos labios secos. ¿Dónde conseguir dinero?

–Debiste de rebajarlo. Te lo dije. No dejaste ni pa'l pobre gato.

–¿Y el micifuz? ¿Anda por aquí el minino? Michito michito, brrr. ¿Darán algo por el micifuz?

–¿Quién te va a dar algo por un pinche gato mugroso? Tu madre que. Vamos a buscarle Danielín. Porque aquí, no creo que un apiadado venga a curarnos la cruda.

A través de las rendijas, el sol mañanero sembraba lumbre sobre sus cuerpos. Las manos trémulas de Daniel hurgaban en los bolsillos de su pantalón. Un bulto. Los ojos se le agrandaron.

–¡Una receta! –exclamó.

–¿Cómo iba la canción esa...? La canción que cantabas anoche. Peregrina de ojos claros y divinos –canturreó Loreto con su voz aguardentosa.

–Una receta. Mira, Diasepam.

–Para maldita cosa te sirve sin un centavo. Puedes limpiarte el culo si quieres. Vamos a buscar a los muchachos. A ver dónde terminaron la parranda.

»Oye. ¿Y si te echaste a la gringuita esa?

–¿Cuál gringa?

–Ya no te acuerdas. A esa que le cantabas anoche, hombre, a la desaparecida. La de ooojos claaaros y diviiiiinos. Si hasta llorabas a moco tendido.

–Y cómo no me voy a acordar –Daniel entornó los ojos–. Pero hace tanto. Además no era gringa. Era güerita, eso sí. Y eran otros tiempos. Tenía los pechos chiquitos como dos mojarritas.

Así estuvieron por un rato, discutiendo se ponían entre ellos de vuelta y media y al instante, como si nada, tan amigos como antes. Hasta que, acosados por el terrible encierro, decidieron salir cada uno por su lado. Daniel cogió una bolsa de plástico negro y tomó el camino de la playa. Caminaba buscando en la arena. Veía con atención, buscaba, reculaba, luego recogía los trozos de metal, los envases de aluminio vacíos de cerveza y los iba acomodando en la bolsa. Los dolores de cabeza le llegaban fuertes, cansadores, y sin que viniera al caso, esa palabra volvía a resonar en su mente, *perdonarse*.

Llenada la bolsa, se enfiló rumbo al depósito de chatarra. La meta, doce pesos para completar el precio de una pachita de mezcal. Ya se encargaría después de llenar la tripa.

En el camino se encontró con el Cuachas. Estaba en la llantera del Poncho; quitaba la rueda trasera de un destartado camión urbano, su ropa cenicienta de mugre parecía camuflarse con el negro ceniciento de la llanta. *Siempre hay un olor penetrante a grasa y polvo en estos talleres.*

–¿Qué dice mi Cuachas? ¿Nada p’ a curar a su amigo?

La desdentada sonrisa forzada en medio del esfuerzo con que atacaba el birlo, aflojando el hierro terco incrustado en la herrumbre. El Cuachas colgándose de la enorme llave de cruz.

–Allí mi Dany. Sáquele sangre a esa caguama. –señaló con la mirada a la grasienta botella de cerveza colocada sobre un bloque de madera, igualmente pringoso de grasa.

«Durante los días que siguieron solo pensó en ella. Se sentía irritado, infeliz. Pasó una semana entera bajo los efectos del alcohol. Nunca estuvo seguro de que fue lo que realmente hizo en ese lapso de tiempo. Se veía caminando de cantina en cantina, en oscuros prostíbulos, se veía en la celda de una comisaría. Incluso recordaba a Beatriz en medio de esa niebla.»

Daniel dejó la bolsa en un rincón. Tomó el envase cafésoso entre sus manos, entrecerró los ojos y se empinó de un trago la cerveza. La tibieza del líquido ambarino le erizó la piel de los brazos. Y mientras el alcohol invadía sus venas se sintió dichoso, asustado, porque comprendió que solo así, su organismo recobraba esa sensación bienhechora.

–Te dejo seco mi Cuachitas. Pero es por una buena causa –le dijo al tiempo que tomaba la pesada bolsa y se lanzaba al ardiente sol de mediodía.

Cuando llegó al corralón, el negro Tobías acomodaba unos costales de ixtle repletos de envases de aluminio prensados, formando una pirámide. *Mejor no molestarlo. Dejar que termine su faena. Este calor. Terrible la cruda en estas horas.*

–¿Cuánto traes Dany? –preguntó Tobías a modo de saludo.

–Apenas completé uno padre.

–Mmmm. Acomódalo sobre la bascula. Te lo recibo como fierro viejo ¿eh?

–Tú mandas mi negrito.

Pinche negro abusivo ¿y el aluminio qué?

»Cuando acabes. De veritas que no traigo prisa. ¿Y no tendrás algo padre? Me está llevando la tiznada.

Tobías pareció no escuchar. Se dirigió a la báscula y empezó a tantearla.

–Ocho kilos a dos pesos cada uno nos da catorce –murmuró.

Metió la mano a la bolsa de su pantalón y sacó un montón de monedas. Y contándolas, una a una, las fue colocando en la palma abierta de Daniel.

Apenas salió del depósito de chatarra enfiló por el callejón de los borrachos, rumbo a la tienda de abarrotes de Doña Lupita. Las tripas ya le hacían un reclamo. Le dolía la cabeza. Pero trataba de mantenerse sereno. En su cansancio, volvía esa idea de morir. ¿Será cierto que en los últimos instantes de un moribundo aparece una imagen de los principales momentos de su vida? Ahora le sangraba la nariz. ¿Será cierto que esas imágenes son la despedida del alma? Su vida era atroz.

Dicen que todo tiempo pasado fue mejor. O acaso debido a la distancia magnificamos los momentos buenos y poco a poco vamos borrando los malos. No era ese su caso. Todos sus recuerdos eran malos.

Lo más cercano que estuvo de conocer la felicidad fue cuando vivió con Beatriz, su peregrina. Con ella, todo fue una primera vez; primera vez que se adentró en el alma de una mujer; primera vez que confió ciegamente en alguien, que dejó expuesto su corazón; primera vez que hizo el amor sin pagar por ello. Pero al reflexionar en esos momentos, en ese lejano tiempo en que la conoció, irrumpía en su mente el día en que la encontró hojeando una revista, y concluía en que ese acto, trivial en sí, ese volver de paginas fue lo que cambió el curso posterior de sus vidas. En una de las confidencias provocadas por el alcohol, Loreto le había contado un secreto. Beatriz había estado casada. El golpe fue tan terrible que lo dejó sin resuello. Estaba decidido a no reclamarle; quedarse callado. Darle tiempo. Pero al verla hojear esa revista, no pudo contenerse. Debió saberlo: su amor era un frágil puente al borde de un abismo. Conoció a Beatriz en uno de sus viajes. Él era capitán del Atún cuatro. Se vieron tres o cuatro veces por diferentes bares de la ciudad hasta que él se decidió a hablarle de amor. Después de un breve noviazgo ella se decidió a seguirlo. Llevaban un mes viviendo juntos en ese hotelito a la orilla de la playa. Ese día, Beatriz lo esperaba al final de un largo sendero de palmeras. Sentada en una de las dos poltronas, bajo la enramada cubierta de buganvillas del hotel, ella estaba de espaldas y no se percató de su llegada. Distraída volvía las páginas. Él esperó un momento parado tras ella, y alcanzó a leer los diversos anuncios.

Dormitorios con cuarto de baño.

Cocina completa. Jardín. Amplia terraza, vistas al puerto y a la ciudad.

Una recámara.

Disponible los meses de verano por semanas, quincenas o el mes completo.

—¿Qué buscas? —preguntó Daniel.

—No hay nada que hacer aquí. Hojeo revistas —respondió Beatriz. Pasó precipitadamente las páginas y luego añadió: —¿Ya pagaste la cuenta?

—A mí no puedes engañarme. ¿Puedes prestármela?

—Claro, toma —contestó asombrada.

—¿Estás pensando en irte?

—Querido, tengo que pedirte que me aclares la situación. Me cuesta decirlo, pero no tengo mas remedio —Beatriz no levantó la mirada—. Ya recibiste tu salario. Y yo estoy aquí, atascada. No puedo salir ni a la calle. El administrador ya me imagina levantando el vuelo como si fuera una sinvergüenza, sin pagar la cuenta. Y tú te apareces como si tal cosa.

—Qué extraño.

—¿Qué es lo extraño?

—El que busques departamento.

—¿Qué te hace pensar que era eso lo que buscaba? No buscaba nada en particular. Solo hojeaba la revista.

—Qué casualidad. Qué estúpido soy.

Ella calló.

—¿Por qué no dices nada?

—¿Es necesario que diga algo?

—Sí, muy necesario —dijo él con dureza.

—¿Has estado tomando?

—No me respondas con otra pregunta. ¿Por qué no me lo dijiste desde un principio? Quién sabe si lo hubiera comprendido.

—¿Y qué es lo que tenía que haberte dicho?

—Loreto me dijo que conoce a un tipo que dice ser tu marido. Un pobre alcohólico del que huyes. Eso, eso me dijo.

—¿Y así, sin más, se lo creíste?

—¿Por qué iba a mentirme?

«El primer trago de mezcal le supo a gloria. Como por arte de magia se intensificaron los colores del aire. Y desaparecieron esas imágenes de su peregrina, que como un reproche le sorprendían cada vez que se encontraba seco. Pero el mezcal no duraría mucho.»

Pero Beatriz calló nuevamente.

–¿Por qué no hablas? –preguntó con ansiedad.

–Tengo que irme –contestó por fin. Y se quedó mirándolo con tristeza.

–Entonces es cierto –dijo Daniel, amargamente.

–Me voy. Espero que tengas la amabilidad de pagar la cuenta.

Durante los días que siguieron solo pensó en ella. Se sentía irritado, infeliz. Pasó una semana entera bajo los efectos del alcohol. Nunca estuvo seguro de que fue lo que realmente hizo en ese lapso de tiempo. Se veía caminando de cantina en cantina, en oscuros prostíbulos, se veía en la celda de una comisaría. Incluso recordaba a Beatriz en medio de esa niebla. Recordaba su cabello rubio, el roce de sus labios fríos como tocados de muerte. La veía avanzar hacia él con sus ojos impenetrables y descubría su rostro en el rostro de una puta.

A partir de entonces empezó para él una vertiginosa caída, de inmensas noches con olor a alcohol que poco a poco se fueron transformando en días. Perdió su trabajo. Y luego pérdidas y más pérdidas.

*«Y las imágenes de ese sueño
volvían disueltas entre la frontera
de la realidad y la fantasía. La tez
pálida, los ojos resignados,
Beatriz desnuda, sí, era ella, su
peregrina. A medida que se
adentraba en el agua sentía un
sabor amargo en su boca.»*

El primer trago de mezcal le supo a gloria. Como por arte de magia se intensificaron los colores del aire. Y desaparecieron esas imágenes de su peregrina, que como un reproche le sorprendían cada vez que se encontraba seco. Pero el mezcal no duraría mucho.

Y la visita al muelle se tradujo en una merma. Ningún atunero había llegado, ninguno de sus antiguos compañeros de travesías a la vista. Con los que se topó fue con el Cuachas y el Loreto. Estaban sobre las rocas de la orilla sacando ostiones. Sobre las tablas del muelle,

una bolsa con limones y una botella de salsa picante, pero estaban más secos que una piedra. Comió lo que pudo y se retiró en cuanto se terminaron la botella.

Emprendió el camino de regreso por el lado de la playa. Bajo el influjo de los restos del alcohol veía el horizonte neblinoso, la bruma sobre el mar inmóvil era una sucia sabana amarillenta; veía el agua putrefacta, veía los residuos de grasa y tripas de pescado, una botella de cerveza rota, una tanga manchada de alquitrán.

Y las imágenes de ese sueño volvían disueltas entre la frontera de la realidad y la fantasía. La tez pálida, los ojos resignados, Beatriz desnuda, sí, era ella, su peregrina. A medida que se adentraba en el agua sentía un sabor amargo en su boca. Y de repente, el miedo, un miedo infinito a morir con los pulmones inundados por lo desechos de las alcantarillas, y sin embargo seguía sumergiéndose como un autómatas. *Perdonarse*. De nuevo esa palabra se desliza –intrusa– en su cabeza, repitiéndose monótonamente. Daniel hace lo posible por expulsarla. El agua lo cubre y sigue adentrándose en el mar como en un sueño crepuscular. Ya no tiene aliento. No tiene miedo. Ya no le importa nada. El cansancio lo ha librado de sus temores. Ahora la maldice, la odia. Por su culpa perderá la vida. La ve erguirse lánguidamente entre las algas convulsionadas, tiene los ojos acuosos invadidos de arena y el mismo rostro rígido que tenía ese día que le sujetó el ancla al cuerpo, puesto que decidió que ella no flotaría. No, ella sería una ahogada pudorosa; su cuerpo sería asiento de madréporas Y como si no acabara de morir, entiende que es ella la que implora, *perdóname*, al tiempo que se aleja hacia el fondo marino arrastrada por el ancla, repitiendo la palabra que poco a poco se transforma.

Perdóname, perdonarse, pondenarse, condenarse, no me mates.

© Moisés Saldoval

El autor:

Moisés Sandoval Calderón. (México, 1965). Servidor público, con Estudios de Profesional técnico en maquinaria para la construcción, actualmente cursa la carrera de Derecho en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Con narraciones publicadas en diversas revistas electrónicas, entre ellas, *Almiar Margen Cero*, *Axolotl*, *No-retornable*, *Destiempos*, *Silencios Literarios*, y la revista *Voces*, en sus dos versiones, papel y electrónica.

CABALLITOS DEL DIABLO (11 microrrelatos)

por Ángel Olgoso

PERSPECTIVA

En la habitación del hospital el padre contempla, por primera vez y con infinita dulzura, a su hijo recién nacido. Es hermoso, de una inocencia irradiadora, rozagante. El padre nota cómo una corriente de júbilo asciende desde algún lugar de su interior y amenaza con desbordarse y reventar cada grieta hasta que levanta un poco los ojos y ve, bajo el techo, levitando pacientemente, con esos acerados destellos de sus filos, cientos de espadas de Damocles que cuelgan justo sobre el cuerpecito de su hijo. Vuelve la cabeza hacia su mujer y sabe al instante que ella lo sabe, pero ninguno dice nada.

* * *

HISPANIA

Salí al pasillo y supliqué educadamente a mis vecinos que cesaran en su vocinglería. Como es natural, fui ofrecido a la ira de la familia: me tumbaron de espaldas sobre la mesa del salón, apaleándome con un vivo sentido del ritmo, extirparon mis ojos y mi lengua, me desollaron la piel a tiras, cortaron manos y pies y arrancaron brazos y piernas, desmembrándome por completo. Resultaba extremadamente curiosa su espontaneidad, casi rayana en el desapego, y se veía a padres e hijos persuadidos de la eficacia de su labor, en absoluto impelidos por animosidad alguna. Parecía bastante probable que, de un momento a otro, habría de prescindir de toda mi sangre, que borboteaba y manaba de forma espléndida y corría zumosa. Lamenté en verdad que se prodigara hasta empapar aquel tapete de ganchillo, poseedor, por lo demás, del intemporal encanto de la artesanía. Al final, quizá un tanto arbitrariamente desde mi parecer, me separaron la cabeza del tronco con un hacha de cocina, sin embargo en modo alguno trato de sugerir descortesía por su parte, puesto que ellos no hacían más que ceñirse a los usos del lugar. La mesa producía ya el efecto de una aguilera con despojos: mi vesícula colgaba de las flores de plástico del jarrón y mis ojos, depositados en el cenicero de cerámica, aún describían una trayectoria semicircular. Pero al menos me extinguí con la convicción de haber defendido sustanciosamente mi derecho a la tranquilidad.

* * *

TESOROS

Hoy, como otras veces, salvé las siete esclusas de seguridad, evité los guardianes y las alarmas y descendí hasta el tercer nivel del subsuelo con mi saco vacío a la espalda. Ahí estaba el tesoro de Troya (copas de oro, collares y diademas engarzadas, hachas-martillo, máscaras de plata y lapislázuli), la Quimera etrusca de Arezzo, la cabeza de alabastro traslúcido de la reina de Saba, el tesoro de Atila y el de Jabhur Jan, las dos puertas de Ubar (la Atlántida del desierto) engalanadas cuatro mil años antes con las más preciadas joyas y metales, ahí estaban reunidas, en largas y ordenadas hileras, todas las grandes maravillas de la antigüedad: fruslerías. Pasé de largo. Me adentré en la sala que reproducía, invertida, una cúpula gigantesca. A la luz de los hachones, mientras me punzaba una extraña mezcla de miedo y alegría, contemplé de nuevo el más espléndido de los tesoros, vedado al común de los mortales. Cualquiera podría matar o morir por esa visión gloriosa, por esa plétora, por esa infinita cornucopia oculta en el silencio de las profundidades. Amontonadas escrupulosamente como lingotes idénticos, me esperaban, llenas de promesas, incólumes, las Horas Perdidas. Abrí la boca del saco.

* * *

LA MELANCOLÍA DE LOS GIGANTES

Sin compasión, hunde la hoja de su arma en el centro de mi cuerpo indefenso. No hubo provocación alguna por mi parte. Una ira ciega alenta cada tajo, cada incisión arbitraria y salvaje de la carne. Los míos dijeron que no opusiera resistencia, que ello involucraría a los demás en nuevos peligros. El, mientras tanto, profundiza la herida. Qué puedo hacer yo ante quien contraría de ese modo la ley natural sino sentir una vaga tristeza y esperar aquí, bajo el camino de estrellas, la bárbara amputación final, el momento en que me desplome sin más quejidos que los de mis frondosas ramas al golpear agonizando contra el suelo.

* * *

ULISES

Yo, el paciente y sagaz Ulises, famoso por su lanza, urdidor de engaños, nunca abandoné Troya. Por nada del mundo hubiese regresado a Itaca. Mis hombres hicieron causa común y ayudamos a reconstruir las anchas calles y las dobles murallas hasta que aquella ciudad arrasada, nuevamente populosa y próspera, volvió a dominar la entrada del Helesponto. Y en las largas noches imaginábamos viajes en una cóncava nave, hazañas, peligros, naufragios, seres fabulosos, pruebas de lealtad, sangrientas venganzas que la Aurora de rosáceos dedos dispersaba después. Cuando el bardo ciego de Quíos, un tal Homero, cantó aquellas aventuras con el énfasis adecuado, en hexámetros dáctilos, persuadió al mundo de la supuesta veracidad de nuestros cuentos. Su versión, por así decirlo, es hoy sobradamente conocida. Pero las cosas no sucedieron de tal modo. Remiso a volver junto a mi familia, sin nostalgia alguna tras tantos años de asedio, me entregué a las dulzuras de las troyanas de níveos brazos, ustedes entienden, y mi descendencia actual supera a la del rey Príamo. Con seguridad tildarán mi proceder de cobarde, deshonesto e inhumano: no conocen a Penélope.

* * *

NAUFRAGIO

El día que se hundió aquel navío entre retumbos de barriles y añicos de loza, yo nadaba cerca, ocioso, mientras practicaba esgrima intelectual con mi hermano (el irresoluble problema de la flecha del tiempo y la diana de la inmortalidad). La tripulación, desesperada, se agitaba sobre las aguas oscuras. Unos pocos habían logrado aferrarse a pellejos de buey. Al percatarnos de su desgracia, nos sumergimos resueltos y buceamos hacia ellos, aproximándonos a toda velocidad, con estilo poderoso, ondulante. Siempre sucede que, aunque lleguemos a tiempo para redimirlos, ellos no pueden evitar señalarnos y, enloquecidos, gritar al unísono con un timbre particularmente desagradable que el prestigio o quizá el horror concentran: ¡Tiburones! ¡Tiburones!

* * *

LA PESCA

Cada vez que el artista –que ha renunciado a la luz del sol y malcome en su cuarto– acecha con renovada ilusión las ideas que se van formando bajo el cielo raso hasta gravitar como cautivadoras esferas evanescentes, hechas de pura limpidez, con algo de embrionario, de homúnculos que despiden su propia luz a medida que se vuelven tangibles y nítidos; cada vez que el artista se cerciora –por instinto– de su madurez, de su calidad perdurable; cada vez que levanta en el aire ese pequeño arpón que siempre le acompaña –semejante al bichero usado en las almadrabas para atrapar atunes– y, con brazo férreo, engarfia una a una las ligeras y resplandecientes ideas y las baja a tierra con gran cuidado; cada vez que el artista las deposita a sus pies y el sedoso contorno de aquellas esencias roza la nubecilla de polvo del suelo, tiznándolas invariablemente; cada vez que el artista las desprende con suma delicadeza y las toma al fin entre sus manos, no son ya sino algo sucio, marchito, mezquino.

* * *

JUICIO

Aquel ciudadano no ha acusado de brujería a la mujer ante el Tribunal que habrá de torturarla porque creyera que negociaba carnalmente con Belcebú la ruina de su familia, ni porque la haya visto danzar hasta el amanecer en torno al Macho Cabrío, o amasar unguentos con belladona y hojas de álamo y

grasa de niño, o beber la leche de los jarros que reposan en los alféizares de las ventanas, ni siquiera para vengarse y que sus bienes sean confiscados, sino porque cuando los inquisidores busquen en su cuerpo la señal del Diablo (una heridita impía, un pliegue satánico, una pequeña pero obscena mancha, un lunar sacrílego) él podrá al fin contemplar desnuda a su vecina.

* * *

QUAUHXICALLI

En el primer día del mes, al son de los tambores de piel de jaguar, las víctimas de los sacrificios ceremoniales –niños, esclavos, prisioneros que se desmayaban de pavor– eran arrastradas por los cabellos escalinata arriba, hasta la cima del templo Mayor, y tumbadas de espaldas sobre el tajón. Mientras los sacerdotes, con pedernales y cuchillos de obsidiana, abrían vivos los cuerpos por el pecho y arrancaban sus corazones, espeluznantes alaridos enmudecían a los monos aulladores de las ceibas. La sangre chorreaba y nutría las jícaras, los brazaletes de jade, las plumas de guacamaya, la escritura de piedra, las aristas decoradas con cabezas de serpiente. Pero antes de que los cuerpos fuesen arrojados por la escalinata como muñecos rotos y los sacerdotes honraran al señor del Sol, al dios de los Vientos o a las divinidades Tlaloques de la lluvia ofreciéndoles el humo de los corazones que habían de quemar, éstos eran depositados mientras tanto, como manojos de cebollas rojas, en grandes copas de piedra. A veces allí, en los *quauhxicalli*, de aquellos órganos aún calientes y desconcertados que resbalaban viscosos unos sobre otros intercambiándose últimas voluntades, dolores extremos y pánico incolmable, de aquellas entrañas bárbaramente extraídas, partía un resuello, un siseo, el hipido de las arterias desgarradas al vaciarse de aire y que parecía decir: «Recuérdame, recuérdame.»

* * *

DIADEMA EN TU CABELLO

Hay quien afirma que tu única vestidura es tu pelo, tu cabellera cuidadosamente cepillada y peinada y ungida con perfume, tu largo pelo negro que resplandece y se ciñe como un manto real al blanco de tus huesos.

* * *

LA DERROTA

Para qué huir de ella. No puedes guardarte ni escapar. Antepone tu persecución a toda otra idea. Más pronto o más tarde, a la menor oportunidad, te atraparé. Con paso poderoso, como una sombra leonada, buscará hasta encontrarte. De nada te sirven la Capa de Invisibilidad y su caperuza cubierta de rocío, las Botas de Siete Leguas con las que corres treinta y dos veces más rápido que el más veloz de los hombres, la Hierba de Glauco que hace saltar las cerraduras de todas las puertas, el Tapete de Rolando que te permite convocar cualquier alimento que desees, la Flor Mágica capaz de colorear y perfumar cada una de tus desdichas. De nada te servirán cuando ella –ávida, arrogante, burlona– cierre los caminos y te cerque con infalible celeridad. Puede que llegue sin aliento –es vieja y seca–, que su jadeo delate lo agotador de la incesante tarea que la ocupa desde siempre, pero no puedes albergar dudas sobre el desenlace.

© Ángel Olgoso

El autor:

Ángel Olgoso (Cúllar Vega, Granada, 1961). Es autor de los libros de relatos *Los días subterráneos*, *La hélice entre los sargazos*, *Nubes de piedra*, *Granada, año 2039* y *otros relatos*, *Cuentos de otro mundo* y *El vuelo del pájaro elefante*. Entre sus galardones cabe destacar el Premio de la Feria del Libro de Almería, el Certamen de Literatura Erótica "Gruta de las Maravillas" de la Fundación Juan Ramón Jiménez, el Premio Caja España de Libros de Cuentos, el Premio Internacional de Cuentos Ilustrados de la Diputación de Badajoz, el Premio Clarín de relatos convocado por la Asociación de Escritores y Artistas Españoles y el Certamen de Cuento Marco Fabio Quintiliano. Relatos suyos se han incluido en *Pequeñas resistencias. Antología del nuevo cuento español* (Ed. Páginas de Espuma), *Cuentos del alambre. Antología de nuevos cuentistas granadinos* (Ed. Traspíés), *Noche de Relatos* (NH Hoteles), *Grandes minicuentos fantásticos* (Ed. Alfaguara) y en *Ciempíés. Los microrrelatos de Quimera* (Ed. Montesinos).

LA VIDA CRIMINAL DE ADOLFO MIRABÉN

por Antón Castro

No sé si he matado a un hombre. En esa segunda vida que es el sueño siempre tengo la sensación de que bajo mi aspecto tranquilo se oculta un criminal. Hay un momento que, en mitad de la nebulosa de imágenes y acontecimientos, adquiero conciencia de mi condición y de mi fechoría: no sé muy bien cómo ni cuándo pero acabé con la vida de alguien, a quien desconozco. Mi imaginación le pone rostro, vaqueros y un cabello rebelde con perrera. Y eso me ocurre todas las noches. Unas veces, como si asistiera a fragmentos enigmáticos de películas de mi propia existencia, el crimen guarda relación con coches que van y vienen por el arrabal de la fábrica de salazones, con motos al galope por el acantilado de mis playas de siempre, con gentes reunidas en torno al coñac y al dominó en dos bares que se parecen mucho a Casa Recousó y Cafetería Sanchís, aunque en el sueño las cosas rara vez son idénticas a la realidad. A menudo se produce un salto brusco, un disfraz o una situación inverosímil que las aleja de la cotidianidad. Ni siquiera, a primera vista, tienen nada que ver con mis hábitos de ahora ni con la ciudad donde vivo; la atmósfera del sueño me remite a Baladouro, el pueblo donde nací y crecí, bastante lejos de aquí.

Pero lo peor viene luego, con el despertar, durante la larga vigilia. Ando errabundo y melancólico, con la faz alargada y hostil, como un condenado. Sé que debo una muerte al mundo, y me angustia que los demás puedan enterarse. Me horroriza la posibilidad de que en la oficina de la inmobiliaria donde trabajo alguien pueda percatarse y que Ramón Pernas, que es el más bullanguero, vocee ante todos: «Con nosotros trabaja un asesino. Adolfo Mirabén». Pero lo que más me intranquiliza es que a media mañana de un día cualquiera, en la calle o en la oficina, sin venir a cuento, yo pueda matar a alguien. Así, sin más, porque me da la gana, porque no me ha gustado su mirada o me ha erizado el ánimo su pantalón fucsia Burberry's. No hay nada peor que convivir con un asesino por sorpresa si además es uno mismo.

«Pero lo peor viene luego, con el despertar, durante la larga vigilia. Ando errabundo y melancólico, con la faz alargada y hostil, como un condenado. Sé que debo una muerte al mundo, y me angustia que los demás puedan enterarse.»

Fue hace tres noches cuando en la bruma de mis visiones distinguí un rostro adolescente que se me hizo familiar. Por la mañana, lejos de preocuparme de las casas de campo de Zuera, Pinseque y Movera que querían ver varios clientes, no hacía otra cosa que internarme por los laberintos de mi memoria e intentar recordar aquella faz. Fui escribiendo los nombres de mis compañeros de colegio y repasé con la mente sus caras: Lisardo, Da Ponte, Rebolo, Pedriño de Raúl, Amancio,

Sanjurjo Sietecabezas, Juanín, Chago Veiga... A la mayoría hacía cerca de un cuarto de siglo que no la veía; a otros, sí, incluso en la ciudad donde ahora resido. ¡Cómo voy a olvidar la tarde de cierzo enloquecido en que me encontré a Tolín Iglesias por la calle Conde de Aranda, entonces General Franco, vestido de militar! Estaba como aletado de felicidad: miraba escaparates, coches, autobuses, castañeras. Tras el efusivo abrazo y los comentarios de sorpresa, me dijo: «Chico, no he visto tantas mujeres bonitas nunca. Esto es para morir de gusto». O aquella noche que descubrí a David Pombo hablando a gritos por teléfono en el Paseo de Independencia, al lado de Correos. Había sido mi ídolo local en el fútbol muy de niño. Lo conocían por O Pelé de Uxes y decían que era más rápido que aquel viejo ferrocarril que pasaba por la solitaria estación llena de pájaros una vez por semana. También hizo aquí, creo que en San Lamberto, el servicio militar.

A la noche siguiente, las ráfagas de imágenes fueron igual de perturbadoras y yo rara vez aparecía en ellas; quizá me descubrí en un fotograma lluvioso, durante la proyección de Los chiripitifláuticos, jugando al ajedrez con Pepe do Carmo, el dueño de Cafetería Sanchís. Al final, después de haberme desvelado y haber consultado el reloj varias veces, vi con nitidez a Eduardo El tigre, montado en su derby trucada de 49 centímetros cúbicos, doblando por la avenida del Balneario y el puente del río

Bolaños. Eduardo El tigre, ¿cómo es posible?, me pregunté devuelto a la realidad al alba. Lo había visto con toda claridad tal como era: con el pelo rojizo y corto, la cara moteada de pecas, atigrada, y aquel cuerpo fibroso de junco que había hecho de él nuestro mejor jugador de baloncesto hasta que descubrió las motos y la pasión por la mecánica en el taller de Ramón Milmañas, que lo acogió como aprendiz durante el verano que tuvo como mascota a un zorro llamado Perico. Mi padre, que era malicioso, decía que no sabía bien si lo había contratado para aprender el secreto de las bielas y bujías o como cuidador del indomable animal.

Eduardo El tigre y yo apenas fuimos amigos. Primero, porque él tardó mucho en venir a nuestra escuela y tampoco frecuentaba la doble sesión de fin de semana del Cine Real. En A Catuxa y Figueiroa, los muchachos iban a otro colegio, justo al lado de la vieja presa del molino en Candame. Y luego porque, cuando se trasladó a enfrente de mi casa, no nos caímos en gracia. Ambos vivíamos en un segundo piso y nuestras ventanas estaban a la misma altura, separadas por la avenida de plátanos que lleva al balneario. Yo, desde el balcón o nuestro comedor, cuando sus persianas estaban levantadas, oteaba los movimientos de su madre Clarisa Petón, enlutada y gruesa, o los suyos; si lo deseaba, sabía cuando iba al baño, cuando veía la televisión o si hacía los deberes. Y él, algo parecido. Sabía cuando yo leía tebeos o jugaba en la mesa con mi ejército de botones, pero estábamos en mundos diferentes. A mí me entusiasmaban el deporte, el monte y el río, y Humildad, la nieta de la carnicera, a la que vi desnuda, de cintura para abajo, en Valcobo cuando se le cayó la toalla y dejó al descubierto los rubios y rizados pelos del pubis; él era un chiflado de las motos, y solía ganar en las gymkanas infantiles de velocidad y equilibrio en bicicleta y moto ante Peirallo y los gemelos Balay.

Mi padre trabajaba de operario en una fábrica de bloques de hormigón que tenía su propia cantera. A diario rebañaba con explosivos una inmensa roca. Un día, los artilleros debieron exagerar la carga y la explosión dejó una enorme secuela de cristales rotos en A Pedreira, Catuxa y Figueiroa, la parte alta y marítima de Baladouro. Y a mi padre le tocó la tarea de reparar tantos desperfectos. Mi padre era un tipo divertido de puertas afuera; igual le preguntaba a una mozueta por qué llevaba minifalda que le decía a una mujer casada lo guapa que iba y «cómo se ve que los años pasan de balde sobre ti. ¡Quién tuviera una mujer así! Vaya fiesta». Unas sonreían, otras le devolvían una mueca de enojo o de indiferencia y muy pocas le respondían abruptamente aquello de «¿Qué se habrá creído ese viejo verde?» Así que por aquí y por allá su actitud daba lugar a episodios jocosos y a equívocos más bien molestos que ensanchaban su aureola de seductor de aldea y acentuaban el mal humor de mi madre. Lo he dicho bien: el malhumor de mi madre, que no los celos.

Una de las mujeres más simpáticas de A Pedreira era Mari Luz Merelas, Lucita para todos. Había sido peluquera en Suiza, y le gustaban las picardías. Aseguraba que mi padre, en cuanto a piropos y decires, «tiraba a dar como un viejo galán». A su marido aquello no parecía importarle; decían que era un aragonés sabio de Belchite, seguro de sí mismo. «A Ceferino se le van las fuerzas por la boca. Es inofensivo», solía decir a propósito de mi padre en las tabernas ante los cada vez más insistentes rumores, que se hicieron más constantes cuando mi progenitor pasó una tarde completa reparando los cristales de la casa de Lucita y exhibió alguna de sus mejores frases sin importarle que hubiese vecinas delante. Tal vez lo hiciese por eso, porque había vecinas y no corría riesgos. El conquistador de boquilla siempre precisa testigos. A los pocos días, recién llegado a nuestra escuela, Eduardo El tigre y yo tuvimos una disputa en el recreo. No recuerdo quién tenía razón. Y en medio del viejo solar del Frente de Juventudes, nuestro pedregal de juegos, desafiante y con ese tono de voz adecuado para que lo oyesen todos, dijo:

—Y tú cállate, Mirabén. Mejor sería que vigilaras a tu padre. Todo el mundo sabe que se entiende con Lucita.

Jamás había oído tal cosa ni me había percatado de las veleidades de mi padre. Recuperado de mi asombro, avancé unos metros para que retirase eso de inmediato, aunque sabía que no podría pegarle. Era mayor y mucho más alto que yo. Juanín y Chago Veiga me hicieron el favor de alejarme de él: me

«A mi cruel felicidad, le siguió un insoportable sentimiento de culpa. Tenía la convicción de que mis deseos se habían materializado en el infortunio de El tigre, de que yo era, en cierto modo, el brazo ejecutor de su desgracia.»

hubiera roto la cara; si quería era un auténtico abusón. Seguro. Pero yo estaba rabioso; notaba que la ira me salía por la boca y por los ojos, y que me ardían las orejas. Durante la cena, cuando vino mi padre, fue lo primero que le pregunté delante de mi madre.

–No le hagas caso. Es malo como toda su parentela –respondió.

Y mi madre, sin perder su habitual frialdad, apostilló:

–¡No le hagas caso, no le hagas caso...! Es muy bonito, hombre, que tu hijo oiga a la vista de todos que su padre va por ahí jodiendo con extrañas.

Así lo dijo. Mi padre insistió:

–Mira, mujer, no empecemos. Esta es una cháchara vieja. ¿Por qué no le ha dicho también que su padre se quedó en Suiza con otra y ahora van diciendo que se murió en el extranjero?

Le cogí tal tirria a Eduardo El tigre que no podía ni verlo. O lo hacía a hurtadillas. Lo vigilaba desde mi ventana, creo que le eché alguna que otra maldición espantosa y juré vengarme en cuanto pudiese, no sabía muy bien cómo. Tal vez difundiendo lo que había dicho mi padre, aunque mi madre le cortó categórica: «Eso no es cierto». El azar acudió en mi ayuda a los pocos días: Eduardo El tigre se cayó de su derby trucada por un terraplén, rodó algunos metros, se hizo unas cuantas heridas, pero no le dio más importancia al accidente. Le dijo a su madre que le dolía un poco la cabeza, aunque no le refirió nada acerca de la caída. Y el sábado, a las siete de la mañana, empezó a sentirse mal y falleció de súbito, antes de que el doctor Amenedo se enterase bien de que se había desplomado por un promontorio del playerío de Barrañán. Dijeron que había muerto de una hemorragia interna. A mí, en aquel momento, no me importaban las causas. Me sentía vengado, y esa era una sensación íntima, pecaminosa, que no podía compartir con nadie. Aun tuve valor y morbosidad para contemplar desde la ventana el ritual del luto: la luz pálida del velatorio, el coro de plañideras, las flores, el tránsito de los muchachos de la clase, el pésame del profesor que vino ex profeso desde A Coruña. Fui el único que no acudí a su casa ni al entierro. Tampoco alargué la mano unos días más tarde para recibir la foto del muerto, embutido en un albornoz blanco, que le había hecho Manuel Seara de Castro en el comedor familiar con la ayuda de su inseparable Marica Doce, pintora y decoradora.

A mi cruel felicidad, le siguió un insoportable sentimiento de culpa. Tenía la convicción de que mis deseos se habían materializado en el infortunio de El tigre, de que yo era, en cierto modo, el brazo ejecutor de su desgracia. Me recordaba implorando a no sé quién aquel desenlace. La pasada noche, en una nueva y dilatada pesadilla, volví a verlo como entonces, en la playa de Cambouzas en Barrañán: con su moto rugiente, su cazadora de cuero y aquellos vaqueros llenos de remaches plateados y pegatinas de campeón. No me cabe ninguna duda. Era él e iba a toda pastilla como si quisiera salir del sueño para recordarme que yo era su asesino y que ahora, tantos años después, volvía para vengarse.

Aunque nunca lo sabrá, ya lo está haciendo desde hace quince años por lo menos. Mi padre huyó a Ginebra con Lucita y yo esta misma mañana he ido al psiquiatra con una incertidumbre en los labios: «Señor Lacruz –le dije al médico–, no sé si maté a un hombre». Y él me dio una de esas respuestas que salen en las películas de Luis Buñuel: «No te preocupes. Aunque quisieras, la imaginación no delinque. Es inofensiva».

No logro consolarme.

© Antón Castro

El autor:

Antón Castro (Arteixo, La Coruña, 1959). Es autor de libros de historia, periodismo, ensayo y, sobre todo, narrativa. Su pasión son los tigres y las sirenas, y las viejas fábulas. Coordina el suplemento *Artes y Letras* de *Heraldo de Aragón*. Presenta el programa *Borradores* en Aragón Televisión. Ha publicado los siguientes libros: *Mitologías* (1987), *El corazón desbordado* (1990), *Los pasajeros del estío* (1990), *El silbo vulnerado* (1991), *Bestiario Aragonés* (1991), *Aragoneses ilustres, ilustrados e iluminados* (1992), *Retratos imaginarios* (1994), *Veneno en la boca* (1994), *El testamento de amor de Patricio Julve* (1995), *A lenda da cidade asolagada* (1995), *Arquitecturas imaginarias de Aragón* (1995), *Vida e morte das baleas* (1997), *Los seres imposibles* (1998), *El álbum del solitario* (1999), *Aragón* (2001) y *Vidas de cine* (2002). En octubre sale a la venta su último libro, *Mujeres de mar*, editado por Editorial Destino.

Cristina Rivera Garza

Matamoros, México, 1964

Narradora, poeta e historiadora. Ha sido profesora en la UNAM, la Universidad de Houston, DePaw University, San Diego State University y es codirectora de la cátedra de Humanidades del ITESM, campus Toluca. Graduada de la UNAM en Sociología y Doctora en Historia Latinoamericana por la Universidad de Houston. Ha sido acreedora a la Beca Salvador Novo, 1984-1985, rama de cuento; la beca FONCA Jóvenes Creadores 1994-1995, en la rama de novela; y a la beca FONCA Jóvenes Creadores 1999-2000 en poesía.

Novela:

Desconocer, finalista del Premio Juan Rulfo en 1994, año en que también fue becaria del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Cruzar el Atlántico con los ojos vendados (Tusquets, 2001).

Nadie me verá llorar (Tusquets, 1999, 2000, 2002), con la que obtuvo el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero en 1998, el IMPAC-CONARTE-ITESM en 2000, y el Sor Juana Inés de la Cruz en el año 2001. Traducida al inglés y al portugués.

La cresta de Ilión (Tusquets, 2002), finalista del Premio Iberoamericano Rómulo Gallegos en 2003.

Lo Anterior (Tusquets, 2004).

Colecciones de cuentos:

La guerra no importa (Mortiz, 1991), con el que se hizo acreedora al Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí en 1987.

Ningún reloj cuenta esto (Tusquets, 2003), con el que obtuvo el Premio nacional de cuento Juan Vicente Melo en 2002.

Libro de Poesía

La más mía (Tierra Adentro, 1998).

Blog: "No hay tal lugar": <http://www.cristinariveragarza.blogspot.com/>

* * *

Entrevista

NARRATIVAS*: *¿Quién es Cristina Rivera Garza, al margen de ser una de las escritoras más importantes de México en este momento?*

CRISTINA RIVERA GARZA: Existen múltiples yos, efectivamente. Todos relacionales, todos más o menos útiles. Todos reales. Hay una mujer que, los martes y jueves, se levanta a las 5:30 de la mañana para llegar a tiempo a dar una clase. Hay otra que corre, llueva trueno o relampaguee, a la 1 pm en una pista de color azul. Hay una devota de la sobremesa. Existe la madre de un hijo. Está la que lee, que bien puede ser el que lee. Hay más, por supuesto. Lo que congrega a todas ellas y todos ellos es, desde luego, lo que escribe.

N.: *¿Desde cuando escribe Cristina Rivera Garza? ¿Por qué y qué empieza a escribir? ¿Qué es para usted la escritura?*

CRG.: La imagen es la de un trampolín que, bamboleándose levemente, te invita a saltar. Ahí está el proceso de escritura: una mera provocación. Y el de lectura: el salto a través del cual la cabeza estalla en el fondo de una alberca vacía (¿se han fijado que tanto la página como la piscina –y habría que añadir: el féretro y la puerta– tienen la forma del rectángulo?). Hay un salto al abismo en todo esto. La voluntad, la curiosidad, el deseo que colocan a un cuerpo frente al lenguaje, sin red de protección.

N.: *Ha escrito novela, ensayo, cuento y poesía ¿En qué género se encuentra más a gusto a la hora de escribir?*

* Entrevista realizada por Magda Díaz y Morales

CRG.: Me interesa, sobre todo, la colindancia entre todos ellos, esa franja móvil y gelatinosa que escapa a las distintas migras literarias, los rangers del pensamiento. Me intriga lo que sucede con el lenguaje antes de que entre en territorio vigilado, antes de que sepa qué hacer, cómo comportarse. Por lo demás, nadie debería sentirse a gusto escribiendo. Escribir, de hecho, es una incomodidad provocada.

N.: *¿Cómo ha sido su evolución de un género a otro?*

CRG.: Inicié, hace tantos años, escribiendo y publicando poesía. Un amigo mío envió unos textos, a los que yo había denominado "apuntes" a un concurso: el punto de partida. 1984. Luego vino el cuento (los que quedaron en La Guerra No Importa, por ejemplo). Entre todo eso: la novela. Esperaban los ensayos académicos, luego los así llamados personales. Ahora escribo todo junto, todo a la vez, con frecuencia en el mismo texto.

N.: *Es una exploradora constante del lenguaje, eso se percibe en su obra ¿estoy en lo cierto?*

CRG.: Tengo la impresión de que las vidas contemporáneas siguen derroteros bastante familiares. Sabemos, muchas veces con exactitud, lo que haremos al día siguiente o el mes próximo. Nuestras actividades, a veces hasta las más nimias, siguen los dictados de los calendarios, los relojes terrestres, los cv's. Escribir es todo lo contrario. Escribir es una de los pocos verbos contemporáneos que se resisten a las máquinas de medición, cualquier artefacto de control. Uno va a la escritura como quien va a lo desconocido para encontrar eso precisamente: lo que no sabía, lo que sólo se puede concretar ahí, en la materialidad del lenguaje. Su enigma. Por eso, porque creo eso, es que para mí escribir, además de ser un placer, es inevitablemente una exploración.

N.: *Una vez leí que es una persona a la cual le aburren las certezas ¿es verdad?*

CRG.: Suelo repetir una anécdota sobre algo que me decía mi padre en relación a lo que él llamaba mi "ir a contra corriente". Decía mi padre que si algún día moría ahogada (no que lo deseara, por supuesto) me iría a buscar río arriba y no río abajo. Hay algo en esa anécdota que, como se dice, es real y verdadera, que siempre me hace sonreír con cierto orgullo. Es incómodo ir a contracorriente, a veces es difícil y en muchas ocasiones hasta doloroso, pero siempre es interesante. Y lo interesante no necesariamente es hermoso o útil, casi nunca es productivo. Supongo que tengo cierta tolerancia por la incertidumbre; supongo que no hay peor crimen que el aburrimiento.

N.: *¿Qué piensa del panorama editorial? ¿Cree que publicar es muy difícil o que es más difícil escribir?*

CRG.: Una cosa: nos hacen falta más editoriales independientes que apuesten por la pieza verdaderamente interesante. Sé que esto rara vez es un negocio, pero pienso en pequeñas editoras como Bonobos, radicada en Toluca y con un catálogo valiente y, por lo mismo, envidiable, que han logrado sobrevivir con pasión y, claro, solidaridad.

Otra cosa: Lo difícil, al menos para mí, es encontrar el tiempo, los bloques de tiempo, que se requieren para escribir.

N.: *¿Cree que existe una literatura de mujeres, para mujeres?*

CRG.: Dos maneras de abordar esta cuestión. Porque creo que escribo con lo que sé y con lo que creo que sé y, sobre todo, con lo que no sé, asumo que la cuestión de género es más un punto de partida que de llegada. Más un punto de exploración que de representación. Más un punto de contención que de afirmación. En este sentido, no creo que la escritura no tenga género sino que tiene todos los géneros. No se trata, luego entonces, de una actividad pura sino de una de las más sucias de todas las actividades humanas, La literatura, por otra parte, existe para lectores –en plural y sin mayúscula.

N.: *Ha sido profesora en varias universidades estadounidenses ¿Qué tan importante es su trabajo como académica?*

CRG.: Le debo a la academia, especialmente a la estadounidense, una disciplina a toda prueba, buenos hábitos de trabajo, la paciencia. Le debo, también, una casi natural suspicacia hacia cualquier puntada que pretenda hacerse pasar por una idea construida. Y, además, como buena casa de la crítica, le debo un talante descreído con el que la trato, sobre todo, a ella misma.

N.: *¿Qué proyectos de escritura tiene en puerta?*

CRG.: Trabajo desafortadamente, en los bloques de tiempo que puedo sacarle al trabajo, en una novela. Estoy casi en las páginas finales, o al menos eso creo. Veremos ya que pasa en los días venideros. Las lectoras de Pizarnik.

N.: Si existe para usted un lector ideal ¿cuál es?

CRG.: Vuelvo a la imagen del trampolín o el del peñasco, la que les resulte más interesante. El lector ideal posiciona su cuerpo frente al libro y, en determinadas circunstancias, con ciertas páginas, da el salto. Hay algo allá abajo, en el lenguaje, que lo llama. Algo que no sabe pero que lo sabrá. Algo que lo lee. Allá abajo está el libro que está escribiendo en el momento de leer.

N.: ¿Hay algo que jamás le han preguntado y que le gustaría decir?

CRG.: El eco de esa pregunta, que no su respuesta, está en las páginas de mis libros. También para eso los escribe uno, supongo, para ser capaz de oír ese eco, para mantenerlo vivo.

* * *

Relato

LA VIDA EXTRAVIADA

por Cristina Rivera Garza

I

El primer recuerdo en el que aparece el *yo* es el recuerdo de una pérdida. Un extravío. Vivía entonces en la esquina más noreste del país, ahí donde el Golfo conserva el nombre pero gana la nacionalidad, en una de esas casas de madera que, sin importar cuando fueron construidas, siempre dan la apariencia de ser viejísimas. Se había sustituido ya el cultivo del algodón por el del sorgo y, durante los meses del verano, las amplias parcelas del Valle adquirirían entonces, como ahora, ese color encendido, entre marrón y naranja, que a menudo hace creer que uno pisa el sol, o algo parecido al sol, cuando camina por ahí. En ese lugar, entre los surcos de un campo de sorgo, emergió, con un terror inigualable, la primera noción del *yo*.

Yo estoy perdida.

Recuerdo esa frase. Y, junto con la frase, recuerdo las imágenes agigantadas del verde casi negro de los tallos del sorgo y las imágenes, también desproporcionadas, de las melgas que sostenían mis titubeantes pies.

No recuerdo cómo regresé a casa, ni el llanto que debió haber alertado a los que dormían en ese momento la siesta. Pero esa escena en la que el mundo adquiere dimensiones exorbitantes mientras yo me reduzco a una expresión mínima ha sido, desde entonces, la clave para identificar ese estado de fuga y espanto que es el estar perdido.

«No recuerdo cómo regresé a casa, ni el llanto que debió haber alertado a los que dormían en ese momento la siesta. Pero esa escena en la que el mundo adquiere dimensiones exorbitantes mientras yo me reduzco a una expresión mínima ha sido, desde entonces, la clave para identificar ese estado de fuga y espanto que es el estar perdido.»

Dicen los que me encontraron entre el sorgo que, efectivamente, lloraba. Y que, al regresar al regazo materno, ya bajo el techo del porche que nos protegía del sol de mediodía, lo único que pedí fue ir de regreso al lugar de la pérdida.

II

Cuando las familias se mudan con frecuencia, los hijos suelen perderse con creciente naturalidad. Debido a demandas laborales o a cierto talante inadmisiblemente aventurero en el carácter de mis

padres, mi infancia estuvo marcada por los cambios súbitos de residencia, los largos y silenciosos viajes por carretera, y los extravíos que ocasiona el desconocimiento de un nuevo espacio.

Yo no sabía que carecía de lo que se llama «sentido de la orientación» hasta que llegamos a X, un pequeño pueblo en el centro del país, satélite de un campus universitario rodeado de agapantos en flor perpetua. Todavía sin desempacar del todo, pero acatando una disciplina que mis padres llamaban férrea pero que a mí todavía me parece algo exagerada, me llevaron a la escuela primaria. Como buenos padres, me depositaron a la entrada del colegio y, con las manos en alto, se despidieron de mí después de colocar el mítico beso en la mejilla derecha: un verdadero cuadro idílico que habría sido perfecto si a los tres no se nos hubiera olvidado dejar en claro la dirección de la nueva casa o las indicaciones específicas para regresar a ella.

A la hora de la salida, como era de esperarse, me perdí. Tomé, como suelo hacerlo hasta el día de hoy, con una prontitud acaso profética, el camino equivocado. Y caminé sin rumbo, pero también sin miedo, a través de mercados llenos de frutas coloridas, frente a iglesias de edad inverosímil, por calles sin pavimentar, hasta que llegué a una de las orillas de X. Entonces supe, sin lugar a dudas, que estaba perdida pero, sospechando que todo era cuestión de tomar el camino contrario, continué con mi travesía. Aparecieron funerarias y más iglesias y callejones estrechísimos y casuchas semi-derruidas que yo, olvidando que estaba perdida, veía con el asombro y la inocencia del turista. Así, con ese estado de ánimo por demás exultante, con una ligereza que apenas acababa de conocer, llegué hasta la estación del tren. No sabía yo entonces que unos treinta años más tarde describiría ese entrecruzamiento de vías, ese verdadero amasijo de metal, como *algo* pesado y melancólico, *algo* definitivamente venido de otro siglo, *algo* como una isla en el tiempo. Un grito sin voz. Una apabullante lejanía. No sabía yo hace treinta años que ese momento de absoluta desolación y de radical, aunque exultante, soledad, iba a quedar grabado a un lado del sonido de los trenes que no pasaron y del color a óxido que afectaba todo cuanto veía.

Un ciclista cadavérico, de rala caballera blanca, se detuvo al lado de la niña que, inmóvil, veía con absoluta concentración la ausencia total de acontecimientos.

–¿Estás perdida? –preguntó. Y su voz grave, su voz como de pelambre terco, su voz de tren que no pasaba, rajó en ese instante la atmósfera.

Y entonces regresó, con furia pero sin miedo, el *yo*.

–Si –murmuré–. Estoy perdida.

–Dime por dónde vives y te llevo –carraspeó.

Con la naturalidad que proporciona a veces el extravío, con esa proclividad por el riesgo que aún ahora nimba todo lo que hago y, también, lo que no hago, le ayudé al anciano a acomodar mi mochila en los manubrios de la bicicleta y me senté, con toda tranquilidad, en la parrilla trasera. Supongo que tuve que abrazarlo para no caer.

El hombre pedaleó cansina pero firmemente de un lado a otro mientras seguía al pie de la letra mis esquizofrénicas indicaciones. Cuando le pedía que diera vuelta a la derecha porque ese camino me resultaba familiar, él lo hacía sin chistar. Igual, sin decir absolutamente nada, seguía pedaleando cuando le informaba que, una vez más, me había equivocado. Supongo que así anduvimos una media hora y, dentro de esa media hora, con el viento revoloteando por mi fleco y despeinando las trenzas que mi madre se empeñaba en que fueran perfectas, juro que hubo un par de minutos, un segundo apenas, en que me sentí, cualquier cosa que eso signifique ahora, *yo misma*. Cuando finalmente avizoré la puerta negra detrás de la cual se escondía un pasillo muy angosto que desembocaba en mi casa, di un respingo.

–Aquí es –le dije al ciclista y salté del vehículo todavía en movimiento.

Él se detuvo con la misma silenciosa parsimonia de todo el trayecto y, después de darme mi mochila, colocó el pie derecho sobre el pavimento para detener la bicicleta y encender, así, un cigarrillo sin filtro.

Entonces llegó el terror.

Toqué el timbre de la casa con verdadera fruición, imaginando que el anciano en ese momento me arrancaría de mi vida y me llevaría de regreso a la estación de los trenes invisibles; imaginando que el ciclista saludaría a mi madre y la regañaría sin misericordia alguna; imaginando, incluso, que le pediría una remuneración exorbitante por sus servicios. Imaginé, quiero decir, cosas cada vez más exageradas y descomunales. Mi madre, por fortuna, abrió la puerta y yo, un tanto recuperada con la sola visión de su presencia, volvía la cabeza para darle gracias al anciano cuando me di cuenta que éste ya había desaparecido. No había bicicleta ni hombre y ni siquiera el humo del cigarrillo. No había nada. Y en esa nada, de la que naturalmente no pude hablar pero que sí pude *relatar*, se ha quedado también otra manera de identificar ese estado exultante y sin brújula que es la pérdida.

III

La edad más difícil para perderse es, dicho sea esto con toda honestidad, la adolescencia.

Después de leer a Baudelaire, a Benjamin o a Keruack, ningún extravío es *un extravío*.

La adolescencia, que es pura errancia, sufre de las limitaciones propias de las ideologías radicales o las misiones divinas. Perderse a los 14 o a los 17 es más un requisito que una aventura.

El adolescente, a fin y principio de cuentas, siempre encuentra su casa. Cuando no lo hace, entonces se sabe, con toda la amarga certeza del caso, que ha empezado la edad adulta. El verdadero extravío.

IV

Llegué a vivir a X, una ciudad cerca del mar, un verano de mucho sol saturado de bugambilias. Aunque todo mundo no hacía más que describirme la belleza del océano y la singularidad, acaso paradisíaca, de la costa, yo estaba tan llena de trabajo que, por meses enteros, no pude caminar por su orilla. El deseo de hacerlo no llegó sino hasta finales del invierno. Había disfrutado mi primer fin de semana verdaderamente libre y, después de comer y beber, después de platicar y callar con un amigo que venía de una costa aún más lejana, decidimos, como se deciden estas cosas, así, sin más, tomar el coche e ir a la playa. Eran, para entonces, las 11:30 de la noche y ninguno de los dos había tenido la precaución de llevar un mapa.

«La adolescencia, que es pura errancia, sufre de las limitaciones propias de las ideologías radicales o las misiones divinas. Perderse a los 14 o a los 17 es más un requisito que una aventura.»

Manejamos sin prisa y sin destino, guiándonos por un mítico a-la-izquierda, a-la-izquierda, por buena parte de la noche. Cuando tocamos el mismo compact tres veces y la conversación caía fulminada por el cansancio, tuvimos que aceptarlo sin cortapisas: no teníamos la menor idea de dónde estábamos. Entonces nos dimos a la tarea de preguntar a otros motoristas nocturnos, especialmente a aquellos que se detenían bajo los semáforos que, a esa hora de la noche, tenían un ligero nimbo lyncheano.

–¿Cómo llegamos al mar? –preguntábamos con una inocencia que a los otros, jóvenes casi todos y en speed con toda seguridad, les resultaba altamente sospechosa. Supongo que era por eso que nos dejaban con la palabra en la boca, acompañados nada más del eco que dejaba en el aire húmedo el ruido de los neumáticos contra el pavimento en el momento del arrancón.

–¿Dónde está el océano? –inquiríamos ya con algo de suspicacia propia ante los navegadores nocturnos de cerca-de-la-costa para recibir sólo risitas sardónicas o ventanillas en súbito movimiento vertical.

Todo parecía indicar que el océano, tan cercano, tan obvio, tan material, quería escabullirse.

–¿Falta mucho para llegar a la playa? –le preguntamos a otro motorista nocturno.

–No –dijo y, para nuestra gran sorpresa, continuó–: Síganme si quieren. Voy para allá.

A nosotros nos pareció absolutamente natural lo que hicimos: colocamos el coche detrás del suyo y, como si lo conociéramos de toda la vida o nos uniera una confianza ancestral, lo seguimos por debajo de puentes y sobre rieles metálicos, a lo largo de anchas avenidas sin tráfico y por enredados caminitos de laberinto. El solitario motorista nocturno nos condujo a su casa que, a todas luces, no quedaba cerca del mar. Cuando declinamos su invitación para tomar algo o ver, cuando menos, la televisión juntos, no fue por miedo o resquemor sino, más bien, pura terquedad: todavía creíamos que esa noche, esa noche y no otra, esa noche precisa llegaríamos a nuestro destino. Él lo entendió y, antes de dejarnos ir, nos dio las gracias.

Nos encontrábamos en la hora más oscura cuando decidimos detenernos. Los dos estábamos cansados y, a esas alturas, no sabíamos ya ni cómo regresar. Supongo que la frustración y el agotamiento fueron los que nos hicieron estacionar el coche en el lugar al que al coche se le dio la gana. No tardamos, en todo caso, en cerrar los ojos.

Tuve un sueño. En el sueño, la luz del sol y el bochorno me obligaban a abrir los ojos. Me movía lentamente después, tratando de recordar dónde estaba y por qué estaba ahí, mientras bajaba la ventanilla. Entonces lo reconocía: era el olor a océano. Y entonces abría la puerta y, corriendo como hacia un imán, lo descubría detrás de los matorrales. Sereno. Obvio. En perpetuo movimiento. Ahí estaba. El mar. Mi amigo, que me había seguido sin yo darme cuenta, murmuraba entonces:

–Dimos con él –luego de titubear un poco, añadió–: O dimos con ella. Da lo mismo.

*«Perderse para
decir la vida,
extraviada.»*

No fue sino hasta su segunda y políticamente correcta intervención que me di cabal cuenta de que *eso* no era un sueño.

V

Perderse para producir el contexto desde el cual es posible atisbar el *yo*.

Perderse para encontrar una isla de óxido en el tiempo.

Perderse para recordar, unos treinta años después, el momento de la pérdida.

Perderse para cumplir una misión.

Perderse para encontrar lo que no se buscaba.

Perderse para restar.

Perderse para vivir dentro del Gran Aro del No.

Perderse para desvariar y discurrir y disgregar.

Perderse para perder.

Perderse para decir la vida, extraviada.

VI

Lo único que se consigue saliendo a caminar sin propósito es cansarse.

Kôbô Abe, *La mujer de la arena*.

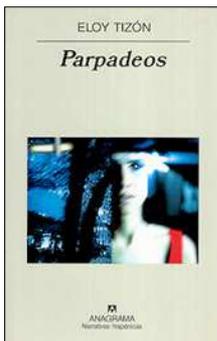
Novedades editoriales

Palabras bajo el mar

Fernando Trías de Bes

Alfaguara, 2006

Tres personajes de una misma saga familiar luchan por liberarse de la sombra de un pasado que parece proyectarse de generación en generación. Con la fuerza de la imaginación y la sensibilidad como únicas armas posibles, se batirán admirablemente por romper esas cadenas heredadas. *Palabras bajo el mar* nos remite a esos secretos de familia tan protegidos que pueden no ser desvelados jamás. Secretos que esconden verdades cuyo conocimiento causaría demasiado dolor. Fernando Trías de Bes narra en esta novela una historia plena de intriga, de gran ritmo y magnetismo, y con una galería de personajes inolvidables en su heroísmo cotidiano



Parpadeos

Eloy Tizón

Anagrama, 2006

En una milésima de segundo puede uno alcanzar la riqueza o arruinarse, ganar o perder, enamorarse o dejar de amar... o puede contar un cuento. El parpadeo es la posibilidad microscópica de un cambio. Este libro reúne trece historias cotidianas y a la vez excepcionales, observadas fotograma a fotograma, precedentes del mundo de la imaginación, de los sueños, de la literatura, de viajes a través del espacio y el tiempo –al futuro o al pasado–, donde lo usual se transfigura en imprevisto y, por ejemplo, los pájaros lloran, los peces vuelan, los gatos calzan botas, los robots sufren como personas, los fantasmas se pasean por la calle, en el descansillo de la

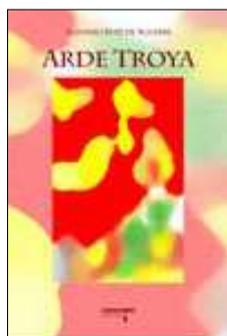
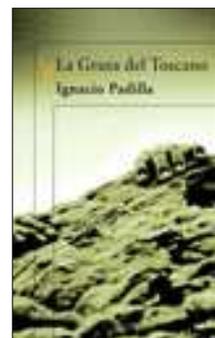
escalera aparece con toda naturalidad un león suelto, y un simple trayecto en ascensor puede convertirse en umbral de una experiencia peligrosa. Después de *Velocidad de los jardines* –escogido por la revista *Quimera*, en una encuesta entre críticos, como «uno de los mejores libros de cuentos de la literatura española del siglo XX»–, he aquí trece miniaturas sobre las que el autor derrama su mirada lírica, intensa, compasiva y secretamente maliciosa: parpadeante.

La gruta del toscano

Ignacio Padilla

Alfaguara, 2006

Desde su tendejón en una llanura de los Himalaya, el serpa Pasang Nuru ve llegar expediciones cada año, todas con la misma intransigencia y la misma estúpida fruición por matarse en la cordillera. El frío y la altitud les pasan la factura de su soberbia y su descuido. Muchos regresan mutilados por la gangrena, cegados por la nieve o delirando por la disentería. Pero nada disuade a estos seres febriles en su afán por ser los primeros en llegar al fondo de la Gruta del Toscano, que podría contener los nueve círculos del Infierno dantesco. Escudan su pasión por el peligro con razones en apariencia trascendentes: el honor nacional, la divinidad, la conquista de las últimas fronteras, la inmortalidad y el dominio de las fuerzas naturales.



Arde Troya

Alfonso Ruíz de Aguirre

Ediciones Amargord, 2006

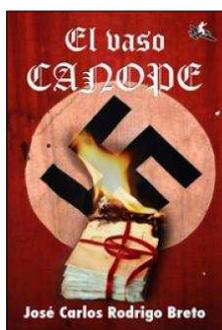
Dimas Orozco, un ingeniero aquejado de un trastorno obsesivo compulsivo que lo hace insoportable a los demás, trata de sabotear los proyectos de DEMÉTER, la consultora donde trabaja, como venganza por las precarias condiciones laborales que ésta le impone. Un buen día consigue entrar en el ordenador de su jefe y se encuentra con un documento que se le antoja comprometedor para su empresa: alguien trata de recalificar unos terrenos para poder construir en ellos, a pesar de que ocupan una zona de protección especial de la avutarda. Lo que comienza siendo una travesura muestra inmediatamente su cara peligrosa cuando Dimas se da cuenta de que un matón lo vigila.

Furtivos

Rafael Mir Jordano

Editorial Almuzara, 2006

El furtivismo actual está muy lejos de ese furtivismo de antaño que se practicaba por necesidad y que adquiría tintes heroicos en nuestros recuerdos, en la literatura y en el cine. Hoy responde a un modelo de organización delictiva, que trafica con trofeos y organiza cacerías clandestinas, con una alta eficacia y una irritante impunidad. Aunque el fenómeno es de actualidad, no ha recibido la atención debida de los narradores, a pesar de sus duros perfiles y de su indudable interés humano y sociológico. La novela, descarnada en algunos de sus episodios y apasionante siempre, engancha desde sus primeras líneas. El autor consigue hilvanar de forma magistral naturaleza, violencia, sexo, caza y humanidad, hasta conseguir que el lector vibre con las peripecias y zozobras de una peligrosa actividad que está desangrando los montes y cotos españoles.



El vaso canope

José Carlos Rodrigo Breto

El tercer nombre, 2006

Alejandro Castellano, catedrático de Historia Contemporánea, recibe una carta de su colega rumano, Dan Bumbescu, en la que se la apremia a reunirse con él en Bucarest. Una vez allí, descubre la existencia de una presunta correspondencia entre las amantes de Hitler y Mussolini. Con la intención de certificar la autenticidad de las cartas ambos historiadores emprenderán un viaje a través de distintos países que les llevarán por una buena parte de la Europa del Este y Central, además de Italia y Egipto, mientras son perseguidos por un grupo de neonazis que también pretenden

hacerse con los documentos.

Chatarra

Daniel Ruiz

Editorial Calambur, 2006

Chatarra es la historia de una tragedia ocurrida en un pueblo cuyo nombre se desconoce. Una mañana, el cadáver de una muchacha aparece en un riachuelo. Esto provoca una situación generalizada de dolor e histeria que desencadenará la sucesión precipitada de los acontecimientos. Con voces que se articulan como débiles susurros a lo largo de cada página, la narración se orquesta de modo coral, siguiendo un ritmo narrativo, frenético y delirante. Todo ello, a partir de la recreación de un universo estético abiertamente deudor de la poesía de Federico García Lorca.



Pequeños hombres blancos

Patricia Ratto

Adriana Hidalgo Editora, 2006

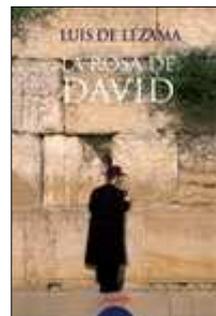
Una profesora, Gabriela, llega al pueblo chubutense de José de San Martín para dictar matemáticas en un secundario. Poco a poco va descubriendo que llega a un desierto en cuyo territorio las relaciones humanas están poseídas por una aridez interior difícil de soportar, una aspereza que mal oculta una violencia individual y social casi siempre al borde del estallido. Son los años de la última dictadura militar, pero Gabriela no es una militante, ni está en contacto directo con aquella voluntad, ya ausente en esos territorios desolados de la Patagonia; pero sobrevive el clima casi irrespirable, la forma de rivalizar, la brusquedad, la competencia sin códigos. Gabriela es como la mayoría silenciosa a la cual pertenece. Es ingenua, viene de otro pueblo, estuvo dedicada a sus estudios, carece de experiencia. Alguien oscuramente informada. boda... Esto es casi una singularidad de *Pequeños hombres blancos*: los años de plomo han sido narrados en general en sus momentos extremos; pero la atmósfera de opresión y terror abarcó de manera imprecisa a toda la sociedad y esta novela pone en escena ese contacto diario y borroneado que agobiaba a todas las personas por igual, con el brumoso y difuso sufrimiento de quienes no fueron el blanco específico ni las víctimas directas.

La rosa de David

Luis Lezama Barañano

Ediciones Algaida, 2006

A finales de los cincuenta, mientras estudia español en la Universidad de Salamanca, Aaron –un joven norteamericano de origen judío– se enamora de una muchacha española. A pesar de la distancia y de las diferencias de idioma, religión y cultura, que parecen abocar esta relación al fracaso, Aaron y Angelina inician un periplo vital que, a través de Estados Unidos, les llevará finalmente a Jerusalén, la Tierra Prometida. *La rosa de David* es una novela donde se conjugan la Cábala y el misticismo, las ancestrales tradiciones judías y los vestigios de los conversos españoles, el anhelo de paz en Tierra Santa y el interminable conflicto palestino-israelí; pero ante todo, *La rosa de David* es una novela sobre el Amor: sobre el amor humano y el amor místico, sobre el amor como fuente de conocimiento –conocimiento del otro, pero también de uno mismo–, sobre el amor como camino para resolver los conflictos que atormentan a los seres humanos.



Invención para una duda

Antonio Prieto

Seix Barral, 2006



Un viejo jugador de fútbol retirado descubre que se ha convertido en personaje de un libro. Iniciará entonces una búsqueda del autor y de las razones que lo han llevado a incluirlo en su obra. Su investigación lo conducirá a un camino aparentemente olvidado, el del pasado, en una intriga en la que la literatura se convierte en la única posibilidad de resolver la propia vida. *Invención para una duda* es una novela sobre memoria y literatura. De cómo los recuerdos moldean las vivencias, y de cómo la ficción es capaz de modificar nuestra vida, pasada, presente y futura. La curiosidad del protagonista de esta original novela es el hilo conductor de una historia metaliteraria

en la que abundan los guiños del autor hacia un lector cómplice.

Lluvia

Victoria de Stefano

Editorial Candaya, 2006

Victoria de Stefano (1940) es, desde hace tiempo, la más prestigiosa escritora venezolana y referencia ineludible de la literatura hispanoamericana actual. Su novela *Historias de la marcha a pie* quedó finalista del Premio Rómulo Gallegos en 1998, cuando el ganador fue Roberto Bolaño con *Los detectives salvajes*. Las novelas de Victoria de Stefano exploran desde la realidad social más dolorosa (su marido, el filósofo Pedro Duno, con el que compartió el exilio en La Habana, Argel, París, Zurich, Barcelona y el Chile de Allende fue uno de los máximos dirigentes de la guerrilla venezolana de los años 60) hasta los más recónditos territorios del yo. *Lluvia* es un relato mínimo pero de una intensidad conmovedora y deslumbrante. Según Ednodio Quintero, «Vida y escritura, dos temas que son uno, han sido motivo de reflexión permanente para Victoria de Stefano, y en *Lluvia* encuentran su más esclarecedora y equilibrada expresión».



La expectativa

Damián Tavarovsky

Caballo de Troya, 2006



Y si uno no hace nada, ¿qué puede hacer?: pensar y esperar, pensar y esperar. Y la espera se puede convertir en un territorio inhóspito, áspero, desasosegante. Y pensar volverse un martirio o una cárcel, y dejar de pensar, un deseo imposible. A Jonathan, el protagonista de esta historia, la vida se le ha convertido en mera expectativa. En los años de la bonanza económica llegó a sentirse un triunfador: coche nuevo, apartamento nuevo, zapatos de marca, pero cuando la crisis económica convirtió a la Argentina en un páramo laboral, todo se viene abajo: adiós al auto, adiós al pisito en

barrio respetable, adiós al consumo de marcas. Sólo pensar y pensar, pasear por las calles de su barrio de siempre, la pizzería de siempre, el paisaje de siempre.

La noche de Cagliostro y otros relatos de terror

José María Latorre

Valdemar, 2006

Además de ser uno de los ensayistas cinematográficos más destacados de nuestro país, José María Latorre (Zaragoza, 1945) ha desarrollado una prolífica y personal carrera literaria –con más de treinta títulos publicados– que combina un complejo universo creativo y su gusto por lo fantástico, por lo bizarro. Las narraciones terroríficas e inquietantes que integran *La noche de Cagliostro y otros relatos de terror* ofrecen una buena muestra del talento de su autor, marcado por un estilo sobrio y un lenguaje cuidado y conciso, fundamental para lograr el ambiente opresivo que nos va introduciendo en la acción, donde ningún detalle es intrascendente.



Los decadentes y otros cuentos

Albeiro Arciniegas

Editorial Pre-Textos, 2006

«Sí, eramos la generación del Punk. Colección personal, tarareando (my love, I'm the hell) los grupos y artistas de moda, Nirvana y Neurosis, Delirium; la lista interminable, Aerosmith, Guns'n'Roses, Marilyn Manson, Jonathan Cain, Magna Carta, el Heavy Metal atmosférico y melódico con Djan Karte. Las notas pesadas de Liturgia y de Calvarium, lo último de Pink Floyd y Polimorfia. Así éramos nosotros». Albeiro Arciniegas, escritor colombiano nacido en Pupiales, Departamento de Nariño, es licenciado en Filosofía y Letras. Ha sido ganador del concurso Nacional de Cuento de la Universidad

Metropolitana de Barranquilla, finalista del concurso de Cuentos Carlos Castro Saavedra de Medellín y ganador del Concurso Nacional de Cuento Nuevo Milenio de Pereira. Sus artículos de prensa, entrevistas y relatos han sido publicados en diferentes revistas y medios de comunicación. Actualmente, Arciniegas es el presidente de la Fundación Gabriel García Márquez, trabaja como periodista y prepara nuevos escritos de carácter literario, entre ellos, su primera novela.

Por el camino de las grullas

Cristina Cerezales

Editorial Destino, 2006

Por el camino de las grullas es una novela que no dejará impasible al lector, removiendo, con optimismo, nuestras entrañas más profundas. Cristina Cerezales ha escrito una novela coral en la que varios personajes se unen en el trayecto vital y catártico del camino de Santiago. *Por el camino de las grullas* es una novela sobre las complejas relaciones familiares, sobre la amistad, sobre el nexo que une a personas que buscan, sobre la carga del pasado individual y, en definitiva, sobre el sentido del tránsito en sí mismo. Cerezales crea un fresco de varios personajes complejos –que a la postre somos todos nosotros– en una narración conmovedora.

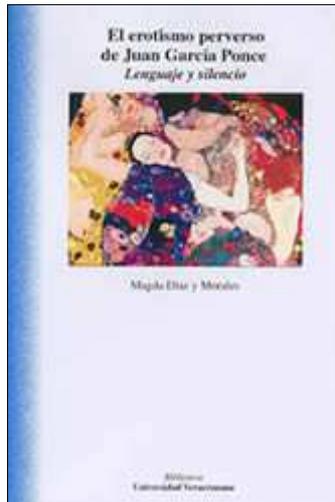


La luz bajo el polvo

Ana Esteban

Ediciones del Viento, 2006

Un verano. Unas calles de fuego y polvo. Lucas y su madre afrontan la simple tarea de vivir, como tantos seres cuyos días transcurren al otro lado de las ventanas abiertas. El aire está poblado por miles de sueños, y pone un velo gris en los rincones y tejados que Lucas esboza en sus dibujos. Por un instante, la vida parece un poco hermosa. Pero en la ciudad la violencia late muy cerca de los sueños y el amor puede hallarse en un lugar equivocado. Quizá Lucas aprenda que la realidad transita a veces por un callejón sin salida; o quizá no le dé tiempo, porque el destino se adueña de ella y precipita su rumbo hacia un final incoherente.



**EL EROTISMO PERVERSO DE JUAN GARCÍA PONCE:
LENGUAJE Y SILENCIO**, de Magda Díaz y Morales

Universidad Veracruzana
Fecha de publicación: 2006
282 páginas
ISBN: 9688347434

* * *

El erotismo perverso de Juan García Ponce: lenguaje y silencio... con esa promesa abre Magda Díaz y Morales el resultado de su indagación dedicada a uno de los aspectos más sobresalientes de la vasta obra del escritor mexicano Juan García Ponce, trabajo intelectual cuyo contexto literario se antoja inabarcable; sin embargo, Magda Díaz sabe ubicar su navegación por tan proceloso mar narrativo orientándose por diversas claves conceptuales en la escritura de García Ponce: la imagen, la mirada, lo disoluto y lo obscuro, el mundo de la apariencia, los contrasentidos, la identidad negada y la inocencia perversa, en fin, el resultado de esta semiosis dinámica se presenta dentro de una red de relaciones cuya expansión instauro un mundo que *El erotismo perverso de Juan García Ponce: lenguaje y silencio* logra describir con acierto, logrando que el *silencio* se torne significativo en grado extremo al dar forma a su propuesta concreta: describir la configuración temática del erotismo como signo en la narrativa de Juan García Ponce.

Gadamer sentó las bases filosóficas de la *estética de la recepción*, una teoría de la experiencia humana del *entender*, un concepto que corresponde a la totalidad de nuestra experiencia comprensiva e interpretativa donde el *espectador* cumple una actividad irremplazable, tal lo describe Gadamer en *Verdad y método*. El espectador es un factor esencial de la experiencia estética. Recordemos la célebre definición de 'tragedia' en la *Poética* de Aristóteles: la disposición del espectador está expresamente incluida en la definición de la esencia de la tragedia. Y en el autor que nos ocupa, como afirma Magda Díaz citando a Christopher Domínguez, «el lector de García Ponce establece con su obra un pacto de amor que incluye la rabia y la indulgencia». Y es que en la óptica de la recepción los textos literarios no están radicados en el mundo sino en el proceso de lectura, y por consiguiente, en la propia experiencia del lector, mas no como una adecuación sino como una tensión. El texto no se corresponde con las experiencias del lector sino que le ofrece enfoques y perspectivas con las que el mundo de la experiencia aparece transformado. El texto literario no se ajusta ni a los objetos reales ni a las experiencias del lector y es esta falta de adecuación la que produce el efecto denominado *indeterminación*, proceso que unido con otros dinamismos textuales, productores también de *indeterminaciones* –como la fragmentación, el montaje o la segmentación–, incentivan al lector para producir nuevas conexiones e hipótesis. Tal proceso muestra la medida en que el componente de indeterminación de los textos literarios crea la libertad que debe garantizarse al lector en el acto de comunicación para que el *mensaje* sea recibido y elaborado. Al aumentar así la eficacia de lo narrado se ve claramente el peso de los lugares de indeterminación en la comunicación entre el texto y el lector. Magda Díaz nos muestra en *El erotismo perverso de Juan García Ponce: lenguaje y silencio* que resultó ser una lectora puntual de su autor y, al detenerse en varios de los espacios de indeterminación, producto del contexto literario que nutrió la producción de García Ponce, así como al describir la novedad en la forma de narrar de este autor, apunta que los miembros de la *Generación de la Casa del Lago* producen relatos plenos de epifanías o revelaciones, de búsqueda de la imagen, de exploración sobre la complejidad de la naturaleza humana, de juego entre lo visible y lo oculto, de reflexión sobre los mecanismos del oficio de narrar, de intertextualidad y metaficción, de indagación del absoluto. La *indeterminación* en sus obras es producto de estrategias de escritura –reglas de juego– diseñadas intencionalmente para promover nuevas lecturas.

Así se inicia una literatura propositiva de cambios en la percepción literaria nacional, expresando su interés por una literatura urbana y transgresora en cuanto al tema erótico y las prohibiciones sobre la

sexualidad, donde el encuentro corporal es, sencillamente, otra forma de conocimiento. No en balde resulta la mujer, su cuerpo, el modelo de la relación *mundo-lenguaje* que García Ponce precisa señalando que la mujer le presta a las palabras, al lenguaje en el que se traduce el pensamiento, una fisonomía, un cuerpo, una serie de gestos, actitudes, flexiones mediante los que se construye la representación en el espacio de un cierto acontecer al reflejarse las palabras en esa fisonomía y mostrar su reflejo como cuerpo del lenguaje, y Magda Díaz analiza con obsesión y acierto esta configuración de la realidad que logró representar literariamente García Ponce.

Magda Díaz realiza con esta investigación una empresa digna de reconocimiento debido a que se propuso surcar la vastedad narrativa de Juan García Ponce intentando el trazado de una nueva cartografía para leer algunos de los varios aspectos de tal obra. La actualización de los mitos no está exenta de variaciones y, en este caso, la travesía de Magda por el universo artístico de García Ponce enfrentó Escilas, Caribdis, Circes, Sirenas y salió avante al reconocer y seguir únicamente el canto de cinco voces femeninas cuyos tonos, exhaustivamente estudiados por la investigadora, entregan al lector una visión sinfónica de la estética de García Ponce centrada en la vivencia erótica, desentrañando *puestas en abismo*, el manejo de la temporalidad, la espacialización y la metadiégesis, la ubicua presencia de la *écfrasis* hasta conjuntar elementos que permiten establecer al respecto una poética garciaponceana. *Cinco mujeres* encierra esencialmente, escribe Magda Díaz, cinco historias de amor cuyas protagonistas son apasionadas, deseadas y admiradas, y saben encontrarse y sentirse con y en el otro, transgrediendo siempre el orden impuesto por la convención social: el problema de la *diferencia* como el problema de nuestro tiempo. En este orden de ideas los estudios de la fenomenología y la hermenéutica ocupan un lugar preeminente, sobre todo en lo que hace al concepto de la *diferencia* que se alberga en la *corporeidad*, ya que el cuerpo es el dato fenomenológico insustituible del sujeto y del otro, el sujeto encarnado en la construcción del sentido del mundo donde la trasgresión accede al estatuto de una estética. En este contexto la alteridad se percibe como aquello que pone en crisis el orden de la sociedad y la vida, la otredad como lo siniestro. Magda se da a la tarea de establecer un cerco acucioso a la narrativa de García Ponce advirtiendo cómo en tal obra se despliega una serie de conceptos como imagen mirada, contemplación, lo disoluto y lo obsceno, la presencia, por supuesto, del cuerpo, de la inocencia mediante la perversión, en fin, el universo de las apariencias que, obsesivas, construyen alrededor del eje *cuerpo-erotismo-trasgresión* una semiosis dinámica cuya red de relaciones se expande tras el ejercicio de la lectura.

La autora de este estudio señala, de acuerdo con Riffaterre, que la *écfrasis literaria* busca la admiración en tanto es un *encomio* retóricamente hablando, convirtiéndose así en blasón de la obra plástica que la hace surgir; encuentro que la lectura realizada por Magda Díaz logra convertirse en emblema, en blasón para la obra que estudia.

Las páginas de *El erotismo perverso de Juan García Ponce: lenguaje y silencio* son prueba del trabajo del *intelectual* honesto que alaba Edward Said: un individuo con un papel público específico en la sociedad que no puede limitarse a ser un simple profesional sin rostro, un miembro competente de una clase que únicamente se ocupa de sus asuntos, sino el individuo dotado con la facultad de representar, encarar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y a favor de un público.¹ Magda Díaz demuestra este compromiso en el resultado de su lectura ya que se propuso argumentar acerca de la configuración temática del erotismo cuya enunciación devela el universo de valores que como signo participa, y el resultado es este acucioso, interesante y valioso acercamiento a cinco representaciones de lo femenino: relaciones que ocurren en un espacio y en un tiempo... y el tiempo es siempre *presente*, actualizado por el lector en turno: el amor es el espacio mismo de la relación, y en cualquier relación, junto con la posibilidad de tener un *tú* con quien dialogar, el individuo siempre corre el riesgo de perderse, de convertirse en un *ello*, precisamente porque una relación afectiva hace aparecer el carácter específico de cada uno de los partícipes con su insoslayable carga de angustia o de ansiedad poniendo en juego el diálogo de luces y sombras que constituyen toda relación amorosa, y que pone en evidencia la región perversa de cada quien instaurando así la zona de la soledad, de la individualidad cuyo carácter íntimo establece el ámbito de la prohibición relacionada con lo sexual, lo sensual y lo erótico.

La indagación de Magda Díaz acerca de la narrativa de García Ponce a partir de sus cinco imágenes femeninas comprueba que al romper los tabúes, comprendemos que los sentidos sólo pueden

¹ Said, Edward, *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós, 1996, pp. 29-30.

expresarse cuando viven dentro de la órbita de la prohibición, nutriéndose de lo prohibido. Mas la sexualidad humana nunca es, en comparación con la de otras especies, completamente instintiva gracias al papel que juega en ella la imaginación: por un lado existe el deseo que crea culpabilidad cuando el individuo advierte que está realizando algo prohibido y, por otro lado, hay un sentido de trascendencia, la posibilidad de sublimar o transformar el deseo del individuo en algo espiritual; de ahí que el deseo tenga connotaciones perturbadoras para el sujeto porque altera la manera habitual de relacionarse con la realidad, con el mundo.²

Lo cierto es que tras la lectura de este sólido estudio acerca de uno de los grandes temas de la obra de Juan García Ponce recordé la lectura que sobre el mismo contenido, pero leyendo exclusivamente obra plástica, realiza un famoso crítico y fotógrafo anglosajón, Edgard Lucie-Smith en una investigación acerca de la erótica, las bellas artes y el sexo:

The sexual drive is admitted, even by those who deplore its effects, to be the most powerful of human impulses. It may well be that certain types of erotica ought to be vigorously discouraged. Yet even that discouragement is inevitably going to fall short of total suppression. As for the rest, erotic art and literature have much to tell us about the actual context in which we live, and much to please the aesthetic sense. We may shut our eyes and close our ears, but they are not going to go away. Eroticism is inextricably part of the fabric of the contemporary world.³

Referirse al crítico de obras literarias supone, antes que nada, pensar en un lector cuyas palabras están destinadas a incidir en las decisiones de múltiples lectores, incluidos los autores de los textos que son objeto de esa crítica. Desde distintos espacios de poder el crítico se pronuncia escribiendo el sentido de aquello que lee o pautando al menos una constelación de posibilidades de sentido. Desde luego que el delineamiento del conjunto de dichas posibilidades no escapa a lo que en forma general cabe llamar la escritura de un sentido.

Más allá de lo que declare, la crítica literaria suele partir de una creencia innegociable: el texto literario es más literario que su lectura, por lo que a la escritura crítica le compete la tarea suplementaria de explicar un proceso, una estructura, etc., dirigida tarde o temprano a iluminar un valor que la obra no dice pero que contiene. La crítica colabora productivamente para desplegar lo que la obra misma no despliega. Si la crítica es ante todo construcción, su textualidad refiere al valor de la lectura que realiza, no a una serie de señales que culminan en la verdad. La verdad no es producto de la interpretación en el sentido en que esto pudiera implicar el otorgamiento de una vocación descifradora a dicho proceso interpretativo. Por el contrario, el proceso de verificación se constituye en el lugar de lo verdadero, de lo que emerge una noción constructiva, cierto discurso circunstancialmente situado, pero no el establecimiento de un objeto metafísico.

Lo cierto es que la reflexión crítica de Magda Díaz, vuelvo a recordar al admirable Edward Said, me parece una prueba del intelectual cuyo perfil traza Said así:

Un intelectual es como un náufrago que aprende a vivir en cierto sentido con la tierra firme, no sobre ella, no como Robinson Crusoe, cuya meta es colonizar su pequeña isla, sino más bien como Marco Polo, cuyo sentido de lo maravillosos nunca lo abandona y es siempre un viajero⁴... Magda Díaz, viajera constante en el mar narrativo de Juan García Ponce nos entrega en este libro el resultado de su indagación iluminando aspectos sombríos mas no menos atractivos de la condición humana hasta demostrar que en el universo literario de García Ponce el erotismo es la vida transfigurada en arte y el arte experimenta su metamorfosis convirtiéndose en vida. La errancia sin fin de la palabra literaria ha encontrado en Magda Díaz a una experimentada y sensible cartógrafa cuyo mapa para surcar, en periplo individual, *El erotismo perverso de Juan García Ponce: lenguaje y silencio*, nos aguarda en las páginas siguientes donde no habita el silencio sino una argumentación inteligente, propositiva acerca de uno de los aspectos más atractivos de la poética de Juan García Ponce.

© José Luis Martínez Suárez

² cfr. Carotenuto, Aldo, *Eros y Pathos. Matices del sufrimiento en el amor*, Santiago de Chile, Editorial Cuatro Vientos, 3ª edición, 2002, pp. 71 – 75.

³ Lucie-Smith, Edward, *Erotica. The Fine Art of Sex*, New York, Hydra Publishing, 2003, p. 21.

⁴ Said, Edward, *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós, 1996, p. 70.



PAN DE ORO, de Luisa Miñana

Mira Editores
Fecha de publicación: 2006
158 páginas
ISBN: 84-8465-200-9

* * *

Pan de Oro, novela histórica de la escritora Luisa Miñana, gira en torno a la figura de Pedro Milano, imaginero lombardo que en el siglo XVI se instaló en la localidad de Zaragoza para dejar su huella en diversos retablos e iglesias del lugar, entre las cuales destaca la sillería del coro de la Basílica de Nuestra Señora del Pilar. De las diversas vicisitudes de las que en la novela se dan cuenta, destaca por derecho propio la relación que Milano mantiene con otro de los grandes artistas españoles de la época, el valenciano Damián Forment, una relación que llevará a ambos al enfrentamiento más visceral no sólo en el terreno artístico, sino sobre todo en el personal, y que dará pie a la acusación que puso a Milano ante el Tribunal de la Santa Inquisición a consecuencia de unos dibujos obscenos realizados por él y de su afinidad con ciertos círculos intelectuales próximos al pensamiento de Erasmo de Rotterdam.

La historia, lejos de reseñarse de una manera lineal y escalonada, nos es presentada a través de cuatro puntos de vista complementarios: el de su hijo póstumo Luis, fruto de su matrimonio con su segunda mujer, María de Heredia; el de ésta última, con quien Milano apenas llegó a compartir dos años de vida en común; la de su compañero y amigo Tomás Berasátegui, que no en vano ocupa la mayor parte de la obra y es la más prolija en datos y circunstancias; y finalmente la del historiador Miguel Sánchez, que establece un punto de inflexión fundamental en la historia y que además nos llevará a cuestionar lo que ésta nos ha deparado hasta entonces.

Por todo ello, la novela va mucho más allá de la mera descripción historicista de unos hechos pasados; son las miradas particulares de estos cuatro testigos lo que nos va situando ante los diferentes sucesos acaecidos en la vida de Pedro Milano –aunque es el relato de uno de ellos, Tomás Berasátegui, el que aporta mayor número de referencias–. De esta forma, estos cuatro puntos de vista individuales no sólo acaban por relativizar los hechos que supuestamente se nos cuenta, sino que además adquieren valor propio, otorgando al propio testigo la condición de protagonista en similar medida a la del sujeto sobre el cual nos hablan.

Así, en el primer capítulo, traído de la mano del hijo póstumo de Milano, Luis, sobresale el afán casi agónico del muchacho por recuperar la memoria de lo que no pudo vivir en primera persona, y que no es sino la existencia oscura de su padre:

"La memoria es lo que nos otorga un sitio y no otro, la que mantiene abiertos los ojos y los oídos y pone instrumentos en nuestras manos para que sobrevivamos entre tanta incertidumbre y tanto desgobierno como en la vida hubiere." (pág. 21)

"Ni un solo minuto compartido con él en la vida me convierte a mí mismo en alguien extraño a mis propios orígenes. Carezco de una parte de la necesaria memoria y por eso la busco con avidez. Seguramente por ello me empeño en que esa memoria vaya construyéndose de alguna manera en el futuro." (pág. 22)

Sin embargo, no es tanto la búsqueda del hijo que no ha conocido a su padre como la búsqueda de sí mismo, una búsqueda imposible por cuanto –como muy bien afirmará el historiador Sánchez en el último capítulo– el hallazgo de la verdad es más consecuencia de una extraña mixtura de azares y encuentros que resultado de un estudio concienzudo y metódico.

Esa parte oculta a la memoria de Luis es lo que Tomás Berasátegui, compadre de Milano durante muchos años, trata de recuperar a través del relato pormenorizado de lo que fue la vida de su amigo. En apariencia, es éste el relato más objetivo, el más preciso de todos, aunque aparece salpicado de

numerosas digresiones que, más allá de ralentizar el curso de los sucesos, nos ayudan a comprender el entramado de relaciones que definían la vida en la Zaragoza del siglo XVI y en especial la del gremio de imagineros, y hasta qué punto llegaban sus luchas y su feroz competencia interna. Gracias al pormenorizado relato que Berasátegui nos lega –a través, huelga decirlo, de la mano rigurosa y paciente de Luisa Miñana–, sabremos cómo Milano llega a Zaragoza traído por su protector Juan de Lacasa, cuáles son sus amistades y enemistades más poderosas, la gravedad de las acusaciones que habrá de soportar promovidas por su contrincante Forment y que al cabo le llevarán a la cárcel durante dos meses terribles; también nos habla Berasátegui del amor profundo de Milano por Margarita, su primera mujer (un amor compartido en secreto por el propio Berasátegui, aunque silenciado entre otras razones por la profunda admiración que éste profesaba al italiano), y de la pasión profunda y desgarradora que siente por su trabajo, un arte que al mismo tiempo le proporciona el necesario sustento para sí y su familia.

El tercero de los capítulos, narrado por boca de su última esposa, María de Heredia, resulta ser la confesión terrible de una mujer de veinticinco años llevada por las circunstancias a compartir su juventud con los últimos años de un viejo casi derrotado por la enfermedad y la vida. Es el relato terrible de una joven para quien el futuro hace tiempo que ha dejado de significar algo más que incertidumbre y desconfianza, abrumada por la suerte inexorable de una realidad que en modo alguno ha elegido. No hay sin embargo reproches para quien fue su esposo, de la misma manera que tampoco hubo pasión, ni deseo, ni probablemente amor entre ellos (por más que ella lo busque o lo desee como único modo de asumir aquella relación no pretendida). Es un relato doloroso que no cuestiona, que no se rebela, que ni siquiera se hunde: tan sólo acepta su condición, su destino, el azar de su existencia como una vicisitud más de la vida, en consonancia con lo que su propio hijo Luis nos había adelantado unas páginas antes:

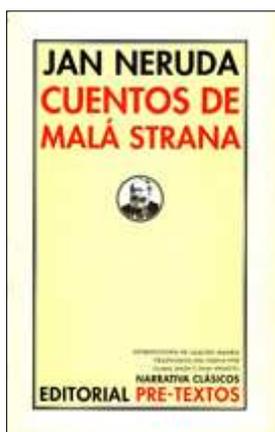
"Otra muestra más del respeto debido al azar, capacitado para delinear vidas en diferentes formas a su antojo o también apagarlas sin más" (pág. 13)

El último de los relatos, el ofrecido por el historiador Miguel Sánchez acerca de su encuentro postrero con la figura enigmática de Pedro Milano, es el más oscuro de todos, el más incierto. Apenas nos cuenta nada que ya no sepamos; sin embargo, es el que más desencanto transmite: más allá de toda concreción histórica, se convierte en la trágica confesión de un historiador que ha perdido la confianza no sólo en el sentido y la finalidad de su búsqueda, sino sobre todo en la pertinencia del proceso mismo de la investigación.

"También me pregunté con qué autoridad yo me acercaba al tiempo de la historia y pretendía ahora de nuevo recorrerlo y recomponerlo, interpretarlo por mi cuenta, e incluso alterar la perspectiva final que la sucesión azarosa o intencionada de hechos y personas ha traído hasta el momento presente." (pág. 153)

Todo lo anterior viene aderezado por la excelente prosa con que la autora, Luisa Miñana, recrea cada segmento de la obra, en una exhibición nada pudorosa de su excelente dominio del castellano antiguo y de sus giros ya en desuso pero bellamente ornamentados, un estilo preciso y preciosista que otorga gran verosimilitud a cada capítulo. Estamos, sin duda alguna, frente a un libro largamente trabajado, resultado del esfuerzo consciente de Miñana por medir cada giro y cada frase, y que, más allá de la recreación literaria de determinados hechos históricos, trata de ahondar con maestría –asumiendo como inevitables cuantos desgarros sean precisos– en la humilde condición del ser humano, incapaz de moverse con seguridad en el mundo y de combatir con eficacia el conjunto de necesidades y azares que vienen a determinar toda existencia. *Pan de oro* no plantea ninguna respuesta; surge de una mirada escéptica y cruda –aunque no por ello menos sabia, ágil y radicalmente vívida– que huye tanto de las certezas como de la misericordia. Y nos descubre también a una narradora valiente, conocedora de su oficio, que maneja con aptitud los resortes narrativos y los diferentes usos del lenguaje, y que seguro que en breve plazo nos deparará nuevas ocasiones para deleitarnos con su talento para la escritura.

© Carlos Manzano



CUENTOS DE MALÁ STRANA, de Jan Neruda

Editorial Pre-Textos
Colección: Narrativa clásicos
Fecha de publicación: 2006
360 páginas
ISBN: 84-8191-726-5
Traducción: **Ester Quirós**

* * *

Sorprende de estos cuentos su modernidad, su rotundo estilo contemporáneo, aun cuando fueron escritos allá por 1870. Jan Neruda es un autor poco conocido y es una verdadera lástima, porque *Cuentos de Malá Strana* es un prodigio de literatura (ignoro si otras obras suyas también, aunque dado el nivel de ésta no sería de extrañar).

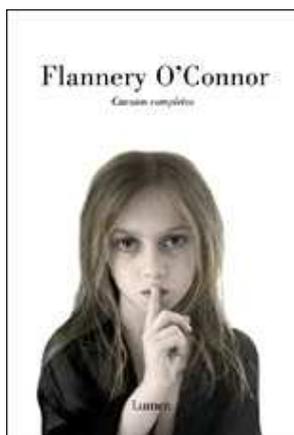
Las historias de estos relatos tienen el único nexo de ambientarse en el barrio praguense de Malá Strana, una suerte de microcosmos que sirve al escritor para introducirse en la vida de unos cuantos personajes mundanos, representantes de clases y estados sociales, y dar cuenta de sus miserias cotidianas, de sus deseos insatisfechos, de sus costumbres imperecederas y, por encima de todo, de sus inconmensurables ganas de vivir.

Quizá sea esta última característica la que mejor da idea del espíritu del libro, de sus protagonistas y de la narrativa de Neruda. El barrio de Malá Strana se convierte en un personaje más, oscuro y silencioso, que impregna el ambiente de los cuentos con un aire de alegría y de francachela, sin obviar nunca la miseria de algunos de sus habitantes. Así, por los diferentes relatos del libro desfilan sastres, pintores, abogados, jubilados, amas de casa, niños y un sinfín de seres con pocos rasgos en común, pero unidos todos por esa atmósfera jubilosa que reina sobre Malá Strana. En general, los relatos versan sobre situaciones mundanas: un estudiante de abogacía que busca un lugar tranquilo en el que preparar sus oposiciones, dos ancianos que se odian desde mucho tiempo atrás por causa de un amor común, un niño que se cuelga en una vieja iglesia para escuchar la misa nocturna que (cree él) celebra allí San Venceslao...

Como se puede ver, no son relatos de acción, pero en sus páginas se celebra la vida, la autenticidad, y por eso resultan tan conmovedoras y bellas. Sus protagonistas son cercanos, casi conocidos, como esos viejos amigos a los que uno cree reconocer cuando se describe a alguien, antiguos camaradas a los que vemos a través de una escritura mágica, poderosa, que tan pronto se acerca a la panorámica cinematográfica (insto a cualquiera a que lea el comienzo del primero de los cuentos para que se quede boquiabierto: no olvidemos que estos relatos son de finales del XIX) como se enmascara, tenue, pero certera, tras las vicisitudes de unas personas enternecedoras. Y es que Neruda maneja la prosa con mano decidida, alternando pasajes de una belleza exquisita –sobre todo, las descripciones– con otros en los que el diálogo surge espontáneo y fresco.

En suma, unos cuentos excelentes que todo aficionado a la narrativa breve debería leer; los no aficionado al cuento, pero sí a la buena literatura, también.

© Emiliano Molina
<http://www.solodelibros.es>



CUENTOS COMPLETOS, de Flannery O'Connor

Editorial Lumen
Colección Narrativa
Fecha de publicación: 2005
848 páginas
ISBN: 84-2641-511-3
Traducción: **Marcelo Covián**

* * *

Soy una de esas personas que penetran la nada
La buena gente del campo. Flannery O'Connor

La literatura norteamericana del veinte ha creado, sobre todo, dos territorios míticos: la literatura urbana, neoyorquina, sofisticada y elegante, en la que la complejidad está servida por la trama en ocasiones pero no tanto por el estilo, el mundo de cuyos extremos tiran Fitzgerald y Auster, pero en el que caben tantos otros autores, desde O'Henry y Edith Wharton o Henry James –de estilo más que complejo– a Dorothy Parker o el mundo narrativo de un director y autor como Woody Allen, una ambientación en la que por supuesto puede encuadrarse la literatura de los suburbios, la de Carver o Cheever o el Richard Ford del díptico sobre Frank Bascombe, incluso gran parte de Updike; en el otro territorio los escritores que han buceado en las pulsiones más profundas y salvajes de una nación joven, los escritores del sur, los escritores del «gótico sureño», como se les nombró, pero que es la tradición inventada por Mark Twain y Bret Harte y que explotó narrativamente con Faulkner, al que siguieron Carson McCullers o Truman Capote, y cuyos herederos más actuales son autores del hilo de Sam Shepard y sobre todo Cormar McCarthy. Esta corriente, potente y caudalosa como la imagen serpeteante de la gran madre acuática de todos ellos, el río Mississippi, es la literatura del gran estilo americano, la que bebe de Melville, Thoreau y Emerson, y ha permitido que dentro de ella germinen las herencias míticas y bíblicas de los fundadores de la nación, pero también las amenazas difusas, los conceptos misteriosos que cualquier terreno de conquista o frontera conlleva. Es una literatura del terror íntimo pero a la vez exagerado, de los miedos colectivos, la literatura de personajes que miran dentro de sí pero explotan de cara a una colectividad que se ve afectada por el fermento interior de una religiosidad abusiva y una naturaleza esplendorosa pero también un tanto maléfica. La literatura del lenguaje barroco y las citas bíblicas, la que aún no concibe los Estados Unidos –al contrario que la otra corriente urbana– como nuevo imperio mundial, la literatura que está segura de que en el centro de la granja más perdida de Kansas habita una imagen del infierno y la desolación. La literatura que busca la tierra prometida, ensimismada y en la que cualquier muestra de sensualidad está habitada por la perdición.

Es una literatura de genealogías, Abraham engendró a Isaac, y todo eso, y por eso este comienzo para hablar de una mujer tranquila, de vida apartada y breve, una enferma crónica, que fundó su propio condado de la que ella era gobernadora y sheriff. «Sin county», pudo llamarle, siguiendo con los paralelismos ciudad-campo. Porque Flannery O'Connor, de la que Lumen ha editado sus *Cuentos completos* en edición bellísima, era una escritora de pueblo, y de hecho cuando sus personajes viajan a la ciudad se sienten desubicados y no hacen sino comprobar la inutilidad del movimiento. Como en una iglesia, los fieles han de permanecer frente al altar en que se proclama el sermón. No se han de buscar nuevas experiencias: En la ciudad sólo hay pérdida, borracheras, tatuajes desoladores, aunque lo cierto es que son ellos, los propios personajes, los que trasladan su violencia interior al mundo urbano, y no al contrario. Es la ciudad la que debe temerles, como animales furiosos abandonados en la calle principal. Por supuesto, ellos como mucho llegan a ser conscientes de que un dolor interior les va descomponiendo, y lo llaman pecado, lo llaman presencia de lo diabólico, lo llaman infierno. Encerrados solitarios en sus granjas, rodeados de sus cultivos y más allá de cielos enrojecidos y amenazadores, de líneas en las que el bosque comienza, miran al exterior y sólo ven un enorme incendio que los devora, pero cuando en busca de reposo se miran a si mismos hallan una pavorosa catástrofe, un viento que amenaza con barrerlos definitivamente. Por eso los

personajes de Flannery O'Connor lanzan plegarias, piden ayuda, pero acaban por desistir y toman el atajo de la explosión violenta, confiando en una posterior redención que dé sentido a sus vidas. Sus cuentos están recorridos por aguafiestas y santurriones, por filántropos y malvados que venden biblias a domicilio con una sonrisa inocente, por gentes que pasan por granjas que conocieron mejores tiempos, en las que los negros comienzan a ser personas, con maletas cerradas llenas de serpientes venenosas. En sus relatos siempre hay un revólver cargado, y hasta el final desconocemos si está escondido en un cajón del dormitorio o agarrado al corazón desbordado del protagonista. Lo que tenemos que tener es la seguridad de que, siguiendo la máxima de Chejov, al final alguien utiliza ese revólver.

Flannery, tan dulce y tan perversa, tan retorcida y tan maravillosa, quizás no ha habido otra escritora o escritor o escritora, que ya no sabe uno, con su capacidad para hacer visible el mal y trasladarnos la sensación de dolor. El mal es para ella un cocodrilo que surge de improviso a la orilla de un río tranquilo y nos arrastra hasta el fondo. El mal es aquello que más tememos pero que sin embargo más deseamos, es ese fondo de tinieblas que nos angustia conocer, pero que al tiempo necesitamos tocar, para ser conscientes de nuestro papel en el mundo –lo que se revela inútil, acaba no habiendo papel y sólo violencia y dolor–. Porque este libro se podría llamar «Crónicas del dolor». Nunca antes yo había sentido físicamente, durante la lectura de un libro, la sensación de dolor y humillación que sufre la protagonista de *La buena gente del campo*. Digo sentir y me refiero a sentir, no crean. Flannery es peligrosa porque nos traspasa con sus flechas y podemos desangrarnos, pero bendita hemorragia la de su literatura, exacta y a la vez desbordada, pletórica, enérgica y siempre delicada, matizada, detallista. Es uno de los libros de mi vida, y me pregunto cómo uno puede salir de Faulkner y llegar a Capote y no pasar por ella, cómo es eso posible, y me demuestra que aún hay demasiada belleza escondida, demasiado talento al que servir, al que rendir tributo de admiración.

Aquejada de lupus, enfermedad degenerativa, Flannery O'Connor tuvo tiempo para reflexionar, mirar alrededor, meditar estructuras parecidas y sin embargo siempre variadas. Su visión del problema racial es asombrada e impávida. Los negros son personajes fundamentales de sus cuentos pero a la vez ella confiesa, como muchos de sus protagonistas, su dificultad para penetrar en ellos como personas, más allá de verlos como criaturas míticas. Porque si ese aspecto de su obra quizás es lo más superado de sus relatos –aunque nos permite tener una vibrante visión de lo que el final de los cincuenta y los primeros sesenta supusieron en el sur de Estados Unidos respecto de la integración racial– al tiempo le aporta a la narración una potencia indiscutible si lo contemplamos desde la visión mítica de un país salvaje, en formación, forjado sobre la explotación y la cercanía de la nada, de la no existencia, de los miedos extendidos sobre llanuras interminables y un gran río hondo. En ocasiones, los personajes de Flannery O'Connor miran a sus empleados negros con el pavor que despertaban en las historias de Lovecraft sus enloquecidas criaturas. No es racismo –lo es en sus personajes, pero no en la mirada de la autora– sino miedo a las pulsiones violentas que la relación con ellos comienza a despertar en los personajes en la medida en que los negros han despertado al fin y no se limitan a servir sin más las órdenes del patrón.

Flannery se dedicó a la cría de pavos reales. Dueña de una granja que llevaba adelante con determinación y gran esfuerzo, consagrada a la literatura, este detalle se me antoja una bella metáfora de su obra: belleza entre lo árido, confianza en tierra violenta, imagino a la escritora contemplando el despliegue de las colas de sus animales y no puedo dejar de asimilarlo al dominio de O'Connor para introducirnos en sus historias y llevarnos de la mano hasta alcanzar un final las más de las veces sobrecogedor. Sus finales son siempre violentos porque ella, católica en tierra de protestantes, creía en la capacidad purificadora del rayo de Dios. Así, sus conclusiones siempre son como restallantes latigazos que nos dejan marcados durante horas, lo que obliga a una lectura meditada y lenta de sus historias, puesto que cada una de ellas nos envuelve como un aroma sucio pero apetecible del que no es fácil desprenderse. «*La vileza flotaba a su alrededor como un perfume, y tan cerca que parecía tener su origen en su propio aliento.*»

Como ella misma, muchos de sus personajes tienen defectos físicos, taras que ejemplifican la imperfección del ser humano frente a la grandeza justiciera de Dios. Cojos, piernas amputadas, dolores, reumas, la simple vejez actuando como un freno a la plenitud del hombre, mientras los jóvenes sin tara suelen contener una semilla de maldad, como en aquella película de Richard Brooks,

son el germen del diablo en la tierra. Los pocos muchachos inocentes de sus historias –*El río, Los lisiados serán los primeros*– acaban pereciendo arrastrados por la propia incomprensión de aquellos que pueden ayudarles. El mal nos toma, el bien nos ignora, parece indicar la escritora. El bien es una conquista imposible, tarea de santos, y los niños no tienen armas, están solos. No pueden adquirir la santidad, son víctimas perfectas para el diablo. Porque el diablo vive entre nosotros, por mucho que nos tatuemos a nuestra espalda la imagen referencial del bien, *La espalda de Parker*, lo que convierte a su personaje, O.E. Parker, en el vivo reverso de Cristo, en un Diablo ambulante. Ese relato prodigioso tiene una imaginería que, además de resultar actual en una época como la nuestra, de tatuajes y piercings, nos remite a la obra de otro artista atormentado y religioso, Martin Scorsese. En *El cabo del miedo*, la imagen de Robert de Niro, Max Cady, tatuado por completo está sacada tanto de este relato, *La espalda de Parker*, como del predicador de *La noche del cazador*, otra historia con ecos de Flannery O'Connor. Pero hay más, puesto que *Partridge en fiestas* es una increíble anticipación, en muchos sentidos, de *A sangre fría* de Capote –autor al que Flannery O'Connor parecía detestar–, y sin ir más lejos el mundo dominado por una sensualidad perversa de *Otras voces, otros ámbitos* de Capote es el mundo de Flannery O'Connor.

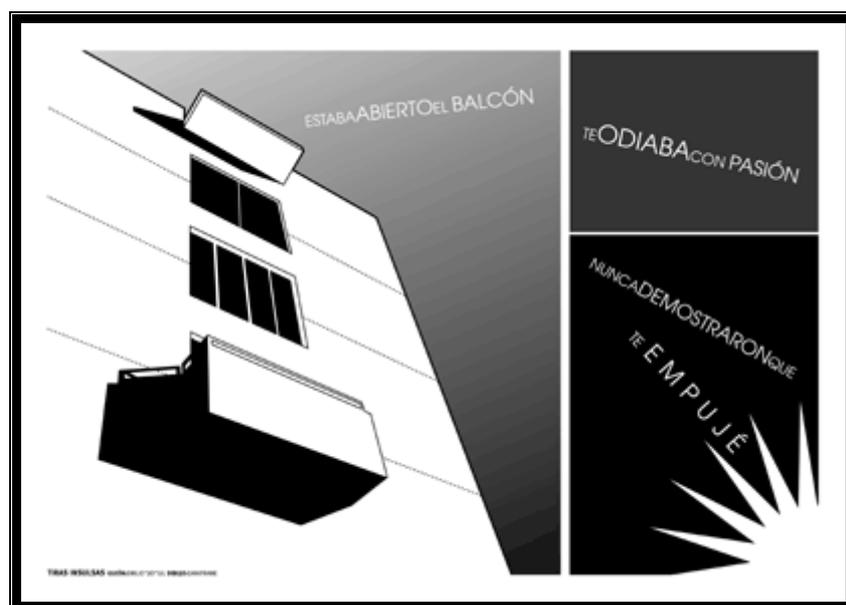
Junto a los antedichos, *Un hombre bueno es difícil de encontrar*, su relato más conocido, el encuentro entre una vieja charlatana y un asesino en serie, *La persona desplazada*, una historia sobre el miedo que nos infunde el extranjero, una historia más que actual, *El templo del Espíritu Santo, El negro artificial, Una vista del bosque*, son obras maestras absolutas del relato corto, de la literatura sin más. Leer a Flannery O'Connor, este libro que Lumen nos ha regalado como se hace entrega de una reliquia consagrada y milagrosa, tiene la capacidad de fascinarnos a cada página y permitirnos descubrir a una escritora que logró la perfección de estos relatos antes de morir con sólo 39 años. Como Carver o Chéjov, como Fitzgerald o Jack London, murieron en la plenitud de su arte, cuando su territorio literario aún no estaba conquistado del todo, y aunque no forma sino parte de un tópico muchas veces utilizado, uno siente escalofríos al pensar en el camino que esta mujer habría recorrido todavía –ahora tendría ochenta y un años de estar viva–, al imaginar la infinita gama de colores que habría dibujado en esas colas de pavo real con que ahuyentó sus sueños de maldades ardientes y pecados sin reparar.

© Miguel Ángel Muñoz

[http:// elsindromechejov.blogspot.com](http://elsindromechejov.blogspot.com)

* * *

Tiras insulsas



Guión: Emilio Jio Gil. Dibujo: Daníframe

• I CONGRESO INTERNACIONAL DE LITERATURA: ARTE Y CULTURA EN LA GLOBALIZACIÓN

Organizado por la Dirección General del Libro y Promoción de la Lectura, el Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, la Editoria La Bohemia y la Asociación cultural Bizancio, se celebrará en Buenos Aires los días 9, 10 y 11 de octubre el I Congreso Internacional de Literatura, el cual girará en torno al tema «arte y cultura en la globalización». El congreso está orientado a docentes, investigadores, egresados recientes, pasantes de investigación y estudiantes avanzados en las disciplinas vinculadas con los ejes temáticos en los que se enfoca el programa. El objetivo del evento es promover el intercambio y debate de los trabajos de diversos grupos de investigadores y estudiosos de la literatura, la lengua y otras manifestaciones artísticas en distintas áreas temáticas relacionadas con el desarrollo de la cultura, en el marco de la globalización. Más información: <http://www.congresoliteratura.com.ar>

* * *

• MANIFIESTO DE LOS EDITORES INDEPENDIENTES A FAVOR DE LA BIBLIODIVERSIDAD

En el marco de la última edición de la Feria del Libro de Madrid, el grupo de editores denominado Grupo Bibliodiversidad presentó un manifiesto con la finalidad de «resituar los problemas del libro, impulsar la lectura y favorecer la creación de un entorno que haga posible el desarrollo plural y equilibrado de la edición.» Este grupo afirma que «como resultado de ciertos procesos iniciados a finales del siglo pasado, los movimientos de concentración y transnacionalización editorial han llegado a alcanzar niveles más que significativos (...) observamos, por ejemplo, la aparición de ciertas prácticas que dificultan el acceso a las librerías de nuestros fondos editoriales, o que tienden a concentrar la propiedad intelectual, o a devaluar el libro convirtiéndolo en el "regalo" de ciertas ofertas de revistas y diarios, o a debilitar el sistema del "precio fijo"». Finalmente, declaran «pertenecer a un numeroso colectivo de editores medianos o pequeños que, desde su opción personal, apuestan por la calidad, defienden el valor simbólico de la edición y se sienten cómplices de los autores, de los libreros, de los bibliotecarios, y, en fin, de los lectores y ciudadanos comprometidos con los valores que el libro encarna». Se puede acceder al manifiesto íntegro en la siguiente dirección: <http://www.bibliodiversidad.net>

* * *

• UNESCO DESIGNA A BOGOTÁ COMO CAPITAL MUNDIAL DEL MUNDO Y LA LECTURA

La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), hizo oficial durante la Feria Internacional del Libro de Bogotá la designación de Bogotá como Capital Mundial del Libro y la Lectura. La ciudad ostentará esta distinción desde abril de 2007 hasta el mismo mes de 2008. El título es una designación honorífica que reconoce el trabajo realizado por instituciones del sector público y privado a favor del libro y la lectura. En el pasado, ciudades como Madrid, Alejandría, Nueva Delhi, Amberes, Montreal y Turín ha recibido la misma designación. «Esta es una designación merecida, porque es el resultado de una historia de más de 10 años en la cual Bogotá ha hecho un camino gigante en el campo del desarrollo industrial del libro, las bibliotecas públicas y la lucha contra la piratería», destacó el italiano Mauro Rossi, delegado de la UNESCO. Bogotá se convertirá en capital mundial del libro después de competir con países tan importantes como Ámsterdam, Coimbra, Dublín, Rosario y Viena.

* * *

• 26ª EDICIÓN DE LA FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE SANTIAGO DE CHILE

La 26ª Feria Internacional del Libro de Santiago (Chile) tendrá lugar entre el 24 de octubre y el 5 de noviembre de 2006 en el Centro Cultural Estación Mapocho, recibiendo en esta oportunidad a Perú como País Invitado de Honor. La Feria Internacional del Libro de Santiago es el evento cultural anual más importante de Chile, con la presencia de cerca de 700 sellos editoriales, un programa cultural que contempla sobre 200 actividades culturales y la visita de 240 mil personas. A partir del año 2003, esta iniciativa se enriqueció y potenció con la consideración, por primera vez en su historia, de la calidad de Invitado de Honor, recibiendo dicho año como tal a la Unión Europea, el año 2004 a México y en el 2005 a España. El presente año, este importante evento literario y cultural tiene una particular relevancia y significación ya que por primera vez y como una manera de acercar la cultura de las diferentes regiones del país, la Cámara Chilena del Libro ha invitado en forma especial a la Región de Los Lagos, a fin de que su acervo literario y cultural se haga presente en el marco de esta versión de la Feria.

* * *

• JOSÉ MIGUEL VARAS MOREL OBTIENE EL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA DE CHILE

El periodista y escritor chileno José Miguel Varas Morel ha sido galardonado con el Premio Nacional de Literatura, distinción que, entre otros, recibieron en el pasado los poetas y premios Nobel chilenos Pablo Neruda y Gabriela Mistral. El jurado del galardón, presidido por la ministra de Educación, Yasna Provoste, decidió por unanimidad otorgarle el premio a Varas Morel, autor de *El correo de Bagdad*, *Exclusivo* y *Cuentos de Ciudad*, entre otros. El escritor, de 78 años, dijo tras conocer el fallo que estaba «contento, abrumado y conmovido» con la distinción, la cual consiste en un diploma, 12.400 dólares en efectivo y una pensión vitalicia de unos 1.200 dólares. Varas Morel comenzó su carrera como escritor a los 18 años, cuando publica *Cahuín*, tras el cual vendrían obras como *Sucedee*, *Lugares comunes*, *Historias de risas y lágrimas*, *Las pantuflas de Stalin* y *Neruda y el huevo de Damocles*, entre otros. *El correo de Bagdad*, considerado por la crítica como su mejor libro, fue publicado en 1994 y reeditado en 2002, un año después de la edición de sus *Cuentos completos*, mientras que su más reciente obra, *El seductor*, ha sido editada este año.

* * *

• COSMÓPOLIS 2006 FERIA INTERNACIONAL DE LA LITERATURA

Una aproximación a la literatura rusa contemporánea, los profundos cambios de las relaciones humanas en los últimos años, la influencia de la revolución digital en los modos de asumir el acto creativo y la vigente dialéctica entre literatura universal y literaturas nacionales son los principales temas que vertebran la tercera edición de *Cosmópolis*, la feria internacional de literatura que tendrá lugar del 18 al 22 de octubre en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (España). Las actividades de la feria se estructuran entorno a los siguientes núcleos temáticos: Literatura rusa contemporánea (la herencia soviética y el rechazo del pasado, las formas tradicionales y la búsqueda de nuevos géneros y estilos que conviven en la literatura rusa contemporánea); Interpersonal (un análisis los cambios y mutaciones de las relaciones humanas en los últimos años y su reflejo en la creación literaria); Café Europa (café literario itinerante que recorrió diferentes ciudades europeas antes de presentarse en la primera edición de *Kosmopolis* en 2002); Literatura e hipermedia (Videojuegos y juegos de rol constituyen una de las formas populares más extendidas de la narrativa digital, con sus millones de usuarios, sus apologistas y sus detractores).

* * *

• SERGIO DI NUCCI OBTIENE EL PREMIO DE NOVELA 2006 ORGANIZADO POR LA EDITORIAL SUDAMERICANA Y EL DIARIO LA NACIÓN

Bolivia Construcciones, del argentino Sergio Di Nucci, obtuvo por unanimidad el Premio de Novela 2006 convocado por la Editorial Sudamericana y el diario La Nación. La obra narra «la dura vida de los inmigrantes bolivianos en Buenos Aires con una mirada, por momentos, casi sociológica, pero teñida de humor», dijo el jurado del premio. Di Nucci, de 32 años, es traductor. La novela fue elegida entre 244 obras que se presentaron al certamen cuyo jurado estaba compuesto por los escritores Carlos Fuentes, Tomas Eloy Martínez y Griselda Gambaro, y los editores Luis Chitarroni, de Sudamericana, y Hugo Beccacece, del suplemento de Cultura de La Nación. *Bolivia Construcciones* relata la relación entre un tío y un sobrino que llegan desde Bolivia a Buenos Aires para trabajar como obreros de la construcción. «A la manera de un relato de la picaresca española, el autor cuenta las peripecias a veces dramáticas, otras cómicas, de un grupo de seres hábilmente retratados. La sucesión de episodios ilumina un paisaje social a menudo ignorado y, al mismo tiempo, desarrolla como a contraluz un fresco de la sociedad argentina,» dijo el jurado en su fallo. Di Nucci donará los 60.000 pesos con que está dotado el premio a «una ONG u organización boliviana que agilice y haga menos crueles las gestiones de radicación de los bolivianos en Argentina».

* * *

• EL MEXICANO CARLOS MONSIVÁIS GANA EL PREMIO LITERARIO JUAN RULFO

El escritor mexicano Carlos Monsiváis fue galardonado con el XVI Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo. El premio, uno de los más prestigiosos de las letras hispanoamericanas, lo han recibido en los últimos años los escritores Tomás Segovia (2005), Juan Goytisolo (2004), Rubem Fonseca (2003), Cintio Vitier (2002) y Juan García Ponce (2001). El jurado, formado por Cecilia García-Huidobro, Sergio Pitlor, Gonzalo Celorio, José Luis Martínez, Beatriz Pastor, Jorge Urrutia, Seymour Menton y Julio Ortega, concedió por unanimidad el prestigioso reconocimiento literario a Monsiváis, entre otras consideraciones, por «saber combinar, con maestría y calidad excepcional, el rigor crítico con la lucidez de una mirada capaz de ver e interpretar, en cada elemento de la realidad que registra, seña y signo de las complejas negociaciones y opciones que delinean y configuran la realidad humana, política y cultural de nuestro tiempo».